

Un siglo de diplomacia argentina

ORIGENES 1807-1810

ES un error atribuir a las invasiones inglesas el origen de nuestra iniciación militar y diplomática para independizarnos de la Metrópoli.

En el último cuarto del siglo XVIII fermentaba honda y definitivamente en el Virreinato de Buenos Aires una levadura de descontento y de aspiraciones que los funcionarios reales no supieron interpretar ni comprender. La fermentación de la cultura creciente de los americanos bajo la influencia lejana e indirecta de las revoluciones de Estados Unidos y de Francia y de las mismas universidades y escuelas coloniales. Ellas formaron generaciones de individualistas, de vanidad exaltada e irreducible, polemistas en prosa y en verso al principio, civiles y militares, que a falta de arena política libre, traían agitada y dividida la aristocracia social e intelectual de los tiempos con una literatura doblada de chismografía. Ellos inspiraron la presentación al Rey de justas quejas y reclamaciones que dieron el grito de Mayo y encendieron después la hoguera de la Anarquía, soplando durante medio siglo. Las invasiones inglesas no crearon estas fuerzas políticas, militares y sociales, las alentaron simplemente y contribuyeron a orientarlas.

La conciencia de la eficacia militar, confirmada por los combates y victorias de Buenos Aires y de Montevideo, ganados a las valerosas tropas británicas, las rebeliones contra los jefes más ilustrados y honrados o viajeros y la desastrosa situación de España después de la invasión napoleónica y cautiverio de Fernando VII, definieron entre los colonos del Plata en 1807 anhelos vehementes de un gobierno mejor, en el cual participara por primera vez la voluntad de los nativos. Los más preparados hablaban francamente de Independencia. No era cuestión todavía de formas de gobierno. La fidelidad al sistema monárquico no había sido quebrada aun por el descontento y por las tendencias autonomistas reinantes. El plan de un cambio local del régimen ante las protestas de un ambiente uniforme, pero le faltaba la cohesión del esfuerzo, que no podría ser dada sino después de hallar el medio para alcanzar el fin.

¿Cuál sería éste? ¿La constitución de un nuevo gobierno general monárquico por el voto de las colonias del inmenso Virreinato? La consulta, la uniformidad de pareceres de Buenos Aires a Chuquisaca y desde Montevideo a la Asunción eran difíciles, con sus armas vendidas y con sus triunfos. Ellos vigilaban ansiosamente el Río de la Plata, porque si habían fracasado en su plan de conquista militar, no abandonaban el afán de abrirse sus mercados; y, siguiendo su sabia máxima diplomática, "better coaxing than scratching", se pusieron resueltamente al servicio de los sueños políticos de los colonos y auxiliaron a la vez el contrabando, que era tolerado como una forma necesaria del comercio ante las prohibiciones, a guisa de hostilidad contra su aliado España.

La protección británica decidió en Buenos Aires el medio de acción: "la diplomacia popular". La llamó así porque sus intentos no podían ser formulados ni trabajados por las autoridades españolas; sería la obra de un partido criollo, vagamente diseñado, a cuyo frente estaban militares y civiles, Belgrano, Pueyrredón, los Rodríguez Peña (Saturnino y el alférez Nicolás), los doctores Juan José Castelli (el más notable y respetado) y Ezquerreña, Antonio Pereyra (capitán), Miguel de Trigo y su socio en la famosa jabonería Hipólito Vieytes, Joaquín Maestró, Saturnino Río, un buen vecino Soan, Félix Casamayor, el célebre portugués Matos, el coronel inglés Bork, el médico de la misma nacionalidad Diego Paroissien y otros.

Por entonces la Gran Bretaña mantenía en el Janeiro (era el término usual) una especie de cuartel general diplomático y naval con jurisdicción en el Atlántico Sur y en el Plata. Estaba a su frente lord Strangford y mandaba los buques de guerra destacados sobre el gran Estuario del Sur. El grupo de Buenos Aires en la realización del plan monárquico-autonomista, si podemos llamar así al de la creación de una Regencia Real en el Plata bajo el amparo de la Gran Bretaña y del reino de Portugal. Sería exaltada a tan altas funciones la serenísima princesa del Brasil e infanta de España, doña Juana Carlota de Borbón, hermana de Fernando VII.

A fines de 1807 la acción diplomática de los criollos se puso en movimiento, apoyándose en los buques ingleses de comercio y de guerra que frecuentaban el Río de la Plata. Es probable que estuvieran de pleno acuerdo sus iniciadores con el almirante Smith y con los diplomáticos británicos en el Río de Janeiro. Comenzaron los hechos por la fuga del general Guillermo Carr Berresford, dirigido por Saturnino Rodríguez Peña, que se vió obligado por las circunstancias a seguir al prófugo y a refugiarse en Río. ¿Qué combinó allí con lord Strangford? Es un punto a estudiar porque éste no parecía ser partidario de la princesa. Lo cierto es que Rodríguez Peña mandó dos comisionados ingleses a Buenos Aires, el doctor Diego Paroissien y el coronel Bork, con instrucciones detalladas para el grupo de patriotas.

Las instrucciones eran escritas y verbales; pero las primeras suficientemente claras para que se comprendiera el propósito de traer al trono del Río de la Plata a la princesa Carlota, Paroissien y Bork debían organizar el movimiento revolucionario en Buenos Aires, procurando el pronunciamiento militar y civil, y la adhesión de los elementos españoles como Sobremonte, Alzaga, Liniers y otros, a quienes se informaría que el plan tenía por objeto evitar que las colonias se independizaran o pasaran a otra soberanía durante la prisión de Fernando VII. Una vez libre éste y dictada España su soberanía, ella dispondría de la suerte del nuevo gobierno o crearse. Sin embargo, inmediatamente de instalada la princesa debería convocar un congreso del Virreinato, para someterle la situación, con el propósito evidente de declarar la Independencia de la monarquía del Río de la Plata.

Saturnino Rodríguez Peña, aprovechando la protección de la marina británica no desconfiaba tampoco el comercio y el contrabando, pues con el mismo Paroissien mandaba un cargamento y ofrecía combinar que los corsarios ingleses del Río de la Plata se acercaran a las naves conductoras de las mercaderías, despachadas del Brasil para el cabo de Buena Esperanza y trasbordaran las cargas. Saturnino escribía a su hermano el alférez Nicolás, diciéndole que era preciso aprovechar la coyuntura para hacerse ricos. La familia Rodríguez Peña por entonces tenía bienes, pero no fortuna; y en ese preciso momento don Nicolás había establecido un hotel de lindos en la histórica quinta de Calles de Calles y Paraguay, para cercarla de pared y poner un criadero de aves destinadas al comercio de abasto.

Había instalado la princesa Carlota en la con-

juración de Buenos Aires? ¿Se había entendido con ella en el Janeiro, como era lógico esperar, don Saturnino Rodríguez Peña, bajo la protección de los ingleses? De las instrucciones escritas por éste dedúcese que contaba con el concurso de la princesa Carlota con la protección y los auxilios de la legación inglesa. Lo último parecía evidente; pero no lo primero, porque en la misma fragata mercante "María", despachada de Río para el cabo de Buena Esperanza, y que debía llevar a Montevideo los emisarios, los papeles y el contrabando mencionado, venía un oficial del ejército español, que la princesa Carlota había hecho embarcar secretamente, con pliegos para el Virrey de Buenos Aires. El oficial traía orden de vigilar al emisario de los contrabandos, doctor Paroissien, de prenderlo y de secuestrarle los documentos en el momento oportuno. Apenas llegada al Río de la Plata y puesta la fragata "María" en contacto con las autoridades españolas de Montevideo, Paroissien fue preso y recogidos los documentos que traía para Castelli, Vieytes, Ezquerreña, Alzaga, Liniers y otras personalidades. Rodríguez Peña y otros fueron también arrestados en Buenos Aires y enjuiciados por el delito de alta traición. Las cartas de la princesa Carlota al Virrey Liniers explicaban que había hecho seguir a Paroissien y pedido el secuestro de sus documentos, porque tenía denuncias de que se tramaba una horrible conjuración contra los derechos soberanos de su muy amado hermano, Fernando VII, a las colonias del Plata. Pedía el ejemplar castigo de los conjurados.

Es evidente, pues, que don Saturnino no tuvo en Río de Janeiro el tacto requerido al tratar con la princesa Carlota, quien lejos de aceptar la proposición de venir a coronarse en los dominios de su hermano, la había rechazado indignada. Este episodio debe considerarse como un prólogo de la Revolución de Mayo de 1810, pues en la Junta figuraban los mismos hombres dirigentes. El proceso iniciado a los hermanos Rodríguez Peña, Paroissien y otros estaba en tramitación en marzo de 1810, y la Revolución lo resolvió.

Así, el primer ensayo de la diplomacia popular del Plata, para independizarse del Rey de España y fundar una monarquía, fue un fracaso, no obstante el poderoso y disimulado apoyo de Inglaterra. Traía además, el vicio original de la forma monárquica.

LA DIPLOMACIA DE LA REVOLUCION

1810-1816

Los primeros actos diplomáticos de los revolucionarios de 1810 tuvieron por teatro el mismo Virreinato, el Brasil y los Estados Unidos de América. El Paraguay, relegado sobre sí mismo después del pronunciamiento de Buenos Aires, y Montevideo, resistiendo, en poder de los españoles, fueron las primeras arenas de la acción diplomática de Mayo. La Gran Bretaña se hallaba en una posición singular: era aliada de la España napoleónica, y a la vez, tenía que, dominada por Bonaparte, hiciera concesiones a Francia que le abrieran o entregaran las colonias del Río de la Plata. Este temor inspiraba la política de lord Strangford en el Janeiro. Desde allí fomentaba los movimientos de la revolución de Mayo y la independencia de las colonias; y a la vez ejercía influencia para detener a los portugueses del Brasil, que miraban con codicia a Montevideo y se preparaban para marchar al Sur sacando partido de las desgracias de España.

Mientras esta gestación diplomática se desarrollaba entre la corte fluminense, Montevideo y Buenos Aires, entraba al Paraguay el general Belgrano al frente de un puñado de tropas dependientes de la Junta de Mayo. La misión de Belgrano al Paraguay obedecía a un doble propósito militar y diplomático. El primero tenía por objeto ofrecer base a los paraguayos para sublevarse contra la guarnición española, facilitándole la adhesión al gobierno de Buenos Aires. La parte diplomática de su misión se reducía a afirmar el último resultado, inspirando confianza a las altas clases sociales de la Asunción.

El Paraguay, origen de la civilización del Río de la Plata, según las palabras del general Mitre, aislado en el interior de sus ríos y de sus selvas, no tenía en realidad vínculos de solidaridad con la sociedad de Buenos Aires, y su aislamiento produjo la consecuencia natural de los celos, las desconfianzas y la resistencia militar definitiva. La expedición auxiliar del general Belgrano, mantenida y salvada con una energía y procedimiento geniales, que habían tenido gran repercusión local y universal si se hubiera tratado de grandes ejércitos, se retiró ante el número varias veces mayor de las tropas realista-paraguayas. Pero la misión diplomática dió sus frutos, porque Belgrano logró inspirar profunda simpatía y confianza a los jefes que le habían opuesto sus armas, y les inculcó el virus revolucionario, que empezó efectivamente a desarrollarse en la Asunción.

El gobierno de Buenos Aires creyó oportuno que Belgrano tornara al Paraguay en misión exclusivamente diplomática, a fin de utilizar su influencia en el desarrollo de los gérmenes que había sembrado en Tacuarí. Ya, entrado el año 1812, la misión de Belgrano fue cordialmente tratada en el Paraguay, pero con éxito negativo. La influencia del que más tarde debía ser el sombrío dictador Francia, restos de cuyo cráneo se conservan en nuestro Museo Histórico, había cruzado la acción de Belgrano e inculcado el sentimiento de separación definitiva de la colonia del Paraguay del gobierno tradicional del Virreinato, que residía en Buenos Aires. Bajo la dependencia del Rey, o libre de ella, el Paraguay se gobernaba a sí mismo. Tal fue el programa que Francia hizo adoptar en aquel momento, y que dió por resultado el retiro inmediato de Belgrano, y el aislamiento definitivo y las cruentas desventuras posteriores del hermoso país paraguayo.

En el mismo año tomaba formas definidas la influencia de lord Strangford en la cuestión del Uruguay. Montevideo estaba sitiado por las fuerzas de Buenos Aires; Artigas merodeaba en las campañas uruguayas, más o menos independizado del gobierno de aquella, y 5 a 6000 portugueses, a su vez, invadían, marchando del Sur. Lord Strangford perseguía la evacuación al Uruguay por los portugueses y ejercía presión sobre los hombres del gobierno de Buenos Aires para que no mandaran sitiar a Montevideo, y para que Artigas repasara el Uruguay, a fin de no turbar su acción ante el gobierno del Janeiro y de no provocar choques con las tropas lusitanas. Artigas, cediendo de mala voluntad, e irritado por las órdenes de la Junta, se retiró a Entre Ríos, y los portugueses enviaron a Buenos Aires en misión especial para celebrar un armisticio al teniente coronel Rademaker. Las tropas lusitanas comenzaron lentamente la evacuación, dejando solo a su aliado Vigodet, bajo la amenaza de las armas de Buenos Aires, y la revolución respi-

raba con desahogo cuando en el Norte la amenazaba el terrible Goyeneche.

Entre tanto, bajo el presidente Madison, y siendo ministro de Relaciones Exteriores el célebre Monroe, el gobierno americano prestaba singular atención a la efervescencia de Buenos Aires, que, sin duda, le era conocida por informes de sus agentes diplomáticos en el Brasil, a consecuencia de los negociados de lord Strangford y del incidente de la princesa Carlota. No había tenido tiempo de llegar todavía a Washington la noticia de los sucesos del 25 de Mayo de 1810, ocurridos en Buenos Aires, cuando el gobierno de los Estados Unidos resolvió enviar un comisionado para estimular y aprovechar la situación en dicha capital. El nombramiento del agente confidencial fué suscripto en Washington el 28 de junio de 1810, es decir, un mes y tres días después de la deposición del virrey. Fué nombrado para desempeñar esta misión don Roberto J. Poinsett, cuyas instrucciones le hacían notar que, aproximándose una crisis que debía producir grandes cambios en la situación de la América española, y la disolución de las relaciones coloniales de ésta con Europa, era de hondo interés para los Estados Unidos "difundir la seguridad de que ellos deseaban el bien sinceramente respecto a los pueblos de la América española, como vecinos pertenecientes a la misma porción del globo". Agregaban que, en el caso de una separación política de la madre patria y del establecimiento de un sistema independiente del gobierno español, podrían contar con el sentimiento y la política de los Estados Unidos para fundar las más amistosas relaciones y el "intercambio más liberal" entre los habitantes de este hemisferio, que tienen todos un interés común y están obligados a mantener el sistema de paz, justicia y buena voluntad, que es la única fuente de felicidad de las naciones". El comisionado debía marchar a su destino sin demora alguna.

Estas instrucciones, suscriptas por Monroe, tienen singular importancia, pues son la raíz de la actual política panamericana, de expansión comercial de los Estados Unidos, y una nueva rectificación a fondo del error vulgar de creer que Canning había inducido a aquella República al reconocimiento de la independencia de las colonias de la América española, en virtud de su frase teatral y sin verdad histórica, de que había llamado a la existencia el Nuevo Mundo para equilibrar la política del Viejo. La misión Poinsett y sus instrucciones, imponían un reconocimiento espontáneo de la revolución y de la tendencia independiente de las repúblicas americanas, especialmente de la colonia Argentina, y el impulso más vigoroso dado a la causa de Mayo. Una consecuencia de la primera misión Poinsett fué el desarrollo de ideas que, con entorpecimientos más o menos importantes, maduraron en 1817, y produjeron los mensajes del presidente Monroe después de esta fecha hasta 1823, en los que se proclamaba el respecto a la independencia de las colonias americanas contra la política de la Santa Alianza y del mismo Canning, que contemporizaba con ella, sosteniendo los derechos de España a conservar las colonias sublevadas, hasta que esta nación se hubiera declarado definitivamente impotente para dominarlas. Como se sabe, sólo en 1824, después de ocho años de declarada la independencia argentina, ya reconocida por los Estados Unidos modificó Canning su actitud, y envió a Buenos Aires y a Colombia comisionados especiales, no para reconocer las nuevas nacionalidades, sino para investigar los hechos e informar a la Corte de la Gran Bretaña.

El éxito de las relaciones diplomáticas así abiertas por los Estados Unidos con la revolución argentina en 1810, fué fecundo, pues no solamente se estableció una gran corriente comercial que nos proveía de todos los frutos que era difícil obtener de Europa por la situación de guerra en que se encontraba, sino que estimuló considerablemente el sentimiento de los patriotas para consolidar las ideas de independencia. Los libros y principios liberales, igualitarios y humanos de Washington, y su escuela, se difundieron en nuestro país, donde la preparación política era naturalmente limitada; y bajo el gobierno de Álvarez Thomas se decretó, el 16 de junio de 1816, el nombramiento de un enviado diplomático argentino a Estados Unidos, aun cuando la independencia nacional no estaba declarada. Don Martín Thompson fué acreditado ante el presidente Madison con el propósito de pedir la protección y ayuda para las armas y la causa de la revolución.

Pocos días después el Congreso de Tucumán fundó la nacionalidad el 9 de Julio de 1916.

El segundo período de nuestra vida diplomática se distingue porque con él comienzan las desmembraciones del territorio argentino debido a la debilidad militar del gobierno de Buenos Aires, motivada también por la anarquía individualista de sus próceres. Habíamos perdido, por efecto, el Paraguay, y quedaba la provincia de Uruguay en situación agitada e incierta, oscilante ya entre las soberanías del Janeiro y de la República.

DIPLOMACIA DE LA INDEPENDENCIA

(1816-1830)

Comprendemos en este período la actividad diplomática desarrollada desde la declaración de la Independencia, el 9 de julio de 1816, hasta el primer gobierno de Rosas en 1830, porque hasta entonces ejercieron su influencia directa los hombres de la Revolución de Mayo y del Congreso de Tucumán en la dirección de las relaciones exteriores. En aquella fecha no existía aún la Constitución, que el Congreso sancionó en abril de 1819. Las atribuciones de los poderes públicos no estaban, por consiguiente, definidas, y el Congreso tomaba participación directa en la dirección de las relaciones exteriores, no en virtud de un plan de desconianza o de hostilidad al Director Supremo, sino simplemente de solidaridad patriótica y de consejo.

La primera intervención notable del Congreso de Tucumán en la materia, tuvo lugar en la sesión secreta del 6 de julio, a la cual había sido invitado especialmente el general Belgrano, que regresaba de Europa, después de una desgraciada misión de que luego se hablara. Desaba ser informado el Congreso del estado político del mundo y del concepto del mismo sobre la Revolución. Recibido el general en sala plena e invitado a hacer uso de la palabra, pronunció un discurso maduro, dividido en varios capítulos, que cubrían los temas extraídos en seguida. Bosquejó la situación política del mundo y dijo que el efecto causado en el mismo por la Revolución de Mayo fué al principio favorable. La anarquía y el furor de las pasiones a que pronto se entre-

garon sus actores había modificado la opinión europea en un sentido desfavorable. El segundo capítulo de la exposición se refería a la forma de gobierno, recordando que en los países europeos la "república" había ganado prestigio después de las revoluciones de Estados Unidos y francesas; pero que no había tardado en producirse una honda y general reacción monárquica. En tal concepto, el general Belgrano sostenía que el Congreso de Tucumán estaba llamado a organizar la nación incómoda bajo la forma monárquica; y a fin de no despertar celos en las cortes europeas estaba convencido de la conveniencia de entregar el trono de las colonias del Río de la Plata a un príncipe Inca. El tercer punto que analizó fué la expedición de tropas salidas de Portugal para unirse a las del Brasil y ocupar la isla de Santa Catalina, apostadero estratégico para la navegación y el ataque al Río de la Plata. Manifestó que el rey don Juan VI de Portugal era un príncipe pacífico y leal, en quien podía confiarse, y que, desde luego, se había negado categóricamente a permitir que España estableciera un punto de apoyo en aquella isla, para su proyecto de reconquista del Plata. Aconsejaba al Congreso el general Belgrano seguir una política leal y sincera con el rey don Juan VI, seguro de que ese era el medio por el cual, a su vez, él se mantendría amigo y no hostil a la nueva nacionalidad del Sur. Sería necesario, dijo, cumplir lealmente las convenciones celebradas con este príncipe, no dudando de que él se abstendría de favorecer los intereses de la Metrópoli. El Congreso acogió con simpatía las orientaciones de Belgrano; pero pocos días después recibía el aviso alarmante por cierto, de que ocho mil brasileños habían ocupado la isla de Santa Catalina, preparándose para caer sobre la ciudad de Montevideo.

El 13 de agosto el Congreso resolvía iniciar al Director Supremo a que acreditara ministros diplomáticos en Estados Unidos y en Roma, con objeto de prestigiar la causa de la Independencia.

El 26 de septiembre el presidente del Congreso, doctor Pedro Carrasco, firmaba notables instrucciones dirigidas al Director Supremo, a fin de que se dieran explicaciones sobre la situación a los gobiernos de Estados Unidos, del Brasil, de Londres y demás potencias europeas, y muy especialmente a los de Rusia y de Suecia que, no teniendo posesión territorial en el Nuevo Mundo, habían de recibir esta gestión con sentimiento de justicia y con interés comercial, a fin de que reconocieran la Independencia proclamada por el Congreso de Tucumán. Estas instrucciones son fundamentales y la página diplomática más interesante de aquel Congreso.

El 23 de diciembre el Director Supremo comunicaba al Congreso que había hecho explorar las intenciones de la corte del Brasil, por medio de un agente del Uruguay y que el resultado había sido satisfactorio, pues el rey don Juan VI manifestaba que no acariciaría intenciones de conquista sobre el territorio occidental del Plata y que el movimiento de sus tropas hacia el Sur, sólo revestía carácter policial contra las hostilidades de Artigas.

El 20 de abril de 1816 el Congreso había comisionado al diputado de Córdoba, doctor Miguel del Corro, agitador artiguista, para iniciar una nueva negociación diplomática con el Paraguay, a fin de obtener que este país enviara diputados al Congreso de Tucumán, y se incorporara a la nacionalidad nacional. La misión fué estéril.

El 4 de julio de 1817 el diputado Sáenz pronunció un juicioso discurso sobre las relaciones exteriores, proponiendo que el Directorio ofreciera franquicias comerciales tan amplias como fueran necesarias a las naciones que en cualquiera forma cooperaran a la emancipación de las colonias del Plata; que se acordaran favores proporcionados a los países neutrales y que se siguiera una política comercial prohibitiva respecto de los amigos de España.

El 25 de octubre, el Congreso lanzó su notable "Manifesto" a las naciones extranjeras, explicando los fundamentos de la Revolución y de la declaración de la Independencia, y los agravios contra España, documento que lleva la firma del ilustre sacerdote riojano, presidente del Congreso, doctor Pedro Ignacio de Castro Barros.

El 3 de diciembre fué promulgado el Reglamento provisional del año XVII, cuya sección tercera, artículos 15 y 16, consignaban la facultad del Poder Ejecutivo para negociar y firmar tratados con los países amigos, para recibir embajadores, enviados y cónsules y acreditarlos a su vez.

Pero la actividad diplomática no estaba limitada a esta somera intervención del Congreso Nacional. El Ejecutivo había puesto en marcha a algunos de los hombres de la Revolución para promover diplomáticamente sus intereses y derechos, mientras que en todos los mares trebolaba la bandera de la nueva nacionalidad en la popa de las naves de Brown, que zarpó de Buenos Aires con una escuadrilla de buques menores y de triunfo en triunfo, rindiendo fragatas españolas, había logrado formar una poderosa armada que se cubrió de gloria en las costas de Chile, en el Callao, en Guayaquil y en su famoso crucero del Asia.

El gobierno de Buenos Aires mantenía en Londres como agente provisional a Sarraute, y a fines de 1814 se consideró necesario enviar en misión diplomática a dos de los hombres más importantes de la Revolución, a Belgrano y a Rivadavia, para procurar el apoyo decidido de Inglaterra y obtener el reconocimiento de la Independencia por España. Esta misión, que encontró en Europa una situación poco favorable, no pudo realizar sus objetos y fué víctima de un incidente ridículo promovido por el conde de Cabarrus, que explotó su caja haciendo creer a los comisionados argentinos, por intermedio de Sarraute, que había arreglado la monarquía del Río de la Plata, entregándola al viejo y cauduro rey Carlos IV, que vegetaba en la bohemia de Roma, socorrido por el Papa. El fraude ridiculo de esta intriga dió por resultado el regreso de Belgrano a Buenos Aires, y que Rivadavia se dirigiera a España.

Mientras tanto, el gobierno tenía acreditado también en el Janeiro a otro hombre eminente, el doctor don Manuel José García, con la misma misión de cultivar el apoyo de Inglaterra por medio de lord Strangford y de impedir la agresión de Portugal al Río de la Plata.

La acción diplomática se desarrollaba sin plan, al azar en medio del desconcierto pavoroso que existía en el seno de la Revolución y de las colonias por ella afectadas. Nadie tenía un ideal definitivo y faltaban soldados, recursos, patriotismo y caracteres. Los hombres mejor templados, como Pueyrredón, vacilaban. Los triunfos españoles en el Norte y la amenaza de nuevas expediciones contra la América del Sur tenían abrumados a los hombres de Mayo, a todo lo cual se agregaban los desastres producidos por la anarquía, por Artigas, por los caudillos del Litoral y por las ambiciones y pasiones que hervían en los altos círculos de Buenos Aires. En esta deplorable situación tomó el mando del país el general Alvear, nombrado Director Supremo. Su primer acto fué un error fundamental que nunca le será perdo-

nado, el de declarar impotente la Revolución para continuar la lucha y pasar una nota al gobierno británico poniendo a su disposición las colonias para que las salvara incorporándolas a sus dominios. Inglaterra era aliada de España, y participaba de las ideas de las grandes potencias europeas de mantener el sistema colonial en América y, por consiguiente, de resistir la Independencia. Para Inglaterra el gran "desideratum" se reducía a abrirse el comercio del Río de la Plata bajo el dominio español. Lord Strangford, que había sido sincero sosteniendo nuestra Independencia y la expansión comercial de Inglaterra, había relajado toda autoridad en esa lucha, perdiendo así su punto de apoyo la misión García en el Janeiro. Por fortuna, la nota de Alvear al gobierno inglés, que debía ser entregada por Rivadavia, no fué presentada por éste, quien la conservó en su poder sellada, y solamente fué hallada y entre sus papeles y abierta en 1842. Pero la Gran Bretaña conocía la actitud del gobierno de Buenos Aires por la copia de la misma que el doctor García había comunicado a lord Strangford en el Janeiro.

El gobierno portugués, cuya ambición a poseer el Río de la Plata era indiscutible, no obstante la credulidad del general Belgrano, aprovechó esta circunstancia, y en 1816 inició una intriga diplomática cerca del ministro García en Río Janeiro, para fundar una unión de las posesiones portuguesas y españolas en el Río de la Plata, cuyo motivo se declararon las bases de un tratado que fueron traídas a Buenos Aires. En esas bases se insinuaba que el gobierno argentino entregara las colonias a la dominación del rey de Portugal y se agregaban algunas otras cláusulas para atenuar esta medida fundamental. El doctor García, que era un hombre patriota e inteligente, vió perdida la Revolución y, no contando con el apoyo de Inglaterra por las razones dadas, creyó que la última tabla de salvación era un arreglo con Portugal, que evitara el restablecimiento de la dominación española en el Plata.

Mientras estas negociaciones seguían su curso, el ejército brasileño-portugués, que tenía un cuerpo en Santa Catalina, se concentró, invadió la provincia Oriental, derrotando en India Muerta a las fuerzas de Rivera, ocupó a Montevideo a las órdenes del general Lecor. Este manifestó con toda franqueza que venía a reconquistar las tierras pertenecientes a la corona de Portugal, de que había sido desposeída por la de Castilla; y que, si por el momento ocupaba solamente la provincia Uruguaya, no estaba seguro de no marchar más tarde contra la de Entre Ríos.

El general Lecor no ocultó la tendencia de su gobierno de fundar un imperio sudamericano que abarcara desde el Amazonas hasta el Plata, con su capital en el Janeiro. La ocupación de Montevideo y este plan produjeron la reacción de la provincia Uruguaya, perturbada y separada por las ambiciones y los trabajos de Artigas, y resolvió unirse al gobierno de Buenos Aires, a cuyo efecto mandó comisionados, firmándose a fines de 1817 el pacto correspondiente.

Pueyrredón, Director Supremo, rechazó las insinuaciones del Brasil para someter a la corona de Portugal el Río de la Plata, y, confiando en San Martín, de quien era amigo y colaborador sincero, se inclinó en lugar contrario a los hombres notables de la Revolución, que habían considerado posible sacrificar su soberanía a Inglaterra y a Portugal. Ambos debían salvar la Patria y la salvadora.

Entretanto, la Santa Alianza amenazaba las colonias de Sud América y España preparaba, como dijimos, expediciones formidables para atacar energicamente por Venezuela, y por el Río de la Plata. Rivadavia recibió en esa época una invitación del gobierno español para trasladarse a Madrid, a fin de considerar la situación de las colonias, y cometió el error de aceptar la oferta en términos que hablaban de la obediencia y sumisión de los vasallos al Rey. En sus conversaciones con el representante del gobierno español, general Ceballos, ministro de Guerra, se le exigía simplemente la sumisión absoluta e incondicional de la Revolución y el restablecimiento de la soberanía de la Metrópoli. Rivadavia comprendió que no había nada que hacer y se encontraba en esta situación difícil, cuando la casual aparición de un corsario argentino frente a Cádiz, donde realizó energías hostilidades, cortó la negociación y el gobierno de Madrid dió su pasaporte al enviado argentino.

Este se puso en contacto con el Congreso de Aix-la-Chapelle en 1818, procuró que las potencias allí reunidas reconocieran la Independencia americana, fundando una monarquía de carácter europeo, que permitiera asegurar la paz de las colonias. De esta nueva gestión de Rivadavia surgió la candidatura francesa del príncipe de Luca para la monarquía del Río de la Plata.

A la vez, el gobierno de Buenos Aires había acreditado en los Estados Unidos, en 1817, al señor Manuel Hermenegildo de Aguirre en misión especial, con objeto de obtener el reconocimiento de la Independencia y de adquirir buques de guerra y armamentos para el ejército de los Andes, todo bajo la influencia y exigencia de San Martín apoyado energicamente por Pueyrredón, para asegurar la marcha a Lima. El señor Aguirre obtuvo los dos fragmentos, una de las cuales se perdió y otra pasó al Pacífico, pues eran costeadas en común por el tesoro de Buenos Aires y de Chile. Conseguió, además, hacer menuda a la independencia del gobierno americano a reconocer nuestra Independencia, con cuyo motivo envió a Buenos Aires a los comisionados Graham y Rodney, a fin de que enviaran a Washington los informes necesarios con aquel objeto.

Estos hechos y los triunfos de San Martín en el Pacífico produjeron una honda impresión en la corte del Janeiro; y el doctor García obtuvo allí una reacción de cordialidad amistosa hacia el gobierno de Buenos Aires, formulándose un nuevo proyecto de tratado, en el cual se establecía el respeto del armisticio de 1812, negociado por Rademaker, y la declaración de que las armas brasileño-portuguesas no venían a hacer la conquista del Uruguay, sino a ocuparlo preventivamente contra las incursiones de Artigas, a la vez que ciertas reglas de vecindad y de comercio.

Los hombres de la Revolución eran entonces en su mayor parte monárquicos, especialmente los más notables, y con ese motivo, desearon salir de la anarquía, enviaron al doctor don Valentín Gómez en 1819 a Europa a gestionar un monarca que tuviera el apoyo de las potencias, en momentos en que Rivadavia, como dijimos, transitaba la coronación del príncipe de Luca o de Luis Felipe, según decían. La misión de Gómez se encontró con Rivadavia en el Congreso de Aix-la-Chapelle y tomó parte en la intriga mencionada del príncipe francés. Rivadavia y Gómez enviaron al Congreso, ya trasladado a Tucumán a Buenos Aires, esta proposición, que fué discutida contra la protesta de los diputados del Alto Perú. El Congreso dió al fin una solución evasiva, manifestando que no era inconciliable con los intereses de las colonias la monarquía en cuestión; pero la respuesta carecía de firmeza y la aventura del príncipe de Luca o de Luis Felipe quedó terminada.

Entre tanto Pueyrredón se encontraba frente a frente a una nueva dificultad. Estaba reuniéndose en Cádiz un ejército que algunos hacen ascender a veinticinco mil hombres, pero que en realidad se suponía que era algo menor, a las órdenes del conde de Abisbal. Preparábase al mismo tiempo una flota para embarcarlo, a fin de atacar a Buenos Aires, en tanto que el gobierno español negociaba con los portugueses el apoyo de éstos, o por lo menos el permiso para utilizar la isla de Santa Catalina.

Pueyrredón, alestado por los triunfos de San Martín en el Pacífico, adoptó un plan político sabio y patriótico: el de robustecer a San Martín para que acabara con el dominio español en Lima, donde se reunía otro ejército de 20.000 hombres para operar en combinación con el conde de Abisbal, y enviar autorización a dos argentinos, amigos personales suyos que estaban en Cádiz, los patriotas don Andrés de Argüibel, y don Tomás Antonio Lezica, para que, empleando talentos y dinero en medio de la anarquía, pobreza y desorganización reinante en la pe-



ninsula, obtuvieron a todo trance la sublevación del ejército del conde de Alibail, cuyo espíritu rebelde habían sondeado. Argübel, ayudado por Lezica, consiguió su objeto: las tropas de Cádiz y de la isla de León se sublevaron, la expedición fracasó y la diplomacia secreta de Pueyrredón obtuvo una gran victoria, salvando con San Martín la suerte de la Revolución y la Independencia de sus peligros exteriores precisamente entre los furiosos del año XX.

En medio de las angustias creadas por la agitación argentina, se produjeron hechos alentadores. A fines de dicho año XX llegó de improviso a Buenos Aires el bergantín de guerra español "Águiles", a las órdenes del comandante Pedro Hurtado de Corcuera. Venía en misión diplomática, trayendo a su bordo una comisión encargada de abrir negociaciones de paz, formada por el coronel de ejército don Manuel Herrera, por el secretario del rey Fernando VII don Tomás Comyn, por el coronel de artillería Feliciano del Río, y por el capitán de fragata don Manuel Martín Mateo. Apenas llegados al puerto, surgió en sus inmediaciones, en son de vigilancia y de combate, la goleta revolucionaria "Fortuna", a cuyo comandante entregó el del "Águiles" una nota para el gobierno, manifestando que el Rey anhelaba acelerar la terminación de las diferencias existentes entre individuos de una misma familia y que los había autorizado, en consecuencia, a formular y recibir proposiciones y a ajustar las condiciones de la paz. Solicitaban, pues, los salvosconductos para sus personas, servidumbre y bienes, a la vez que para el comando y tripulación de la nave de guerra.

La Junta de representantes de Buenos Aires no estuvo diplomática, sino violentamente patriótica, pues lejos de permitir el desembarco de los comisionados y de agasajarlos en forma protocolar, les contestó una nota seca y categórica, exigiendo que antes de otorgar los salvosconductos declararan si estaban dispuestos a reconocer la Independencia de la República, pues esta sería la única base posible de negociación. El comandante del "Fortuna", entregó en la tarde del 20 de noviembre al del "Águiles" aquella comunicación, recibiendo la promesa de enviarla a la respuesta. Sin embargo, los del "Fortuna" vieron con sorpresa que a las dos y media de la madrugada del 21 levaba anclas el "Águiles" y desplegadas sus velas se alejaba silenciosamente del Río de la Plata.

Otros de los hechos alentadores que repercutían en Buenos Aires eran los triunfos de San Martín en el Pacífico. Allí se desarrollaba naturalmente una acción diplomática de la mayor trascendencia con relación a Europa, a América y a nuestro país. Obedecía a las ideas secretas de San Martín, que procedía con toda independencia del gobierno de Buenos Aires y que empleaba por talentoso y eficaz agente en las negociaciones, al general Juan Manuel Guidó. La aparición gloriosa, argentina y peruana de San Martín en el Callao al frente del ejército y de la escuadra patriotas y la estrependa hazaña de Cochrane contra la escuadra española en aquella bahía, causaron estupefacción a la capital del Perú. San Martín había desembarcado su ejército y la rodeaba, interponiéndose al fin entre Callao y Lima.

En 1820 se reunieron las cortes de Cádiz, convocadas por el rey de España, para reorganizar constitucionalmente la península y teóricamente los pueblos de Sud América, todos sublevados. Las cortes proponían la incorporación constitucional de la América a España, bajo formas que serían materia de debate. En Buenos Aires, la misión de San Martín a Colombia, a Lima y a México, Coconocemos ya la suerte de la misión a Buenos Aires.

Al cuartel general de San Martín llegó en marzo de 1820 el comisionado Abreu, a quien trató el Libertador con todos los honores y cortesías que se deben a los embajadores. Conferenció con él, lo cautivó dejándolo pasar a Lima a conferenciar con Pezuela, el cual a su vez estaba sorprendido de la actitud del general argentino. Negocióse un armisticio y se preparó una entrevista entre el sucesor de Pezuela, general La Serna en el virreinato del Perú y el general San Martín.

Esta entrevista y las negociaciones que se sucedieron durante algún tiempo, son una obra de arte, de habilidad diplomática de San Martín, inspiración genial suya, que tenía por objeto desconcertar a los españoles del Perú, poner a su ejército en condiciones de desobedecer a las autoridades de España, infiltrar en el pueblo de Lima el sentimiento de la Revolución, el amor a la Independencia, procediendo por medios oblicuos y no militares a sugerir a dicho pueblo la idea de la sumisión espontánea a las armas de la patria.

Cuando San Martín acudió a la entrevista con La Serna, acompañado del segundo cabo Las Heras y por otros de los generales gloriosos, el virrey La Serna venía guiado por su segundo, el general La Mar, y por los jefes tan sonados entonces Canterac y Valdez. Al encontrarse las comitivas, el general San Martín, con una expansión que no era habitual en su persona, se dirigió al virrey, diciéndole: "Venga mi viejo general a mis brazos..." y los dos antiguos soldados de España se confundieron en un afectuoso abrazo, que rompió el hielo de las rivalidades militares.

San Martín consumó esta acción con una habilidad que admiró a los españoles, y les demostró luego, que era inútil hablar de las negociaciones sin la base de reconocimiento de la Independencia que, era un hecho fatal y que España tenía que someterse; pero les agregó que estaba dispuesto a aceptar la creación de una monarquía independiente en el Perú, coronando un príncipe español. Les propuso que los dos ejércitos se reunieran en Lima para proclamarla y que se mandaran comisionados a España, para pedir la aprobación de este plan de los dos ejércitos, ofreciéndose él mismo para ir a Madrid.

La crítica superficial juzgará esta actitud de San Martín como una rebelión a su patria, que había proclamado la forma republicana en el Reglamento de 1817 y Constitución de 1819; pero en realidad, era un rasgo de destreza política, que tenía por objeto apresurar la Independencia del Perú y el reconocimiento de la Independencia de Sud América, evitando la larga campaña militar en perspectiva, dramatismo de sangre y ruinas a todos los pueblos. El efecto que esperaba el gran capitán se produjo, pues el virrey no pudo menos que aceptar tan generosa proposición, que si bien exigía de España el sacrificio del reconocimiento de la Independencia, lo compensaba con la designación de un príncipe español para gobernar la nueva monarquía. San Martín trataba sólo para el Perú.

La comitiva del virrey La Serna entró en Lima, donde sembró la confusión con estas proposiciones y dio aliento a la obra de los agentes secretos de San Martín, que fomentaban la adhesión sin disparar un tiro. El virrey La Serna había aceptado en principio la fórmula; pero la sometió en consulta a los jefes superiores de su ejército, que la rechazaron sosteniendo que solución tan grave y definitiva era contraria a sus deberes militares y a sus instrucciones de exigir la sumisión incondicional de los americanos por la cual batallaban. Aceptaban, sin embargo, en principio la proposición a condición de que fuera sometida antes a la aprobación del rey de España.

Nuevas conferencias entre los negociadores de los dos ejércitos se sucedieron, en las cuales San Martín iba aumentando sus exigencias, tales como la entrega de todas las fortalezas del Callao en garantía del cumplimiento del armisticio y la aceptación, dentro de un plazo breve, de la cláusula de la Independencia.

San Martín quería prolongar las negociaciones para dejar obrar a la opinión pública en Lima. El podía tomar la ciudad inmediatamente, pues el ejército español estaba desmoralizado y era débil; pero quería ahorrar el espectáculo de sangre y del triunfo militar, y que Lima se entregara por sí sola. Así sucedió, en efecto. Fracasadas las negociaciones, el virrey La Serna abandonó a Lima, que había estado alimentada por San Martín, a fin de que extrajer los rigores del sitio y de crear simpatías a sus armas en la masa de la población.

Cuando los cinco mil hombres del virrey abandonaron a Lima en dos divisiones en marcha a las sierras, San Martín recibió una carta de aquél, en

la que le recomendaba mil enfermos y heridos que dejaba en los hospitales. La ciudad quedó expuesta al saqueo de sus chusmas y de las guerrillas de irregulares peruanos con que la rodeaba San Martín. El Cabildo le pidió garantías y que ocupara militarmente la capital. San Martín puso hábilmente a la disposición del Cabildo las tropas necesarias para guardar el orden, rehusándose a entrar en Lima. Los cabildantes creyeron que era un ardid para asaltar la ciudad y quisieron pulsar las intenciones de San Martín, ordenando a esas guardias que se retiraran y éstas obedecieron la orden del Cabildo. Hicieron honor entonces a la lealtad de las armas republicanas y entregaron la ciudad. San Martín la hizo ocupar modestamente, evitando todo desfile, con destacamentos de tropas para que guardaran el orden. El mismo entró a Lima un día con un ayudante. Al anochecer, a fin de eludir manifestaciones populares.

La ocupación de Lima y el retiro del ejército del virrey a las montañas fue, pues, una obra de arte diplomático perfecta y gloriosa del general San Martín. Mientras tanto, éste había organizado y consolidado el gobierno del Perú y envió comisionados a la República Argentina y a Chile. El comandante Antonio Gutiérrez Lafuente y el coronel Urdininea fueron encargados por él de visitar a los gobernadores de las provincias argentinas, para pedirles tropas y dinero; y el mismo pidió dirigía el plenipotenciario acreditado en Chile ante su amigo O'Higgins, con cuyos elementos preparaba San Martín la campaña al interior, para batir a los españoles en las cordilleras.

En 1823 la República Argentina recibía la misión Mosquera, de Colombia, y celebraba con él un tratado perpetuo de amistad y de alianza, ratificado por ambos gobiernos en 1823 y 1824. Bolívar estaba, pues, en movimiento bajando del Norte, para encontrarse con San Martín, que subía del Sur, y cuando llegó a Potosí se le presentaron dos plenipotenciarios de las Provincias Unidas del Río de la Plata: el general Carlos María de Alvear, y el doctor José Miguel Díaz Vélez, quienes, después de felicitarlo por sus triunfos en favor de la Independencia americana, trataron algunas de las cuestiones de política sudamericana, especialmente de los peligros de guerra entre el Plata y el Brasil.

Bolívar ofreció veinte mil hombres para proteger a la República Argentina, que consideraba débil, contra el Brasil, que le parecía muy fuerte; y desde luego autorizó al general Alvarado para ocupar a Salta con ses mil colombianos. El general argentino tuvo la habilidad de rehusar tan seductora propuesta.

Los plenipotenciarios Alvear y Díaz Vélez sometieron a Bolívar la cuestión con el Brasil y la ocupación de la Banda Oriental, que pertenecía a las Provincias Unidas. Sostuvieron que existía el interés común para la América del Sur de resistir al imperio del Brasil. Bolívar estuvo una vez más evasivo, lo que prueba que sus ofrecimientos a Alvarado respondían a algún otro pensamiento político.

Alvear y Díaz Vélez proponían una liga defensiva de las repúblicas del Plata, Colombia, Perú y Chile para oponerse al Brasil. Bolívar, al mantener su evasiva, ofreció apoyo moral y consultar la opinión de Inglaterra; y no dejó de alarmar a los plenipotenciarios argentinos cuando le oyeron decir que iba a marchar al Paraguay, para derrocar a Francia y libertar a su amigo Bonpland. A una pregunta de Alvear contestó que devolvería el Paraguay a las Provincias del Río de la Plata. Las fantasías de Bolívar terminaron ahí, y los plenipotenciarios regresaron alarmados a Buenos Aires, cuyo gobierno mantuvo, sin embargo, su política.

Mientras tanto la guerra con el Brasil se hacía inevitable, y el famoso ejército de los Andes fue a terminarla con la victoria de Ituzaingó. La guerra tuvo por objeto la reconquista del Uruguay para reincorporarlo a la República. Vencedoras sus armas en los campos de batalla, resultaba, sin embargo, vencida en el terreno diplomático, a causa de la debilidad, de la falta de visión de sus hombres públicos y de la anarquía a que ellos mismos se habían lanzado.

Así, este período termina también para la República Argentina, como el anterior, con nuevos desgarramientos territoriales: la pérdida del Alto Perú y Atacama con sus puertos en el Pacífico y la pérdida aun más grave, de la Provincia Oriental del Uruguay, que se independizó, bajo la presión del Brasil, no obstante la victoria de nuestras armas sobre las suyas. La habilidad diplomática de San Martín y su mayor civilización impulsaron a la República Argentina este sacrificio, que es el daño más grande que haya sufrido en sus relaciones y desgracias internacionales, pues la Provincia del Uruguay será siempre base de la estrategia y seguridad del Río de la Plata.

DIPLOMACIA DE LA DICTADURA (1830-1852)

El gobierno de Rosas, inaugurado en 1829, se estrenó en materias diplomáticas con la cuestión de las Malvinas, en un doble conflicto con los Estados Unidos y con la Gran Bretaña. El gobernador argentino de las Malvinas había perseguido a algunas embarcaciones americanas irresponsables, que habían cometido el robo de los productos de las costas australes y a veces la piratería. Con este motivo apareció a proteger ese comercio, el corsario de guerra americana "Lexington", que ocupó las Malvinas y prendió a sus autoridades.

La reclamación de Rosas al encargado de negocios de Estados Unidos en Buenos Aires, Mr. Bailey, encontró en éste la mayor descortesía, arrogancia y arbitrariedad. Sabido es que la Corte Suprema de los Estados Unidos, amparando esta política equivocada e inmoral de su gobierno, declaró más tarde que las Malvinas pertenecían a Inglaterra.

Por aquellos tiempos, el encargado de negocios de la Gran Bretaña en Buenos Aires, Mr. Fox, presentaba una reclamación al gobierno argentino, que le había restablecido las autoridades de las islas, pretendiendo que ellas eran de soberanía inglesa. Durante esta negociación, el buque de guerra britá-

nico "Olio" se presentó en las Malvinas en 1833 y apresó a la goleta argentina "Sarandí", y a las autoridades de las islas, ocupándolas permanentemente por Inglaterra.

El gobierno de Rosas protestó con energía contra estos hechos; y el eminente abogado, doctor don Valentín Alsina, redactó un estudio jurídico-político con los fundamentos de la protesta argentina, que fue presentado en Londres por el plenipotenciario Manuel Moreno, con una "Memoria" planteando la cuestión que aún continúa abierta y a la que acaban de dar actualidad las notables palabras con que a ella se ha referido, del punto de vista estratégico, el comandante Storni, en su conferencia del Instituto Popular.

Al mismo tiempo se incubaban nuevas complicaciones con la República Oriental del Uruguay, a consecuencia de las luchas intestinas entre los partidarios de Lavalleja y de Rivera. Por más que el Estado Oriental había dejado de pertenecer a la Confederación Argentina, en ella fermentaban los partidos con vinculaciones tales en nuestro país, que sus guerras civiles eran como nuestras; y el gobierno de Rosas hubo de intervenir en favor de Lavalleja y en contra de Rivera, hasta que éste fue batido y obligado a emigrar al Brasil en el combate de "La Carpintería", en 1836.

Mientras tanto, la Confederación Argentina estaba desde 1833 en conflicto con Bolivia, a causa de los planes no muy claros y tal vez excesivamente ambiciosos del gran mariscal Santa Cruz, que ocupaba el gobierno de aquella República. El tenía desconfianza con Chile, con la Confederación Argentina y con el Perú. Sus tendencias se manifestaron respecto de nosotros por el rechazo de la legación argentina acreditada en La Paz, que debía reclamar Tarija como perteneciente al gobierno de Buenos Aires. Al mismo tiempo que Santa Cruz se negaba a admitir nuestra legación, recibía la del Uruguay, acreditada por Rivera, lo cual lo embarrataba en las luchas civiles del Plata del lado de los unitarios. Con este motivo fomentó insurrecciones en la provincia de Salta; y en 1837 Rosas rompió las relaciones diplomáticas con él y se siguió la campaña de Humahuaca, en que tuvieron lugar varios combates favorables a nuestras armas.

Todos estos enredos diplomático-militares terminaron con la caída del mariscal Santa Cruz, al empuje de las armas de Chile.

Pero las complicaciones más graves del período fueron las surgidas con las naciones europeas desde 1830. La Francia inició las reclamaciones diplomáticas contra el gobierno de Buenos Aires por tres motivos: 1.º, porque se obligaba a los extranjeros domiciliados, con determinadas condiciones de arraigo, a servir en la guardia nacional, según principios incorporados por la Revolución de Mayo a su estatuto de 1815 y mantenidos por la ley de Buenos Aires de 1821; 2.º, por la nacionalidad de los hijos de extranjeros nacidos en la República y que Francia reclamaba como franceses; 3.º, por la soberanía de los grandes ríos del Plata, que los europeos pretendían someter a las reglas del derecho internacional bajo la autoridad de todas las potencias marítimas, sustrayéndolos a la soberanía argentina.

Esta primera crisis, que comienza en 1830 y se desarrolla hasta muy avanzado el año 1846, con diferentes actores diplomáticos y en diversos períodos, produjo el bloqueo francés de 1838, en virtud de un "ultimatum" en que, a la política antes mencionada, se agregaban protestas o reclamaciones en favor de tres súbditos franceses domiciliados en la República. La Francia advirtió, después de varios años estériles y del fracaso de varias negociaciones diplomáticas y de las dificultades del bloqueo, que no tenía razón de ponerse al servicio de la guerra civil del Plata, ni de exagerar las reclamaciones de particulares que se habían mezclado también a dicha guerra civil y que, por consiguiente, no tenían un derecho claro que alegar.

Estas ideas sensatas triunfaron en Francia, y el almirante Makau celebró en 1840 la paz con el gobierno de Rosas, en términos muy honrosos, devolviendo nuestros trofeos y la isla de Martín García, que habían defendido heroicamente Costa y Thorne. Saludó al pabellón argentino la corbeta francesa "Alcémén" con veintidós cañonazos como satisfacción al país. Sin embargo, el conflicto había de reproducirse en 1846, actuando esta vez aliada la Francia y la Gran Bretaña.

Por esa época los unitarios, por un lado, y el Brasil, por otro, agitaban en Europa la intervención de las grandes potencias contra la dictadura de Rosas. El Brasil había enviado la misión del vizconde de Abrantes para inclinarse a Inglaterra y a Francia a unirse, a fin de intervenir conjuntamente con el Brasil, que pondría su escuadra y su ejército al servicio de la intervención. Inglaterra rechazaba toda solidaridad con el Brasil, pero no miraba con mal ojo la intervención para abrir los ríos a su comercio. Fusiónese de acuerdo la Francia y la Gran Bretaña para intervenir en las cuestiones del Río de la Plata, so color de mediar en la contienda civil argentino-uruguay; pero eliminaron al Brasil, que había promovido esta intriga diplomática. La intervención se proponía ocupar los ríos y su llave, la isla de Martín García, sosteniendo el principio de que su soberanía había de quedar sometida a los principios del derecho internacional y no a las leyes argentinas.

Desde ese momento, el bloqueo del Río de la Plata fue efectivo, y se sucedieron numerosas negociaciones y combates, en que intervino el Estado Oriental, por la misma razón que hemos dado antes de que la guerra civil en ambos países fuera solidaria. Apareció en esa lucha Garibaldi. Varias misiones diplomáticas dirigidas por hombres eminentes de Francia y de Inglaterra fueron burladas por Rosas, exigiendo siempre, durante las discusiones y en medio de la resistencia armada, que oponía a las grandes fuerzas de las potencias, que se respetara la nacionalidad argentina de los hijos de extranjeros y la soberanía nacional sobre los ríos interiores, que quedarían entregados a la libre navegación universal de acuerdo con las leyes y reglamentos de la República. Exigía, además, que las potencias reconocieran la injusticia de la intervención saliendo el pabellón argentino, en desagravio.

La naturaleza favorecía a Rosas, por las dificultades de mantener grandes escuadras y ejércitos flotando en el estuario del Plata, peligroso siempre, sin un apostadero que le sirviera de base de operaciones. Las relaciones con el Brasil, entretanto, eran reciosas, habiéndose cambiado explicaciones favorables al gobierno argentino, no obstante de que la política imperial seguía la intervención eu-

ropea con el propósito de sacar ventajas de ella.

En 1848 la intervención hizo su crisis. Las naciones interventoras habían sacrificado hombres, dinero y una parte de sus escuadras, que no podían ser reforzadas. La distancia y los elementos de la naturaleza las habían abrumado de tal modo, que la paz parecía imponerse de una manera definitiva. En los parlamentos europeos, por otra parte, habíanse efectuado serios debates con resultados honrosos para los derechos de la Confederación Argentina; y al fin se concertaron bases de paz por ambas partes, propuestas por los argentinos y resistidas por seis diplomáticos europeos, paz honrosísima para la Dictadura, pues se había obtenido el reconocimiento de los principios de soberanía por los cuales habían luchado y además la satisfacción de honor de saludar con veintidós cañonazos al pabellón argentino, consecuencia con su doctrina de que la intervención había sido una ofensa injustificada a la Nación Argentina.

Mientras Buenos Aires se entregaba a los regocijos de esta paz tan honrosa, el Brasil invadía el Estado Oriental con tropas a las órdenes del barón de Yacuy, a la vez que su corte dirigía negociaciones en el Paraguay y en Montevideo para formar una coalición contra Rosas, en la cual debía entrar también el general Urquiza, gobernador de Entre Ríos. El desenlace de este drama político-diplomático fue la caída de la Dictadura en 1852, en la batalla de Caseros.

Durante el período de 1830 a 1852 la Dictadura había venido siempre a sus enemigos en tierra; y la naturaleza, que lo auxiliaba, había detenido su acción en el mar. La naturaleza amparaba a Rosas contra Europa, pero su férreo carácter era el arma principal; y así pudo obtener ventajas militares, diplomáticas y de soberanía contra las grandes potencias, principalmente al asegurar, por fin, para la nacionalidad el dominio de sus grandes ríos; pero no pudo vencer las dificultades diplomáticas en las cuestiones territoriales con Chile y con Bolivia, porque la anarquía y la guerra exterior debilitaban su brazo. En consecuencia, este período diplomático termina con la pérdida del estrecho de Magallanes, ocupado por Chile, y con la confirmación de la separación del Alto Perú y territorios de Atacama hasta el Océano Pacífico.

DIPLOMACIA DURANTE LA GUERRA CIVIL (1852-1862)

Durante este período, el drama diplomático se complica en Europa y en América. La lucha entre el Estado separatista de Buenos Aires y la Confederación se trasladó a las antenas de las cancillerías de las potencias, en la forma de misiones diplomáticas; la de Balcarce, representando a Buenos Aires, y la de Alberdi, que representaba a la Confederación. Estas misiones tenían por objeto crear ambientes favorables a sus respectivos gobiernos en las cortes europeas. Francia e Inglaterra tenían agentes diplomáticos en Buenos Aires; Alberdi gestionaba su retiro; y las demás naciones no lo acreditaban, ni se propuso representación alguna, por considerarla parte integrante de la Nación Argentina, pero rebelada.

La misión Alberdi obtuvo resultados favorables a este respecto, y el reconocimiento de nuestra Independencia por España. Uno de los medios de que se valió fue retroceder de los principios de mayo y que había sostenido Rosas en materia de nacionalidad de los hijos de extranjeros, admitiendo que éstos siguieran la nacionalidad de sus padres, según las doctrinas que prevalecían en esa época en Europa. Al hacer esta concesión, Alberdi tenía en cuenta sus instrucciones, según las cuales debía propiciar la acción de Europa contra Buenos Aires y en favor de la Confederación, usando para ello todos los medios y sus talentos.

La actitud de Alberdi culminó en el tratado celebrado con España en 1857, desaprobado en el Paraná por los mismos hombres que habían dado y sostenido sus instrucciones, que sancionaron la ley de nacionalidad de dicho año, estableciendo los mismos principios sostenidos en el tratado y algunos meses antes que éste fuera suscripto. El tratado de Alberdi fue renovado por éste en 1859 con algunas aclaraciones; pero la verdad es que los hombres del Paraná no hicieron cuestión de principios al respecto, y lo combatieron rivalidades contra Alberdi, cuya candidatura presidencial asomaba en el horizonte. El tratado causó la impopularidad de Alberdi, y las consecuencias de que hablaremos más adelante.

Al mismo tiempo, el gobierno de la Confederación discutía los límites con el Brasil; y por las razones conocidas de debilidad y de anarquía, suscribió un tratado de límites en Las Misiones, desfavorable para nuestro país, que el Congreso no aprobó.

En esa época, por el año 1859, estalló un conflicto entre los Estados Unidos y el Paraguay, por reclamaciones desatendidas por el último, apareciendo en el Río de la Plata una escuadra con 2.500 hombres de desembarco y con orden de atacar al Paraguay, ataque que comenzó por un primer combate en Itapirú. El Presidente Urquiza ofreció inmediatamente su mediación, animado con el propósito de alejar del Río de la Plata el peligro de la intervención extranjera; y habiendo celebrado conferencias en Entre Ríos, en nombre del gobierno argentino, con el plenipotenciario americano, su mediación fue aceptada. Se trasladó al Paraguay con la intervención en el Paso de la Patria a la expectativa.

La negociación de Urquiza en el Paraguay, cuyos detalles son conocidos por la publicación de los diarios de los actores, uno de los cuales vive todavía, el eminente magistrado Eduardo Guído, fue dramática y accidentada; y en algunos momentos, el capitán general de la Confederación Argentina olvidó el protocolo y amenazó hundir la moharra de López padre. Las condiciones de la paz fueron al fin ajustadas en forma en que todos quedaron satisfechos, y el presidente Buchanan, de los Estados Unidos, escribió al general Urquiza una carta efusiva de agradecimiento y de simpatía para nuestro país.

Este breve período de nuestra diplomacia termina así sin desgarramientos territoriales y con un verdadero triunfo internacional, a la vez que desaparece la guerra civil con la unión de Buenos Aires a la Confederación.

PERIODO NACIONAL (1862-1916)

Reorganizada la República, sus cuestiones internacionales asumieron el carácter orgánico de las re-

laciones normales con las naciones europeas y americanas. Fueron sus principales manifestaciones los tratados suscriptos por la Confederación con España, el mantenimiento de nuestras reclamaciones a la Gran Bretaña sobre las islas Malvinas, la guerra del Paraguay, las cuestiones de límites con Chile, Brasil, Paraguay, Bolivia y Uruguay.

Apenas recibido el general Mitre de la presidencia de la República, rival irreconciliable de Alberdi a la vez que disidente con sus doctrinas, desaprobó el tratado de 1857-59, condenando así la cláusula de la nacionalidad (artículo 7.º) e hizo negociar con Balcarce el de 1863. Alberdi había caído en profunda desgracia, fue destituido, y sus haberes negados; pero esta actitud excesiva del nuevo gobierno debe atribuirse más a las pasiones y rivalidades políticas que a su error diplomático, que no era sino la consecuencia de las pasiones, intereses, leyes y doctrinas imperantes en la Confederación, cuando él negociaba.

El tratado de 1863 concluido por la Nación Argentina con España sobre la nacionalidad de los hijos de extranjeros, contiene la misma cláusula que el segundo tratado de Alberdi (1859), al disponer que la materia será regulada por las leyes de cada país. Con esta cláusula entendida con razón el Presidente Mitre afirmó el principio del "jus soli", incorporado a la Constitución del 53, reformada en 1860.

El gobierno argentino mantuvo siempre sus reclamaciones sobre las islas Malvinas contra Inglaterra y las reproduce hasta ahora mismo. El único incidente digno de mención ha sido la arrogancia con que Inglaterra contestó una reclamación formulada por el ministro Ortiz, bajo el primer gobierno del general Roca, estableciendo en sustancia que no permitía discutir la cuestión "quia nomen lo".

La reciente conferencia del capitán de fragata Storni ha demostrado que si las islas Malvinas carecen de valor económico para la República Argentina, tienen un valor decisivo del punto de vista estratégico, y aconseja perseverar en la reclamación invocando los sentimientos de justicia y de libertad de que hace alarde Inglaterra, para que nos las devuelva un día.

En momentos en que todas las naciones que sostuvieron controversias de límites con nosotros vienen a la celebración del Centenario con embajadas especiales, en pleno ambiente de cordialidad, no nos parece discreto exponer aquellas cuestiones, que asumieron caracteres enojosos. Nos limitamos a recordar que la de límites con el Paraguay terminó, después de la guerra sangrienta de varios años, con la pérdida del vasto territorio del Chaco, al Norte del río Pilcomayo, cuyo dominio pretendían afirmar por medio de las armas, según reza el tratado de la Triple Alianza de 1865. Como en períodos anteriores, las armas argentinas triunfaron en los campos de batalla; pero la victoria fue diplomáticamente esterilizada y perdimos el territorio por el cual nos batimos vertiendo sangre, lágrimas y tesoros, sin compensación alguna.

La cuestión de límites con el Brasil, como la del Chaco, fué fallada por el árbitro en contra de los alegatos de la República Argentina. La divergencia de Misiones era un error de la diplomacia española en sus rencillas con Portugal, heredada por la República Argentina, y que ésta debió ahogar al indebidarse por falta de documentos para inutilizar la eficacia de los que presentaba el Brasil, heredados de Portugal. El tratado Zeballos-Bocayeva dividía el territorio disputado por mitad y era la solución más ventajosa a que podía llegarse; pero fué abandonado por la República Argentina en virtud de intrigas políticas internas, y el Brasil lo rechazó con la cooperación de Chile, que en aquellos tiempos tenía natural interés en que no se regularizaran las relaciones entre los dos países.

Las diferencias de límite con Chile fueron también resueltas por arbitraje: la del Norte por el de los Estados Unidos, y la del Sur, por el de la Reina Victoria, con los resultados conocidos. Pero ha surgido una nueva dificultad de detalle en el Canal del Beagle e islas atlánticas al Oriente de aquí.

Queda aún pendiente una desinteligencia de demarcaciones con Bolivia, a la que no atribuímos mayor importancia, y que debe ser resuelta asegurando la cordialidad con ese país, cuyo comercio nos interesa más que el territorio de la disidencia, comercio que gravitará sobre el Río de la Plata apenas se termine el ferrocarril troncal que se unirá a la red argentina por el Norte.

En cuanto al Uruguay, esa República promovió en 1907 y continúa promoviendo la cuestión jurisdiccional de las aguas del Río de la Plata. La prudencia con que la República Argentina ha abordado esas pretensiones y ejerce su jurisdicción indiscutible sobre el Río y la importancia estratégica de los canales que ella posee, iluminan y valen como factores cuyo valor militar ha puesto en evidencia una vez más el comandante Storni en el trabajo recordado. Es ésta una cuestión vital para la República Argentina, que puede, sin embargo, ser resuelta cordialmente con el Uruguay, sin afectar su soberanía, ni su porvenir como nación pacífica y laboriosa, cuya independencia tenemos el deber de respetar y de defender.

Hemos discutido durante este período disidencias con naciones europeas; pero de orden diplomático ordinario, que no han revestido gravedad. La cuestión de la nacionalidad de los hijos de extranjeros nacidos en la República, ha sido planteada de nuevo con caracteres excesivos, con motivo de la actual guerra europea. Antes de ella se había llegado a un "modus vivendi". España y Noruega habían reconocido en actos solemnes a nuestros compatriotas comprendidos en sus leyes de nacionalidad, y se había formado así un ambiente favorable para las soluciones definitivas. Las demás naciones europeas eran indiferentes en estos asuntos, pero la guerra ha reabierto la cuestión, apasionándola en estos momentos. Cuando la serenidad torne al ánimo de los gobiernos y de los juristas habrá llegado el caso de abordarla definitivamente.

RESUMEN (1810-1916)

En todo el período de la vida nacional, como en los anteriores, las cuestiones territoriales han sido resueltas con pérdida de considerables áreas, que en un siglo remontan por sus considerables áreas, que en un siglo remontan por sus considerables áreas, que en un siglo remontan por sus considerables áreas. Sin embargo, durante el mismo período de tiempo, el Brasil ha aumentado su territorio en 820.000 kilómetros cuadrados, Chile en más de 550.000 y los Estados Unidos de América en 7.207.950.

Las causas de nuestros desgarramientos territoriales provienen de que jamás hemos tenido una política diplomática, ni ideales internacionales. Nos hemos limitado a tratar estas cuestiones al día, sorprendidos por los acontecimientos e improvisando sobre ellas. Faltaron con frecuencia a nuestros gobiernos hombres preparados e ideas definidas. Agregárase a esta circunstancia el error tradicional de todos los partidos políticos argentinos de consagrar su vida a cultivar las pasiones y los intereses o haciéndolos servir simplemente de instrumento para lograr la consagración de ambiciones y de sus fines locales. Por desgracia, los sucesos de los últimos tiempos revelan que no está próximo todavía el momento de una reacción, en que nuestro país formule ideales internacionales y disciplinados la voluntad y los medios de realizarlos; pero, por fortuna, cerramos el primer siglo de nuestra existencia nacional en paz con todas las naciones del Universo y en plena cordialidad con las vecinas, lo mismo cuando nuestro poder militar y económico prepondera. Es un auspicio venturoso para la PRENSA: INDEPENDENCIA DEL TERRITORIO NACIONAL, RESPECTO A NUESTRA LEGÍTIMA DEFENSA EXTERIOR Y PAZ CON HONOR.

INMIGRACION, NACION Y NACIONALIDAD DE 1816 A 1916

Al cumplir el primer siglo desde la declaración solemne de la independencia, ocurre al ánimo preguntarse hasta qué punto, en qué forma, y con qué alcance han contribuido las corrientes inmigratorias a la formación de este país, tal como aparece en la actualidad. La República Argentina es, en efecto, un país de inmigración, constituido, en gran parte, por el aporte del elemento extranjero que desde 1857 hasta ahora viene a incorporarse al medio y a plasmar, en proporciones siempre mayores, con el fondo nacional originario.

En realidad, este tema no ha sido aún dilucidado y, a pesar de su importancia indudable, sólo ha provocado esbozos de explicación, esparcidos al azar, en el texto de folletos, de libros o de artículos de revista. Para algunos, todo lo debe la Argentina al factor inmigratorio. Para otros, su influencia se equilibra con la acción del elemento autóctono. En fin, creen otros que la obra de este último es primordial y que la inmigración sólo ha desempeñado un papel de índice dinámico de las capacidades virtuales que se hallaban involucradas en la estructura argentina.

No juzgo necesario ni aun conveniente plantear el problema y encarar el asunto con un criterio inspirado a base de discusión de tesis "a priori". Entiendo que, de acuerdo con el método científico, la observación de los hechos y la apreciación de los fenómenos de nuestra sociología y psicología social ocurridos desde la independencia hasta el presente, ha de procurar explicaciones satisfactorias acerca de ese punto tan interesante y vistas acertadas sobre las influencias coincidentes de los dos grandes elementos constitutivos del país, el aborigen y el extranjero, que sobrevino en un momento determinado de nuestra historia.

Los elementos primarios que entraron en la formación étnica argentina son conocidos. Grupos de españoles militares, comerciantes y artesanos que desde el descubrimiento vinieron a establecerse en estas comarcas hasta formar núcleos dispersos en zonas vastísimas, por el Norte desde el Perú y el Alto Perú, y por el Este, a partir de Buenos Aires. Durante la larga época colonial se fué constituyendo con estos aportes una población arraigada de nativos y de mestizos. Los indios aborígenes no eran numerosos en estas regiones, y no se vincularon en proporciones considerables con la masa dominante y dirigente. Los negros, importados como esclavos, ingresaron, en cambio, a la vida social en el desempeño de ocupaciones ínfimas. Del negro y del indio surgieron mestizos que se sumaron a los habitantes de procedencia española. Hubo, pues, una aristocracia militar y burocrática, una burguesía y una plebe cuyos componentes se diseñan desde fines del primer siglo de la conquista. Si a estos factores se agregan algunos extranjeros llegados en las últimas décadas y radicados en los puertos del litoral, se obtiene un cuadro bastante definido de la índole de la población con que contábamos al iniciar nuestra vida independiente.

La lentitud del aumento vegetativo y la modestia de la cifra de las procedencias de la península no impidió que en el transcurso de más de tres siglos la población aumentara paulatinamente hasta un número que, si bien insignificante en términos relativos a la extensión del país, no lo era en términos absolutos a estimarse con un criterio constitutivo inicial. Don Diego J. de la Fuente, nuestro primer estadístico, cuya competencia corre admitida a justo título, calculó que en 1809, contábamos alrededor de 406.000 habitantes, cifra que ascendió a 527.000 almas en 1819. De aquí resultaría un término medio aproximado de 450.000 habitantes en la época de la emancipación.

El país era un desierto pero poseía, no obstante, centros poblados esparcidos a distancias larguísimo en toda la extensión del territorio. Tiempo hacía ya desde que se diera en estas tierras vírgenes el primer golpe de hacha y, a grandes líneas, estaba trazado el dibujo geográfico-político de la nación futura. Los grandes caminos hallábanse señalados a través del desierto por la ruta de los viajeros. Los gobiernos delegados dejaron establecido un orden más o menos regular en la vida y en las actividades sociales.

Todo esto era incipiente, pero bien definido. El país contaba ya en 1816, una población que, aunque pequeña, constituía una base demográfica, y poseía una estructura, una existencia social y económica, usos y costumbres, complejidades de pueblo en los albores de una raza fuerte.

No hubo desde el primer instante un concepto nacional, categórico y definido en el sentido político del término, pero se hallaba, en el ánimo de los libertadores, la visión clara de un pueblo con voluntad de afirmarse a sí mismo. Basta ello, desde luego, para admitir que existía ya un temperamento y hasta un carácter argentino. Este temperamento y este carácter permaneció igual más o menos hasta 1880, para fijar una fecha. La energía un poco impulsiva, la intensidad de los sentimientos, que con frecuencia alcanza hasta la exaltación pasional o emotiva, la elevación y la nobleza de las aspiraciones, el valor físico y moral, el individualismo, la personalidad original y creativa en los mejores, en los proclamas que combaten el capadocismo o la pluma, son los rasgos que predominan en el cuadro.

Los inferiores, los instintivos y limitados tienen las mismas pujanzas, por lo general, y un sello personal distintivo. Hay un cierto carácter de familia entre los buenos y los malos, entre los patriotas esclarecidos y los caudillos locales. Se ve que unos y otros salen del mismo fondo, como productos adversos del mismo suelo. Y el pueblo revela igual temperamento en la incultura. Es abnegado, patriota, turbulento, enérgico, inclinado al culto de la fuerza física como todos los primitivos.

En concordancia con este temperamento, predomina, en lo mental, la imaginación sobre el juicio. Sobreviene de aquí una visión exacta a veces de las cosas y, en otras, una percepción deformada por reducción o por exceso. A esta imaginación que actúa sin una fiscalización suficiente, el espíritu crítico se debe, en parte principal, el problema político que se plantea desde los primeros días, cuya solución demora medio siglo y provoca una serie de luchas apasionadas entre el espíritu nacional y el localista, hasta que se impone la noción del gobierno federal equidistante del unitarismo y del separatismo. Las circunstancias del medio, el vasto espacio poco menos que infranqueable entre las poblaciones, que hacía extrañas entre sí a las provincias y volvíala confusa la visión de una gran entidad nacional, constituyen elementos de hecho explicativos de la persistencia del problema, como se ha observado con exactitud, pero forzoso es reconocer en todo ello la influencia última del factor psicológico.

Atribuyo a la imaginación, no bastante templada por el razonamiento y la percepción clara de las cosas, la tesis unitaria en una época en que el régimen era en absoluto impracticable. En cuanto al proceso localista la imaginación trastornaba los valores y cada provincia se consideraba capaz de realizar una entidad política definida. La historia ulterior del país ha venido a demostrar hasta qué punto era utópica la tesis localista.

De esta característica fluye una tonalidad peculiar de la inteligencia. La forma lírica y efusiva, en oposición a los rigorismos críticos, la claridad en los conceptos y nociones generales, la confusión en los detalles, las sistematizaciones y representaciones incompletas, traducen la influencia de la imaginación sobre el juicio en la obra

intelectual de la época. Resulta notable de este tipo. A ciertos conceptos utópicos agregó otros provocados por una imaginación representativa genial, que sólo podrían realizarse muchos años después. Más adelante, en tiempos ya de mayor cultura, Sarmiento, Mitre, Alberdi, Vélez Sarsfield, Rawson, Gutiérrez, Vicente López, Avellaneda y algunos otros talentos descolados, fueron excepciones a esa ley. Son ellos los genios creadores por excelencia de la Nación, sobre la base del elemento somático de la nacionalidad que es anterior a todo dinamismo político. Pero, a pesar de su talento, la pasión personal onubió su juicio más de una vez. Cuestión de época y de circunstancias se ha dicho. Seguramente, pero de psicología individual también. Si las épocas moldean a los hombres, justo es admitir que son ellos quienes dan una tonalidad peculiar a los acontecimientos e imprimen su sello en los factores que cooperan a su realización.

Si se observa a estos hombres representativos de la segunda época y se les compara con los de la independencia, ha de advertirse la semejanza que los une con lazo común. Todos son de un elevado temple, robustos en lo sentimental y en lo intelectual. Se destacan como estatuas y no es al prestigio histórico que ello se debe, sino a lo acentuado y enérgico de su tipo, casi siempre original.

Desde luego, un pueblo con los caracteres psicológicos que esbozamos a grandes rasgos, como lo impone la índole sintética de este artículo, no se halla bien dotado para alcanzar una gran pro-



Anciano "Hotel de Inmigrantes", que existió en la ribera del Río de la Plata, a espaldas de la estación Retiro. Los inmigrantes desembarcaban directamente en lanchas y carros.

peridad económica cualesquiera sean las riquezas naturales del país. La labor económica presupone en el individuo una percepción inmediata de las cosas y una actividad sostenida y disciplinada en el trabajo. Implica, por otra parte, la existencia de hábitos tradicionales y una educación, usos y costumbres seculares.

Ahora bien, la colonia no era propicia al desarrollo de estos hábitos ni ofrecía estímulos para la producción y el intercambio comercial. Se sabe, por lo demás, de las restricciones que el gobierno español impuso al comercio de estos países y, como toda traba de este género incide sobre la producción, no es de extrañar que ellas contribuyeran, entre otras causas, a restar el mayor de los impulsos a las posibles actividades locales. La situación del país en los años de la independencia era, pues, muy precaria a este respecto.

El predominio de la imaginación sobre el juicio crítico, que señalamos, no fué a pura pérdida. La imaginación es un elemento intelectual de primer orden y un pueblo que la posea es siempre un pueblo inteligente. Así se explica que los hombres de los primeros años y los que les sucedieron después de la tiranía, vieran con claridad los beneficios que habría de reportar al país la inmigración en grande escala del trabajador europeo. En ningún otro de Sud América se advirtió esa convicción con tanta perspicacia y amplitud como entre nosotros.

Carecíamos del medio adaptado al aprendizaje, de la agricultura y de las artes y oficios. Hay que tener presente también que la época no tenía semejanza alguna, en ningún país del mundo, con el cuadro de la actualidad económica en todas partes, pues la actividad industrial vino a caracterizarse recién a mediados del siglo XIX. Surgieron, pues, a la escena las Provincias Unidas en un momento poco adecuado para la realización inmediata del plan poblador y económico que la imaginación vidente, pero extensiva en esa hora, de los patriotas fundadores les llevaba a suponer obra factible. Realmente, en esos tiempos, el país estaba y quedaba librado a sus propios recursos por muchos años todavía.

Los hombres de la primera época tuvieron también la visión fecunda de la instrucción indispensable para educar a estos pueblos poco menos que incultos. En la colonia, el atraso sobre este punto era correlativo con la vida vegetativa que llevaban los vecindarios perdidos en la extensión del territorio. Debe comprenderse con cuántas dificultades chocarían los primeros gobiernos para establecer escuelas en los pequeños centros y aun en las capitales de provincia, en esos años de lucha y de pobreza del erario. De aquí la preocupación de Sarmiento y el impulso que dió a la instrucción en todo el país, secundado por otros espíritus progresistas que actuaban en los gobiernos locales.

La Confederación contaba, por lo menos en Buenos Aires, con una universidad en la que se cursaban estudios preparatorios y de ciencias exactas, medicina y derecho, ya en 1827. En 1823, Rivadavia había resuelto la adquisición en Europa de los instrumentos más perfeccionados para establecer laboratorios de química y de física y contratado a un sabio, el doctor Cartá, a quien sucedió otro sabio, el doctor Mossotti, para dictar el curso de física experimental. En el llamado "departamento de ciencias preparatorias", se enseñaba, en 1827, filosofía, física matemática y experimental, y química. En mate-

ría de idiomas, la instrucción no se limitaba al latín y al griego, si que también se hallaba incluido en el plan de estudios, el francés y el inglés. Estas aspiraciones hacia la instrucción superior se habían revelado desde 1817, con motivo del establecimiento del antiguo colegio real de San Carlos. De aquí nació el colegio de la Unión del Sur, cuya apertura, según lo cuenta don Juan María Gutiérrez, se realizó con especial solemnidad y fué considerada por la prensa social como el suceso más notable de la administración del directorio.

Dice el doctor Gutiérrez, refiriéndose al Colegio de Ciencias Morales, organizado sobre la base del de la Unión del Sur, en 1823: "En este colegio se educó un número considerable de jóvenes pertenecientes a todas las provincias, unos a sus expensas y otros por cuenta del Estado. Allí se uniformaron en ideas y en sentimientos y adquirieron un temple moral que no ha contribuido poco a salvar la civilización en la República durante la reacción del despotismo contra las instituciones creadas en Buenos Aires desde el año de 1821 hasta la disolución del gobierno de Rivadavia".

La tiranía iba a interrumpir la marcha de estos esfuerzos, tan bien iniciados en esa época lejana, pero vuelto el país a tiempos normales, sobrevino la reorganización de la Universidad de Córdoba, y la fundación del colegio Seminario por el gobierno de Buenos Aires, sobre los restos del antiguo de Ciencias Morales. Nacionalizado más tarde, vino a ser este el Colegio Nacional, que ha alcanzado tan grande desarrollo. No hay que olvidar al célebre colegio del Uruguay, ni los progresos que se produjeron en breve tiempo en la instrucción pública elemental.

Estamos ya en la época de la organización nacional. Los espíritus vivían agitados por las luchas intestinas y preocupados a la vez por la obra de la preparación del país a la mira de sus destinos ulteriores. Fué dictada la Constitución; se organizó la justicia sobre bases nuevas; se dotó a la Confederación de los códigos del derecho positivo; se tendieron hilos telegráficos; fueron mejorados los servicios postales y hasta se conservó un primer ferrocarril.

Desde 1854, apenas sacudido el yugo de la tiranía de Rosas, los gobiernos se propusieron la creación de ferrocarriles, de acuerdo con el anhelo de los hombres esclarecidos de la época. Su pensamiento está sintetizado en la exhortación que escribía Alberdi en 1854: "Es preciso traer las capitales a las costas o bien llevar el litoral al interior del continente. El ferrocarril y el telégrafo eléctrico, que son la supresión del espacio, obran este portentoso mejor que todos los potentados de la tierra. El ferrocarril innova, reforma y cambia las cosas más difíciles, sin decretos ni asonadas. El hará la unidad de la República mejor que todos los congresos".

El gobierno central tendía a regularizar su acción y algunas autoridades provinciales cooperaban en la tarea. En 1853, el doctor Brougues había hallado facilidades por parte del gobierno de Corrientes para iniciar, en Santa Ana, una colonización con núcleos franceses. En 1856, el doctor José María Cullen, gobernador de Santa Fe, favoreció la fundación, por el doctor Aarón Castellanos de la colonia Esperanza a poblarse con 1.000 familias suizas, que fueron punto de partida de la vasta colonización ulterior en la provincia. En 1854, el Congreso de Buenos Aires decretaba la construcción del primer ferrocarril argentino, mo-

desta vía de veinticuatro mil varas de extensión que fué el germen del ferrocarril del Oeste. La misma provincia decretaba la del ferrocarril Buenos Aires y Ensenada en 1857, y del Sud en el año 1862.

La Confederación, por su parte, dispuso la construcción de las siguientes vías férreas: Traslalendo y Central Argentino, en 1855; Argentino del Este, en 1864; sección Norte del Central Córdoba y Andino, en 1868, y Buenos Aires y Rosario, en 1870. El origen de casi todos nuestros grandes ferrocarriles data de esa época lejana.

Esta obra era exclusivamente argentina, pues sólo poseíamos un reducido número de extranjeros en esos años. En septiembre de 1869, fecha del primer censo nacional, contábamos con una población de 1.743.358 habitantes, de los que 211.993 eran extranjeros. Hay que tener en cuenta que de este número, 119.614 eran de incorporación reciente, pues habían llegado desde 1857, primer año de la estadística inmigratoria, hasta 1869. En consecuencia, la cifra de extranjeros era más o menos de 92.000 individuos a principios de 1857. Estas cifras implican la existencia de un elemento extraño al que no pueden atribuirse mayores influencias en



esas épocas de creación originaria. Por lo demás, esos extranjeros arraigaban en los pueblos del litoral. El interior no se hallaba en condiciones de ofrecer alientos al inmigrante que llegaba tanto entonces como ahora, en procura de riquezas en explotación, capaces de brindarle un salario inmediato.

Así se explica que, en 1869, sobre una población de 1.743.358 habitantes en la ciudad de Buenos Aires, se clasificaran 78.046 extranjeros y sólo 46.232 argentinos.

Desde esa época la inmigración ha influido sobre la nación y la nacionalidad, de dos maneras: ha sido un factor económico considerable y nos ha procurado, por otra parte, un rápido aumento de la población, tanto por la cifra intrínseca de los ingresos como por el número de los descendientes de los inmigrantes arraigados.

Derivan de aquí tres influencias: una económica peculiar: el fomento de la riqueza pública y privada; otra demográfica con proyecciones políticas; el crecimiento rápido de la población; otra ética, sociológica y psicológica: la modificación del temperamento y del carácter nacional. Las tres características enumeradas se han acentuado en términos progresivos desde la década 1857-1869 en suma creciente de influencias a medida de la acumulación sucesiva del factor inmigratorio.

La inmigración intensiva es, pues, un fenómeno constructivo. El millón y medio de habitantes argentinos con que contaba el país en 1869, nos habría limitado al aumento vegetativo de los elementos autóctonos, tanto en población como en economía. El inmigrante vino a precipitar la marcha provocando un cuadro lleno de pujanzas vitales apresuradas, un escenario lleno de animación y movimiento.

Este aumento de la población ha contribuido a darnos mayor importancia política en las relaciones internacionales y a introducir un elemento estático favorable al orden público en la política interna.

En fin, la inmigración ha modificado profundamente, a la par de las condiciones de vida del medio, el temperamento y el carácter nacional. Tiene esta modificación ventajas y desventajas que conviene puntualizar.

Creo que a los fines de una psicología social no sería posible desvincular a los argentinos nativos de los extranjeros residentes, pues el conjunto de unos y otros da un total cuyos componentes se confunden en todas las esferas de la actividad, menos en la política. En los países de población densa y uniforme, moldeada por la raza y por la historia, el extranjero es un transeúnte, un ser perdido en la masa y heterogéneo con ella, cualesquiera sean sus lazos adventicios con el medio; pero, entre nosotros, el extranjero no es un huésped, sino una unidad constituyente porque arraiga y se anastomosa con la masa de la población. El extranjero propietario, agricultor, ganadero, industrial, comerciante, hombre de sociedad, esposo de argentina y padre de hijos argentinos, vive impregnado de nacionalidad argentina y a ella no puede sustraerse. Emergen de estas circunstancias, no obstante el caso individual de la persistencia del rasgo somático originario, homogeneidades que no pueden pasar inadvertidas para el sociólogo y que atribuyen al conjunto el aspecto de una gran familia, de un pueblo más o menos cohesionado por múltiples influencias. Una psicología social del pueblo argentino, debe, pues, tomar nota de esta integralidad constituida por el argentino autóctono, el nieto, el hijo del extranjero, y el extranjero mismo, más o menos adaptado, porque,

de lo contrario, no ha de arribar a definición alguna acerca del temperamento y del carácter nacional en la actualidad.

El extranjero se adapta ante todo por influencia del medio en lo que tiene de más general. La tierra, el espacio, el aire, la luz, la vida activa, el estímulo para la labor, el goce del bienestar, la libertad y la amplitud en las normas comunes de la existencia, imprimen su sello sobre el inmigrante, y lo transforman, si no en un argentino, por lo menos en un ser de psicología distinta de lo que era en su país de origen. Así lo he observado en muchos casos durante el largo tiempo de mi desempeño del cargo de subdirector de inmigración.

Fluye de la observación de este conjunto un cuadro psicológico muy distinto del que ofrecía la República hasta la época de la formación constitucional. Las grandes barcadas sucesivas que nos han traído el brazo fuerte de las corrientes inmigratorias miserables, nos han traído, a la vez, un factor de influencia que, no sólo ya en el sentido sociológico y político, si que también en el psicológico, ha alterado profundamente el temperamento y el carácter anteriores. Esta influencia se descompone: 1.º, en el factor étnico y 2.º, en el factor económico.

Obras el primero por acción de las cualidades de la raza que el inmigrante trasmite en forma más o menos atenuada a sus descendientes. La psicología de los pueblos español e italiano, deben, pues, traducir su influjo en la masa de la población y, en grado menor, las demás nacionalidades cuyos individuos han contribuido a darnos los seis millones y medio de almas, en cifras redondas, que representa la población argentina nativa según el último censo.

En cuanto al segundo, cualquiera que sea la nacionalidad y categoría del extranjero, es evidente que ha venido y arraigado momentánea o definitivamente, movido por el afán del lucro, sea para vivir, en términos modestos, sea para enriquecerse, si le es posible. De aquí una tonalidad general de actividad económica y predominio de la finalidad individual interesada. La riqueza del país favorece la realización de aquel "desideratum" y desarrolla, por tanto, la mentalidad que señalamos, como un elemento característico de la psicología nacional.

A medida de la incorporación del inmigrante, con sus descendientes argentinos y del aporte de capitales extranjeros, se han creado riquezas, se han valorizado las tierras, han crecido las ciudades y las poblaciones, ha aumentado el intercambio comercial y la circulación del dinero, ha sobrepasado el bienestar y el lujo. Soplan, en fin, vientos de gran nación contemporánea sobre la República. Todo esto es la época económica, con las ventajas grandes de la riqueza y las desventajas del utilitarismo práctico y doctrinario invasor.

De ella derivan facilidades pecuniarias para el gasto afectado al bienestar; pero no generosidades correlativas como nos hemos complacido en admitirlo al influjo de un error de observación psicológica. Frente a una cultura que hace había más pobreza y más altruismo que ahora. Ello es indudable y no tenemos por qué insistir en la diferencia que hay entre la capacidad de gastar y la facilidad de dar, de hacer participe a otro del bien que se posee, en mérito de un elevado y noble estímulo, ideal o afectivo. De esta acción o finalidad utilitaria profusa surgen diversas consecuencias en todas las esferas de la vida pública y privada.

Ahora bien, este fenómeno es común a todos los países de la tierra. No hay pueblos que se caractericen por la generosidad y el altruismo, pero es general en todos ellos la existencia de alicientes varios, provocadores de dedicaciones de la actividad individual a tareas y finalidades superiores. No me refiero a la beneficencia, como es fácil comprenderlo, sino a la cotización de los valores humanos desinteresados y a su influencia en la marcha del país. Desde luego, no hay entre nosotros, estímulo alguno para la vida intelectual, por falta de ambiente, o sea, en definitiva, por falta de interés de parte del común de los individuos que no sienten ni la necesidad ni el respeto por el trabajo mental. Hay, en cambio, demasiada unanimidad en los conceptos utilitarios exclusivos de la vida y ello se traduce en manifestaciones de veras que no favorecen el desarrollo de las grandes cualidades de la mente y del carácter.

Los hombres de la época de la organización nacional se hallaban consagrados a la obra política y tenían que realizar un vasto programa absorbente de todas sus energías. Pensaban y actuaban a impulsos de un fuerte ideal patriótico. Todo contribuía a vigorizar estas tendencias elevadas, impuestas por las circunstancias, cuyo proceso se mantiene hasta 1880, para fijar una fecha en la línea inaprehensible de la evolución. Asombra, en verdad, el derroche de talento de que hace gala el país en esos tiempos y el número de hombres eminentes que crecieron y se desarrollaron en la edad media argentina, provocadora, por reacción, de homías de tendencias espirituales y voluntarias. Sarmiento sintetiza estas partes de estas fortalezas y talentos de facultades disciplinadas bajo el yunque. Alberdi, Mitre, Vélez Sarsfield, Vicente Fidel López, Rawson, Gutiérrez, Frías, entre otros, son exponentes del espíritu y de las fuerzas creadas por las gravitaciones y sugerencias del ambiente. Tan intenso es el impulso intelectual que hasta surgen poetas y escritores galanos y castizos en esos períodos agitados... Obsérvese como sucede que a medida de la acentuación de la época económica, baja el patillo de la balanza de los valores superiores en términos y correlaciones matemáticas.

Pero quedan en el fondo las simientes de la raza originaria y el momento histórico es de transición; así lo creo firmemente y espero demostrarlo en otra oportunidad. No faltan elementos dispersos, materiales de reserva, núcleos que pugnan porque se atribuya un lugar cualquiera a la actividad desinteresada en todas las esferas. Ha cundido la moda de las conferencias, de las revistas y de las corporaciones intelectuales que, aunque viven muriendo, señalan propósitos y finalidades alejadas del utilitarismo absorbente de las energías generales. Todo esto es digno de encomio y de aliento, porque hay patria en todo ello.

Somos, hoy por hoy, un pueblo fuerte, activo, orgulloso de sí mismo y optimista a todo trance por motivos de fisiología colectiva, justificada por la riqueza del país. Por otra parte, somos superficiales y aristocráticos. Vivimos rigurosamente en el presente y afirmamos el porvenir sin detenernos, con una simple fórmula de progreso. Este cuadro, así diseñado sería incompleto, si no anotáramos en el haber, el deseo por la instrucción que, aunque a finalidad profesional, siempre es fuente de distinciones nativas que perduran y nuestro patriotismo ardiente, lleno de seguridades y de promesas; nuestro respeto por los mayores, desaparecidos ayer, lo que señala una tradición viva, presente siempre en el espíritu nacional.

Hay, por lo demás, progreso evidente en los procedimientos políticos y una alta probidad en las cosas que atañen al Estado. El sentimiento por un ideal argentino constituye una preocupación para numerosos espíritus. Nuestra historia está llena de seducciones heroicas y elevadas. Contienen todos estos elementos que actúan sobre una fuerte raza, joven, bien dispuesta e impresionable, una escuela a sugerencias poderosas que darán en tiempo no lejano su verdadera y completa fisonomía a la Nación y a la nacionalidad argentina.

Carlos Baires

Orígenes de la escuela primaria argentina

CUANDO el esfuerzo de nuestros mayores transformó en Nación soberana la vieja colonia española del Río de la Plata, la masa popular emancipadora sufría, en el orden mental, los efectos del régimen restrictivo impuesto por la metrópoli a sus posesiones de América.

La misma falta de impulso y de libertad, que en el curso de dos siglos había contenido la expansión de fuerzas materiales en los pueblos sometidos a la monarquía peninsular, retardaba el desenvolvimiento de sus energías espirituales.

A pesar de la presión enervadora del monopolio, algunas industrias y el comercio vivían, siquiera fuese una vilita embrionaria, pero la falta de un sistema de instrucción elemental hacía que las generaciones se sucedieran y vegetasen en la más deplorable ignorancia.

Contrastando con la calculada displicencia de la acción oficial, que apenas si había otorgado un lánguido patrocinio a tal cual instituto de enseñanza superior, perdido en la vasta extensión del virreinato, la iniciativa privada y el fervor de misioneros

las definiciones y las reglas sentadas. Así se instruyó en el catecismo, en la gramática, en el cálculo. La habilidad del lector culminaba cuando era capaz de recitar al pie de la letra, como el discípulo de Thubal Hotoferne, las combinaciones insípidas de la cartilla o silabario. Para facilitar el trabajo se utilizaba, con buen acierto, el ritmo, poniendo a contribución la poesía y la música. En malos versos se deformaban las oraciones y en cadencias monótonas y discordes se vocaba la tabla pitagórica. ¡Superficie de los modos escolásticos, que hinchaban las memorias, dejando vacíos los entendimientos!

Por una teoría extravagante, sin filiación clara en la historia de las ideas, la escuela de la época separaba como dos operaciones distintas, y acaso contrapuestas, la instrucción y la educación. La primera impartía conocimientos, la segunda inculcaba a la moralidad. Dentro del criterio ortodoxo, la virtud superaba al saber, no obstante la prevención bíblica de que la ciencia está por encima de los sacrificios. Lógicamente, los maestros empeña-

ban su celo, y cifraban su sencilla gloria en dar educación, vale decir, en nutrir la conciencia de sus alumnos con normas morales, fundadas, como ya se presume, en el sentimiento religioso. Ese estado de alma era incompatible con los pensamientos irreverentes, con el desdiseño de las prácticas culturales, con las costumbres disipadas, con el vocabulario licencioso, con las maneras libres y las actitudes inmodestas. Si la virtud era un resultado del hábito, como lo sostenía Aristóteles, bien podían los preceptos formales suplir la falta del elemento racional que se advertía en aquella enseñanza.

Socialmente, los maestros primarios de la colonia ocupaban el lugar subalterno a que, por prejuicio tradicional, han sido relegados sus colegas de todos los tiempos, pasados y presentes. No debió ser más favorecida su situación económica, si hemos de juzgarla a través de los pocos documentos que ilustran el punto. Un acta del Cabildo de Buenos Aires, fechada el 10 de mayo de 1670, que puede leerse en la inteligente y laboriosa "Colección de Lecturas Históricas" del doctor Ricardo Levene, consigna lo siguiente: "E luego por Alejandro Jamin se presentó en este Cavildo una petición ofreciéndose a enseñar a leer y escribir

los muchachos desta ciudad y otras cosas y el estipendio que por ello hubiese de aver lo remitió a este cavildo para que se le señalase y habiéndose tratado y conferido en la dicha racon y dándose licencia para poner escuela se trató sobre el estipendio que se le ha de dar y se ausentó con el susodicho y efecto que por los muchachos que escribiesen y leyesen y aunque cuenten enseñándoles lleve por ello por cada un año doce pesos corrientes por cada uno y que en cuanto a los demás se concierte con sus padres y el dicho maestro escue- lo se obligó y prometió por su persona y de no hacer ausencia y enseñarles con cuidado y puntualidad y le declaran que la dicha paga se le ha de hacer en harinas, cueros y sevos, y trigo, y ganados, que es fruto de la tierra pagado por los tercios del año de cuatro en cuatro meses". No ha llegado hasta nosotros la estadística que informe sobre la concurrencia de muchachos a la escuela del maestro Jamin, por lo cual es imposible apreciar cuánto obtuviera el maestro, pagados en especies, pudo obtener al año por enseñar a leer, escribir y contar. Pero la suplica dirigida al gobernador de una provincia litoral dos siglos más tarde por un compatriota de Jamin, maestro como él, sirve para hacer inferencias. La pieza ha sido transcrita en la "Historia de la Instrucción Primaria" del doctor Juan P. Ramos. El firmante, Birnez, se queja del alcalde: "¡ojos de fomentarme la Escuela y atraerme niños los han dejado huir con las Cartillas, cantones y catecismos, y aun con el pre del maestro, que es un dolor! porque los niños pague son pocos y mi familia es mucha y pobrísima". Los honorarios de Birnez no debían ser fabulosos, como lo deja adivinar cuando agrega: "¡Juro que Va. no se desahogaré en alargarle un real por mi trabajo y que es todo mi deseo el que Va. se digne pasarme los 10 ps. que anterior disque prometió, y en ese caso yo los franquearía á todos aun quando fuesen 100".

La labor de los maestros parroquiales y conventuales no estaba, seguramente, retribuida con mayor largueza; pero las dadas de los fieles proveían con discreción a las necesidades de su vida austera, y permitían— a las órdenes regulares, sobre todo— enseñar gratuitamente los ramos ins-

trumentales a los hijos de las clases proletarias.

Fuera de las escuelas, la enseñanza, reducida siempre al adocctrinamiento religioso y a la iniciación en las artes de leer y escribir encontró otro agente solícito y desinteresado en el hogar culto y pudiente. La duca de casa caritativa y bondadosa, congregaba a su derredor, en ciertas horas del día, la pequeña colonia infantil de su heredad— sin excluir al negrito esclavo— y mientras sus manos hacían primores de aguja, ayudaba a sus párvulos a descifrar la Cartilla o el Catón Cristiano. Los defectos de técnica quedaban ampliamente compensados en esa cátedra doméstica por la ternura maternal y el entusiasmo ingenuo que la digna señora ponía en su empresa docente.

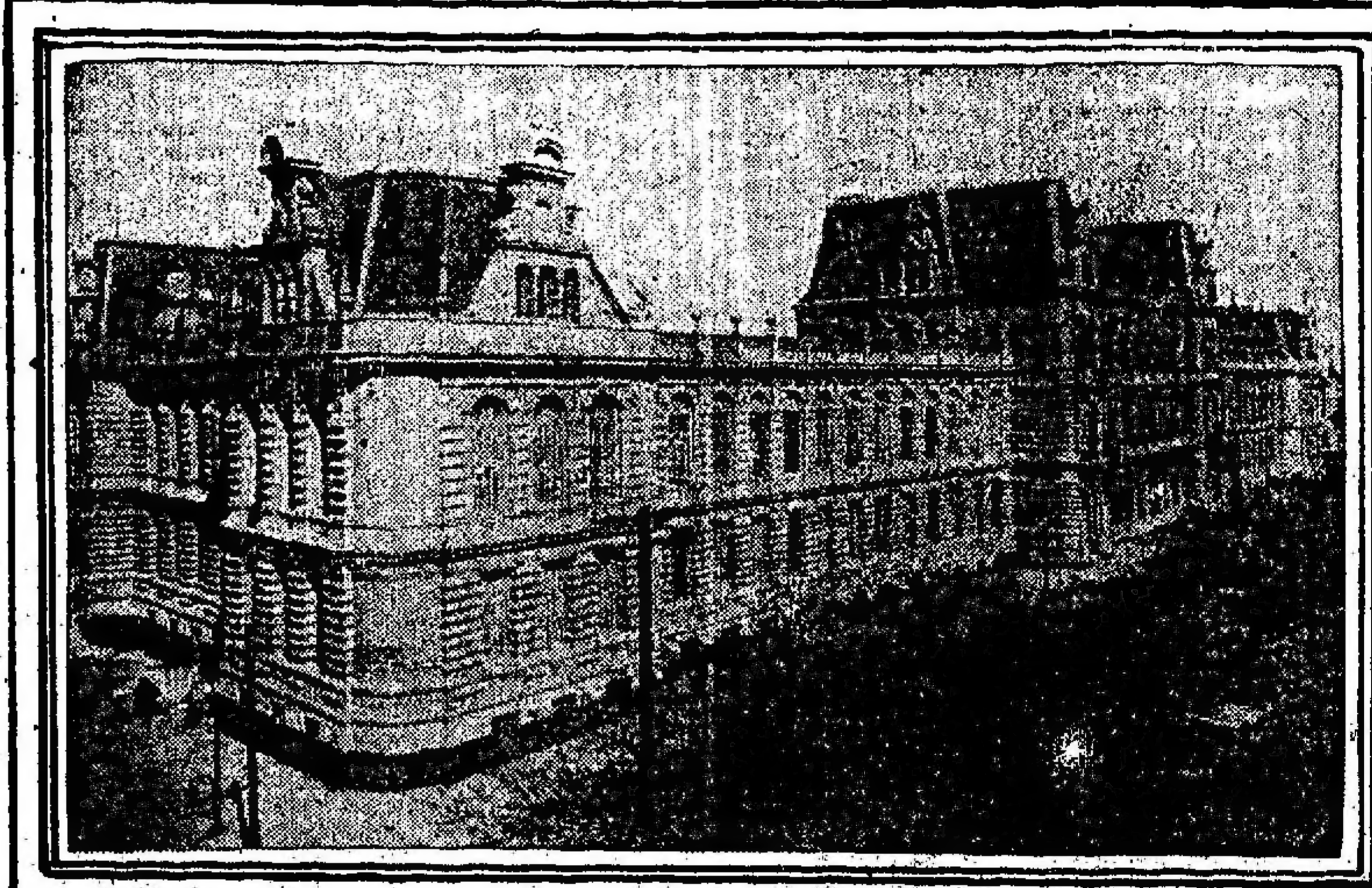
Coronados por la victoria el valor y el sacrificio de los revolucionarios de Mayo, al constituirse políticamente la Nación Argentina, todas aquellas humildes fuerzas civilizadoras continuaron sirviendo a la nueva patria y por más de medio siglo fueron todavía factores importantes, si no únicos, de la cultura popular.

Rivadavia, el primer propulsor intrépido de la enseñanza nacional, quiso multiplicarlas propagando el sistema lancasteriano; pero los caudillos y la tiranía asfixiaron en sangre la reforma y retardaron por cincuenta años la profunda renovación que transformó aquellos factores, desde la casa al maestro, e hizo surgir, como por obra de un "fiat" prodigioso, el admirable organismo de educación común que es signo de nuestra grandeza presente y esperanza de gloria venidera.

Modestos orígenes, sin duda, los de la escuela primaria que la Nación Argentina puede exhibir, al celebrar el centenario de su independencia como testimonio irrecusable de su capacidad para asimilar el progreso y de su ascensión al plano superior de la democracia ilustrada.

No fueron más brillantes los que llevaron el primer rayo de luz al cerebro de la tribu nómada que asumió en la Helade el cetro de las ciencias y las artes y se impuso a las edades por el prestigio del genio.

L. Horroca



CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

ros evangélicos organizaron las pocas y precarias escuelas que en los centros más poblados difundieron los primeros rudimentos del saber.

Por el espíritu que las inspiraba, por el arte didáctico que desenvolvían hasta por su instalación menesterosa, eran aquellas cátedras un fiel trasunto de las que en plena Edad Media combatieron la barbarie de la Europa occidental. Penetradas de una tendencia ascética, profesaban preferentemente disciplinas confesionales, en cuyo número correspondía incluir la propia lectura, ya que la aptitud que ella procuraba debía ejercitarse en penetrar el contenido de escritos religiosos. La exclusión sistemática de toda materia profana no admitía excepción sino en favor de la gramática, cuyo estudio a la manera catequística no amenazaba la fe, y de la aritmética de las cuatro reglas, tolerada por su utilidad y por su trascendencia poco pecaminosa sobre las almas.

El seglar que explotaba la industria docente con fines literarios abría el aula bajo el corredor o en el patio de su vivienda, mientras la estación propicia, o en alguna habitación destarallada cuando el frío acentuaba sus rigores. Los alumnos que no se resignaban a aprender de pie debían proveer de una tosca silla con asiento de totora, de un trozo de madera dura o, en casos extremos de escasez, de una cabeza de vaca disecada, por la intemperie. La existencia de algunos bancos largos, pesados y sin respaldo, era un lujo de mobiliaje que atestiguaba en el preceptor un raro desahogo financiero. No escuchaban lecciones con más comodidad, seguramente, los estudiantes universitarios del siglo XIII, que en la Montaña de Santa Genoveva se sentaban en el suelo, sobre montones de paja extraída de los pesabres; ni era más confortable que esa nuestra casa-escuela colonial la pequeña cocina del vetusto castillo de Iverdun, cuyas paredes ahumadas oyeron a Pestalozzi predicar su credo educador.

Cuando la clase funcionaba bajo la tutela eclesiástica, teniendo casi siempre por instructores al sacristán de la parroquia o al hermano lego del convento, mejoraban sensiblemente su situación y su menaje, con positivo beneficio físico e intelectual para los escolares.

Las congregaciones enseñantes, venidas del Viejo Mundo, para cateizar infieles y ensanchar los dominios de la cristiandad, los jesuitas, los dominicos, los franciscanos, traían una apreciable experiencia docente, adquirida en la práctica del magisterio, y aunque sus métodos sentían especial predilección por la cultura media y superior, y delegaban en manos auxiliares la educación primaria, los consejos de su sabiduría y de su destreza técnica levantaron las escuelas de su dependencia a un relativo nivel de eficacia, rara vez alcanzado por el empirismo laico, traído accidentalmente a la misma tarea.

Aparte del común fondo de religiosidad que informaba su enseñanza, unos y otros, los maestros congregacionistas y los profanos, coincidían en una igual manera de concebir el gobierno escolar. Compartiendo la creencia de que el hombre es un ser caído y de que su naturaleza está profundamente viciada por el pecado original, entendían que era forzoso recurrir a la compulsion para rectificar la conducta y defender la salud moral. De ahí el uso de los castigos corporales y de las penitencias torturadoras como estimulantes de la disciplina y de la aplicación al estudio: sin la palmetada, el látigo o el cepo, aquellos educadores, generalmente piadosos y humildes, se hubieran creído inhabilitados para cumplir su ministerio. No por crueldad, ni por ausencia de afectos paternales, sino por íntimo convencimiento de que el dolor aguija el ingenio y predispone para la virtud, golpeaba a la niñez turbulenta o perezosa, hasta bañarla en lágrimas y salpicarla con su propia sangre. Ya a larga distancia del período colonial, el régimen riguroso se reencarnaba en el maestro de Córdoba, cuya figura no puede evocarse sin pena y sin protesta, que azuchaba contra el niño delincente tres pernos cabados para que le desgarraran las piernas a dentelladas. A su lado, Orbilins, el verdugo de Horacio, hubiese parecido un modelo de moderación y suavidad. Disciplina triste y sombría, como la doctrina de que derivaba, cerró sus cidas a la palabra humana: "En la bondad reside la alegría, la dignidad, el carácter divino del apostolado de la enseñanza".

Con el móvil del temor, la escuela solía alternar el de la emulación, exaltando la vanidad. Distribuíamos premios—medallas, amuletos y golosinas—para atenuar las severidades de la palmetada.

Entre todas las funciones cerebrales, la memoria era en aquel entonces objeto de singular simpatía. Aprender de memoria era la exigencia primordial de la didáctica consagrada. Nada se sabía bien sino cuando se podían repetir mecánicamente los textos sacramentales, las fórmulas convenidas,



ESCUELA NORMAL DE PROFESORES

POBLACION RETROSPECTIVA Y SUPERFICIE TERRITORIAL DE LA REPUBLICA ARGENTINA

CRECIMIENTO DE LA POBLACION EN EL ULTIMO SIGLO

ES interesante presentar un estudio sintético del crecimiento de la población de la República, desde la época de la emancipación hasta la fecha.

Todo el período colonial fué poco propicio para el progreso de los pueblos del Río de la Plata; la metrópoli sólo se ocupaba de obtener de ellos la mayor riqueza posible, sin pensar en su porvenir. Así, en el momento de la emancipación sólo se encontraba una población escasísima, diseminada en las inmensas llanuras argentinas. Es muy difícil conocer la cifra de esta población; pues ningún trabajo científico suministra base sólida para un cálculo aproximado a la verdad. Por lo general se estima en 450.000 el número de la población blanca.

Durante el período en que se desarrollaron las luchas por la Independencia, y durante el de las guerras civiles, hasta la caída de Rosas, el crecimiento fué muy lento. Pocos extranjeros vinieron a radicarse en el país, por lo que se encontraba en el garbante de un trabajo tranquilo y seguro.

En 1850 la población fué estimada en 900.000 almas, lo que revela que ésta puso 40 años para doblarse.

La caída de la tiranía de Rosas marcó para el país una nueva era, que se señaló de una manera especial por su fuerte aumento de la ley del crecimiento. Los numerosos argentinos que se habían exiliado durante la tiranía volvieron en masa y la inmigración extranjera contribuyó con un poderoso contingente al aumento de la población. Pero dos causas detuvieron este progreso: la guerra del Paraguay, por una parte, y por otra, una terrible epidemia de cólera. De esta manera se llega al primer censo nacional de 1869. Este censo permitió conocer por primera vez la población de nuestro país después de reorganizado. La cifra de 1.830.214 que fué revelada por esa operación censal, muestra que durante el período de los 20 años precedentes, la población se había doblado de nuevo.

Durante todo este período, mientras que nosotros nos debatíamos, primero en las luchas por la Independencia, y después en las guerras intestinas, en el Norte del continente los Estados Unidos, gozando ya de la libertad y de la paz, que fueron las bases de su grandeza, progresaban de una manera vertiginosa. Hasta 1860 su ley de crecimiento, como se ha visto, fué de 3,5 por ciento por año. Pero la guerra de secesión vino también a detener en ese país esta marcha ascendente, e inmediatamente la razón del crecimiento descendió hasta un poco más de 2 por ciento.

Las causas que hasta entonces habían detenido el progreso de la República Argentina debían fatalmente desaparecer con el tiempo, y el crecimiento de la población asumir un nuevo vigor. Encontrándose, como se halla, bajo el punto de vista del clima y del suelo en condiciones tan ventajosas como las de los Estados Unidos, la República Argentina debía recibir, a su turno las olas de inmigrantes que, cada año, dejaban el viejo mundo para correr en bus-

ca de una vida mejor, bajo un cielo hospitalario. Libres antes que nosotros, con la paz asegurada bajo el imperio de leyes liberales, y con la ventaja de hallarse colocados más cerca de las fuentes productoras de la inmigración, los Estados Unidos aprovecharon desde temprano de su concurso. Fue sólo en la segunda mitad del siglo XIX que la corriente inmigratoria comenzó a producir sus efectos en la República Argentina. Sin embargo, esta inmigración fué al principio poco numerosa, pues nuestras instituciones no estaban todavía sólidamente asentadas y el viaje era largo desde Europa hasta las riberas del Río de la Plata.

En la segunda mitad del siglo XIX nuestra organización política se completa, y la velocidad de los navios facilita los cambios con el viejo mundo. Nuestras tierras, que hasta entonces habían permanecido vírgenes, fueron roturadas por el arado, ofreciendo a los trabajadores las grandes cosechas que ellos no podían obtener en la vieja Europa. Los ferrocarriles extienden sus brazos de acero a través de llanuras inmensas, llevando la vida y la civilización a todas partes.

¿Cómo crece la población de la República durante este período? El censo de 1895 va a suministrar una nueva cifra que permitirá medir nuestro progreso. En este año la población fué de 4.044.911 habitantes, revelando así un aumento de 2.214.697 habitantes sobre la cifra de 1869, o sea 121 por ciento en un período de 25 años, o de 4,6 por ciento anual. Es ese un crecimiento proporcional que ningún otro país de análogas condiciones puede igualar. Así, los Estados Unidos no aumentan más que en proporción de 2,48 por ciento de 1880 a 1890, y la Australia, que crece también rápidamente y que más todavía que los Estados Unidos, es comparable con la República Argentina por su extensión y por su posición geográfica, ve elevarse su población a razón de 3,86 por ciento anual, en el período de 1881 a 1891.

Puede decirse que el año 1895 marca el punto final de la terrible crisis que la República atravesó al fin del último siglo. Así, después de este año, la población aumentó más rápidamente bajo la influencia de una paz completa, tanto en el interior cuanto en el exterior, de abundantes cosechas que llaman al cultivador de la tierra, y de un comercio que asume proporciones hasta entonces desconocidas. Grandes masas de inmigrantes desembarcan cada día en la inmensa metrópoli Buenos Aires, y se extienden por todo el territorio de la Nación incorporándose a la vida nacional. El presente censo ha revelado una población de 8 millones de habitantes, lo que supone una duplicación cada 19 años.

Aplicando a los dos años transcurridos entre 1895 y 1916 la ley de crecimiento que ha establecido el último censo, o sea, 5,2 por ciento anual, resulta que la República tendrá, al cumplirse el primer centenario de su Independencia, alrededor de 9 millones de habitantes.

Como la misma contaba, según las mejores fuentes de información, más o menos con 330.000 habitantes el 9 de julio de 1816, quiere decir que en este espacio de tiempo la población ha aumentado 17 veces y se ha doblado más de cuatro.

A pesar de lo que este progreso tiene de halaga-

dor, pienso que este censo será el punto de partida de un período todavía más brillante para la República, pues hoy nuestras instituciones económicas, financieras y políticas, que hasta aquí permanecían en estado de formación, se han consolidado; la crisis por que atravesamos no marcará ciertamente más que un corto período de detención, que será bien pronto seguido de una nueva marcha hacia adelante. Es evidente que durante largo tiempo todavía nosotros seremos uno de los primeros países de inmigración del globo, pues no hacemos más que emprender la explotación de nuestras ricas llanuras, que parecen todavía desiertas, con masas de 3 habitantes por kilómetro cuadrado, sin contar los tesoros de nuestro subsuelo, que duermen esperando los brazos que deben un día arrancarlos de las entrañas de la tierra.

Un eminente pensador europeo, desaparecido hace poco, M. Emile Levasseur, resumía en esta forma un juicio que formuló sobre el crecimiento de la República Argentina:

"La República Argentina, donde se recoge la cosecha en enero y cuyo trigo puede llegar en marzo a los mercados europeos, es la comarca destinada a aprovechar más de estas ventajas. Es necesario que sepa usar de ellas con cordura, practicando una política de paz y de concordia, aumentando su fuerza de estabilidad por el desarrollo del sentimiento de la nacionalidad, inspirando confianza a los capitales extranjeros así como a los inmigrantes, formando ella misma capitales y sabiendo guardar en el éxito la clarividencia que hace descubrir los escollos y la prudencia que los evita". (1).

Resumiendo, pues, los datos consignados en este estudio, puedo establecer las siguientes cifras que marcan la población que ha tenido la República en diversas épocas, según las mejores fuentes o autoridades:

Año	Autoridad	Población	Aumento		
			Absoluto	Relativo	Anual
1816	Brackenridge	330.000	—	—	—
1837	Parish	675.000	145.000	21,0	1,2
1860	De Moussy	1.210.000	535.000	79,3	3,3
1869	Primer Censo Nacional	1.830.214	620.214	51,2	5,7
1895	Segundo Censo Nacional	4.044.911	2.214.697	212,0	4,6
1914	Tercer Censo Nacional	8.092.216	4.047.305	100,1	5,2

SUPERFICIE TERRITORIAL

No existe hasta la fecha una medición geodésica del territorio de la República Argentina.

Una operación de este género exige un número personal técnico para ser practicada, demanda mucho tiempo e insume considerables recursos.

Es por esta razón que pocas naciones de la tierra lo han verificado.

Todas las estimaciones de la superficie territorial de la República que existen están basadas en cálculos planimétricos, hechos sobre mapas de diversos autores, de donde resultan diferencias, más o menos sensibles, a veces considerables y aproximadas otras, pero que nunca desaparecen. Así, por ejemplo,—para no citar sino pocos casos—el censo nacional de 1895 dió como superficie territorial de la República la de 2.885.620 kilómetros cuadrados. La "Geografía Argentina" del Dr. Francisco Latzina, del año 1890, la estimó en 2.804.257 kilómetros. "La Argentina", obra del mismo autor, publicada en 1906, adjudicándole, incluyendo el territorio de los Andes, y deduciendo la fracción cedida al Brasil, 2.925.550 kilómetros. La Estadística de los Ferrocarriles del Ministerio de Obras Públicas de la Nación, de 1908, atribuyéndole, incluyendo el territorio de los Andes, 2.885.620 kilómetros. Los textos de enseñanza primaria superior, secundaria y comercial (año 1904) asignan, respectivamente, 2.800.000, 2.900.000 y 2.950.520 kilómetros cuadrados. Finalmente, si a la cifra del censo nacional de 1895 se agrega la del territorio de los Andes de 90.000 kilómetros y se resta la de 25.048 kilómetros cedida al Brasil, que consigna el doctor Francisco Latzina, se llega a un total de 2.950.572 kilómetros, que no concuerda tampoco con ninguna de las mediciones mencionadas.

En vista de estas diferencias y respecto de la necesidad de tener un guarismo exacto de la superficie territorial de la República, la comisión del presente censo, al iniciar sus trabajos, se dirigió al Poder Ejecutivo, sometiéndole a su aprobación un mapa general de la República, confeccionado por el reputado cartógrafo ingeniero don Carlos Chapeaurouge, y una medición planimétrica del territorio practicada por el mismo cartógrafo, de acuerdo con el plano grande de la Oficina de Estadística y mapas de los ferrocarriles, hecho a la escala de 1:500.000.

El Ministerio de Relaciones Exteriores sometió esta consulta a estudio de la Dirección de Límites Internacionales, y en representación de ella concurre al local de la comisión del censo el señor ingeniero don Zacarías Sánchez, jefe de la mencionada repartición, quien indicó algunas correcciones de que era susceptible el mapa del señor Chapeaurouge en cuanto a límites internacionales, y respecto de la superficie territorial, manifestó que no era posible fijarla, porque al Norte no están ofi-

cialmente determinados los límites con Bolivia, y un arreglo definitivo podría modificar la situación actual.

Sin embargo, como era indispensable consignar en la obra del censo un dato sobre la superficie territorial, la comisión resolvió, de acuerdo con la opinión del señor ingeniero don Zacarías Sánchez, adoptar la medición planimétrica efectuada por el señor ingeniero Carlos Chapeaurouge, declarando, una vez más, que la superficie que ella asigna no puede aceptarse como exacta y definitiva, porque sólo responde a cálculos aproximados.

He aquí ahora esta medición:

SUPERFICIE DE LA REPUBLICA ARGENTINA

Calculada según los datos existentes en diciembre de 1914 y de acuerdo con la jurisdicción abarcada por cada provincia, según sus mensuras.

Provincias y territorios	Kilómetros cuadrados
Capital Federal	185.120
Buenos Aires	306.829.750
Santa Fe	134.826.670
Entre Ríos	78.330.160
Corrientes	88.000.834
Córdoba	168.151.875
San Luis	70.924.037
Santiago del Estero	138.438.803
Mendoza	148.783.827
San Juan	89.178.877
La Rioja	86.491.887
Catamarca	78.162.188
Tucumán	22.836.000
Salta	126.577.497
Jujuy	43.266.800
Misiones	30.430.520
Formosa	75.480.040
Chaco	98.238.279
Pampa	144.183.363
Neuquén	96.464.474
Río Negro	201.009.689
Chubut	225.732.562
Santa Cruz	243.336.350
Tierra del Fuego	21.610.000
Los Andes	72.755.055
Total	2.797.113.209

SUPERFICIES COMPARADAS CON LA DE LA REPUBLICA ARGENTINA

Estados	Superf. km.2.	Habitantes
Portugal	91.948	1.488.100
Eslovenia	49.244	1.200.000
Polonia	312.685	1.200.000
Rusia	4.138.279	1.200.000
Belgica	29.438	1.200.000
Francia	546.444	2.200.000
Alemania	510.777	2.200.000
Dinamarca	43.280	1.200.000
Noruega	322.987	2.200.000
Suecia	447.866	2.200.000
	2.581.349	
Argentina	2.797.113	8.092.216

(1)—Véase: "La Argentina en el Xmo. Siglo", por Alberto B. Martínez y Mauricio Levanowski, pag. LXII.

El Ejército Argentino

Servicio obligatorio - Organización racional

PREMIAS Y BASES GENERALES

¿POR qué debemos prepararnos para la guerra? Ni la razón, ni el derecho natural, ni el derivado de las convenciones y tratados solemnes son capaces de contener las desenfrenadas pasiones imperialistas cuando ellas despiertan.

Mientras no haya tribunales con autoridad y fuerza para intervenir y allanar los conflictos internacionales, las transacciones obedecerán a las reciprocas conveniencias o serán determinadas por el veredicto de las armas, y como los intereses siempre antagonicos rara vez se acomodan y se compensan, debemos conformarnos al imperio de la fuerza.

¿Cómo debemos prepararnos?
¿Debemos llevar a los cuarteles y campos de instrucción toda la masa masculina de la población para ejercitar en el manejo del material bélico y esperar luego, con el arma al brazo, al supuesto agresor? ¡No!

Mientras no hayan inminencias semejantes a la proximidad del incendio no podemos suspender el funcionamiento normal de la Nación para consagrarlos exclusivamente a la preparación guerrera. Por el contrario, la presunción de un peligro, y con más razón durante la contienda, exige la mayor actividad del trabajo productor y regulador de la vida colectiva, para sufragar los gastos extraordinarios, para proveer las necesidades perentorias de los ejércitos en operaciones, siempre mayores que los de paz.

Esta ley será tanto más imperativa cuanto menor sea la capacidad productiva del Estado, también similar de las resistencias o potencialidad físico-moral del hombre que, hasta cierta época de la vida, aumenta con el desarrollo y con la edad. Por eso los jóvenes repentinamente americanos no pueden descender las exigencias naturales de su actual desarrollo.

De ahí el error capital de calcar ciegamente la organización militar de las grandes potencias, que ya han culminado en el crecimiento de la población, industrias, comercio, etc., como los niños que, sin darse cuenta de la estrechez de la estatura, la flojedad de los músculos, del cerebro y del bosticho, no les permite pretender imposibles. La paz armada, soportable para las grandes potencias europeas, sería un suicidio para las naciones de la América latina.

Así como el hombre ordenado y sensato regla su vida repartiendo su tiempo entre el aprendizaje del trabajo que le proporcionará los medios de subsistencia, el Estado debe también prepararse para responder, como corresponde, y en todo momento, a las emergencias de un conflicto armado, sin interrumpir el trabajo y el funcionamiento del mecanismo de la vida normal y evitando el incremento de energías relativo a la anomalía del estado de guerra.

Sentadas estas premisas llegamos a las siguientes conclusiones:

1. Necesidad de preparar el máximo de nuestras energías en hombres militarmente instruidos, en material de guerra (confeccionado en el país), y en recursos de todo género, para que la potencia militar sea capaz de asegurar la defensa del Estado.
2. Debemos instruir militarmente a la clase total del año, sin entorpecer el trabajo de la Nación, sin retardar su crecimiento, sin estancar las fuentes de la producción.
3. El ideal orgánico debe circunscribirse a la constitución efectiva y entera eficiencia del ejército en operaciones, con el mínimo de esfuerzos y de sacrificios para el ciudadano y para el Estado.
4. La organización militar debe encuadrarse en el marco de la Constitución Nacional.

II

INEFICACIA DEL SERVICIO OBLIGATORIO

El sistema militar en vigor no satisface a ninguna de las conclusiones que hemos establecido.

1. No prepara para la guerra a todos nuestros recursos en personal y en material, ni se subordina a la ley de crecimiento del país.

2. No instruye militarmente toda la clase del año, ni es posible pretenderlo bajo banderas sin entorpecer la actividad nacional y sin agotar los recursos del Estado.

3. No resuelve el problema orgánico del verdadero ejército nacional, es decir, el que debemos movilizar en caso de guerra. No responde siquiera a la Constitución Nacional ni a la instrucción completa de la parte permanente.

4. Establece una disparidad inadmisiblemente perjudicial en la distribución de las cargas del servicio militar, con gravitación máxima, en paz y en guerra, sobre un limitado número de ciudadanos, mientras la gran masa escapa casi íntegramente a la constitución de sangre.

5. Quebranta muchos preceptos constitucionales sin necesidad y sin resultados prácticos eficientes.

Para comprobar la primera afirmación basta el gráfico (1), cuyas dimensiones horizontales (abscisa) determinan el tiempo o año de nacimiento y de incorporación, y cuyas dimensiones verticales (ordenadas), indican el número de ciudadanos de cada clase, según la escala de 5.000 a 65.000. Por ejemplo: la clase de 1875, incorporada en 1896, fué de 20.000 (F) ciudadanos, siendo la cifra total (A) de jóvenes de 20 años, de 25.000.

La línea quebrada AC, indica el crecimiento del número de enrolados de las clases sucesivas de 1875 a 1895, llamadas al servicio desde 1896 hasta 1916, y cuya incorporación a bandera están representadas por la línea inferior FH. En la primera la fracción BC, indica claramente el proceso del crecimiento de enrolados y permite trazar la curva representativa en puntos y líneas cortadas.

Mientras la curva indicada se eleva rápidamente a las alturas la del pasaje por las filas permanece estacionaria, con marcada tendencia a un descenso obligado por la crisis. La consecuencia inmediata resulta, es decir, el aumento notable de la diferencia entre el número de los no incorporados y los que es todavía inferior al de los no incorporados, por haber sido favorecidos en el sorteo por excepciones indebidas o por haber apenas pisado el umbral de los cuarteles.

Comparemos los datos relativos a algunos años, limitando moderadamente a un tercio el número de bajas prematuras, por diversas causas, en cada clase anual, con instrucción nula o muy deficiente.

Clase	Enrolados (A)	Incorporados (B)	Terminaron la instrucción (C)	Sin instrucción (D)
1887	39.178	10.290	7.860	31.318
1890	51.787	16.750	11.177	40.611
1893	63.264	15.210	10.140	53.124
1903	130.000	15.000	10.000	120.000
1913	270.000	15.000	10.000	260.000

Es decir, que si la masa de ciudadanos de la clase del 93 que, en instrucción, pasó a la reserva en 1914 fué de 53.000, y si persistimos en mantener el servicio obligatorio, limitando los llamamientos anuales a 15.000 conscriptos, reducidos a 10.000 (más o menos) al fin del año, para la clase de 1903 será de 120.000, y para la de 1913 será de 200.000.

Esa progresión creciente de las tandas anuales de no instruidos, acumulados en el período de 10 años, en las reservas, forman una montaña colosal, cuyas falidas sería casi imperceptible el pignoneo producido por el reducido número de reservistas insalidos, y ese pignoneo, que debería cargar con toda la montaña para instruir, en el momento crítico de movilización, todavía cargaría sobre sus hombros la pesada cruz hasta los campos de batalla, si al menos tuviéramos cabos, sargentos y oficiales subalternos de reserva suficientes en cantidad y en calidad para instruir la enorme masa de analfabetos, el mal orgánico sería todavía soportable; pero esos cuadros subalternos no existen o su coeficiente de importancia es casi insignificante.

En 1904 los reglamentos requerían más de 4.000 clases, el presupuesto sólo daba 2.200; en realidad apenas unos 640 cabos y sargentos. Actualmente revisan 648 sargentos y 1.120 cabos, en su mayor parte improvisados, muy jóvenes, sin experiencia, que no perseveran en el servicio y su barniz de preparación y hábitos de mando se extingue rápidamente al vegetar en las reservas. Al reincorporarse íntegramente en caso de guerra sus condiciones militares como instructores y conductores de tropas requerirá un nuevo temple, el largo aprendizaje de los nuevos reglamentos y el conocimiento y manejo de las nuevas armas, impracticable en las horas críticas de la movilización.

El servicio obligatorio, como base del sistema de nuestra preparación para la guerra, no marcha a la par del crecimiento incesante de la Nación. Cada una de las cinco regiones militares debía constituir (ley 4031) una división de ejército. Según la ley 4707 cada región es el asiento de una gran unidad, y como la unidad superior de nuestro ejército en pie de guerra es la división, persiste el concepto de la ley derogada y explícita el reciente cambio de designación de "comandantes de región" por la de "comandantes" de divisiones de ejército.

El siguiente cuadro, completado por el gráfico (2), acusa el desigual crecimiento de la población regional y la imposibilidad de aplicar la ley 4707 sin llevar el excedente de las regiones mayores a las menores para compensar el desequilibrio o bien formando más de una unidad superior en la segunda región, por ejemplo, cuya población es casi triple de la de la cuarta. Luego será necesario retocar la división regional del país o modificar el concepto orgánico del artículo 88 de la ley militar.

Regiones	1869	1895	1914	calculada 1916
I. Cap. Fed.	177.787	663.854	1.575.814	1.796.500
II. B. Aires.	317.320	976.123	2.274.128	2.612.278
III. Litoral.	352.411	977.239	1.791.186	1.969.915
IV. Centro.	438.280	702.761	1.328.279	1.464.602
V. Norte.	451.125	735.133	895.047	960.319
Totales	1.735.923	4.055.110	7.864.454	8.711.714

Queda ya demostrado que, por el servicio obligatorio no se instruye toda la clase del año. Precisemos el concepto.

Según datos de fuente fidedigna el total de reservistas instruidos era en 1915 de 127.445, de las cuales 111.886 pasaron por los cuerpos de combatientes y tropas auxiliares.

Según el siguiente cuadro regional 11.559 no se incorporaron a las unidades de combate y recibieron una instrucción anormal, a veces nula, como archiveros, de administración, topógrafos, campo General Paz, escoltas, etc.

Regiones	Instrucción normal	Instrucción anormal	Total
I.	15.872	3.176	19.050
II.	30.804	4.248	35.112
III.	24.862	1.515	26.377
IV.	24.423	1.433	25.856
V.	19.803	1.187	21.050
Sumas	115.886	11.559	127.445

En el mismo período de 10 años quedaron sin instrucción:

Libres por sorteo	229.678
Exceptuados	20.107
Inútiles (inciso a)	37.732
Total reserva no instruida	287.517

Sumando a este total los instruidos del cuadro anterior y los 15.066 reservistas de marina obtenemos 430.028. Para completar los 488.404 de la cifra absoluta de las diez clases aparece un déficit de 58.376. ¿Filtraciones?

La diferencia entre el total de las 10 clases enroladas y los 115.886 instruidos en armas regulares, es de 372.578 reservistas sin instrucción, incluso los 11.559 de instrucción irregular o simétrica.

No hago ninguna referencia a la instrucción periódica de reservistas y milicias provinciales previstas por la ley 4707, porque hasta hoy ha sido absolutamente nula.

La eficacia del servicio obligatorio reposa en la eficacia de instruir la clase total del año; la de 1914 era ya de 63.264.

Es obvio demostrar que si hoy las exigencias de la economía no permiten retener todo el año en las filas los 12.692 conscriptos de la clase del 95, y según la declaración ministerial (última memoria) ha sido necesario reducir el tiempo de permanencia en las filas mediante una instrucción más intensiva, menos se podrá instruir normalmente todo el año un contingente cinco veces mayor aunque la situación económica se normalice.

Y como esa situación se agrava, de año en año debemos sentar, en forma irrevocable, la imposibilidad de que el Estado pague los gastos extraordinarios ni que el país se conforme con la ausencia de esos ciudadanos fuera de los campos de labor, de los talleres y fábricas de la naciente industria, precisamente cuando los estragos de la guerra europea hacen sensible la falta de brazos.

¿Es posible con tales elementos organizar el ejército de operaciones en caso de guerra?

¿Es posible, sin reservas instruidas, pensar en una moderna constitución de las grandes unidades a los fines de la defensa nacional?

Los 115.000 reservistas instruidos corresponden a diez clases consideradas de 1885 a 1935. Debemos suponer que la movilización no se ordenaría en la forma descabellada de otros tiempos, llamando a todo el mundo a las armas. Si se hiciera (como debe ser) por clases sucesivas, empezando por las más jóvenes, por ejemplo, por las cinco primeras desde la del 94 al 99—actualmente de 22 a 20 años—tendríamos sobre un total de 278.000 enrolados un efectivo normal de 57.000 reservistas instruidos.

Si de esa cifra restamos los fallecidos, enfermos, excepciones de última hora y otras filtraciones que darían tal vez 40.000 hombres instruidos y una multitud de 200.000 hombres sin instruir, para alimentar, vestir, armar y equipar.

En cambio, si para utilizar desde el primer momento el total de reservistas instruidos, se movilizan los 115.886, que, por las mismas causas anteriores se reducirán a 80 u 85.000, podríamos pasar inmediatamente al de guerra las divisiones de ejército próximas a la zona amenazada, con las unidades de complemento necesarias, formando así un reducido ejército de primera línea, mientras se iniciara la instrucción de las reservas no instruidas, que serían paulatinamente llamadas a los campos de instrucción.

Semejante temperamento tendría la virtud de salvar la situación inicial cubriendo con las mejores tropas el frente de batalla, pero tendría también el grave inconveniente de sacrificar la flor del ejército, el núcleo sólido que tanto necesitan para encuadrarse e instruirse las reservas reclutas.

Esa disposición salvadora (?) consagraría la disparidad (cuarta afirmación) en la distribución de las cargas del servicio militar, con gravitación máxima en la paz y en la guerra, sobre un número limitado de ciudadanos de todas las clases de la reserva y guardia nacional, mientras los que escaparon a la conscripción y se quedaron tranquilos en sus hogares durante la paz, en caso de guerra, algunos pagarían su contribución de sangre muy mal y muy tarde.

Aparte de la iniquidad manifiesta, esa imposición forzosa del servicio obligatorio quebranta el precepto constitucional, que exige imperativamente a todos los ciudadanos la obligación de "armarse en defensa de la patria", es decir, de concurrir en alguna forma a la defensa del Estado, compensando así todos los beneficios recibidos durante la paz, asegurados por el régimen constitucional y por los principios irrevocables de la democracia.

La ley 4707 quebranta también otras disposiciones de la Carta Fundamental cuando exige el servicio militar en las filas del ejército permanente en tiempo de paz. La obligación de armarse presupone la obligación de instruirse militarmente para que su acción ofensiva sea eficiente en caso de guerra; pero la Constitución no ha prejuzgado la forma cómo debe llegar a esa preparación guerrera.

Si dicha preparación no fuera factible en forma amplia y satisfactoria, sino incorporándose en las filas por un año, aceptamos el servicio obligatorio en tiempo de paz, como una de las exigencias inapellables del interés colectivo, siempre que su rendimiento fuera realmente satisfactorio y que la carga fuese igualmente repartida, porque así lo quiere el éxito y la equidad.

Una vez demostrada la ineficacia actual y la imposibilidad de hacerla eficiente sin precipitarnos sobre la peligrosa pendiente de la "paz armada" es un deber patriótico denunciar la necesidad de reverter la ley 4707.

III

BASE DE LA ORGANIZACIÓN RACIONAL DEL EJERCITO

La ineficacia del servicio obligatorio aconseja la modificación de las leyes que lo establecen y la necesidad de fijar nuevas bases para la reorganización del ejército, cuyos objetivos son:

1. Asegurar la instrucción y constitución íntegra y rápida del ejército de primera línea con todos sus elementos dnde y cómo convenga al objetivo de la guerra.

2. Asegurar la instrucción y organización de las milicias para reforzar oportunamente la primera línea o para constituir las unidades complementarias.

3. Encuadrarse en el marco de la Constitución Nacional y a los recursos del Estado.

4. No exigir al personal ni al erario más sacrificio que el estrictamente indispensable para llenar los objetivos anteriores.

5. Acomodar a las demás exigencias de la vitalidad, crecimiento y progreso del Estado, cuyo mayor rendimiento de producción en caso de guerra debe prevalecer.

La numeración indica el orden de importancia de cada uno de estos objetivos.

Las bases orgánicas relativas al personal son:

1. La imposición de la instrucción militar obligatoria y general, que debe ser:

a) Iniciada en las escuelas con la educación física general convenientemente organizada.

b) Parcialmente costada por el gobierno nacional en la enseñanza secundaria e instituciones de tiro, y por los recursos propios desde los 14 años en los gimnasios y demás instituciones especialmente creadas para el fomento de la educación física aplicada a los ejercicios de la instrucción individual del recluta de todas las armas.

c) Completada por la instrucción colectiva en los ejercicios doctrinales durante dos o tres horas en los días feriados, desde el enrolamiento hasta la fecha del llamamiento, por la comprobación, en las unidades permanentes, en el año que cumplen los 20 de edad.

d) Completada en las unidades permanentes por el tiempo necesario según las deficiencias de la instrucción militar progresiva, calificada en el llamamiento de comprobación.

2. Limitación del ejército permanente al efectivo de personal de carrera necesario para la formación

de las unidades-esuelas de cada arma y servicios auxiliares en cada región.

Los soldados profesionales serán reclutados:

a) Por el voluntariado bien estimulado, a los 20 años de edad, entre los de instrucción completa comprobada en cada arma y servicio, con remuneración buena y progresiva cada tres años.

b) Por el voluntariado, a los 16 años, entre los incapacitados para completar su instrucción militar en los institutos especiales.

c) Por el servicio obligatorio impuesto a los refractarios o rezagados de la instrucción militar obligatoria, desde el llamamiento anual de comprobación hasta la terminación de su instrucción, cuyo tiempo no debe exceder de un año.

Los cabos serán reclutados por concurso regional entre los voluntarios de mejores antecedentes morales, mayor instrucción y aptitudes profesionales, a los 18 años, con aptitudes positivas, pensiones de retiro en progresión creciente con los años de servicio como instructor, además de la posición asegurada en la administración regional, en los campos de tiro, en las instituciones de preparación progresiva o en los empleos de la administración pública conforme a su competencia.

Los sargentos serán formados por selección entre los cabos de dos años de ejercicio como instructor, cuya preparación será completada periódicamente en escuelas regionales de suboficiales a fin de adaptarlos a la posible suplencia de la función de oficial con los alicientes anteriores mejorados y la posibilidad de llegar al galón de subteniente de reserva y aun en los del cuadro permanente cuando hayan llenado todas las condiciones y programa de un curso especial.

3. Los cuadros subalternos de la reserva (milicias) serán organizados paulatinamente por medios análogos a los del cuadro permanente entre los que hayan terminado su instrucción obligatoria y dragoneado sucesivamente como cabos y sargentos en los ejercicios doctrinales o en las unidades permanentes, de modo que la patente sea una consecuencia del resultado de dichas prácticas.

4. Los oficiales de milicia (mientras se mantenga el precepto constitucional del artículo 24) serán nombrados por los gobiernos federal y provinciales en sus respectivas jurisdicciones de acuerdo con la organización nacional previa fiscalización de las regiones militares para que sean ratificados por el departamento de Guerra y a los fines de su empleo en los casos de movilización general o de contingentes parciales.

5. Para concretar el nuevo sistema con los que están en vigor así como las medidas provisionales de acomodación en el proceso de la nueva organización hasta su completo y definitivo desarrollo se dictarán reglamentaciones transitorias que requerirán el perfecto acuerdo de los ministros de Guerra, Instrucción Pública y gobiernos provinciales para su más fácil ejecución.

6. Salvo el caso de inutilidad física o moral, plenamente comprobada, las excepciones (muy contadas) pueden especificar la naturaleza o la oportunidad del servicio en caso de guerra, pero no exime de la instrucción militar progresiva y obligatoria.

FUNDAMENTOS

Desde la implantación del servicio obligatorio por la ley 4031 LA PRENSA ha pregonado las ventajas de la instrucción obligatoria como una consecuencia evidente del siguiente dilema: instrucción "completa" de una fracción mínima de los futuros

combatientes o bien la instrucción incompleta de toda la clase del año.

El problema así planteado era el mismo de otro dilema no menos decisivo: preparar un número muy reducido de tiradores expertos, casi sin preocuparse de la gran masa de ciudadanos, o bien velar por la preparación de todos los movilizables, de modo que llenen siquiera las cinco primeras condiciones de tiro. Con los primeros no se puede formar más que la línea de fuego de algunas decenas de fusiles; con los segundos se tiene un suficiente punto de partida para formar una línea de fuego sobre todo el frente de combate con resultados aceptables, y, mejorables en el proceso mismo de las operaciones.

La instrucción obligatoria era, pues, la forma más racional de la enseñanza, y, sobre todo, la influencia del ambiente de disciplina que retempla el espíritu del conscripto y forma, poco a poco, el temperamento y el carácter guerrero; pero el costo excesivo de la incorporación total de la clase del año, los peligros que entrañan los procedimientos demasiado intensivos en individuos físicos y moralmente no preparados a semejantes fatigas, han sido el germen de muchos descabellados y enfermedades contraídas en el servicio a pesar de las precauciones profilácticas de la sanidad militar.

La instrucción obligatoria llevada progresivamente, evita las transiciones demasiado bruscas, prepara económicamente toda la clase del año y, por sus articulaciones con el sistema regional, localiza la enseñanza militar haciendo posible el acomodamiento a las exigencias de las cosechas e industrias locales, la preparación especial de tropas y cuadros de mando regionales como lo requiere el conocimiento exacto del terreno y el éxito de las primeras operaciones de guerra.

El sistema no es nuevo. Pronto hará 15 años que LA PRENSA sostuvo las ventajas de la instrucción obligatoria. A mediados de 1905 el informe del Poder Ejecutivo (Ministerio General Godoy) sobre el proyecto de ley (4707), decía:

"Como el contingente anual aumenta cada año,

con rapidez considerable y llegará pronto a pasar de 40.000 es indispensable adoptar una de las tres resoluciones siguientes: Aumentar considerablemente el efectivo de instructores, el del ejército permanente, el de los cuerpos, y, por consiguiente, el presupuesto. Abandonar o torcer el principio del servicio general obligatorio; o reducir hasta el mínimo posible la duración del servicio."

Después de otras consideraciones el Poder Ejecutivo concluyó por la adopción del servicio reducido.

LA PRENSA dijo entonces: "La plausible reducción (2 a 1 año) del tiempo de la conscripción desahoga el presupuesto de guerra pero no resuelve el problema de la instrucción; por el contrario, la fuerza de los hechos incontestables nos lleva fatalmente a conclusiones contrarias..."

"La instrucción progresiva que preconizamos no sólo soluciona satisfactoriamente el problema económico de la instrucción total de la clase del año y asegura la formación de las reservas sino que también exige menos sacrificios al ciudadano, cuya instrucción militar, iniciada desde temprana edad, recluta solamente los últimos retoques en los cuarteles y en los campos de tiro."

"La instrucción militar del ciudadano debe iniciarse en las escuelas públicas, adiestrarse desde temprano en los trabajos gimnásticos, en los ejercicios militares, en la práctica de las marchas, en la resistencia de todas las fatigas; en una palabra, en el desarrollo normal y progresivo del vigor físico. De las aulas de la educación primaria debe surgir la masa de los ejércitos, la pasta o materia prima del ciudadano soldado."

"La preparación para la guerra será luego completada en la práctica instantánea del tiro en todos los centros urbanos o rurales, y oportunamente, por breves movilizaciones de algunas semanas anuales en la época propicia y por clases sucesivas a los efectos de la instrucción colectiva en campaña."

El general Munilla, en su obra "La defensa nacional", cree "llegado el momento de evolucionar hacia nuevas formas", hace notar la diferencia entre el servicio y la instrucción militar, afirma que el sorteo no selecciona, que "el analífabeta debiera considerarse en la práctica incapaz de servir."

El coronel Verengue, en su reciente "Estudio sobre un proyecto de ley militar", alarmado por la amenaza de la incorporación de todos los analfabetos a las unidades permanentes sostiene, con razón, que "el ejército debe ser una escuela, pero no de primeras letras".

El general Allarria, en la última memoria de Guerra, dice:

"A los efectos de la preparación eficaz del país para la guerra, es sumamente necesaria la sanción del proyecto de ley sobre enseñanza preparatoria para el servicio militar, en las escuelas e institutos de la República..."

Después de detallar la forma cómo entiende esa instrucción militar preparatoria, concluye el Ministro de Guerra:

"Este proyecto persigue, además, la finalidad de llegar a la disminución de la permanencia del conscripto bajo banderas mediante una preparación metódica y continuada antes de la edad de la incorporación, resolviendo así también, el tan gran problema económico del llamamiento bajo bandera de todos los ciudadanos aptos, lo que podría realizarse sin aumentar mayormente las erogaciones para el erario."

Estas transcripciones prueban que el pensamiento primordial de la instrucción militar obligatoria está en el ambiente y, en cierto modo, traducido en el proyecto de ley sometido a la consideración del Congreso. Cualquiera que sea la naturaleza de los errores de concepto vertidos o de procedimientos proyectados, los fueron oportunamente observados por LA PRENSA es indudable que la predicción práctica ha surtido ya sus efectos y la elaboración definitiva será obra del tiempo.

Los errores de concepción, como las perspectivas confusas, como las ilusiones ópticas, generalmente dependen del punto de vista del observador, en este caso la pertinencia en el servicio obligatorio, como único medio de modelar el combatiente.

EFICIENCIA DEL SISTEMA

Uno de los argumentos ya vulgarizados contra la instrucción militar obligatoria, es el de que el adiestramiento en el manejo de armas y reglamentos no bastan para formar el soldado; que la educación militar no se adquiere sino en el ambiente militar del cuartel.

El concepto es desde luego inexacto. En el cuartel y en la vida militar activa de paz el ciudadano se conaturaliza con la rutina y la mímica del servicio; el verdadero veterano, caracterizado por el espíritu militar, que empieza con la fraternidad de armas, culmina en las abnegaciones heroicas por la bandera y hasta por el camarada; no surge sino el trabajo de los combates, en la cohesión real, brante de las cargas y aun en las retiradas, como si el interés individual se eclipsara ante el colectivo, ante los ideales de la patria.

Cualquiera que sea el tiempo del servicio en banderas el temperamento militar, el espíritu altruista no se hará carne en el corazón del ciudadano si esa educación, si esa virtud, que llamáramos nacional, no ha sido esbozada en el hogar, desarrollada en todas las aulas y estimulada en las sociedades armadas y previsoras que se inspiren en los ideales de la grandeza nacional.

El concepto de la instrucción militar progresiva entraña la educación del ciudadano, modelando su temperamento al mismo tiempo que el carácter.

El escalonamiento de la instrucción, la reglamentación de los ejercicios doctrinales, el modo de asegurar el reclutamiento de voluntarios para la formación del núcleo permanente, así como la de cabos y sargentos instructores, la adaptación del sistema al organismo regional, la forma de fianzas reservadas y milicias de verdad, apreciables en calidad y en cantidad, con desmorbos relativamente mínimo para el erario, sin entorpecer mayormente el trabajo fecundo de la Nación, con economía de tiempo y fatigas para la juventud y de zozobras para las familias y, finalmente, la seguridad de que cada ciudadano es un elemento ponderado de la defensa nacional.

Es así como se forma la musculatura y el alma bien templada de la "Nación en armas", invencible sobre el campo de batalla, porque lleva en la sangre, en el corazón y en el cerebro, el fuego sagrado del derecho.

Teniente coronel diplomado de estado mayor (retirado)

Gandachosa

Buenos Aires

Límites históricos, económicos y políticos

La provincia de Buenos Aires surgió durante el período colonial, como una necesidad de gobierno general, independiente de la fundación y vida política de la ciudad de su nombre, cuya posición geográfica privilegiada desarrolló una poderosa influencia en la economía continental de aquella época, y aun en la presente.

El Cabildo de Buenos Aires, a la inversa de lo que ocurría con el de ciudades del interior y del litoral, no aparece disputando jurisdicciones territoriales, porque desde la fundación de la ciudad se le señalaron límites precisos, así en lo urbano como en lo rural.

La posesión que toma el fundador de la ciudad, de las tierras "concedidas por Su Majestad en su adelantamiento a su antecesor", no modifica nuestro concepto sobre jurisdicción de la ciudad, limitada a su ejido y a la propiedad acordada a los vecinos: como posterior al hecho de la posesión, a la fundación y trazado de la ciudad, indica el dominio reservado al fundador, y desde luego la jurisdicción para nuevas fundaciones de pueblos y repartimientos de tierras.

No tenía el Cabildo de Buenos Aires materia para pleitos jurisdiccionales, primero por lo preciso de sus límites; segundo, por falta de razones económicas para promoverlos.

Los pleitos de jurisdicción entre los cabildos de las ciudades del interior tienen como causa lo indeterminado en los límites geográficos, que provoca las gestiones por mayor dominio jurisdiccional, y por una razón económica fundamental en la época: el sometimiento del mayor número de indígenas, cuya explotación forma la riqueza de los conquistadores.

Y esa misma causa, aunque se enuncia como pobreza, es la que indudablemente lleva a los vecinos de Corrientes a exigir a su Cabildo que extienda su jurisdicción hasta Cruz Alta, como medio de explotación parte del Chaco y a sus moradores originarios, en la imposibilidad de someter guaraníes distribuidos entre los vecinos de la Asunción y las misiones jesuíticas.

La población de Buenos Aires no encontró riquezas naturales que explotar, y el indio no sólo fue rebelde, sino tenaz enemigo, a través de toda la evolución económica. El trabajo, en medio de las penurias propias de los comienzos, en la lucha con el aislamiento, las necesidades generadas y las trabas de toda índole, fué el único recurso de vida del poblador de Buenos Aires. En esa lucha templó su carácter y alguna vez, los funcionarios reales como un merecimiento de estos vecinos expresaron en sus informes los siguientes conceptos: "por ser los apaches y vecinos de esta provincia los de mayor ánimo, resolución y fortaleza, que tiene este continente".

La economía de la ciudad, natural consecuencia de esos factores, se desarrolló dentro de sus límites territoriales: la agricultura de las chacras, el sometimiento del ganado en las estancias, la explotación del que introdujo del Perú, Vera y Aragón, todo eso y los anhelos de un comercio libre, absorbieron la actividad de los pobladores, y ante esa labor fundamental, el Cabildo sólo interviniera para modificar con un concepto económico progresivo el régimen de la propiedad primitivamente acordada, dentro de sus límites jurisdiccionales; jamás para extender los últimos.

No tuvo el poblador de Buenos Aires la característica de trashumante, desde que la dependencia política de la ciudad tal vez se lo impedía; pero su actividad económica, ampliada de hecho, la jurisdicción del Cabildo, por la vida de estancias, le permitía, a aquella circunstancia, permitía al último tomar decisiones, en amparo del poblador, y regular efectos de causas producidas fuera de su jurisdicción.

El trabajo personal de los habitantes de la ciudad domina en toda época el territorio fuera de los límites primitivos de la jurisdicción del Cabildo, y de las propiedades acordadas en la fundación.

Y esa expansión económica es lo que hace de Buenos Aires núcleo, puerta del continente (como lo pensara su fundador), al transformarse en centro del comercio de los productos agropecuarios coloniales de la zona que irrada.

Una vez que se orientaron las comunicaciones del Perú, de la provincia de Tucumán, Cuyo y Reino de Chile, hacia la metrópoli, por el puerto de Buenos Aires, la expansión económica de esta ciudad quedó obligada y de tránsito para el Paraguay, Corrientes y Santa Fe, fué razón suficiente para que la consideraran metrópoli a requerimiento de Hermandades y cabeza de la provincia del Río de la Plata.

La Real Cédula de 1617, dispone la creación de las provincias del Paraguay y Río de la Plata, determinando a ésta, como jurisdicción, además de Santa Fe, Corrientes y Concepción del Río Bermejo, la ciudad y puerto de Buenos Aires con su campaña.

Cuando así Buenos Aires de ser dependencia del Paraguay, y en el régimen de libertad que dignifica y engrandece a los pueblos, el gobierno del Río de la Plata sería después, en el giro de los acontecimientos, el gobierno de Buenos Aires, para alcanzar esta ciudad, como un reflejo de la jurisdicción del primero, la soberanía más allá del territorio que correspondió a su primer fundador.

Y así, en nuestro examen de épocas y hechos en estas notas, llegamos con esa jurisdicción territorial hasta el virreinato (1776), en que se consagra, con la denominación de Intendencia de Buenos Aires.

Don Felipe Haro, en un informe al virrey Ceballos, sobre las condiciones de cada una de las provincias que constituyen su gobierno, refiriéndose a Buenos Aires, estudia los orígenes, y en cuanto a sus límites, dice:

"La jurisdicción de la provincia de Buenos Aires es crecidísima, porque empieza desde las misiones del Paraguay, y se extiende hasta la equina de la Cruz Alta, que sigue la del Tucumán, y transitada por el camino más recto hay 320 leguas y 342 caminando desde el Río Grande hasta la conclusión de su extremo en la esquina citada; por la parte del Norte y Sur no tiene límites conocidos; porque confina con el Cabo de Hornos y el Gran Chaco de Mamburá, por la costa hasta la Bahía de San Julián, poseídos ambos sitios por indios bravos que lo invaden continuamente, y por la parte del mar, costa abierta expuesta a continuas guerras que por todas sus costas ha sido invadida por varios enemigos."

Estos límites históricos de la provincia de Buenos Aires subsistieron hasta poco después de 1810. Después el virrey, sustituido en el gobierno por la Junta de Mayo, los Cabildos surgieron nuevamente, como entidades políticas.

La unidad política del virreinato en su gobierno, desapareció cuando la Junta de Mayo exigió su reconocimiento de los Cabildos, reemplazándolos por medio de los diputados al Congreso General que determinaría conforme al propósito enunciado en el plebiscito, la forma de gobierno que más conviniera. Las intendencias desaparecieron como organismo político, y los Cabildos que en los treinta y cinco años de virreinato habían luchado contra las absorciones de aquéllas, recobraron jurisdicciones anteriores.

La Junta de Mayo, "Junta gubernativa de las Pro-

vincias del Río de la Plata", en sus posteriores evoluciones como organismo de gobierno, cercena la jurisdicción de la provincia de Buenos Aires, típicamente unas veces, al dejar desarrollar la jurisdicción de cabildos dentro de su gobierno, que han de formar después provincias nuevas, y manifestamente, con la creación de otras entidades a expensas del mismo territorio.

El territorio de la provincia de Buenos Aires, en 1810, se indica en el plano número 1, el que paulatinamente se le va cercenando hasta 1870, sin embargo de que, si algunas de esas disminuciones en los primeros años de la revolución y de la Independencia se explican y justifican, por un concepto nacional al que Buenos Aires rindió fervor, los últimos no se justifican, desde que, paralelo al cercenamiento patriótico aceptado, Buenos Aires realizaba con su esfuerzo la conquista del territorio de su jurisdicción, definido en el virreinato, y después de 1810. Los últimos cercenamientos de territorios, puestos por la Nación a la provincia de Buenos Aires, al amparo de una disposición constitucional que bien estudiada no autorizaba semejantes medidas, han pasado ya en autoridad de cosa juzgada. Si los mencionamos, en la unidad de estas notas, es para recordar solamente la evolución jurisdiccional y económica de la provincia.

Para el estudio del desenvolvimiento económico en lo que comprende hoy el territorio de la provincia de Buenos Aires, tenemos que retrotraernos nuevamente a la vida colonial, y entrar, después de la vida independiente, en la historia civil de aquélla, poco estudiada fuera de los hechos que concierne a la vida nacional, omisión explicable porque la Nación se confunde en largos períodos de tiempo con la provincia, por la circunstancia de haber sido Buenos Aires la iniciadora del movimiento emancipador y su punto central y dirigente, por la coexistencia del poder nacional y provincial en su jurisdicción, circunstancias que en el estudio nos llevan a abarcar el conjunto, más lo que es particular de la provincia, excepción del exponente de la ciudad de Buenos Aires.

La historia de la provincia de Buenos Aires y la misma historia nacional en cuanto ha sido escrita, resisten de un dinamismo feticista. Son los hombres, ángeles tutelares del bien público, patriotas en todos los momentos, no comprendidos por el pueblo, y éste, en virtud de cuya soberanía actúan aquéllos, por esa causa aparecen como "muchedumbres bárbaras", tiranos sangrientos y felinos sus hombres, cuando no se subordinan al pensamiento de los primeros. Negamos el concepto de "muchedumbres bárbaras", porque nuestro pueblo, si algo reveló en su evolución histórica, fué conciencia, ideales de justicia, impulsos generosos, dentro de causas económicas no estudiadas aún satisfactoriamente.

Hace treinta años, en las escuelas, se nos enseñó aquel criterio histórico que desgraciadamente subsiste aún en los textos escolares en que se divulgan las mismas inexactitudes con mengua del espíritu nacional, y a pesar de que el país ha podido esperar y exigir de su personal docente lo que no fué tal vez posible exigir al anterior, con menos bagaje didáctico, y acaso con saturaciones pasionales: más verdad, más estudio, menos tendencia a la "consagración de criterios históricos" para explicar los acontecimientos y sus actores.

Muéstrase rebelde el espíritu a esa historia cuando la documentación que viene publicándose destruye la preocupación de ciertos hombres civiles, de mentir a la posteridad.

En cuanto correspondía a estas notas, hemos de publicar algunos de esos documentos y otros inéditos, como justificativo de la observación crítica y estudio de los hechos.

LA LINEA DE FRONTERA Y SU RAZON ECONOMICA

La vida de relación de Buenos Aires con las ciudades del interior por mucho tiempo fué prohibida. Las ciudades del Tucumán que obtenían su población española por vía del Perú y al cual enviaban sus productos agrícolas, de no haber existido esa prohibición, se hubieran despoblado. El problema fundamental del Tucumán fué el de poblar las ciudades que fundaban los conquistadores, y si cuando la fundación de Jujuy aseguraba las comunicaciones con el Perú, se hubiese autorizado la comunicación con Buenos Aires, habría abierto un canal a su despoblación.

La prohibición alcanzaba también al producto, que se necesitaba para la población minera del Perú. No podía Buenos Aires recibir alcohol, harina, ni bizcochos del Tucumán, ni enviar ésta esos productos que, por otra parte, los necesitaban en el Perú. El error de los conquistadores estaba "en querer hacer muchos pueblos habiendo poca gente española", y por eso Aguirre, al hacer tal declaración en su carácter de gobernador del Tucumán, publicó órdenes curiosas, como medio de aumentar la población con mestizos.

Pero en ese aislamiento, Buenos Aires, sin más comunicaciones que con la Asunción, librada a la labor de sus fundadores y cobijada para comerciar, obtuvo, bajo la amenaza de despoblación, permiso para exportar directamente los productos industriales de sus trigos, superiores a los de Sevilla, y la libertad de introducir mercaderías en proporción al valor de lo exportado.

Envío así al Brasil, en 1597, mil cuatrocientos noventa y ocho fanegas de harina, lo que repitió con otros productos, estableciéndose una de las corrientes económicas que más influyeron después en el progreso de Buenos Aires.

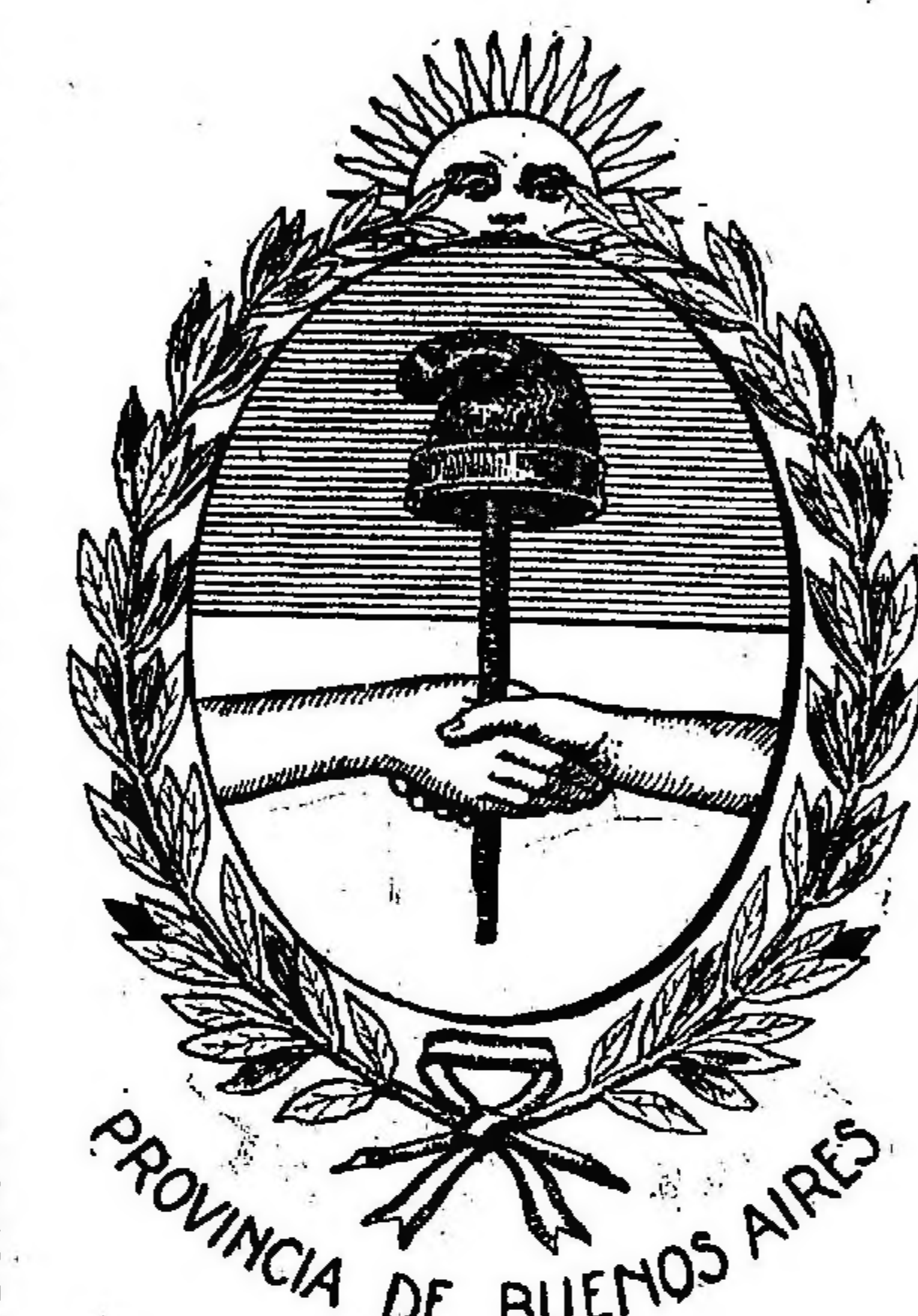
La libertad de importar mercaderías concedida a Buenos Aires, motivó el establecimiento, en 1602, de una aduana "seca" en Córdoba, para impedir que esas mercaderías se introdujeran clandestinamente a Tucumán, con mengua del Perú; pero con aquella medida cesaron las anteriores prohibiciones para la vida de relación de Buenos Aires.

La corriente comercial al Brasil, al Tucumán, las comunicaciones a Santa Fe, Paraguay y Corrientes, con sus factores posteriores, son las que influyen para que el poblador de Buenos Aires ocupe tierras fuera del ejido y repartimientos acordados.

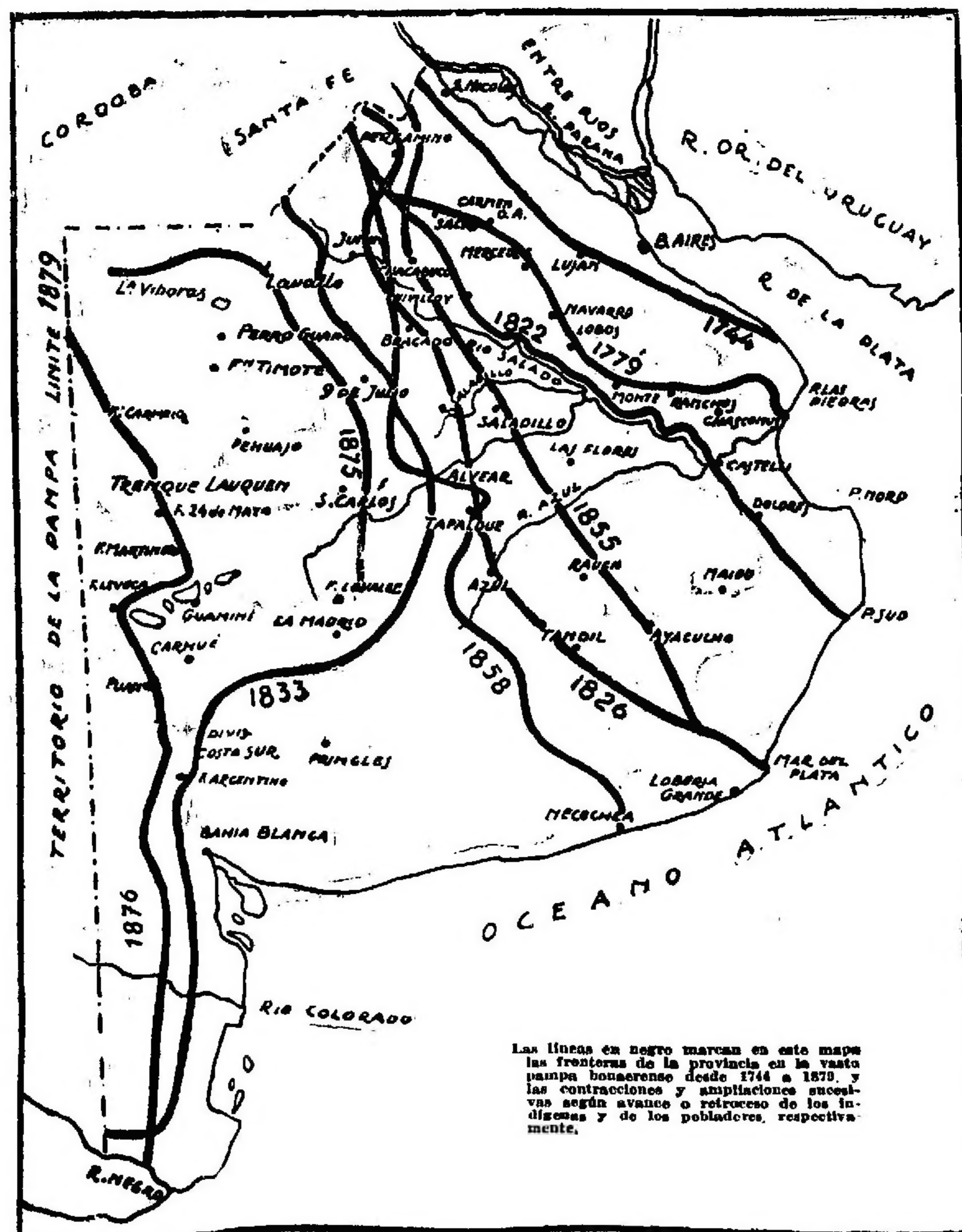
La condensación de la población en la campaña de Buenos Aires tuvo que hacerse en la zona N. y NO., y en la misma forma se radicó la riqueza ganadera, por el alanzamiento de ganados del Tucumán, y la prohibición de su matanza, ordenada en 1613. Influyeron también como determinantes del rumbo en ese desarrollo los repartimientos de tierras, y haberse establecido por Buenos Aires las comunicaciones oficiales y los correos al Perú. En 1643, treinta leguas fuera de Buenos Aires, estaban pobladas en el rumbo indicado, con "muchas heredades que se llaman chacras y estancias".

La vía fluvial fué también motivo de expansión. El "chafá" de las islas del Paraná, perseguido siempre por los minúsculos, se amparó en el poblador de Buenos Aires, y facilitó la ocupación de sus tierras. Determinada la condensación de la población rural de Buenos Aires por sus corrientes económicas, se explica por qué la frontera no avanzó mayormente al Oeste, al desierto en donde no existía riqueza ganadera ni agrícola, donde el indio pampa y ranquelino se mostraron siempre hoscos y dispuestos al robo.

El desarrollo posterior de las misiones guaraníes que en 1644 diseñan su importancia económica,



La provincia no tiene escudo señalado por ley. Hasta ahora ha usado una larga serie de vacilaciones sobre el escudo de la Nación que fué el sello de la Asamblea de 1813.



Las líneas en negro marcan en este mapa las fronteras de la provincia en el vasto pampa bonaerense desde 1744 a 1870, y las contracciones y ampliaciones sucesivas según avance o retroceso de los indígenas y de los pobladores, respectivamente.

ca, y aquéllas a pesar de no poder comerciar con Buenos Aires, lo hacen por rebeldía legítima de los jesuitas para no dejarse explotar por los comerciantes de Santa Fe y Asunción, únicos puntos en que estaban autorizados a vender los productos. El establecimiento de la colonia del Sacramento por los portugueses en 1680, y la desaparición del indio en Entre Ríos en 1728, permiten a Buenos Aires ocupar las tierras e iniciar el comercio del cuarenta y cinco de ganado alzado, con los jesuitas y los pobladores que pasaron de Santa Fe. Eso influyó también poderosamente para que la frontera del Oeste y Sur de Buenos Aires no avanzara. La actividad económica del habitante de Buenos Aires estaba dentro de la ciudad y en los rumbos de Córdoba, Santa Fe, Corrientes, las Misiones y la Banda Oriental, y puede afirmarse, porque así surge de los hechos históricos y de los documentos que hemos compulsado (1), que desaparecidas las riquezas misioneras, como consecuencia de la expulsión de los jesuitas y de los conflictos que se suscitaban con éstos desde 1744 de la segunda expulsión de los portugueses, y como consecuencia de la creación del virreinato que erigió el

gobierno de Montevideo y normalizó la propiedad hipotecaria al habitante de Buenos Aires a expensas de la Banda Oriental y pueblos de Entre Ríos, que dirán con privilegios hacia esas zonas. Las fronteras del Oeste y Sur de Buenos Aires en 1744 y 1770 son fijadas, como consecuencia del avance de la población, en esos rumbos.

Entre 1661 y 1671, antes de la fundación de la Colonia del Sacramento, tuvo Buenos Aires como factor de su economía, el funcionamiento de la Real Audiencia, que creada en la primera fecha, diez años después fué suprimida por haber legalizado el contrabando, amparando las arribadas de los navíos por causa de fuerza mayor y de averías que obligaban la venta de las mercaderías.

El tratado de 1681, que devolvió la Colonia del Sacramento a los portugueses, en sus artículos 7 y siguientes, fué una fuente de contrabando, y fué para Buenos Aires un impulso a su riqueza la expulsión por segunda vez de aquéllos, porque permitió a los que participaban de la campaña y a los vecinos la posesión de los bienes que dejaron los portugueses.

Tanto se desarrolló el lujo en Buenos Aires con ese motivo, que alarmado el virrey, dió orden desde la Colonia de "que los religiosos de San Francisco hicieran una misión, en que con la prudencia conveniente persiguieran estos excesos, haciendo saber al mismo tiempo que al arribo a su capital no recibirían con buen semblante personas que no se le presentasen en el mismo traje en que había dejado las gentes, cuando salió de él en el año pasado de 1766".

Omitimos las incidencias de la vida de las fronteras en 1744 y 1770, de las tentativas de avance en ese año, de lo que eran los pueblos que aquéllas resguardaban, de la vida militar de los habitantes, de la riqueza ganadera y del comercio con el indígena. Las guerrillas militares en esa época, y como fueron después, en otras épocas de la vida independiente, no tenían mayor disciplina, en lo que influyó la falta de paga y la forma de reclutamiento.

El comercio con los indios se mantuvo en relativa armonía, y esto motivó el concepto de Lastarria en su memoria de 1801 sobre las colonias del Río de la Plata: "Hasta el año 777 nos atacaban sangrientamente, haciéndose muy peligroso el viaje de Buenos Aires a Chile; pero frecuentando nosotros mucho más aquel camino desde la declaración del comercio libre, y observando ellos que íbamos y veníamos de buena fe, se nos hicieron amigos, practicando también su comercio activo de caballos, plumas, pelotería, cabestros, riendas y chicles trenzados de muchos ramales de cañones delgados de plumas, de nervios y de cuero, y algunos tejidos bastos de lana: arriban hasta la misma capital de Buenos Aires; se alojan en una casa del primer barrio de la ciudad, donde expenden aquellos efectos, prefiriendo al cambio la venta por moneda".

Este tráfico no fué óbice a maloneos, en los que también influyeron elementos no indígenas, trashumantes en las poblaciones fronterizas.

Producida la revolución de Mayo, la Junta por resolución de 15 de junio de 1810 teniendo en cuenta "la necesidad de ampliar las fortificaciones de nuestra frontera, y la influencia que debe tener este

partimento de ellas, formación de pequeñas poblaciones y seguridad de las fronteras.

"Las más sabias leyes, agrega, las medidas más rigurosas de las policías, no obrarán jamás sobre una población esparcida en campos inmensos sobre unas familias que pueden mudar su domicilio con la misma facilidad que los árabes o los nómadas. Es, pues, indispensable transformar estos hombres en ciudadanos virtuosos, aplicados e industriales."

Más adelante agrega: "Pero los dos grandes objetos a que deben dirigirse los esfuerzos, son a la introducción de la moderna agricultura y a la atracción de colonos de todo el mundo, si es posible; ambos objetos son vastos, necesitan de tantas y tan acertadas operaciones, de tantos fondos, en fin de tanto saber y patriotismo, que se hace necesario establecer para desempeñarlos una Junta de Mejoras".

Propone finalmente llevar la frontera desde la confluencia con el mar del Río Colorado hasta el fuerte de San Rafael, sobre el río Diamante, teniendo como punto central la laguna de Salinas, y amplió aún el proyecto de aquélla, con otros puntos secundarios.

"En la estrecha faja que forman los ríos del Paraná y Salado, no caben las poblaciones de nuestros labradores y hacendados. Se han visto precisadas las familias, contra lo estipulado en las paces celebradas con los pampas a pasar los límites del río Salado".

Las paces con los pampas fueron en 1790 (3). El avance no sólo era de hecho, sino también, como consecuencia de títulos expedidos por el virreinato, al Sur del Salado.

En 1810, y conviene fijar el concepto para la apreciación de los acontecimientos, Buenos Aires, la iniciadora del movimiento emancipador, cuyos límites políticos eran dos tercios de la República, por el trabajo y la economía, no ocupaba una sexta parte de lo que hoy es su territorio. La campaña y las "muchedumbres bárbaras" mencionadas por nuestros historiadores se concretaban a esa zona. Su riqueza y población las mencionaremos en otro lugar.

Los acontecimientos que se suceden después de 1810, la absorción de la intendencia o provincia de Buenos Aires por la autoridad nacional, confundiéndose en un todo con la independencia, la Asamblea General ordenó en 1813, que el Supremo Poder Ejecutivo "dispusiera francamente de las fincas que pertenecían al Estado, bajo cualquier respecto que esas enajenaciones del modo que crea más conveniente al incremento del erario".

Como el poder de la Asamblea en el orden administrativo, se acentuaba en Buenos Aires, en cuanto la distancia y la resistencia que creaba su centralismo se lo impedía en el resto del territorio, las tierras del Estado no eran otras que las que ocupaban los pobladores. Y a éstos se les desalojaba como trusos; a éstos, que con su trabajo habían enriquecido la soberanía disputándose al indio pampa. La campaña de Buenos Aires así movió como consecuencia de esos hechos, y el indio participó de la anarquía.

En septiembre de 15 de 1814, el gobierno ordenó extender la línea de frontera, y la formación de pueblos. Ante este avance, los indios buscaron rearmar el pacto de 1790, conviniendo con el gobierno, los límites hasta donde podrían llegar las poblaciones.

Acordado el parlamento, el gobierno comisionó al coronel García, y al ir éste a realizarlo, ya en viaje fué preso por orden del gobierno, hasta un año después en que fué puesto en libertad.

Los acontecimientos políticos que se suceden en la capital, las deserciones de soldados hacia los indios buscando eludir las campañas del litoral, y el desguarnecimiento de los fuertes, convierten la zona rural en un caos. Prescindamos de referir hechos, para mencionar que el trabajo, sus derechos desconocidos por la legislación que no acordaba la propiedad de las tierras ocupadas, y las cesiones a los jefes y oficiales de los ejércitos libertadores que no tenían destino en éstos; todo eso, y los ataques del indio, convirtieron la campaña de la provincia en un laberinto. Sólo los espíritus fuertes, los hombres de energía superior, trabajaban, realizaban escuela de labor en ella, amparando al habitante olvidado por el gobierno y de los ataques de los indígenas, a los que alocaban desertores y criminales a ellos unidos.

La anarquía del año 20, encuentra en esa campaña y "muchedumbre bárbara" la fuerza que le da media y que restituye el orden, imponiéndolo en la plaza de las tradiciones nacionales.

En los viejos expedientes, en la documentación privada y pública se encuentran manifestaciones oscuras de la vida civil en ese entonces. Era la propiedad, comprada al gobierno y ratificada por el indio que cobraba la venta, cobrando a su vez el precio y garantizando la propiedad y la tranquilidad al poblador, al que también se asocia para el trabajo civilizador.

Es en el año de 1822, después de los tratados de Miraflores con los indios, y de nombrarse comisiones para resolver "los asuntos de propiedades extrañas" desconocidas por los gobiernos, que se fija la línea de frontera, la que no llega más que al Salado. El 7 de abril de ese año, sin resolverse ninguno de los problemas en cuanto al régimen de la propiedad, el gobernador Rodríguez, con su ministro Rivadavia, resuelve no expedir título alguno de propiedad, ni poner en remate ni admitir denuncia alguna sobre terrenos.

Buscando tranquilizar a la población rural se prohibió por ese decreto que los funcionarios públicos proveyeran, ejecutaran, o auxiliasen el alojamiento de persona alguna establecida en "cualquier" terreno sobre el que no haya expreso arrendamiento, dice la disposición por parte del gobierno.

Más tarde sobre ese caso hecho en el dominio, vino el contrato de "enfiteusis".

El gobernador Rodríguez expedición a la campaña, pactó con los indios, los mandó degollar después, y ante la reacción esperada de aquéllos, sobre la base de la fundación del Tandil se fijó la línea de frontera de 1806 (4).

Cayeron con Rivadavia, y como consecuencia de su falta de comprensión de los intereses de los unitarios que, bien mirado no eran republicanos, sino monárquicos o ambas cosas, en cuanto cualquiera de las dos formas les asegurara el predominio respecto del país, conceptuándose como no conceptuaban superhombres, y se sucedieron los federales, no encontrando la campaña en el primer tiempo, el amparo que necesitaba.

Los federales de la ciudad de Buenos Aires, lo eran como principistas, y encontraban por esa causa apoyo en la campaña.

La campaña bonaerense en esos momentos no era federal. Buscaba tranquilidad, orden, organización de justicia, y el federalismo de Dorrego ávido de glorias, no era el que más le convenía.

Rosas como exponente de intereses económicos no era federal con las modalidades de Dorrego, y a no producirse la tragedia de Navarro, el tiempo habría distanciado seguramente a los dos hombres.

Rosas fué el hombre organizador de la campaña, de energías frías, austeras como las de Belgrano, y de métodos recios, como los de San Martín. Sin ambicionar la gloria militar a su costa realizó el plan de avance de frontera ideado por el coronel García en 1810, y en toda esa campaña que se ha llamado de ambición, el concepto de una moral superior se refleja en el ejército que organizó. Basta leer el itinerario de viaje, los santos y oraciones y las órdenes generales, para comprobar ese aserto.

Así como San Martín en su código militar mandaba cortar la mano al soldado que hurta, porque no concebía ejércitos sin honradez, Rosas imbuía a sus subordinados en esa campaña, que el trabajo dignifica, que la honradez enaltece, y cuando el soldado no lo entiende así y roba, lo manda fusilar, porque el ladrón incorregible es dañino a la sociedad.

La sentencia de noviembre 29 de 1833, dictada por Rosas, mandando fusilar al soldado Simón Dur-

(1) - Documentos del archivo de la provincia de Corrientes, pleitos de la Colonia del Sacramento, Informes de Rosas, Memoria de Lastarria, Colección de Documentos Constitucionales, por Calvo, Testimonio de Rosas sobre Juntas del Paraná, Pleitos de jurisdicción entre Santa Fe y Corrientes.

(2) - Testimonio existente en la biblioteca de la administración, Pleito del gobierno nacional.

(3) - Conceptos de documentos existentes en el pleito y en las notas publicadas en LA PRENSA, con motivo de la realización por orden de su director, en la provincia de Buenos Aires, de un estudio sobre los Territorios Federales.

Buenos Aires

(CONTINUACION)

te, por ladrón incorregible, revela una energía poco común para esa época en que las revueltas, el desorden, y la falta de tranquilidad y garantías para el trabajo, habían formado una conciencia amorosa en los elementos subalternos, como consecuencia del pernicioso ejemplo dado por elementos llamados superiores de la sociedad.

La línea de 1833 triplicó la superficie territorial de la provincia, ganizada para el trabajo. Nadie molestaba al poblador, y de la tranquilidad y seguridad de vida en esa época, eran efectivos como nos habla Darwin en su viaje alrededor del mundo.

Cayó Rosas, pero en los veintidós años de su gobierno la campaña tuvo justicia y garantías: hubo más libertad y más honradez en la justicia rural que hoy mismo.

El concepto chocará a los que saben de Rosas por los desplantes de Rivera Indarte, las críticas de otros escritores, las maquinaciones de los refugiados en Montevideo, y las crónicas terroríficas y generalmente falsas o folletinescas de épocas posteriores.

El Rosas de Salinas, no es exactamente el Rosas de la Historia, ni los conceptos de Ramos Mejía pueden explicarlo tampoco.

Rosas es el funcionario a quien más le debe la organización política, administrativa y judicial de la provincia de Buenos Aires. No habíamos de la Nación, aunque a ella conservó energía y patrióticamente su independencia.

Los hombres son como las montañas que observadas desde cerca son abruptas, y desde lejos, como ondulaciones o aristas artísticas. A Rosas se le ha observado desde cerca, cuando construía, estudiando el detalle con pasiones, los que sucedieron después de su caída inevitable en la lógica de los sucesos.

Hoy, entre Rosas y su partido existen líneas profundas de separación; en cuanto el primero obliga a todos a sacrificarse por el país, a trabajar, a no buscar en las actividades del Estado medios de vida.

Paz nos refiere en sus memorias póstumas (5), que los opositores de Rosas, refugiados en Montevideo, eran más o menos intensos en su oposición, en tanto vislumbraban acomodamientos, y como esos acomodamientos no eran posibles con Rosas, trataban de buscarlos con el extranjero.

Cayó Rosas, repetimos, y su gobierno fuerte, que aconsejaba Alberdi para la organización nacional, es lo que tuvimos, aunque con la prohibición de usar de la suma del poder público.

Después del 54, a raíz de la entrada de Urquiza en Buenos Aires, la provincia tuvo dos gobiernos: el del patriota autor del Himno, en la ciudad, y el del coronel Bustos en la campaña del Sur, el que ordenaba a los jueces de paz y jefes militares, que no cumplieran más que sus órdenes.

Los jueces de paz y los jefes militares, en esos momentos, juegan doble carta. Acatan a Bustos, y se comunican con el gobierno, haciéndole creer y éste la observancia de sus órdenes que, en verdad se cumplen, cuando aquél lo reconoce necesario.

Bustos es el fundador del Bragado, y su biografía la hemos hecho al escribir notas de dicha ciudad.

Se produce el movimiento de 1853 y el sitio de Buenos Aires, y en San José de Flores se organiza, por convenio de los jefes federales y por el derecho de la guerra, el gobierno del general Hilario Lagos. Los jueces de paz acatan ese gobierno, que poco después desaparece.

La conciliación de fuerzas antagónicas crea un gobierno para toda la provincia, gobierno sin nervio, que teme, poco después, a los "empecinados anarquistas Flores, Baltar, Bustos, Frida y demás", según se infiere de la nota de don Valentín Alsina, en nuestro poder.

La campaña quedó abandonada de toda defensa militar. El indio sin racionamiento invadía las poblaciones, llegando hasta Chascomús en sus depredaciones, las que eran alentadas en razón de haberse admitido como colaborador en las contiendas de federales y unitarios.

No hay que olvidar que Catriel, en Caseros, fue el que más daño causó a las fuerzas de Urquiza. No tuvo la tibia de otras fuerzas rosistas.

Como consecuencia del abandono militar, los pueblos de campaña organizaron su defensa: nacionales y extranjeros formaron compañías armadas.

La línea del 1855 es consecuencia de ese estado, e importa un retroceso para la provincia que sufrió perjuicios económicos y de orden civil, esbozados ya. (Ver LA PRENSA de marzo 15 y 4 de abril del corriente año).

Los pueblos demandaban garantías; el Tandil se despostraba, porque era el más atacado por el indio. A sus demandas de seguridad, el doctor Valentín Alsina, como ministro al Gobierno, contestaba: "que el gobierno se lisonja de que habrá ya cesado los sobresaltos de esa frontera" por "las medidas adoptadas".

Y a la ciudad de Dolores se le procesaba por intermedio del juez, doctor Miguel Nayarro Viola, por el delito de traición, en razón de haber declarado varios vecinos que entregarían la ciudad al primer caudillo que se presentara, ya que el gobierno no les garantizaba las vidas, ni los intereses contra los avances del indio.

Las fuerzas que ese año salieron a combatir al indio, volvieron cara y se dispersaron. El coronel Hornos así lo hizo saber al Gobierno, y el doctor Valentín Alsina significó a los jueces de paz y al desagrado del gobierno, ante la cobardía de los contingentes.

La línea de frontera de 1858 es una reacción al desorden de 1855, y la de 1875 y 1876 ha sido explicada ya. (Ver LA PRENSA de abril del corriente año, en los estudios sobre Trenque-Lauquen).

El límite actual en la Pampa es consecuencia de una ley nacional, y el correspondiente con Santa Fe y Córdoba, consecuencias de arbitrajes entre las tres provincias.

La ligera síntesis que hemos hecho de las razones económicas que influyeron en el dominio real de ese territorio por la provincia de Buenos Aires, explica todo el proceso en los diversos órdenes de su actividad.

La provincia de Buenos Aires, al producirse la revolución de 1810, geográficamente era grande, hoy no lo es menos, y su riqueza y fuerzas morales constituyen en el concierto de las autonomías federales, un nervio poderoso de la nacionalidad.

EL GOBIERNO MUNICIPAL

"Hasta que la representación era oportuna establecida la ley general de las municipalidades, dice el decreto dictado por el gobernador Rodríguez y su ministro Rivadavia, quedan suprimidos los cabildos."

La institución colonial desaparecía en Buenos Aires, por haberse desvirtuado no sólo en la política sino también en principio, por el cercenamiento de facultades dispuesto por el Congreso Constituyente, al negarle poder "aumentar por sí solos sus propios impuestos, pechos y contribuciones". Si bien este cercenamiento de facultades, cesó, cuando por la disolución del Congreso, el cabildo de Buenos Aires reasumió "el mando univer-

sal-entiéndase soberanía- de esta ciudad y su provincia", la anarquía del año 20 puso en evidencia los inconvenientes de esos cuerpos con facultades políticas, como el de Buenos Aires y Luján, que se las disputaban, no aceptando el segundo la absorción de soberanía de toda la provincia que hizo el primero.

El concepto centralista de Rivadavia se diseñó ya en ese decreto, que hasta 1854 en que se sancionó la ley de municipalidades, no desaparece.

La policía en la ciudad fue la encargada de la vigilancia higiénica y de aquellas medidas más indispensables, siendo del resorte del gobierno el disponerlas.

En la campaña fueron los jueces de paz, encargados también de la policía y del ejercicio rudimentario del gobierno municipal. En aquellos pueblos de la línea de frontera, de población de trabajo y en lucha con el desierto en que era menester mantener el orden público sin vacilaciones, hacer cumplir disposiciones gubernativas y atender a las necesidades de orden colectivo, es curioso observar en los archivos de los juzgados de paz la documentación de esa época, en la que se comprueba la diligencia con que se satisfacía toda necesidad pública.

El gobierno regulaba entonces el precio de los alimentos, y así en 1836 se determinó, que desde el primero de octubre de ese año, "el precio de la carne sería libre, con tal que el precio no exceda

la sanidad en la campaña, por razón de lo diluido de la población, era normal. Heridos como consecuencias de peleas y borracheras, era lo que más abundaba. La alimentación sana y abundante, las yerbas medicinales, el "paico" como estimulante de la actividad fisiológica, la vida ruda, todo contribuía a la normalidad y a la salud de las personas. No se producía el tedio de la vida, y entre los millares de documentos que hemos leído en los archivos de la campaña, sólo uno menciona un suicidio por ahorcamiento, pendiente de la cuerda de la cumbra del rancho situado en Azul.

Producida la caída del gobierno de Rosas, hasta 1854 en que se instituye la municipalidad, los jueces de paz continuaban en sus funciones municipales.

Las elecciones de municipales se produjeron en marzo de 1855, y elegidos los funcionarios, el gobierno con fecha noviembre del mismo año les aprobó, rechazando las renuncias que en su mayoría presentaron "por creerse los electos incapaces de desempeñar las respectivas funciones".

El gobierno municipal, latente en las pasiones de federales y unitarios, se desarrolló en medio de conflictos internos en unos casos y atonías en otros, siéndole difícil la formación del tesoro, habituado como estaba el pueblo a no pagar impuesto de ninguna clase.

La venta de solares y chacras de los ejidos dió recursos, y en algunos casos procuró vender hasta las plazas públicas.

La historia del gobierno municipal de la provincia de Buenos Aires hasta nuestros días, no puede ser escrita en breves líneas. Llena de incidencias, se dignifica o amengua correlativamente a la acción del gobierno central, respetuoso en unos casos de la autonomía municipal, o avasallador de la misma, por razón de la fuerza política que aquella supone, cuando interviene como eslabón en el proceso político general. A la pobreza inicial, a la escasez de materia impositiva de su primera época, a la rebeldía de los vecindarios a pagar impuestos cuando no toda la zona se beneficia con ellos, y en razón del cambio profundo a que se somete a los mismos obligados a costear lo que se hacía con rentas generales, unido a "sublevaciones de vascongados", episodio que se produce en Dolores y cuya causa puntualiza el ambiente de una época (1844), se comprueba también las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en 1871 en la quema de un niño en Cañuelas, ordenada por un curandero para sacarle el diablo según el testimonio del doctor Ubaldini, y los crímenes cometidos en el Tandil por Tata Dios y San Francisco, en complicidad con elementos políticos. Estos procesos, reveladores del desasosiego de la campaña, y en que la autoridad municipal desaparece ante la voluntad de los comandantes militares que lo son todo, y por consiguiente nada respetan las necesidades de los pueblos en el orden sanitario y moral, en los conflictos que producen la aparición de los curanderos y adivinos amparados por el desorden político, y que se traducen en

Buenos Aires

(CONTINUACION)

teadores y asesinos. Se le autorizó también a imponer sumariamente la última pena.

La organización de la justicia, a pesar de los inconvenientes de los cambios políticos, siempre alcanzaba para la población de la ciudad. Una posesión de un bien en la campaña imponía al propietario precauciones que debía salir con un verdadero ejército de peones, carretas y armamentos, pues de otro modo resultaba ilusoria su seguridad. Hasta se fletaron buques por contrato para ir a tomar posesiones en las islas del Delta, frente a San Fernando.

Aumentadas las poblaciones de la campaña con el avance de la línea de frontera, se organizaron nuevos juzgados de paz, y los funcionarios se encargaron del desempeño de las comisarías.

Los primeros actos de la administración de Rosas fueron: prohibir el uso de armas blancas, exigir declaración sobre las de fuego, que de propiedad del Estado tuvieran los particulares, y conminar a los jueces de paz a aplicar con todo rigor el decreto de 1822, dictado por el gobernador Rodríguez.

En sus mensajes manifiesta ser él, dentro de las facultades extraordinarias que le otorga la ley, quien personalmente juzgaba al ladrón y al malhechor, lo que, a poco tiempo de practicado, restableció la tranquilidad en la campaña.

Pero había que asegurar las faenas rurales, garantizando la permanencia de los peones, quitándoles a éstos la movilidad propia de la intermitencia para el trabajo, y entonces se ideó el contrato de trabajo en la forma que indica el grabado que publicamos.

Los jueces de paz eran los encargados de diligenciar los exhortos de la justicia ordinaria y del consulado del comercio; eran escribanos para autorizar poderes, y resolvían pleitos, pero no condenaban por delitos. A los delinquentes los enviaba a la capital, si eran extranjeros, a disposición de la justicia ordinaria; si nacionales, al cuartel general de los Santos Lugares, establecido desde 1818, por más que se supone lo fue por Rosas.

Percebían los jueces de paz los impuestos, ejercían tutela sobre los indios sometidos, administraban los bienes del Estado, se encargaban de la recluta, conforme a órdenes especiales en cada caso; en una palabra, eran la llave de la campaña, secundados por los alcaldes.

La forma calificada en que se elevaban las propuestas, y el juramento que prestaban, conviene transcribirlos como ilustración de una época.

La calificación de los jueces de paz garantizaba la justicia, y sobre ellos se ejercía por Rosas una vigilancia especial. La fiscalización era minuciosa, y ni Pedro Rosas y Belgrano, juez de paz del Azul, se salvó de observaciones del gobernador. La ley debía ser cumplida en su letra y en su espíritu; en otros tiempos, en los posteriores, cambió mucho el carácter de los jueces de paz.

Cuando, dentro de su territorio, como sometido al gobierno, no podía ordenar la muerte. Enviaba los reos para que Rosas ordenara los castigos, pidiendo la muerte para los mismos; pero se les destinaba generalmente al cuartel general.

La información y documentación que hemos leído en los archivos de los juzgados de paz es curiosa sobre los hechos de esa época. Imposible narrar en estas líneas la vida de entonces, de discusión y no de terror en la campaña, donde se ventaban derechos de legítima defensa, de manosa contrabando de trabajo se vendía libremente, y la propiedad era respetada, y en la que los jefes militares se despojaban por poder, en la imposibilidad de moverse de la frontera.

No se encontraría hoy en la campaña de la provincia un alcalde, juez de paz; y acaso autoridad más superior, que impidiera los desmanes del hermano de un gobernador.

En 1850, sin embargo, el alcalde Fermín Ferreira, de la Barranca, refiriéndose a un encargado de don Gervasio Rosas, que organizaba tropas de ganado, le dijo al juez de paz del Chafaleof: "En su consecuencia, mandé suspender el trabajo de la tropa, y que permanezca detenido hasta la resolución de usted. Si el encargado del señor general Rosas, al leerme su carta-orden, ha adulterado su contenido y obra por su dictamen, es un criminal que merece un severo castigo. Si la carta-orden, es tal cual él me la ha leído, el señor general dispone a su arbitrio, y sin consentimiento de los legítimos dueños, de los restos dispersos de las pocas haciendas que se habían salvado de la seca que nos aflige hace tanto tiempo."

Y aquí el juramento de los jueces de paz:

"Juró a Dios y a la Patria ser fiel en el desempeño del cargo de juez de paz para que habéis sido nombrado, guardando y haciendo guardar las leyes, administrando justicia, según vuestra ciencia y conciencia, y obedeciendo y haciendo obedecer las autoridades legítimamente constituidas, y la forma federal de gobierno sancionada por la H. Representación de la provincia."

"Juró igualmente ser constantemente adicto y fiel a la causa nacional de la Federación, sostenerla y defenderla en todo tiempo y circunstancia, por cuantos medios estén a vuestros alcances."

La jurisdicción extensiva de los juzgados de paz en la ciudad y campaña, va hasta el conocimiento y decisión de toda cuestión o asunto, cuyo importe no exceda de cuatro mil pesos moneda corriente. Así lo dispone el decreto de 10 de septiembre de 1853, ampliando las facultades de los jueces de paz, que siguen siendo en el nuevo orden de cosas el núcleo de toda la acción administrativa y política, sin la fiscalización del gobierno, que no se ejercía en la forma personal anterior y por razones políticas.

Los jueces de paz de la campaña se convirtieron entonces en el azote de los vecindarios. Ríen con los curas de las localidades, con los vecinos, y ejercen la facultad de destinar al servicio militar.

Hernández, que vivió en el Tandil después de 1852 ocupado en la estancia de Vela (63 leguas), en formar tropas para Saladero, nos ha descrito en su poema "Martín Fierro" la vida de la campaña, bajo la acción de los jueces de paz. Había, para repetir la idea del verso, que hacerse amigo del juez, encogerse, darle siempre la razón, porque si no se corría peligro de ser destinado al contingente. La leva estuvo en todo su apogeo, "se destinaba al servicio militar por tres años, para corregir al individuo de la abriedad" y la frontera era la tortura para los ciudadanos que defendían sus intereses.

Se buscaba cambiar el espíritu de la campaña, arrancarle lo que ésta no podía dar, entusiasmos patrióticos que no la había tenido antes, cuando siempre reveló adhesiones, por razón de la tranquilidad que se le daba en la vida civil, y para el trabajo, garantizándole contra las depredaciones del indio, y reconociéndole la propiedad legítimamente adquirida.

El Código Rural estableció prescripciones más definidas sobre la vagancia, declarando cometida ésta por todo aquel que "careciendo de domicilio fijo y medios conocidos de subsistencia, perjudicando a la moral por su mala conducta y vicios habituales". La condena por vagancia era de tres años de servicio a las armas o un año de trabajos públicos. Al máximo era a lo que condenaban los jueces de paz asociados a los alcaldes, para formar jurado, cuando no prescindiendo de los últimos, por razones de órdenes políticas. Hasta el Presidente de la República doctor Marcos Paz, en su carácter oficial, condenó al Tigre del Quezén a servicio militar, invadiendo jurisdicciones provinciales.

Caudillos militares dominaban, y a ellos los mi-

nistros de Gobierno les recomendaban los candidatos para diputados a la legislatura; no se pagaba a los contingentes; se simulaba el número de soldados, y a este respecto la época está cercana y la documentación es abundante. El elemento de la ciudad llevó la desolación y el terror a la campaña. El castigo del cepo cesó en 1881; los jueces de paz fueron coaccionados un tanto a su deber y los llamados después a aprobar informaciones de posesión de tierras públicas a los recomendados de los gobiernos.

Los hermanos Barrientos, en sus procesos, demuestran la complicidad de la policía en los robos que cometían. El sargento de la partida que perseguía a los cuatreríos, cobraba de éstos para no encontrarlos en sus giras de persecución.

El cuatrerismo es hoy una industria, lo que antes era un delito, en los campos abiertos.

En estas notas buscamos poner de manifiesto el ambiente de tres épocas, recordando hechos que pudieran narrar cronológicamente, si fuere necesario; pero mantenemos la unidad de la investigación dentro del criterio de que la libertad civil, la vida de esta índole, en su integridad económica, es determinante de la política.

Por qué se perseguía al ciudadano de la campaña, si no era para mantener un predominio de clase fuerte, en cuanto se fundaba en la tierra de la que se disponía por razón de la función pública, a que aquél era extraño?

No nos dominan saturaciones pasionales en el criterio histórico; estudiamos el desenvolvimiento democrático de la provincia a través de complejos intereses de prejuicios que aun perduran, y que no se quieren destruir buscando desviar orientaciones ya definidas, en un mejoramiento que se acerca.

La persecución al nativo en la campaña, en lo económico, trajo la preponderancia del extranjero impulsado por el trabajo y gozando de seguridades que no se daba a los primeros. Había que demostrar al exterior que la libertad civil existía para el trabajo, en la misma prodigalidad que se tenía con el extraño, instrumento muchas veces para quitar al Estado grandes extensiones de tierra, cuando al hombre nativo se le arrancaba de su hogar y se le torturaba con un régimen que no sufrió, en otras provincias, donde el problema de la frontera estaba resuelto desde la época colonial, por las comunidades indígenas.

Y cuando, los ejecutores de ese régimen aparecen en nuestra historia como próceres, y los que les atribuyen glorias no recuerdan hazañas tales, desafían la posteridad, y entonces se lamenta no la falta de un pámpero que destruya esas mentidas austeridades con que se engaña a viajeros, sino la falta de espíritu en las nuevas generaciones, que olvidan, que fueron destruidas en su nervio originario con procesos dolorosos, en que los clamores de las víctimas no se plan o no se les quería oír, porque entonces como hoy, era más cómodo y más utilitario ocultar la verdad, aceptando los criterios consagrados de los que pagan o de los que han mentido a su país.

LA GANADERIA Y LA AGRICULTURA — SU EVOLUCION

"Tampoco puede conseguirse de estas pampas los frutos que dan otras tierras, con el auxilio de la agricultura, por lo que todos los que se hallan con facultades se dedican a establecer en ellas estancias de ganado."

Este concepto del virrey Avilés, en 1801, si no exacto en cuanto a las condiciones de las tierras para agricultura, insuperables en toda la extensión de la provincia, determina la orientación económica de la población en esa época.

La ganadería, en razón del comercio fácil de sus productos, —cueros, tasajo, grasa y sebo—, con el exterior, y mudadas vacuando con el interior, concentraba los afares del capital, sin despreñar la agricultura y la huerta, con su variedad de frutales en el ejido de la ciudad y en la zona de la campaña o en su cercanía, que llegaba en 1801 por el Oeste, a lo que hoy es Mercedes; por el Sur, a San Vicente, y por el Norte, a Pilar. La zona fuera de la indicada, por razón de su mayor distancia y deficiencia de los terrenos, no permitía la agricultura y la huerta.

Pergamino en 1803, dos años después de nuestra referencia, tenía cuarenta y cinco estancias, con cuatro cafetales, un teniente y cuatro soldados.

Chascomús era refugio de familias pobres, puestas allí por el virrey Vértiz, sin posesión formal, o medidores las tierras sin habérselas dado título en particular", y a quienes procuraban "expeler los poderosos", denunciando como realengas las tierras que ocupaban.

No era posible, por otra parte, el mayor desarrollo agrícola en razón de la falta de mercado para el producto, limitado al consumo local y a exportaciones a Montevideo. Era, en su época, corriente en reales no se había desarrollado entonces por falta de medios de transporte a vapor, y de otros factores que desaparecen con el desarrollo industrial de Europa.

La exportación de cereales se reducía en esa época a lo que, como decimos, se enviaba a Montevideo en trigo y maíz, al precio (1801) de cuatro a cinco pesos la fanega de trigo, y a 20 reales la de maíz.

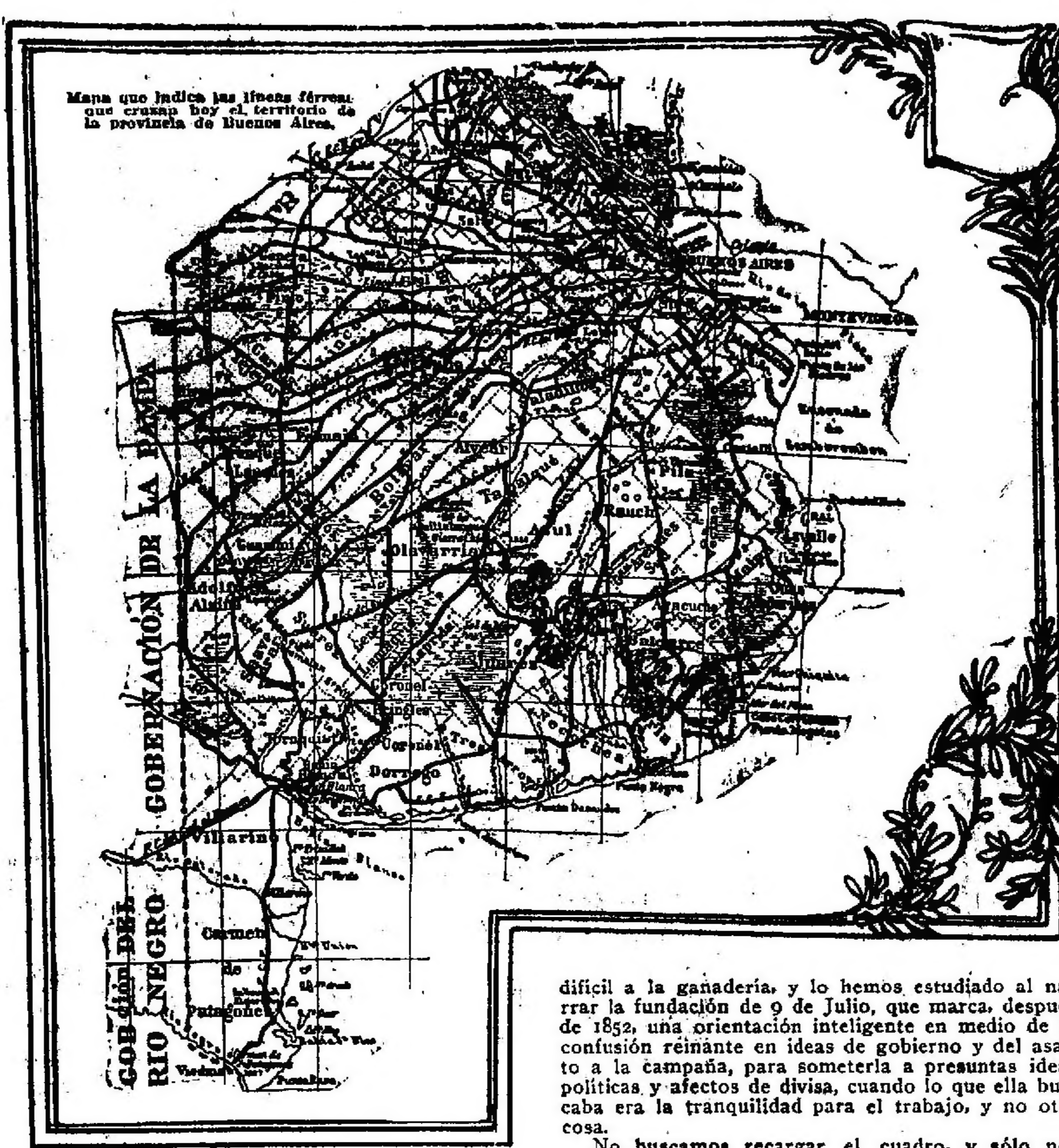
La ganadería fué siempre el nervio de nuestra economía, y desde una fecha de arranque para nuestro juicio, su desarrollo posterior resulta lógico con la falta de consolidación de la propiedad, que obliga siempre a avanzar hacia el desierto, y que en proporción al avance y disminución de la población difícil cada vez más la agricultura.

Mucho se ha hablado de la estancia antigua, para juzgarla, por falta de asociación de la ganadería con la agricultura, la carencia de sembradura, la alimentación carnívora, etc. Ni una papa sembrada, ni un árbol se ha dicho, y aunque el juicio es exacto, en cuanto a la estancia cercana a Buenos Aires, que tenía eso y más, y el criollo fué hasta 1880 el mejor quintero y agricultor que tuvo el país, en lo que concierne a las más lejanas, no tendríamos su explicación en la falta de seguridad en el dominio? Nada se puede fundar en lo inestable, y aparte de esta consideración fundamental, existía la de medios de comunicación.

La carreta que regresaba a la campaña cargada con mercaderías, con la lentitud de una marcha de buey, sólo podía conducir en sus trojes el paño de saúce, que no sufría el viaje, y que tal vez no podía llevar el compañero del poblador en el desierto.

La inseguridad en el dominio que subsiste hasta después de la sanción del Código Civil, y el lento avance del ferrocarril, influían desde luego en el método de explotación. Campos abiertos en una época, apenas delimitados por el alambre en otras, castigados por la sequía, limitada la extensión por la amenaza del indio, que obligaba a la recogida diaria del ganado hacia las poblaciones, cuando la ganadería no tenía entonces más mercado que el Saladero, y la yeguada se vendía a cinco pesos (50 centavos por pie), y el vacuno a dos nacionales, cuando mucho, no podían fundar grandes riquezas.

Se vivía entonces en la campaña, rudamente, sin más halago espiritual que los celajes del cielo y los lamentos del fogón, que, al igual de las pulperías en la ciudad en una época, han sido los centros preferidos para las conversaciones sobre asuntos públicos. No en vano se han reglamentado tanto en aquella época las reuniones en las pulperías, como en esta las de los centros de reunión, y a ellos los mi-



la propiedad quedó definida en el dominio, donde el interés fiscal no pesó con las incoherencias que alarmaban la riqueza forestal y frutícola, la horticultura fué un hecho aspiroso.

Así como en el Norte de la provincia la oveja predominaba en el Sur, hasta el Salado y más allá, preferíase al vacuno. La legislación también influyó en esto último.

La zona del Salado, por la humedad de la atmósfera, se prestaba y se presta en sus cuchillas para toda clase de cultivos. Alguna vez, cuando espíritus previsores presidan los destinos de la provincia, esa zona será una cortina de bosques, que han de influir poderosamente en el clima.

Si los citrus de Dolores, casi seculares, de frondoso desarrollo; si los olivos de la zona de Chascomús, los pinos y nogales, testigos de civilización todos, que se encuentran en los cascos de las viejas estancias y chacras de la provincia, donde la propiedad estaba consolidada, no justificaban el anhelo rural progresista del pasado, los álamos y sauces del Tandil que fueron plantados en 1826 comprobaban en su defecto esa orientación inteligente.

Debemos conocer el pasado, para poder explicarlo.

En mil cuatrocientos y tantas peticiones de tierras de chacras, quintas y solares, que figuran en los registros de propiedad de Dolores, desde 1828 hasta 1854, sólo cinco de los peticionantes no saben escribir. Esta selección de población, allí donde la propiedad se daba por una comisión de vecinos, sin tramitaciones engorrosas, demuestra algo acerca de la población rural de la provincia.

Dolores, en el avance de la frontera, fué la que proveyó de pobladores inteligentes y sus cultivos forestales sirvieron para las improvisadas poblaciones que con aquel motivo se hicieron.

La mestización del ganado ovino es lo primero que se inició en el país. Refiriéndose a Rivadavia, don Andrés Lamas dice que: "recuerda su nombre en los preciosos vellones que hoy constituyen la fuente principal de la riqueza de este país".

Los impulsos que diera Rivadavia a la introducción de los carneros merinos, no le dan la iniciativa en la mestización. Era, en su época, corriente en Buenos Aires la introducción de los merinos, y entre otras, puede citarse la que de los mismos hizo el doctor Juan Manuel de Lavardén en 1794, y que en el estudio sobre éste citan el señor Rafael Hernández y el doctor Zeballos, en su obra "A través de las cañías".

En diciembre de 1794, según esas referencias, pagaba el doctor Lavardén, \$ 187 y 1/2 real, por costo y gastos de diez carneros y veinte ovejas merinas que por su cuenta y riesgo se habían embarcado en Cádiz, a bordo de la fragata "Santa Ana".

Con bastante exactitud por Heriberto Gibson, en las monografías del censo ganadero de la Nación, en cuanto señala épocas iniciales de mestización y determina ciertas consideraciones de orden económico, aunque se omite una fundamental que marca las orientaciones progresistas de la ganadería, en su evolución posterior a 1840.

El departamento topográfico había terminado de precisar en 1836 el estado real, verdadero de la propiedad en la provincia, dentro de la línea de frontera de 1833.

A base de ese inventario, fué posible cobrar el impuesto de contribución territorial, y tuvo la población el medio de asegurar el dominio. La tierra en estancias fué vendida dentro de la línea del Salado, importando poco la conmoción reaccionaria que se produjo, desde que no pudo perturbar la economía.

Se hizo en toda la provincia, desde 1836, un inventario anual de la riqueza, que era enviado al Ministerio de Hacienda, como justificativo de la percepción de impuestos que hacían los jueces de paz.

La ganadería, y lo hemos estudiado al narrar la fundación de 9 de Julio, que marca, después de 1832, una orientación inteligente en medio de la confusión reinante en ideas de gobierno y del asalto a la campaña, para someterla a presuntas ideas políticas y afectos de divisa, cuando lo que ella buscaba era la tranquilidad para el trabajo, y no otra cosa.

No buscamos recargar el cuadro, y sólo nos concretamos a la narración de hechos ignorados, ocultos en su época, y que, paulatinamente, deben ser revelados. Citaremos uno, elocuentísimo.

El partido de Azul se formó al mérito del decreto de septiembre de 1829, llevándose como pobladores los "vecinos de la campaña" hijos de la provincia, y a los acaudalados en día naturales de la República, que recibían "una suerte de estancia de la extensión de media legua de frente al arroyo Azul, por legua y media de fondo".

Los pobladores contrajeron la obligación de transportarse con sus familias o gente de faena, al lugar que se les señalare, y a poblarlo en el término de un año, con cien cabezas de ganado vacuno y en proporción el ganado caballar, o emprender siembra equivalente a ese capital.

No era obligatorio el cumplimiento de las últimas disposiciones, sino a contar desde que el gobierno garantizara las poblaciones.

Los pobladores, en virtud de este decreto y del de junio de 1832, se radicaron, cumplieron, abonaron impuestos, y las escrituras fueron extendidas en la escribanía de gobierno, otorgándoseles el título, que no firmaron los beneficiados, por la dificultad de trasladarse a Buenos Aires y por mantener el cuidado de sus campos.

Vino la ley de 1833, que declaró nulos los títulos y ventas otorgados por Rosas, y todos aquellos pobladores que llevaban 29 años de posesión y título, fueron desconocidos.

Los dictámenes de los asesores de la época son curiosos; no encontraron ellos constancia de que se hubiera cumplido el decreto de población; y olvidaron las escrituras extendidas y los censos anuales. Pero al amparo de este decreto, se hacía lugar a reclamaciones de gente que se decía había tomado participación en la revolución del 40, y que por eso se le había quitado su suerte de estancia que explotaban en el Azul.

En el movimiento indicado no tomó participación ningún vecino del Azul, sino en favor del gobierno. Y para quitar a los revolucionarios la posesión del Tandil, que lograron, después de haber sido derrotados en Chascomús, dato que citamos por no haberlo hecho Carranza ni el doctor Saldaña en sus historias, suponiendo el último que finalizó el movimiento con el embarque de Rico, por el Tuyú. Obra la documentación en estos poder.

El Azul era entonces y es hoy el partido ganadero por excelencia; de allí ha salido siempre la mayor producción en lanas y ganados, y si demostramos la incertidumbre en que se encontraron los estancieros después de 52, es para rectificar el concepto del señor Gibson, de que por el solo hecho del cambio de gobierno, la ganadería progresó. Las corrientes económicas después de 1832 fueron las mismas anteriores a ese año, en que la riqueza de Buenos Aires producía asombro.

Wilfredo Lathan, en su obra sobre estudios del Río de la Plata, demuestra en 1867 la orientación del ganadero en favor de la oveja; Alsina, en sus mensajes sobre el avance de la línea de fronteras en 1875, refleja el decaimiento de la ganadería, por falta de campos; la investigación de 1888 revela la superproducción del ganado, por falta de mercados, y en ese último año se inician las exportaciones en pie.

En esos períodos palpáronse la influencia del ferrocarril en el desarrollo de la campaña y los esfuerzos inteligentes del ganadero.

El momento en la provincia, es netamente ganadero. La agricultura, cuyos rendimientos a los dueños de campos, por los altos arrendamientos, influyó para el desalojo de la ganadería, cedó a ésta las tierras ante los inconvenientes con que luchaba para la colocación de los productos.

La agricultura expande y densifica la población, con grandes beneficios para el comercio; la ganadería limita esas manifestaciones, si bien son de resultados más positivos para la economía.

En estudios anteriores hemos comprobado la de-

población que se opera en los partidos más agrícolas, por dicha evolución económica, que impone otra a su vez.

Hay que desarrollar la industria a base de la producción ganadera. Las lanas, los cueros elaborados en el país, con mercado sudamericano y aun europeo, ocuparán muchos brazos; la lechería, el aprovechamiento de productos de agricultura intensiva, todo eso en una gran evolución, que necesariamente operada de consuno por gobierno, pueblo y capital, desarrollará la economía de la provincia.

A esa orientación agréguese la modificación del sistema impositivo, para distribuir equitativamente el impuesto proporcional a la riqueza, y los beneficios que preste el Estado a los particulares.

No debe el Estado decretar riquezas en obras públicas costeadas con el impuesto general, el que solamente debe concurrir a las mismas, en proporción al beneficio que de ellas reporte la población en general.

Y en la mejora económica se ha de encontrar solución a otros problemas de orden social. La población de fatiga no trabaja hoy, arriba de seis meses en el año, porque las faenas agrícolas y ganaderas no pueden ocuparla por más tiempo, ni es posible tener "arrimados" en los establecimientos, cuando la carestía de la vida es evidente, ni cuando el cereal nada vale y la carne sube constantemente de precio.

No es el peón de hoy el de la época del virreinato, que cubría sus carnes con un poncho y usaba, al no la vinchar el sombrero de cuero de mono, o de burro, y los campos abiertos encontraba la alimentación fácil.

La política industrial traerá la modificación de la propiedad en la provincia de Buenos Aires y el trabajo sin solución de continuidad, al par que mejorada la educación económica resolverá otros problemas de orden demográfico.

Pocos advierten la gravedad del problema del celibato en la provincia de Buenos Aires; pero cuando se visitan los pueblos y las ciudades, es, sin embargo, lo primero que se comprueba, por imponerse al criterio más simple.

El hombre que se siente fuerte e inteligente, y con cierta cultura, abandona las localidades, porque no puede ser sino estancero o agricultor. Si para el primero no tiene capital, para lo segundo no ha sido educado, y aunque quisiera hacerlo, evolucionando, no encuentra capital habilitador que le favorezca, pues este último desconfía y ve únicamente su seguridad en la rusticidad y falta de higiene del que solicita su concurso, sujeto que, por otra parte, conviene a dicho capital, por su inconsciencia.

El celibato femenino, que en las capas populares tiene otra clasificación, podría resolverse con la misma industria, pues habilitada la mujer para el trabajo, sería en la vida económica fuerza y no carga para el hogar.

La justicia, ni por su organización con respecto a la densidad de la población, ni por sus leyes de procedimientos, constituye una garantía de orden social. Omitiremos referirnos al personal de jueces, algunos de los que hemos ya calificado, designados en su mayoría con un criterio subalterno de política, sin dejar de reconocer que muchos de ellos son garantías positivas por su carácter y moral.

La reforma en los procedimientos criminales, últimamente adoptada, no tiene en cuenta más que los intereses de éstos, prescindiéndose del interés conservador de la sociedad.

Y esa ley busca, por otra parte, amoldar al periodismo de la provincia, olvidándose de principios fundamentales que ha establecido la Constitución.

Importa también esa ley una doble legislación. Los juicios correccionales ante la justicia de paz no se rigen por ella, sino por la anterior, desigual, legal que favorece siempre los "intereses creados" de la política en las localidades.

El estado de la justicia en la provincia es tanto más malo, cuanto que se ha creado un impuesto especial para obtenerla, y se ha aumentado el valor del sellado en la tramitación de los juicios.

El gobierno federal tiene también su responsabilidad en esa falta en la provincia de Buenos Aires. No tiene ésta el número de jueces federales que reclama su población de origen extranjero; el capital, y los establecimientos de justicia, nacional, representados por las líneas férreas e instituciones bancarias, los puertos y el comercio marítimo.

Se impone en cada asiento departamental de justicia, en la provincia de Buenos Aires, el establecimiento de un juzgado de sección: Dolores, San Nicolás, Mercedes y Azul, deben tener su juez federal, y con esto se lograría salvar en parte los inconvenientes que apuntamos.

CRECIMIENTO DEMOGRAFICO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Año	Habitantes	OBSERVACIONES
1580	200	Fundadora y primeros pobladores de la ciudad. Nucleo demográfico original: 200 hombres, una mujer, según documento. (1)
1604	2.744	No estamos de acuerdo ni con Pallas (Historia Demográfica de Buenos Aires), ni con Trillas en sus datos, ni con Pallas y Elías en el Registro de Buenos Aires. Ciudad es el resultado de la fundación de la segunda línea de frontera. (2)
1778	37.180	Antes de los pactos con los indios la población de la campaña se calcula poco más o menos en 1801, a la que se le suma la de la ciudad, según documento. (3)
1797	72.168	Estado del Dr. Vicente López y Planes en el Registro de Buenos Aires. Ciudad es el resultado de la fundación de la segunda línea de frontera. (4)
1801	180.000	"Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata", por sir Woodbine Parry. Cuatro millones de habitantes en la línea de frontera de 1832 y consolidada de la Provincia en 1834.
1837	300.000	Primer Censo Nacional. La provincia, incluyendo Chascomús, Lanús y 17.323 habitantes rurales.
1859	404.981	Censo Provincial. La ciudad de Buenos Aires, según el Censo Federal de 1859, había disminuido en su superpoblación por la fijación en 1879, del Meridiano V, como su límite.
1891	626.351	Censo Provincial. La ciudad de Buenos Aires, según el Censo Federal de 1891, había disminuido en su superpoblación por la fijación en 1879, del Meridiano V, como su límite.
1899	762.648	Censo provincial no publicado, estadísticas los partidos de Pío y Belgrano que figuran en el Censo Nacional.
1905	821.188	Segundo Censo Nacional.
1914	1.084.018	Tercer Censo Nacional.

CONCEPTO DE ESTAS NOTAS

Prescindiendo de la parte expositiva, que altera de por sí los criterios contrapuestos en cuestiones de historia económica y política, he tratado de fijar en estas notas sobre la provincia de Buenos Aires un espíritu de crítica, porque pienso que con ella se provoca la atención sobre el pasado, y se propicia la solución de los problemas del momento.

Enrico Lantada

Buenos Aires, julio de 1916.

(1)—Acta de fundación—"Soldados y Gentes"—Idem de distribución de lotes y designación de Alcaides y Regidores. Cádiz, 11 junio 1580. Acta de repartimiento de tierras. Cádiz, 10 octubre 1580.—Se otorgó los nombres que figuran en los diversos actos, como donatarios, testigos, escribanos, para evitar repeticiones en el cómputo, incluyendo los sucesos posteriores.

(2)—A la población fundadora, prescindiendo del repartimiento posterior de indios, le agregó los habitantes de 1601, 1602, 1603 y 1604, que son 634, de blancos, y los 477 negros esclavos bautizados en 1604 en la Iglesia de San Francisco. Como en 1602, se contabilizó ocho esclavos, agregamos el número femenino. Había en 1604, 18 familias francesas que no estuvieron en la fundación. Cada familia suponemos que tenía un hombre y una mujer, y un niño. Los datos de 1604, y el resultado lo agregó a la población. Esta estimación documental permite dar a Buenos Aires 1.744 habitantes.

(3)—No debe olvidarse que desde 1744, Buenos Aires, por las razones que hemos dado, invierte la fecha de su fundación, lo que determina la línea de frontera de 1778. Concorren en su estadística de 1778 por la ciudad 11.677 habitantes.

(4)—Aunque en su "Viajes por la América Meridional" publicado en 1801, se refiere a un censo de 1797, éste es el de las dos fechas, la del censo y la de su desarrollo. La ciudad en 1797 tenía 40.000 habitantes y la campaña 37.180.

Tucumán

La conspiración bajo la tiranía ::: en el Norte :::

I.—"Cuando se esperaban mayores progresos, desgraciadamente se lanzó desde las playas del Plata un desnaturalizado tucumano, el doctor Angel López, armado de miras insidiosas, para trastornar el orden." Así hablaba el general Alejandro Heredia, gobernador de Tucumán, en 1834, en su mensaje gubernativo a la Sala de Representantes.

Pero el nombre de este personaje figura en documentos históricos más señalados, en uno de los más expresivos de la vida política argentina, en la carta de Rosas a Quiroga, datada en la Hacienda de Figueroa, en diciembre de 1834, que recitaba en 1831, y en el que el tirano exponía extensamente sus ideas sobre la organización nacional, arguyendo la extenuación de los esfuerzos del caudillo riojano para cimentarlos, y cuyo original, como se sabe, fué manchado con su sangre en Barranca-Yacu.

En ella dice Rosas: "Los unitarios, que no duermen y están como el lobo, acechando los momentos de descuido o distracción, 'infruyendo' al famoso estudiante López, que estuvo preso en el Pontón..." Este famoso estudiante López es el "desnaturalizado tucumano" de que hablaba el mensaje de Heredia.

Era Angel López el primer estudiante tucumano que cursaba en la Facultad de Derecho de Buenos Aires.

Graduóse el mismo año Prudencio Gramajo, y fueron sus compañeros Juan B. Alberdi, Fabián Ledesma, Brígido Silva, graduado el año 32, y Marcos Paz, graduado el año 34.

Debía graduarse el año 31, y presentó su disertación final sobre la tesis siguiente: "La República Argentina no debe ni le conviene admitir ministros extranjeros residentes".

El gobierno de la provincia comunicó al rector en julio de ese año que no le confiere en ningún caso el título de doctor, y que lo excluyera para siempre de la Universidad.

He aquí los textos de los documentos: salen por primera vez a luz, proporcionados por el señor secretario de la Universidad:

"Ministerio de Gobierno. Buenos Aires, julio 19 de 1831.—Ha sabido el gobierno con el mayor desagrado que el alumno de derecho civil don Angel López, que había anunciado para su disertación la siguiente tesis: 'La República Argentina no debe ni le conviene admitir ministros extranjeros residentes', la cual ordenó el gobierno al vicerrector de la Universidad se suspendiese por justas causas que tuvo en consideración, ha asentado la misma proposición en el acto de recibir el grado de doctor. Tal medida es un desatado a la autoridad, que jamás tolerará el gobierno. En su consecuencia, ha resuelto que el rector de la Universidad suspenda la entrega de los títulos de doctor al expresado López, y que, en caso de hallarse estos en su poder, los recoja inmediatamente, dando cuenta al gobierno, e informándole a la mayor brevedad muy circunstanciada sobre esta fatal ocurrencia. Lo que se comunica al precitado rector de la Universidad a las fines consiguientes. — Tomás Manl. Anchorena.—Al rector de la Universidad."

"Ministerio de Gobierno. Buenos Aires, julio 30 de 1831.—Puesto en conocimiento del gobierno el informe que ha dado el rector de la Universidad, con fecha 23 del corriente, para que tomase los conocimientos, sobre la proposición que sentó en la cátedra el día de los grados don Angel López; en el que resulta que esa tesis es la misma que se le había prohibido sostener en su último examen para el grado, ha tenido a bien expedir con esta fecha el decreto siguiente:

"Resultando de lo informado por el rector de la Universidad en la presente nota, a consecuencia de los conocimientos que ha tomado respecto del desatado cometido por el alumno de derecho civil don Angel López, que éste anunció al tiempo de recibir el grado la misma tesis que se le prohibió sostener en la disertación previa; hágase saber al rector de la Universidad que no le confiera en caso alguno los títulos de doctor, cuya entrega se le mandó suspender, y que lo excluya para siempre de las aulas de la Universidad. Ordénese al mismo tiempo al jefe de policía que aprehendiendo a dicho López, lo ponga a disposición del capitán del puerto, para que éste lo remita a servir al pontón 'Cacique', por tres meses, a ración y sin sueldo, a cuyo efecto se pasará al correspondiente oficio al Ministerio de Guerra". Lo que se transcribe al rector de la Universidad para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le corresponde. — Tomás Manl. Anchorena.—Al rector de la Universidad."

Este acto de barbarie selló para siempre la vida del joven doctor, pues su nombre apareció entre los graduados de aquel año, no obstante el decreto gubernativo.

Vió en ese desmán del caudillo que le había dado una repentina notoriedad en Buenos Aires, como la consagración de una vocación que le creaba deberes ineludibles. Se tuvo, en cierto modo, como un elegido para combatir tiranos. La idea sería un poco vaga; pero el sentimiento ardiente e inexorable.

Aun sonaba en sus oídos el solemne juramento de doctor: "Jurás por Dios y los Santos Evangelios, y prometes defender la libertad e independencia del país bajo el orden representativo y el único imperio de la ley". Tal era la fórmula del juramento universitario, en el que se ve, como observa don Juan M. Gutiérrez, la inspiración de Rivadavia.

Los hombres de la Universidad pertenecían al partido de la Presidencia: eran por lo menos unitarios. Era rector don Valentín Gómez, y profesor de derecho el doctor Eusebio Agüero, a quien quizá Angel López tuvo oportunidad de encontrar en Tucumán aquel mismo año. Cuenta, en efecto, el doctor Agüero, en su autobiografía, que por empeños del general Javier López, lo llevó a esa provincia para enseñar en el gobierno, y así lo hizo. Se hallaba en Córdoba cerca del general Paz, en cuya pericia se habían concentrado todas las esperanzas liberales.

De la Universidad salieron los que dentro o fuera del país habían de conspirar contra la tiranía, siempre infructuosamente, durante 20 años.

Era así un precursor de los conspiradores de la Liga del Norte y de los revolucionarios del Sur.

II.—Las revoluciones durante la anarquía revisaron dos formas: o eran conspiraciones que aspiraban a levantar contra la tiranía a sus propios servidores, o expediciones armadas.

En las primeras, el arma fué sobre todo la astucia y en las segundas, naturalmente, la fuerza.

Las primeras eran la obra de los letrados, las segundas de los militares, aunque nunca aquellos dejaron de contar con éstos, y aunque nunca faltaron los secretarios doctores a las segundas.

Las conspiraciones fallaron indefectiblemente, y también fallaron las segundas hasta Urquiza, lo fueron por circunstancias tan fortuitas, como la prisión del general Paz, a la muerte de Quiroga.

Digamos, en efecto, lo que ha aspirado ya a desmoronarse, y me parece indudable, y es que a no ser por el asesinato de Quiroga, la República no habría obedecido a Rosas, y los caudillos provincianos habrían seguido un punto de apoyo para resistir.

El sentimiento de las provincias no fué roto; pero se encontró en medio de la anarquía un segun-

ro más poderoso que el gobierno fuerte de Buenos Aires.

III.—Angel López había nacido probablemente en la villa de San Joaquín de Trancas, en la frontera salteña de Tucumán el año 1806, en el mes de noviembre. Así lo acredita una partida de nacimiento, que no se le atribuye con plena certeza, por más que una serie de circunstancias permiten creer ser la suya.

Pero si no era oriundo él mismo, lo era su familia. Don Santos López, su padre, era estanciero del lugar, y sus tíos paternos grandes terratenientes. Algunos de sus tierras pertenecían aún a sus descendientes, como la estancia de Basques, en cuyas espaldas pernoctó por semanas, y por cuyas sendas extraviadas llegaban o salían sus espías o "sombreros", o sus comisionados secretos en los cinco años que duraron sus días después de la Universidad, y también sus correrías revolucionarias.

Esa tierra acre y dura con su flora espinosa y baja, fué el espectáculo habitual de su juventud; a diferencia del llano sonriente y de los grandes árboles del bosque tucumano subtropical: esa región Norte es seca y triste, y dispone a la gravedad y a la melancolía aspera, en contraste con aquella, que inspira el amor por la belleza o la gracia o el gusto por la vida y la voluptuosidad.

Su natural fué silencioso y austero; su carácter tenaz; su voluntad terca, y firme.

IV.—Tócale quizá asistir a la batalla de la ciudadela del 4 de noviembre de 1813, y a la entrada de Quiroga a Tucumán; y a la fuga de los vencidos, a los que se hallaba vinculado por la sangre y la comunidad de ideas, desde que estaba un fresco el castigo del tirano.

Un año después, gobernador ya el general Alejandro Heredia, se realizan elecciones generales para constituir la Asamblea Legislativa.

El doctor López es elegido diputado por Trancas y se incorpora a la Sala.

V.—Durante las guerras civiles, Tucumán, por su situación geográfica, era la última jornada que debían hacer los bandos en lucha.

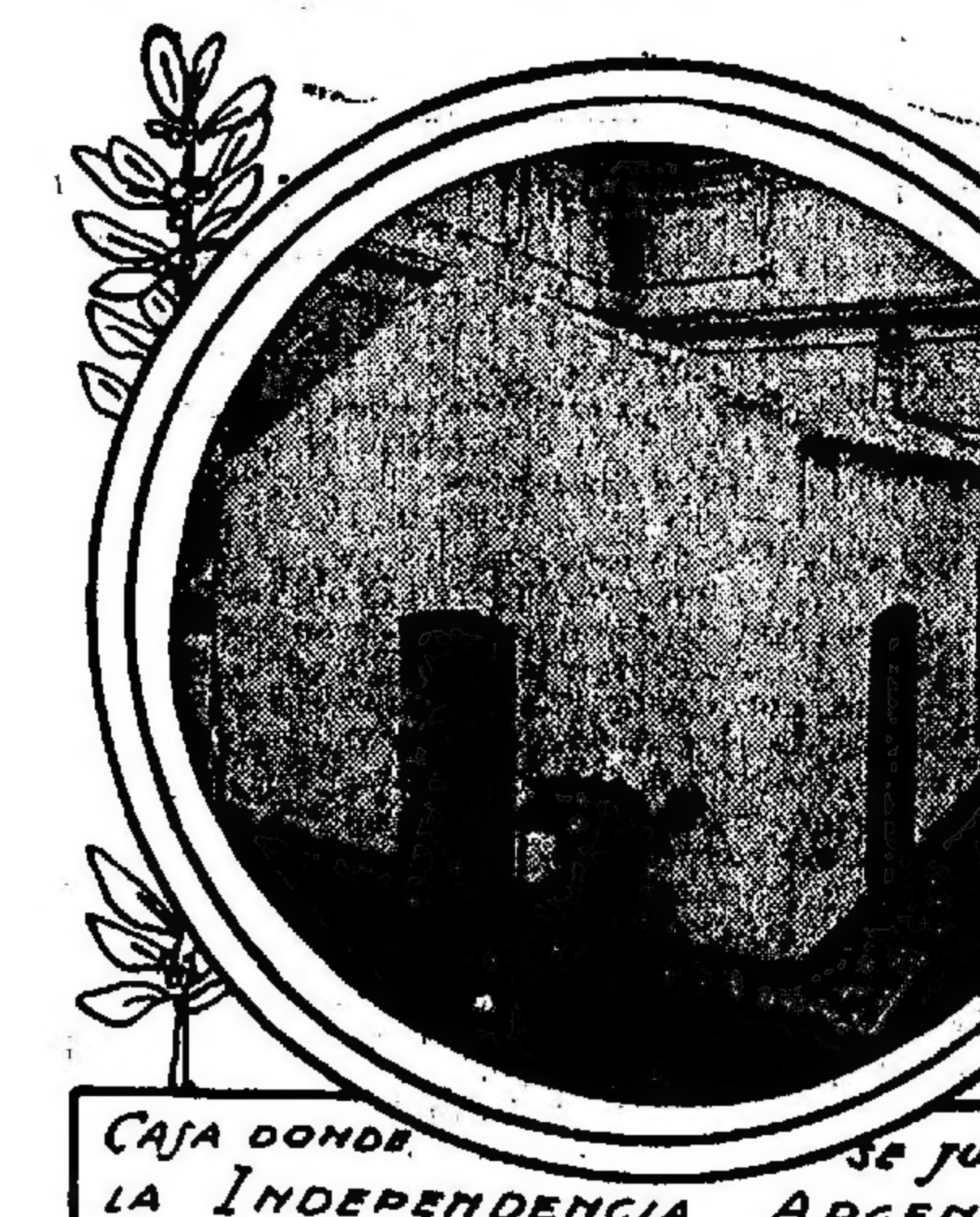
Cuando viene Quiroga la primera vez, da por terminada la campaña, después de triunfar en el Alto de la Tala y Rincón. La reacción regresa del Norte, con Gorriti y con López, y viene del Brasil con Lavalle. Venen en la Tablada y Oncativo, se hunde, como en las leyendas, el día de la prisión de Paz, y su sombra se bate en la Ciudadela. No hay que continuar adelante, porque los unitarios están ya en Bolivia. Diez años después, cuando Oribe ha vencido a Lavalle en Famaliá, la tiranía domina de nuevo por otra década larga a la República.

VI.—Estamos en el año 32 en Tucumán. Heredia ha sido elegido gobernador el 8 de enero.

He pintado en otra parte su figura y esbozado su psicología. Quiere sinceramente la paz, promueve el progreso y cimenta el orden.

Atrás a los remisos, y tolera a los adversarios de la jornada cruel de la Ciudadela.

Angel López acababa de llegar de Buenos Aires. Se sabe su prisión; pero en la aldea esa noticia ha llegado magnificada. Las gentes se hacen lenguas de su intrepidez y también de sus talentos.



Heredia aplica su política y consiente en que sea electo diputado a la primera legislatura.

Tucumán, hemos dicho, era la única puerta posible abierta a la reacción.

Era la entrada de Bolivia, donde se habían asilado los vencidos de la Ciudadela.

En el espíritu inquieto y juvenil de López, la mordedura de la prisión no podía haberse aplacado.

Pero han pasado los años 32 y 33, y en diciembre de este último se instala pomposamente, como gustaba Heredia, para gobernar la primera legislatura. Se aproxima el término de su gobierno, y era necesario crear el órgano de su reelección. Terminaba su bienio, en efecto, el 8 de enero de 1834.

Ya habían comenzado los excesos de fuerza de este curioso personaje, que es Heredia, doctor y general, y más tarde generalísimo de los ejércitos argentinos en la guerra con Santa Cruz, y López sintió enardecerse la herida de su prisión, su pasión de joven, sus ideas de unitario, su orgullo lúrico de discípulo de Valentín Gómez, quizá de don Diego Alcorta.

En Tucumán quedaban muchos unitarios; familias enteras, militares retirados.

Estaban don Jerónimo Helguera, el ayudante de Belgrano en las batallas de Tucumán y de Salta; el coronel Murga; luego las familias Molina, Posse, Santillán y otras muchas.

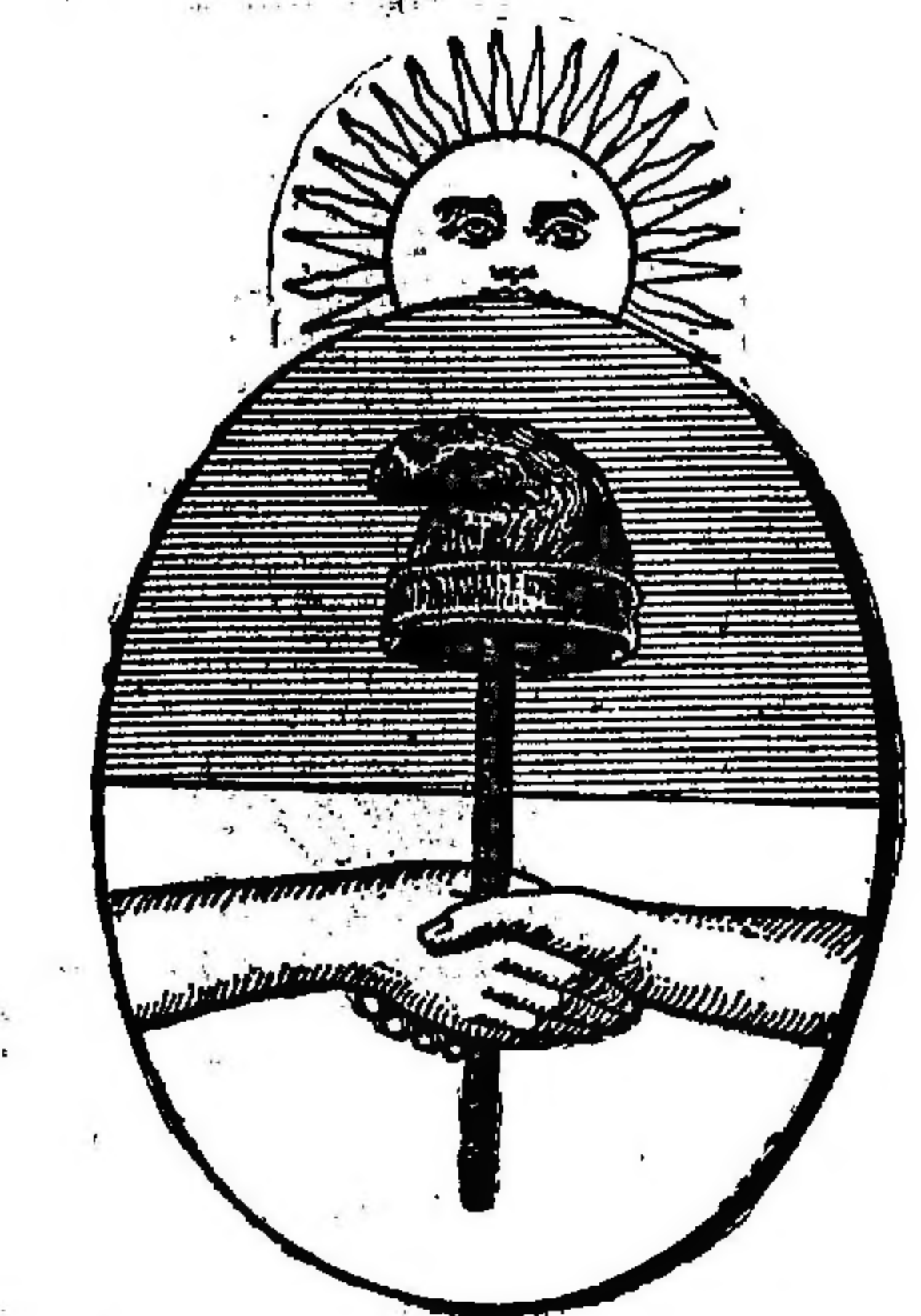
Todos esos fuegos en rescollo se avivan con una sola palabra de López.

Quizá pensó en aprovechar el final de su período para tentar su destrucción; pero, o faltaron los medios, o la tiranía estaba muy en sus comienzos. Preferió que descansara en la confianza de su reelección.

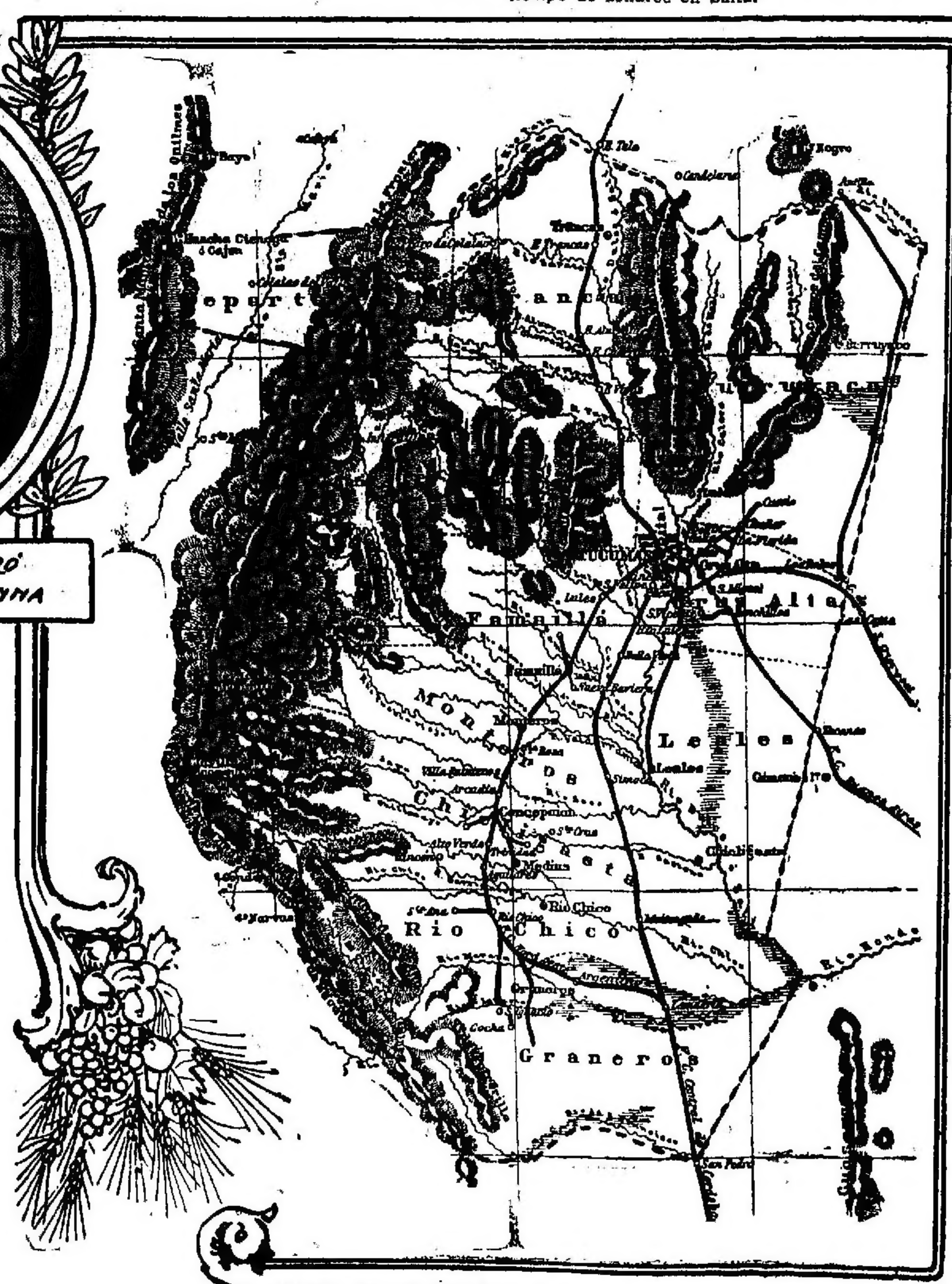
Además, podía contar con un aliado que era necesario atraer. En el año 33 se habían suscitado recelos entre Heredia y su compadre, el gobernador de Salta, don Pablo de la Torre, fundados en el asilo que diera Heredia a don Pablo Alemán, gobernador que fué de Salta, federal como ellos; pero que de la Torre consideró conveniente expulsar de su provincia.

López, entonces, ha comenzado a trabajar con empeño y ardimiento extraordinarios.

Don Jerónimo Helguera, guerrero de la independencia, es quien da su fuerza moral a la conspiración. Su participación es decisiva, importa dar confianza respecto del día siguiente de la revolución e importa también la participación de muchas fami-



Extensión territorial:	22.838,000 kilómetros cuadrados
Población:	
En 1817-18. según Brancque:	45.000 habitantes
Censo de 1914	(argentinos 300.315 extranjeros 32.614) 332.935 ind.



Mapa del Territorio de la provincia de Tucumán con el trazado de las líneas férreas existentes

tes. Casado con doña Crisanta Garmendia, importa la ayuda de don Pedro Garmendia, importa decidir a los temerosos del fracaso o de un desorden más peligroso que la tiranía.

Pero, sin elementos, sin armas, era base indispensable del intento ganar a los propios servidores de Heredia, y a esa empresa se entregó López. Sus declaraciones, que son las únicas fuentes de que dispongo, y que se conservan en el proceso criminal que levantara Heredia, pintan y comentan el desarrollo de la conspiración, la psicología de su promotor, el estado de los ánimos bajo un gobierno fuerte; la timidez de los unos, el horror a las consecuencias de otros; la silenciosa altivez de unos

cuantos; la crueldad complacida del instructor del sumario; pero también pintan, y es tal vez lo encantador y atractivo que tienen, el aire de la aldea, de sus callejas silvestres, de sus quintas, de las tertulias familiares, de los caminos campesinos, por donde ellos se ve transitar a los actores de este drama oscuro y pequeño; pero apasionante para el espectador, como toda escena en que se juega sinceramente el corazón o la vida.

López había ideado el plan; en la esquina de la plaza principal se apostarían un cantor y un arpista; los soldados ocurrirían hacia ellos. Era la hora en que el gobernador debía concurrir a la casa de gobierno.

Trasladada así la tropa, a una señal convenida, los revolucionarios penetrarían en el Cabildo. Helguera apresaría al gobernador, el comandante Calisto Pérez a Felipe Heredia, general también, hermano del gobernador, y otros al coronel Mendivil y comandante Sorroza.

Helguera debía ser el gobernador interinamente. Los hermanos Heredia serían remitidos a Salta.

VII.—Podemos hoy reconstruir la obra de los conspiradores. En las tertulias familiares había suscitado un interés ardiente el espectáculo nuevo de las deliberaciones legislativas. Los nuevos impuestos, el arancel eclesiástico, que la clerical resistió enérgicamente, así en rebelión; la derogación del decreto de Quiroga, que impuso cuantiosas contribuciones de guerra a los conventos, apasionaban los corrillos. Heredia, que era doctor, exponía y fundaba eruditamente el viejo derecho de patronato; Fabián Ledesma, recientemente doctorado, las repeta en la Sala.

Una nueva vida, animada y entusiasta, asomaba en la aldea.

Pero pronto debieron desvanecerse las bellas esperanzas, porque la libertad concluía donde aparecía una palabra del gobernador, que la Sala en sus primeras sesiones decoró con el título de brigadier general.

Angel López asistía a estas alternativas silenciosamente en la Sala, de la que había sido elegido vicepresidente. Cautelosa y hábilmente hacia su propaganda.

No creía en la sinceridad de la obra de construcción, de que blasonaba el gobernador. A pesar de las apariencias, era esa una tiranía. Sacaba partido de la altanería que usaba Heredia, y delante de las ruedas aristocráticas, de su condición plebeya, "el indio Heredia", que era en las conversaciones familiares.

Ledesma, que conocía el carácter de López desde la Universidad, y que fué un fiel amigo de Heredia, había puesto en guardia a éste respecto de su colega.

Pero Heredia en este momento, como siempre, hasta el final de su carrera, aplicó su política de la "fusión de los partidos", que Rosas censura en sus cartas disimuladamente, y que condenó abiertamente después de su muerte, atribuyendo a su política equivocada su trágico final.

Y arguyendo aquí sobre la tiranía, avivando ambiciones en otra parte, contagiando las propias, azuzando el instinto de rebeldía, despertando esperanzas de una reacción unitaria, López soplo su plan de conspiración a muchos oídos. Así comprometió a los comandantes Pérez y Medina, tentó al comandante Sorroza de Monteros; atrajo a Colombres del Colmenar; a los Posse de la Reducción, y sabía de antemano que le apoyaban algunos patriotas, decididamente unos, y tibia, pero sinceramente, otros, patriotas como Helguera, Garmendia y el coronel Murga.

Recorre la campaña ocultamente, toma las medidas con precisión, dispone la ejecución, y en el momento de estallar, ha sido sentido y ha tenido tiempo de asilarse en Salta.

reemplazan los jefes de campaña, oscuros y serviles, o los amanuenses del tirano, para que no quede sino la apariencia de un poder. Están ahora Yolis, el elector de Bernabé Arzoz, el instructor del sumario de Javier López, más tarde, que un día lo ofreciera Tucumán a Salta para hacer lo propio con aquel desventurado Pablo de la Torre; con quien concluyeron unas balas, no del todo anónimas, el 30 de diciembre de ese mismo año.

Está también Gabino Robles, que cuatro años después dice buena cuenta de la vida del propio Heredia en la tragedia de Lules.

Pero la conspiración está descubierta, y Heredia, armado de facultades extraordinarias, López y Garmendia han desaparecido; pero están en la cárcel otros autores y muchos cómplices.

El sumario se instruye vertiginosamente por el experto mayor José Antonio Yolis.

La ciudad está consternada, porque presiente que la sangre va a comenzar a rutilar en el escenario.

IX.—Los conspiradores habían escogido bien el momento. Tucumán se hallaba preocupada con las revueltas y con las amenazas de Catamarca. En abril había sido depuesto su gobernador don Valentín Aramburu, quien se fugó hacia Tucumán, llegando hasta la Reducción, a pocas leguas de la capital. En dos meses, lo sucede Senteno; luego es reintegrado en su posición Aramburu, y después gobernó Navarro. En todo este desfile de gobernadores hay un solo factor verdadero, don Felipe Figueroa. Bajo el seguro de la intervención de Heredia, ha firmado este señor comandante un tratado con Aramburu, que no alcanza a conciliar la debilidad de éste con las ambiciones de aquél.

Comienza en esta época a acentuarse, y se definirá antes de concluir aquel año 34, la política "imperialista" de Heredia, que aspira y llega a fundar una positiva hegemonía de Tucumán en todo el Norte, que dura tanto como su gobierno.

Pero por bien escogido que estuviera el momento para pronunciarse, la conspiración ha fracasado. ¿Fué una delación? Según un testimonio del sumario, hacía dos meses "que la gente de cocina" comentaba la futura revolución.

Justo Luna contó a Rosendo Monasterio una tarde, en una buca una vaca extraña, que en las lejanías de Zárate, que "habría revolución", la versión llegó al juez del lugar, y la tiranía, que tiene cien oídos, lo supo al instante.

Monasterio sería, sin duda, recompensado; no lo sabemos; pero sabemos que lo fué en cambio don Plácido Pantorri, "cuyo nombre era digno de grabarse en letras de oro en los fastos de la historia de nuestra revolución, para que su memoria sea recibida por las más remotas generaciones con los aplausos que merece".

Había la "heroína" apresurada a armarse y a armar a su padre y hermanos para defender al gobierno.

No bastaba la gloria como recompensa, y Heredia, por decreto, le hizo entregar a nombre de la historia agradecida, "el pequeño obsequio" de una peneta (decreto de 27 de junio de 1834).

X.—Tucumán hospedaba en ese momento a dos jóvenes, compañeros de universidad de López; pero probablemente sin gran afecto por él, porque no lo recordaban en sus papeles íntimos, aunque tampoco los escribía el uno que se llamaba Juan Bautista Alberdi, y tampoco tuvo tiempo de escribir el otro, que se llamaba Marcos M. de Avellaneda.

Ambos se hallaban vinculados con Heredia. Alberdi le debía ayuda en Buenos Aires; como el mismo lo ha contado, estuvo a punto de decidirse, recomendado ante Quiroga por Heredia, a marcharse a Estados Unidos.

Su hermano Felipe Alberdi era diputado afecto a Heredia.

Avellaneda, recientemente llegado, se hallaba en la plenitud de su ensueño y de su ambición. Debía interesar profundamente a Heredia este joven discurridor inquieto.

Además, era hijo de don Nicolás de Avellaneda y Tula, que en los recientes disturbios de Catamarca, había servido de intermediario de las comunicaciones de esa provincia.

Poco tiempo después atestiguaba su deferencia por ambos, autorizándolos, no teniendo diplomas, a ejercer públicamente la función de doctores (9 de agosto de 1834).

Pero estamos a los pocos días de la prisión de los conspiradores.

El proceso está concluido, y el mismo instructor ha firmado la sentencia:

"Por la Patria debe condenar a que sufran la pena de muerte don Jerónimo Helguera, los jefes José Alvarez, José Francisco López, Manuel López, y la enumeración continúa, para concluir en cuanto a Angel López, que se ha fugado, el fiscal es de parecer que igualmente sea pasado por las armas".

Nadie necesitó conocer la sentencia hace 80 años en Tucumán, para saber el destino que esperaba a los conspiradores.

Llegó el 9 de julio, y al banquete oficial de aquel día concurrirían Alberdi y Avellaneda. Habló Alberdi, y con sorpresa de todos, su brindis fué un pedimento de perdón para los condenados invocando la magnanimidad de Heredia. Alberdi debía conocerlo bien, porque el perdón fué concedido.

La "emoción literaria" era el talón de este Aquiles.

XI.—Los conspiradores estaban vencidos; unos juraron reincidir, otros fueron expatriados en Santiago, y don Jerónimo Helguera, viejo camarada de Heredia, bajo las órdenes de Belgrano, prefirió ir a vivir sus últimos años a Chile, decepcionado y sin esperanzas.

Pero Angel López está en Salta; no ha cesado de trabajar desde el día en que sorprendió la conspiración, se ha fugado de Tucumán.

El elenco disminuye; pero la escena se ensancha. La Torre, el gobernador de Salta, se siente perseguido por Heredia, que ha protegido a su rival Pablo Alemán. Es quizá también un obstáculo para los planes de prepotencia de Heredia.

Angel López ha comunicado a La Torre su espíritu y su pasión. Sería magnificar el poder de sugestión de un joven en el ánimo de un "jefe federal", atribuir la decisión de La Torre a la influencia de López; pero la verdad es que los gobiernos del pacto federal del 4 de febrero de 1834 han sabido con escándalo esta reuerta.

En septiembre, en efecto, una partida sediciosa ha invadido a Tucumán desde Salta, y llegado a las góteras de la ciudad. La han formado, y dirigido Angel López, y su tío, don Manuel López.

El plan ha sido tramado desde Salta, y sirvieron de intermediarios mujeres de su familia.

Doña Bonifacia López fué la encargada de seducir a los jefes militares Pedro Miguel Heredia, el colombiano Candelario Arias y el comandante J. Manó Medina.

Con la experiencia pasada, éstos se apresuraron a delatar el plan a Heredia, mientras engañaban con sus promesas a los revolucionarios. Fijados en esas promesas, se adelantaron hasta la ciudad, a la espera de la señal convenida, que no llegó. En vez de la señal llegaron agentes del gobierno que apresaron a algunos de la partida.

Era necesario extirpar el mal, y esta vez Heredia quiso ser ejemplar. Vuelve el sargento mayor, juez fiscal Yolis, que conocemos, a ejercer su alta misión, y después de llenar veinte páginas de proceso en un día, se sentencia de muerte y ejecuta a Mariano Romano; otras tantas páginas de sumario en otro día y la signan tres ejecuciones. El día once son condenados a la misma pena Santos López, padre de Angel, Miguel, su hermano, y capitán Andrés Zelarayán; a la pena de 300 azotes Celedonio López y Pedro Rosales, a la expatriación Mercedes García y Bonifacia López.

No lleva esta sentencia la nota fría y curial de las otras sentencias anteriores... "y en seguida desfilan las tropas por delante de los cadáveres". La tradición oral dice que libraron sus vidas los condenados por medio de un inmenso rescate.

Los testigos, sin discrepancia, y los reos, declararon que el gobernador La Torre había municionado a los invasores y protegido decididamente a Angel López.

Heredia tenía ya lo que necesitaba, y llegó en

Córdoba

Córdoba en la formación institucional argentina

El pensamiento colonial, en los últimos años de la dominación hispana, ofrecía particularidades reveladoras de la iniciación de hondas transformaciones. Los focos de irradiación intelectual de estas extensas tierras virreinales: Charcas, Córdoba y Buenos Aires, seguían, en apariencia, el sueño interminable de la servidumbre. Las sublevaciones de los nativos, las arriesgadas invasiones de los extranjeros eran ahogadas con la sangre americana; siempre dispuesta a verse hasta la última gota en defensa de los derechos del Rey o de la Iglesia; la audiencia, las graves universidades, el famoso colegio de San Carlos parecían rivalizar en celo en defensa de los "sagrados derechos". Montevideo, el tribuno incendiario y apóstol consagrado de la libertad, pudo decir así dos años antes de nuestra revolución: aludiendo al monarca: "Ninguna idea de sedición llega a agitar el corazón de sus vasallos; todos lo miran como imagen de Dios en la tierra; como fuente invisible del orden y astro predominante de la sociedad civil".

El espíritu de la vida y de las instituciones americanas comenzaba, sin embargo, a agitarse con violencia. Entre las sutilezas escolásticas y los sistemas de Santo Tomás de Aquino, el padre Suárez con los que la ortodoxia católica se esforzaba por mantener la pureza de doctrina, se infiltraban poco a poco en el espíritu de la juventud ideas o principios que tendían a minar las bases del absolutismo y del poder supremo de los monarcas. Mucho de malo puede decirse de las exageraciones y extravíos de esas escuelas; caben bien las deformidades de la caricatura en los retratos de esos teólogos huecos y presuntuosos que, en nombre de sus preocupaciones, aprendieron a menospreciar a los hombres y a ignorar a la naturaleza; pero no debe olvidarse que fueron ellos los que, defendiendo la vez el origen divino de la Iglesia, enseñaron el origen humano del gobierno. En Córdoba, veinte años antes de la Revolución, se discutían con afán los principios democráticos enseñados por el ilustrísimo Pedro de Marca, arzobispo de París, los mismos que diez años antes se sostenían ante un tribunal de Chuquisaca, lo que motivó la resolución de la Audiencia en la que se mandó "enfrenar la lengua del procaz blasfemo, autor de una proposición

subversiva de la quietud y buen gobierno e inductiva de sedición."

Estas enseñanzas no alcanzaron, por cierto, a crear una conciencia de la libertad, generaron apenas un deseo vago, un cierto anhelo, una rara inquietud; nacía en los centros intelectuales e iba poco a poco repartiéndose a lo largo de los extensos territorios.

El ejemplo de Europa y de la revolución americana vinieron a completar la obra. Era la realización tangible del sueño que tantas veces había alimentado su fantasía.

El espíritu de independencia apareció, entonces, por todas partes; en los escritos del fiscal Villalba, en la Representación de Moreno, en la insurrección del 25 de Mayo de 1809, en la docta ciudad de Cochabamba, y, por fin, en la gran revolución de Mayo de 1810. A nadie se le ocultaba que este enorme movimiento no reconocía sino dos fuerzas de unidad: el anhelo de independencia y el sentimiento religioso común; ambos denuncian a la teología colonial y al enciclopedismo francés, de cuyo extraño matrimonio nacieron los primeros días de la libertad. Moreno, el traductor del "Contrato Social", se cuidó bien de suprimir el capítulo en que su modelo se ocupaba de la religión.

A realizar este anhelo de independencia se entregan los hombres de la Revolución. Córdoba aparece como el baluarte más firme del realismo. Su antigua tradición hispana, formada alrededor de una sociedad selecta; su espíritu sacerdotal, lleno de recelo, de silogismo y de meditación, debieron crear un ambiente poco propicio a los arrebatos y ardores de la Revolución. Un gesto heroico de la Junta convence con los reaccionarios en Cruz Alta, y Córdoba recibe con los honores del vencedor al primer ejército de la patria. El espíritu de la Revolución aparecía ya por todas partes: Gorriti lo encarnaba en Salta, Iriarte y Muñecas en el Alto y Bajo Perú. Cerro lo anunciaba en Córdoba, en donde el déan Funes representaba su genuino pensamiento. El primer paso hacia la independencia estaba dado; cabe el honor a Buenos Aires de haber sido el alma y el brazo de la Revolución en esta hora indecisa.

Satisfecho el anhelo de la independencia aparecía la necesidad de reorganizar el país según los nuevos ideales. El problema se ofrecía insoluble; el déan Moreno, alma e inspirador de los actos de la Junta, proclamaba en uno de sus artículos doctrinarios "la absoluta ignorancia del derecho público y de los sublimes principios del gobierno" en que se encontraba este pueblo, por tanto tiempo sometido a la servidumbre. Las provincias todas concurren a solucionar este gran problema; Córdoba designa por su diputado al déan Funes, el que desde su arribo a Buenos Aires comparte con Moreno el magisterio desde las columnas de la "Gaceta", convertida por éste en verdadera cátedra de derecho público, desde la cual anunciaban al pueblo el evangelio de la nueva ciencia. El déan Funes, ya desde la Junta, echó las bases del gobierno, en sus tímidos y embriagados si se quiere, pero en cuyo fondo se contienen todos los principios fundamentales de la democracia. En el decreto de 10 de febrero de 1811 se establece, por primera vez, el

buena auxiliar de las acciones militares, y Heredia alienta en Jujuy su sucesión de Salta.

Está en correspondencia con M. B. Barrena y Facio a quienes ofrece su protección, y es así que en diciembre Jujuy se declara independiente de Salta. Es necesario defender el pronunciamiento con las armas, y marchan los "libertadores" hacia esta ciudad, y derrotan a su gobernador, a quien encarcelan.

Las tropas tucumanas van desde la frontera a estrechar al enemigo común, que está ahora enjaulado. Felipe Heredia está de jefe de la plaza tomada, y en la noche del 29 de diciembre oye desde su cuartel unos disparos en la cárcel. Al día siguiente sabe que ha sido encontrado el cadáver del gobernador de La Torre en su prisión.

Da cuenta del hecho a su hermano el brigadier en una carta, que es de una fría acusadora. "Disfraces con el asesinato el hecho, pero se trata de un horrible asesinato", decía un general que, venido desde Buenos Aires, acababa de llegar a Santiago del Estero en esos días; Era don Juan Facundo Quiroga.

XIII — No es el momento de escudriñar el estado de ánimo de Quiroga a esta altura de su carrera, los fines que perseguía, y sus proyectos para el futuro, pero podemos afirmar que no era el gaucho vencedor del Rincon y la Ciudadela.

Aprovecha su estancia en Santiago para redactar, y sellar el tratado de enero de 1813, que es el primer documento que expresa su pensamiento en la hora de su muerte.

Venía de mediador de la reyerta de Heredia con La Torre, enviado por Rosas, que el asesinato del 29 de diciembre hacía innecesario.

Heredia se apresuró a ir a su encuentro para defender su causa, pero el alegato no mitigó la contrariedad que el trágico final hiciera en su ánimo... Descorazonado regresó por la vía que llevó a Barranca Yaco.

Toda la política argentina polariza desde ese momento hacia el asesinato de Quiroga, y la cuestión del Norte es olvidada.

La posición de Heredia es de perplejidad y desconcierto. Ha escuchado con interés apasionado los proyectos de Quiroga sobre la organización del país, porque había llegado "el suspirado momento", según los términos de una carta que recibiera de aquél, y se ha adherido con entusiasmo al tratado en el que Quiroga trasuntaba su pensamiento. Pocos días después desaparece Quiroga, y con él la política que acababa de abrazar.

Del otro lado le llega el enojo de Rosas, que sus cartas no disimulan, a propósito de la guerra con Salta.

Primero ha desaprobado el tratado de Quiroga, consecuente con las ideas contenidas en la famosa carta escrita en la hacienda de Figueroa, en que sustenta su oposición a la idea de dar constitución al país.

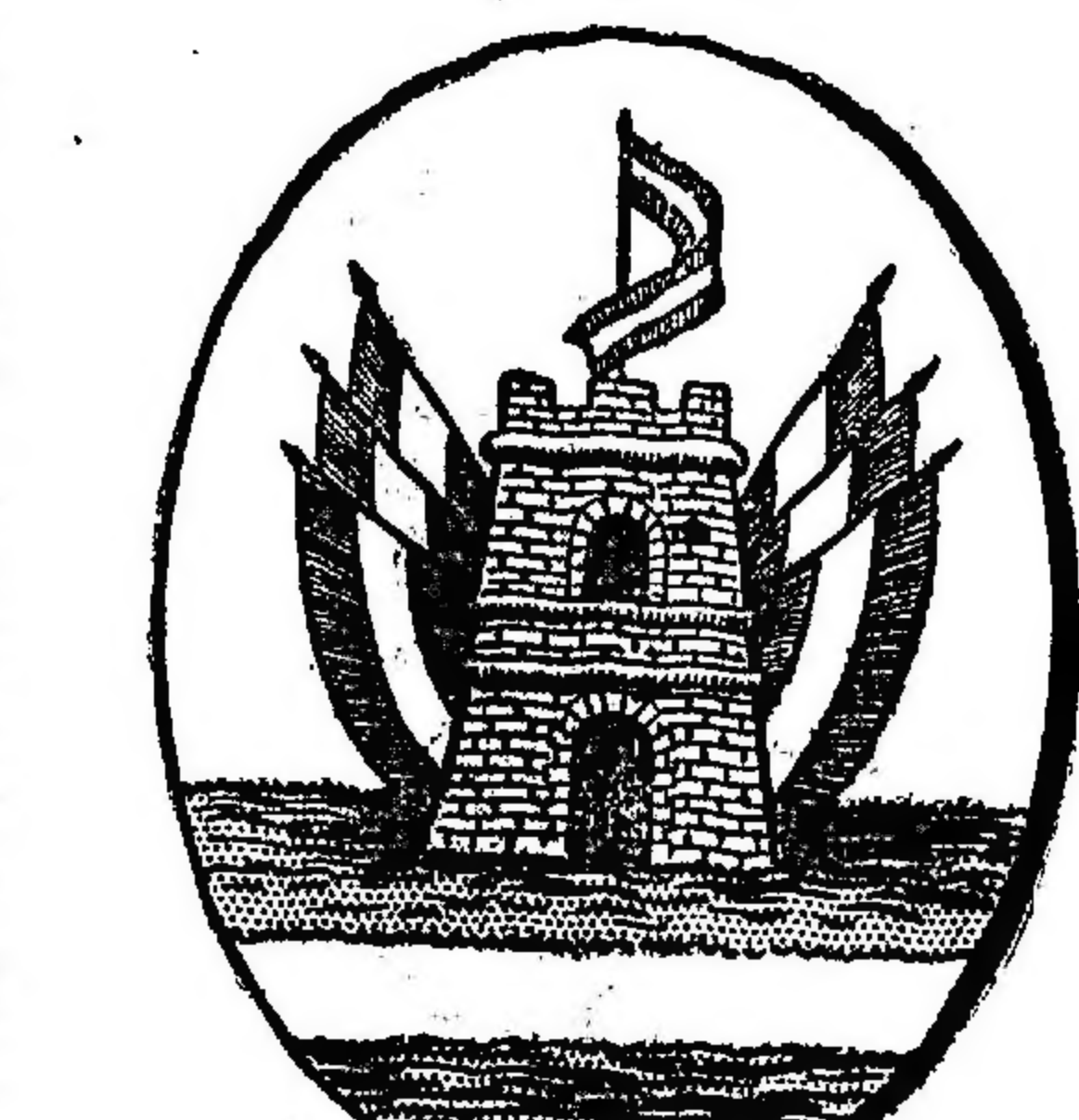
Después le ha devuelto una comunicación oficial de felicitación por su reciente ascensión al gobierno de Buenos Aires. Esto ha lastimado el amor propio del gobernador letrado más que aquella desaprobación. Ambos documentos se conservan. La nota devuelta de Heredia en estilo alibarrado y sosó, celebraba la "elegancia del acto político que lo ha llevado al gobierno". (1) Leyendo la carta se ve que son otros los motivos de la devolución.

Pero el ataque a fondo es el reproche de su conducta con La Torre. Heredia llevaba escritas varias cartas, apurando la argumentación para sincerarse; pero Rosas la rechaza con tanta energía como lógica.

Heredia no había invocado hasta entonces para explicar su campaña contra Salta, sino los agravios de que había sido víctima por parte de La Torre, y la tentativa de asesinato que le atribuyó por medio de los invasores de septiembre que Heredia pretendía protegidos por aquél.

Ahora cambia la explicación, y anuncia a Rosas que en diciembre había tenido conocimiento de un nuevo plan de invasión de Javier López desde Bolivia, y que para evitarla o frustrarla era necesario, apurar la defensa, apoderándose de Salta, para estar seguro de la puerta de entrada, por la frontera Norte.

(1) Arch. Admon. de Tuc. Tomo 48, págs. 185.



Escudo de la provincia de Córdoba

Extensión territorial: 168.151,875 kilómetros cuadrados	
POBLACION:	
En 1816-17, según Brackenridge:	75.000 habitantes
Censo de 1914	(argentinos 585.052) 735.472 ind.
	(extranjeros 24.462)

régimen electoral, ordenado y libre de las exacciones de la autoridad y de las preferencias que creaba el sistema feudal de predominio; en los decretos de abril y de octubre del mismo año 1811 reconocía la libertad de emitir ideas por medio de la prensa sin "censura previa" "como un freno de la arbitrariedad de los gobiernos, medio de ilustrar a la Nación y único camino para llegar al conocimiento de la verdadera opinión pública". Las dificultades de la Junta se suceden: el déan Funes cree concurrir a eliminarlas redactando un "Reglamento orgánico" inspirado en los principios más altos del gobierno libre. La división y separación de los poderes, el respeto a la modalidad y al pensamiento del país "inspiran" sus disposiciones; la Junta cree asegurar en sus cláusulas la estabilidad del gobierno, el orden y la paz social; pero, desgraciadamente, ha aparecido un nuevo factor que pasa inadvertido y que ha de conspirar tenazmente contra todo intento de unidad.

El primer pensamiento de la Revolución argen-

Rosas reclama de que no se le hubiese hablado con franqueza, y cómo es que recién se le comunicó un asunto de tal magnitud que comprometía la suerte de la República entera? (Acaso no era el más interesado en conocerlo?) Cómo es que si de eso se trataba se había admitido la mediación de Buenos Aires y el envío de Quiroga?

Pero si es como usted dice, y los unitarios amenazan otra vez, imite usted mi ejemplo, proceda sin reparos, porque es necesario escarmentar.

Las noticias que llegaban del Norte no son halagüeñas. Hay preparativos de los emigrados que hacen suponer la proximidad de una nueva invasión. Se repite la eterna experiencia de que la sangre abona la rebeldía. Al día siguiente mismo del asesinato de La Torre, y del golpe dado a la conspiración liberal, ésta rebrota como por ensalmo. Ya avanzan por Humahuaca y los altos valles salteños ochenta hombres, que ponen en sobresalto al tirano y agitan a Catamarca, Salta y Tucumán. Los dirigen Javier López, Segundo Roca y los Balmaceda. Los acompaña Ángel López.

XIV — Por esta misma época, Salta, ya en poder de un hombre de Heredia, aunque no a su semejanza, el páldio don Antonio Fernández Cornejo, hijo de Heredia por su esposa, doña Juana Cornejo, ha hecho levantar un sumario para la posteridad, presidiendo a comprobar la protección dada por La Torre a Ángel López, cuatro meses después que el reo ha sufrido la última pena. Inocente respeto por la posteridad, que ignora que es asunto baladí probar así, con testigos, lo que desea el tirano.

Agradezcamos la ociosidad del gobernador salteño, porque nos permite calcular los tormentos de ese levantisco e indomable Ángel López, que había procaído tan rápidamente la calma del claustro universitario por la fiebre devoradora del conspirador y del perseguido.

Las declaraciones de su discípulo, doctor Celadonio de la Cuesta, son conmovedoras. Cuenta éste haber tratado de disuadirlo de sus planes. Había llegado a su casa buscando asilo, sin un navío en la escuela. Agrega que observó sus entrevistas sigilosas a deshoras, y comprendió en el acto sus intenciones, hasta que un día su afecto le dictó amargos reproches por su desmedida ambición. "Eres un niño, le había dicho, no conoces el universo y los hombres. Tu temeridad ha de hacerte llorar muchos años".

Huyendo del consejo, y para no comprometer a La Torre, se ha refugiado hemos dicho, en la casa del cura Quevedo. Sobreviene la entrada de Facio desde Jujuy y es apresado. No sabemos cómo; pero dos o tres meses después está en Tupiza, y Javier López y José Fria de Tucumán, los Güemes y los Puch de Salta; llegan todos los días las palabras de esperanza de los que simulaban adhesión a la "causa santa de la federación", pero unitarios secretos, los Balmaceda, el comandante Plaza de los valles salteños, los comandantes Figueroa y Córdoba de Catamarca.

Estas promesas y un ardor inconjuntible, mezcla de patriotismo y de deseo de venganza, los incita a una nueva y desesperada invasión.

Como en Salta el año anterior, hay en Bolivia quien tiene agravios con Heredia, y con Rosas, y quizá detrás de los agravios otras esperanzas.

Hay un hombre que ha fundado una confederación periboliviana, y que sueña quizá con el Atlántico.

Gozó de gran predicamento en su ánimo el general Rudecindo Alva, guerrero de la independencia, que otea por la frontera Norte, como otros por

una quedaba definitivamente asentado; la teología y el enciclopedismo habían generado a lo largo del país el anhelo de independencia y de organización; Córdoba, en su comienzo, sólo inconscientemente había contribuido a formarlo; pero luego fue, con Funes, el alma de los primeros ensayos en el camino de la organización.

En el "Reglamento orgánico" se habla de crear un gobierno para "las ciudades" de nuestra confederación "política"; el concepto de pueblo como entidad orgánica que representa la unidad de la Nación no aparece por ninguna parte; en cambio la idea de la autonomía local se perfila; la creación de las Juntas provinciales comienza a dar a los distintos núcleos conciencia de su personalidad y a hacerlos gustar los beneficios de la participación activa en la formación y desarrollo del gobierno del Estado. Sería una preocupación pueril la que se encaminara a buscar, poniendo a contribución las mayores agudezas del ingenio, el pensamiento o la mano que arrojó la primera semilla de nuestro federalismo naciente; los factores que crearon el anhelo de autonomía hundían sus raíces mucho más allá de lo que la mano del hombre puede alcanzar.

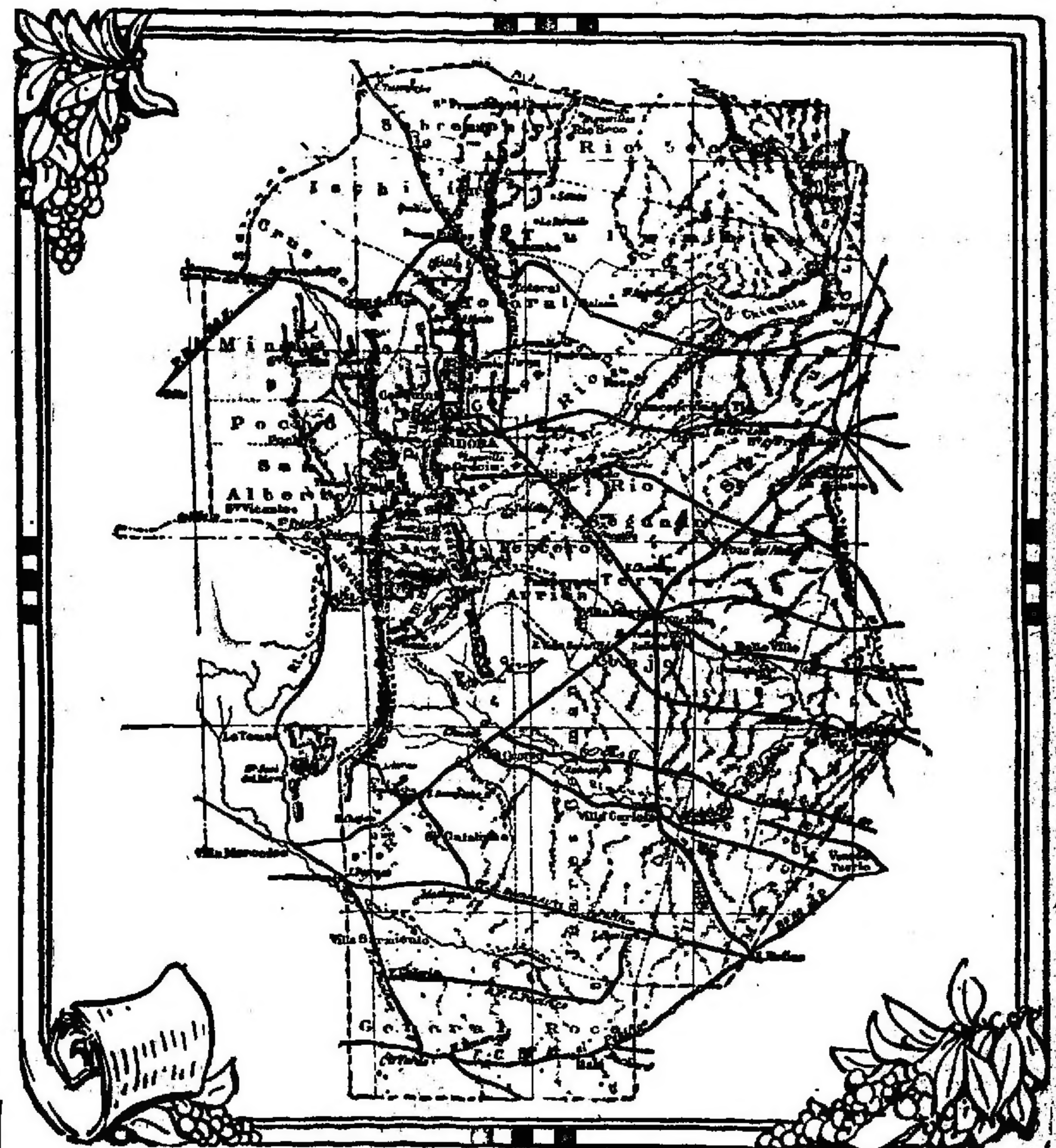
Por las tierras del antiguo virreinato del Río de la Plata circulaba una doble corriente de cultura; la venida del Norte, desde Alto Perú, tradicional, mística, francamente española, y la que entraba por el Sur, moderna, filosófica, europea; ellas debieron crear dos psicologías peculiares, dos fuerzas antagónicas, dos interpretaciones de la vida, dos anhelos distintos de organización; la distribución geográfica de la población, agrupada en pequeños núcleos, inmovilizados por la distancia y por el de-

la autonomía de la federación que representan las Provincias, y entre ellas, sobre todo, Córdoba. En la interpretación de la historia argentina no podemos olvidar esta clave: hacer historia, forjándonos un mundo de réprobos y otro de elegidos; es un oficio para la pasión o para la fantasía; pero no para la ciencia humana.

Es a veces, igualmente demagogo el que propone una constitución, como el que la dificulta o la rechaza: el primero puede ser un ideólogo inconsciente, empeñado en vestir al país con un ropaje de comedia; el segundo es casi siempre un egoísta utilitario preocupado en cuidar su tesoro; pero siempre vez uno u otro representa el verdadero espíritu de la Nación.

Los hombres representativos del período de nuestra gestación política no tuvieron nunca una conciencia clara del real valor que como factor representaba el antagonismo entre la idea de la centralización y la de autonomía de los Estados. No hubo, entre nosotros, un solo propósito de segregación; producidos las graves escisiones del Alto Perú, Montevideo y Paraguay, el resto de las Provincias demostró siempre un franco anhelo de unidad; concurrieron todas almas a realizarla en los congresos nacionales, pero allí mismo rebotaba el viejo antagonismo y la constitución iba a sufrir la repulsa o el desdén de los pueblos, cuando las rivalidades y las intrigas no habían disuelto el congreso en las labores previas de su constitución. Estas manifestaciones que, con criterio individual, quisieramos atribuir a sentimientos bastardos, a las ambiciones de predominio, que tal es, en efecto, la apariencia con que se revisten, son hijas de esos estados colectivos que, aunque ignorados, trabajan secretamente en el pueblo y reclutan sus apóstoles en el grupo más alto de los representativos.

No bien repuesto el Triunvirato del trastorno



Mapa de la provincia de Córdoba con el trazado de las líneas férreas existentes

sierto que los rodeaba por todas partes hicieron crecer a los unos en la ignorancia del mundo, en la desconianza del aislamiento; y a los otros en el orgullo de una superioridad que el tiempo iba acentuando cada día. La Revolución de mayo dio a los unos nuevos timbres de honor: había estallado en Buenos Aires, y era lógico que ésta asumiera la dirección del movimiento, pero lo era también que este hecho azauroso aún más las suspicacias y las rivalidades. Belgrano, en un oficio datado en Camargo Santo, el 2 de mayo de 1812, propone que se haga comprender a estos pueblos que Buenos Aires no quiere dominarlos, "idea que va cuandendo hasta en los pueblos interiores y que se trata aún en el mismo Cochabamba". Esta desconianza se fundamenta y esparce merced a Castelli, el delegado de la Junta, miembro de la otra cultura que menospreciaba sin piedad el sentimiento religioso; tan hondamente arraigado en el pueblo. Las Provincias saben a la vez que deben al influjo de Rivadavia el que sus diputados hayan sido expulsados, la constitución desconocida y que en su reemplazo se asiente un gobierno apoyado en la fuerza de las armas. (Sobre los factores naturales de autonomía local, los hombres se esfuerzan por agregar los que nacen de sus propios yerros).

Desde este instante hay dos fuerzas poderosas e irreconciliables que conspiran contra la organización política argentina; la idea de la unidad, el centralismo, encarnada en Buenos Aires y en sus hombres,

el poniente la hora de herir de muerte la tiranía. "Aunque adornado exteriormente de halagüeñas y afeminadas maneras, abriga en su pecho envenenado el foco de planes de destrucción y muerte contra la benemérita provincia de Tucumán". Así lo pintaba Heredia en su mensaje el año 36.

El general O'Connor, de parte de Santa Cruz, ha dado armas a los emigrados; Alvarado ha enviado recomendaciones a sus amigos de Salta, han venido desde Tupiza emisarios para preparar el terreno y comprar mulas.

Apenas han partido de Tupiza ha volado la noticia a Heredia, quien se apercebe a la defensa, tendiendo los hilos en todas direcciones. La desesperación los guila. Ángel López viene con ellos, hemos dicho. Ha hablado, en verdad, con Santa Cruz; pero su adhesión es más una complicidad que una acción.

El general Alvarado le escribe desde Chuquisaca en 9 de diciembre del año 53: "Desco se alienen de su espíritu todos los malos presentimientos que le asisten con el logro de los resultados que se propone." Un mes después, en Monte Grande, a unas cuantas leguas de la ciudad de Tucumán, los presentimientos están cumplidos.

El 23 de enero de 1836 ha sido ejecutado, después de estar unas horas en capilla en el convento de San Francisco.

A esas horas se han reducido los largos años de llanto que predijera a su temeridad su amigo el doctor de la Cuesta.

Ya no se repetirá la hazaña de Alberdi diez y ocho meses atrás.

"No era posible la tranquilidad de Tucumán, mientras Javier y Ángel López vivieran en cualquier punto de la tierra", decía el decreto de muerte de Heredia, que usaba de facultades que la Sala de Representantes le había otorgado. Además, el con-

que había producido el golpe de estado del 7 de noviembre de 1811 intenta la organización del país con su "Estatuto Provisional", en forma tan absurda, que aseguraba la inamovilidad en sus funciones al secretario Rivadavia, cabeza visible del centralismo y autor responsable del golpe de estado, que tan duramente había herido la susceptibilidad provinciana y creaba una asamblea general tan genuinamente desequilibrada que las Provincias debían tener en ella una representación de once apoderados, mientras la ciudad de Buenos Aires sería representada por su Cabildo, aumentado con cien diputados más, los que fueron reducidos a treinta y dos en virtud de no haber podido "encontrar un número tan excesivo de ciudadanos en quienes concurren las cualidades que exigen los intereses sagrados que se les van a confiar". El Triunvirato había gastado ya de las delicias del poder omnímodo; un gesto de independencia valió a la Asamblea su disolución y el país volvió a quedar en manos de los gobiernos personales.

Sus propios errores precipitaron la caída del Triunvirato; el país parecía ofrecer una oportunidad favorable a la razón perdida; las Provincias eligieron sus representantes para un congreso nacional; Córdoba contribuyó como las otras a constituirlo; Larrea y Posada, primero, y luego de Elia Baigorri, fueron sus representantes. Las instrucciones que éstos recibieron resumen, en cierto sentido, todo el programa del Congreso; me interesa,

sejo de Rosas era categórico: hay que escarmentar sin piedad.

Ángel López acababa de cumplir 20 años, y después de mantener agitada Tucumán y Salta, durante tres años, su última invasión precipitó los sucesos que pararon en la guerra con Bolivia, en la que había de perder su crédito de militar y de político su ejecutor, y antes de terminada la vida. Heredia era asesinado, en efecto, en noviembre de 1838, en Lules.

Tan novelesca existencia no podía carecer de decoración romántica; en el día de su ejecución, y en la tradición, con la razón perdida, divagaba por las calles de la aldea, con los cabellos y los vestidos deshechos, pidiendo a las estrellas un eco de su voz. Era la novia de López, a quien no había visto desde el 23 de junio de 1834, día en que fue descubierta su primera conspiración, en cuya noche, antes de partir para Salta, y para siempre, fué a estrecharla con los brazos febricitantes de audacia y ambición.

Ángel López era el precursor de ese otro joven que cuatro años después levantaría todo el Norte contra Rosas, universitario y casi adolescente; también, que habría de concluir como aquél, entregando su cabeza.

Esa historia de Marco M. de Avellaneda, es conocida, y muestra, como la que acabamos de relatar, cuánta suma de dolor, de pasión y de energía hay en los cimientos de esta gran cúpula que el sol del Centenario no alumbra concluida.

Manuel P....
Tucumán, julio de 1916.

Salta

EL TERRITORIO Y LA RAZA

El territorio de la provincia de Salta, más vasto que el de algunas naciones europeas y americanas, sintetiza geográficamente el de toda la República. Además, lo complementa con peculiaridades que le son propias. Dentro de un conjunto de analogías, destaca rasgos topográficos y climáticos que lo individualizan.

Tiene una zona cordillerana como las demás provincias andinas; cadenas de serranías aisladas como Córdoba, San Luis y Buenos Aires, pero de mayor mole. Tiene planicies circundadas de montañas y otras abiertas sin límite visible como las pampas; regiones onduladas como Entre Ríos y el Uruguay; estos como Corrientes; planos como los de Santa Fe, que parecen expresamente aislados por la naturaleza para el surco; faldas boscosas como Jujuy, Tucumán y el Neuquén.

Pero las selvas que en Jujuy, Tucumán y el Neuquén sólo están por lo común en los valles de la cordillera, en Salta invaden y cubren vastas superficies planas, con exuberantes florestas tropicales, como en Misiones, o bosques de climas secos, como los de Santiago del Estero y del Sur del Chaco. Las primeras contienen la riqueza de las maderas finas, y los segundos la riqueza mayor de las maderas fuertes.

Tiene una zona entera, que comprende cuatro o cinco departamentos, cuya naturaleza — similar a la de Catamarca, Rioja, San Juan y Mendoza — ofrece clima y tierra insuperables para el viñedo. En sus serranías hay minas de oro, de plata y cobre, descubiertas, pero raramente explotadas. También hay vastas salitreras. Dentro del valle de Lerma, monta-

Córdoba

(CONTINUACION)

En embargo, hacer notar algunas de ellas. La número 7 dispone que en la Constitución a dictarse se respeten y salven los derechos y prerrogativas de esta ciudad; la segunda, que las contribuciones, antes de sancionarse y publicarse deberán someterse al examen y aprobación del cuerpo representativo de esta ciudad; la 23: "que cualquiera que sea la forma de gobierno que haya de constituirse por la Asamblea sea después de haberse acordado si conviene o no declararse en las actuales circunstancias la independencia de la América". No puede dudarse que Córdoba anhelaba la unidad de la Nación y por ende en la necesidad de su independencia. Pero mostraba también claramente que era aspiración de sus hombres el que se respetara la autonomía de su personalidad como Estado. Si no bastara esta demostración recordáramos las enojosas contiendas sostenidas entre los gobernadores centralistas Cárdenas y Viana con el Cabildo local, que no ocultaba el interés político que lo animaba y su inclinación al sistema embrionario de la autonomía local.

El congreso del año 13, fué a disolverse en la impotencia, en la oscuridad, sin haber cumplido el programa de independencia y organización del país que fue llamado.

Los anhelos de autonomía quedaban, una vez más, defraudados; las divisiones internas, las guerras civiles y los antagonismos se acentuaban; en medio Buenos Aires, por medio de su Cabildo y de su ejército, volvía a reasumir una autoridad suprema que nadie le había delegado. Córdoba, por su parte, se adelantaba a la extraña solución; en marzo de 1815 eligió popularmente un nuevo gobernador y enviaba un representante a tratar con Artigas sobre el sosten de la causa de la América y libertad de sus derechos; lo que importaba el desconocimiento de toda autoridad central y la independencia absoluta de la Provincia de los poderes que se creaban en Buenos Aires.

La constitución dictada por la Junta de observación tenía un origen demasiado escueto para que pudiera salvar las dificultades de esa hora. Complejo, híbrido y hasta absurdo el nuevo Estatuto Provisional no podía servir de base a la organización del país; había procurado satisfacer el interés de los caudillos entregándose libremente las Provincias a sus predomínios, pero sin descuidar, por su parte, la autoridad suprema, la que debía ser la expresión del Cabildo de Buenos Aires. Los pueblos se mantenían, sin embargo, en la ansiosa expectativa que les ofrecía el anuncio de un congreso nacional a reunirse en Tucumán.

La circunstancia de que el nuevo congreso debía reunirse fuera de Buenos Aires revelaba un levantado pensamiento de conciliación; pero que, desgraciadamente, no llegó a dar los resultados que se esperaban. El congreso de Tucumán representó más bien un llamamiento a la condensación de los grupos localistas de las provincias, que dificultaron la organización del Estado.

Los diputados por Córdoba concurrieron al Congreso llenos de entusiasmo y de sinceridad por la causa de la independencia y organización; tan fue así que poco después de su instalación uno de esos diputados, el doctor Miguel Calixto del Corro, era enviado con la difícil misión de procurar la incorporación de las provincias litorales, secretamente influenciado por la influencia de Artigas. Los odios localistas, estimulados por el anhelo común de independencia, único vínculo que unía a los patriotas de aquella hora, debieron aparecer muy luego con inusitado ardor. En el propio recinto del Congreso se lanza la grave acusación contra un diputado asistente, el doctor Corro, de haber interceptado la correspondencia dirigida al Director Supremo. La diputación cordobesa toma el caso como una agresión llevada a cabo contra el honor de la Provincia y el de sus diputados, magnífica el episodio estimulada por las suscitadas odios localistas y la pasión vuelve a encender entre todos el odio fratricida.

Tas rivalidades y los rencores toman, una vez más, proporciones de incendio. Antes de la celebración del Congreso el insigne fray Cayetano Rodríguez, obispo de Tucumán, posteriormente obispo de Cuzco, está odiado en las Provincias Unidas o despreciado de Río de la Plata; se acusa, por otra parte, al "anarquista" al gobernador Díaz y a sus parciales, se les atribuye conspiraciones contra la unidad de la patria; conviniendo con los antiguos de Santa Fe y, como para confirmar estos recelos, los diputados por Córdoba se niegan a trasladarse a Buenos Aires para continuar allí las sesiones del congreso bajo el gobierno de un nuevo director supremo elegido gracias a las sugerencias de los diputados de Buenos Aires.

A la verdad, no eran los debates sobre la forma de gobierno, que por entonces preocupaban a la Asamblea, lo que dispersaba a los diputados por Córdoba; la monarquía constitucional, incierta o corrupta, era una quimera que sólo pudo acariciarse en un momento de desvío creado bajo la sugestión del error ante la disolución inminente de la Nación. El factor aparente era siempre el mismo: el antagonismo, las rivalidades y los odios, fuerzas de la pasión cuyo empuje se desarrolla toda la trama de nuestra historia.

Córdoba concurre de nuevo al Congreso, hace

ñas de mármol. En el Chaco salteño, extensiones aun no medidas de terrenos petrolíferos.

El sistema hidrográfico de la provincia, cuando se pueda rectificarlo bajo un régimen de canalización y ampliaciones conexiones en plan de conjunto se presta para formar una magnífica red de arterias navegables que internarían nuestro litoral en las entrañas mismas de la República, comunicando fluvialmente los Andes con el mar.

Su etnografía es la más rica en ejemplares subsistentes de las estirpes aborígenes. Al través de sus principales períodos, la historia local de Salta forma un resumen de la general del país en todo lo que tiene de más honradamente argentino.

Como Buenos Aires en el Sur, Salta en el Norte fué un centro-arquipo de vida nacional.

Psicológicamente, el de mayor originalidad. En tal concepto, constituye un caso interesante de autoconstrucción, dentro de la conciencia de factores externos que influyeron en su desarrollo desde la época colonial hasta el período, anterior al presente, en que conservó intactos los atributos de su personalidad histórica. Estos se van destiñendo sin haberse acentuado todavía los de la evolución moderna, en que avanza lentamente hacia la vida nueva, aprisionada por ligaduras de la vieja vida.

Por causas inevitables en parte, pero en parte también por culpa de sus clases dirigentes, durante los últimos tiempos Salta ha perdido el valimiento y la importancia que tuvo en el orden militar, político y económico, desde su origen hasta la independencia, y aun después hasta la organización nacional.

Su significación no fué ocasional y transitoria, sino lógica, natural y permanente durante esos períodos. Su fundación en la época de la conquista respondió a la necesidad, a la vez militar y económica, de establecer un centro de defensa estratégico, y de comunicación que facilitase la indispensable y constante entre el Perú y el Río de la Plata.

En tal carácter, la ciudad de Salta fué un verdadero puerto interterrestre, aislado en la proporción suficiente para desarrollar energías propias, pero no tanto que le impidiera recibir elementos de cultura, que guardaba, asimilándolos a un molde de vida singularizado por la economía y concentración de fuerzas.

No fué desgracia el hecho que la dominación española no la eligiera para esos centros universitarios que en otras ciudades coloniales de Sud América sirvieron de medallas de retóricos, leguleyos y plumarios de los que, en otros, son más dañosos a la sociedad con su dolosa sapiencia, que los representantes de la fuerza violenta. La cultura de tipo bizantino es más barbarizadora que la barbarie auténtica.

Al elemento salvaje de esa naturaleza que la circundó con su constante amenaza guerrera en los primeros tiempos, debió en gran parte la población de Salta el máximo desenvolvimiento de las mejores cualidades de la raza conquistadora, y también de la victoria, que se dejó exterminar antes que someterse.

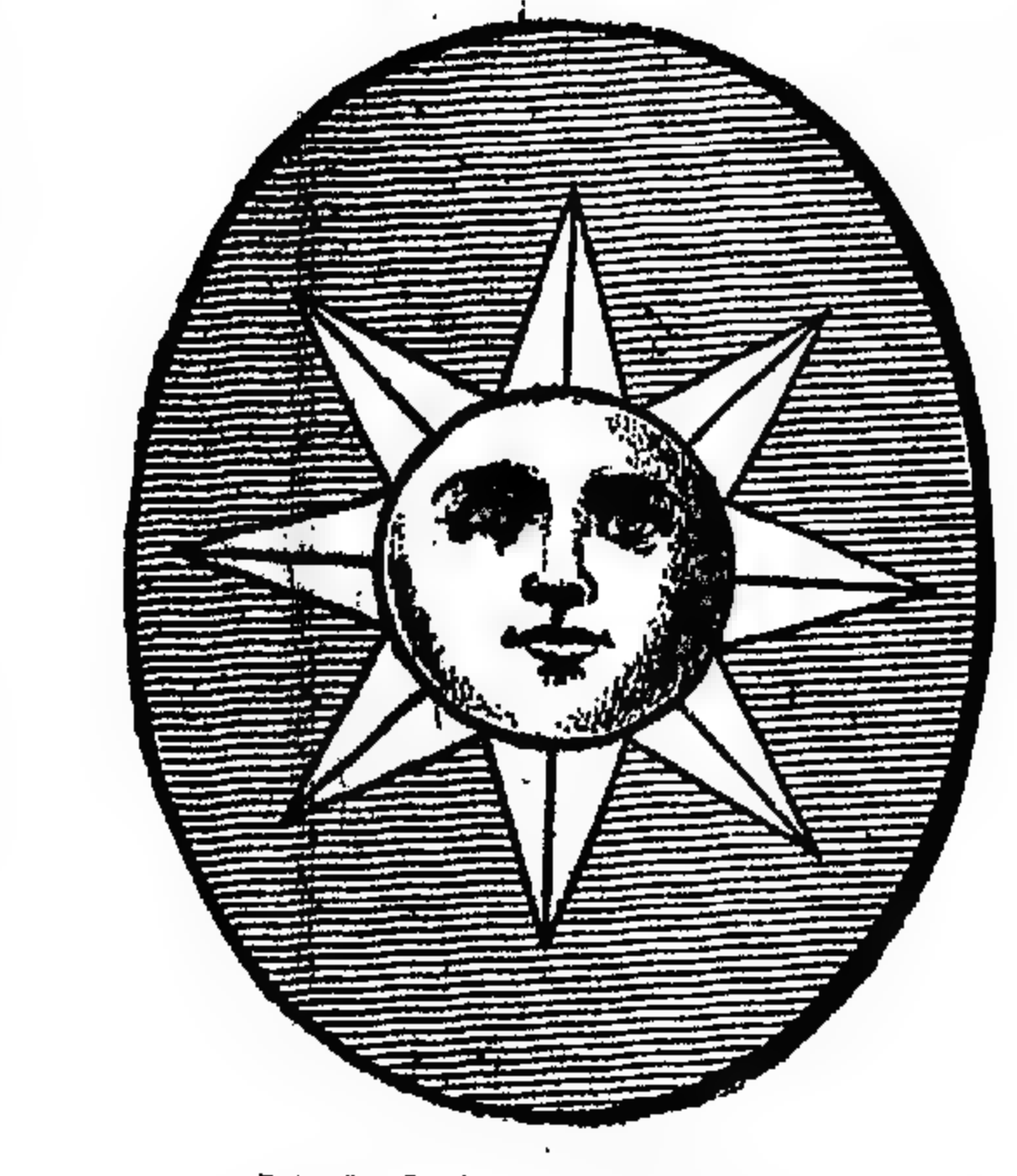
efectiva una contribución de cuatro mil pesos para auxiliar al ejército del Perú; somete al capitán Caparrós a la autoridad general; todo parece indicar que en nada se ha modificado su anhelo de contribuir a la unidad de la Nación. Las rivalidades, sin embargo, quedaban siempre latentes y vuelven a agitarse de nuevo con motivo del nombramiento de gobernador que, sin ninguna intervención local, hace el Director Supremo en la persona del doctor Castro y luego con el nombramiento, igualmente arbitrario, que por orden de aquel hace éste, de los miembros del Ayuntamiento y como para agravar esos males que pronto debían provocar tan hondas perturbaciones el Congreso General sanciona el reglamento provisional" de 3 de diciembre de 1817 en el que se atribuye al Director Supremo del Estado la facultad de elegir todas las autoridades superiores de las provincias. Parecería que una atmósfera envenenada hubiera cerrado la inteligencia a todas las resoluciones naturales y políticas y que la voz del odio y la venganza fueran alternativamente conquistando triunfos a costa de la suerte de la patria.

El mandato de los diputados por Córdoba había terminado; fué preciso convocar al pueblo a nuevas elecciones, pero esta vez las instrucciones de los electores limitaban las facultades de los representantes en lo que se refiere a la organización del país, para lo cual les prohibía adoptar forma de gobierno sino con carácter provisional, sometida en último término a la voluntad de la Provincia, la que, desde luego, exigía que la Constitución que se dictara consultara el provecho general de todo el territorio y en particular de cada provincia. Era la primera vez que se imponía una tan grave limitación a los mandatos, tanto más extraña cuanto que por el pacto solemne celebrado por los representantes de las provincias el 8 de julio de 1816 se había convenido concluir la Constitución "permanente" para todo el país.

La Constitución de 1810 no pudo salvar al país de la guerra civil de que estaba amenazado; obra de un grupo de solistas y de ideólogos esclarecidos, cualquiera que sean sus méritos doctrinarios, no se preocupó de la organización nacional sino de crear un poder ejecutivo fuerte, que lo mismo podría servir para una monarquía que para una república. La rebuza de los pueblos y luego el célebre moño de Arequito echaron por tierra a la Constitución y con ella a las autoridades que había creado. El ejército del Perú penetró en Córdoba entre las aclamaciones del pueblo, los himnos patrióticos y las muestras del mayor regocijo, que abrazaba a todas las clases sociales, del que participaban muy especialmente las damas de la más distinguida sociedad, que se adelantaron a ofrecer al general Bustos coronas de flores, como a un libertador.

El 18 de marzo una asamblea de representantes declaró a Córdoba "libre y soberana" de toda dependencia y subordinación de otra provincia, pero sin dejar por esto de reconocer el deber de "fraternidad y unión" que la ligaba a sus hermanas y su anhelo de verse reunida a ellas en un congreso general donde se ajusten las bases de una "verdadera federación" y sin olvidar el deber primordial de concurrir con "todos sus esfuerzos y en cuanto penda de sus recursos a la guerra del enemigo de la libertad común."

El Cabildo de Buenos Aires había expedido una resolución similar el 11 de febrero en la cual se declaraba único depositario de la soberanía popular y ante la que debió disolverse el Congreso. Las tentativas de organización no cesaron a pesar de tan duros reveses; poco después las provincias convenían reunir un congreso general en Córdoba, no obstante de que todo el Norte ardía en la guerra civil. Las primeras sesiones bastaron para advertir a todos que las ambiciones de predominio local hacían imposible un intento de organización nacional; entonces el Congreso se disolvió, no sin que Buenos Aires hubiera dejado de dar una nota de su superioridad o de su orgullo aconsejando paternalmente a las provincias que entraran primero en el camino de la cultura y del progreso que era preciso previamente, para llegar a la constitución de la Nación. Córdoba, consciente de su independencia, enviaba un diputado ante el gobierno de Chile y aprovechaba la oportunidad para instruirle de que



Escudo de la provincia de Salta

Los calchaquies, que defendieron su suelo durante más de dos siglos con actos de heroísmo colectivo que registra la historia, pero una historia sin eco en el presente, concurren en dos formas—directa la una por la mezcla de la sangre, y la otra indirecta—la formación de los hábitos y el carácter de la primitiva población salteña. Vióse esta obligada, desde el núcleo inicial que hizo su primer arribo, a vivir en una honrada paz, cuyos resultados le servían de fosos naturales, a vivir en alerta constante dentro de sus reducidos, y a no poder salir de ellos para dilatar sus dominios, sino batallando sin tregua, en el valle, en el bosque y en la meseta escarpada.

El avance sobre todos los puntos del territorio que hoy forman los distritos de las provincias de Salta, Jujuy y Tucumán, habitados por tribus de la

ración calchaquí, se realizaba en verdaderas campañas militares, contra un enemigo porfiado y conocedor del terreno, que, sin espantarse del tropel de la caballería, ni del estruendo de las armas de fuego, supla la inferioridad de las suyas a fuerza de coraje. Cada fundación de las poblaciones que son cabezas de distrito en aquellas provincias, tuvo en la mayor parte de los casos un objeto estratégico, como más tarde diversos pueblos de la provincia de Buenos Aires y de los territorios nacionales se han formado a base de fortines. Lo mismo ocurrió en Argelia, donde también la ocupación militar determinó y aseguró un desenvolvimiento ulterior de vida civil y económica, que jamás han podido crear los teorizadores que declaman en contra de los ejércitos, anotando sus inconvenientes, pero sin ser capaces de sustituirlos en lo necesario que custodian los útiles que realizan. Vayan los socialistas y todos los pacifistas del mundo a ver si pueden contener ellos la marea del absolutismo germánico.

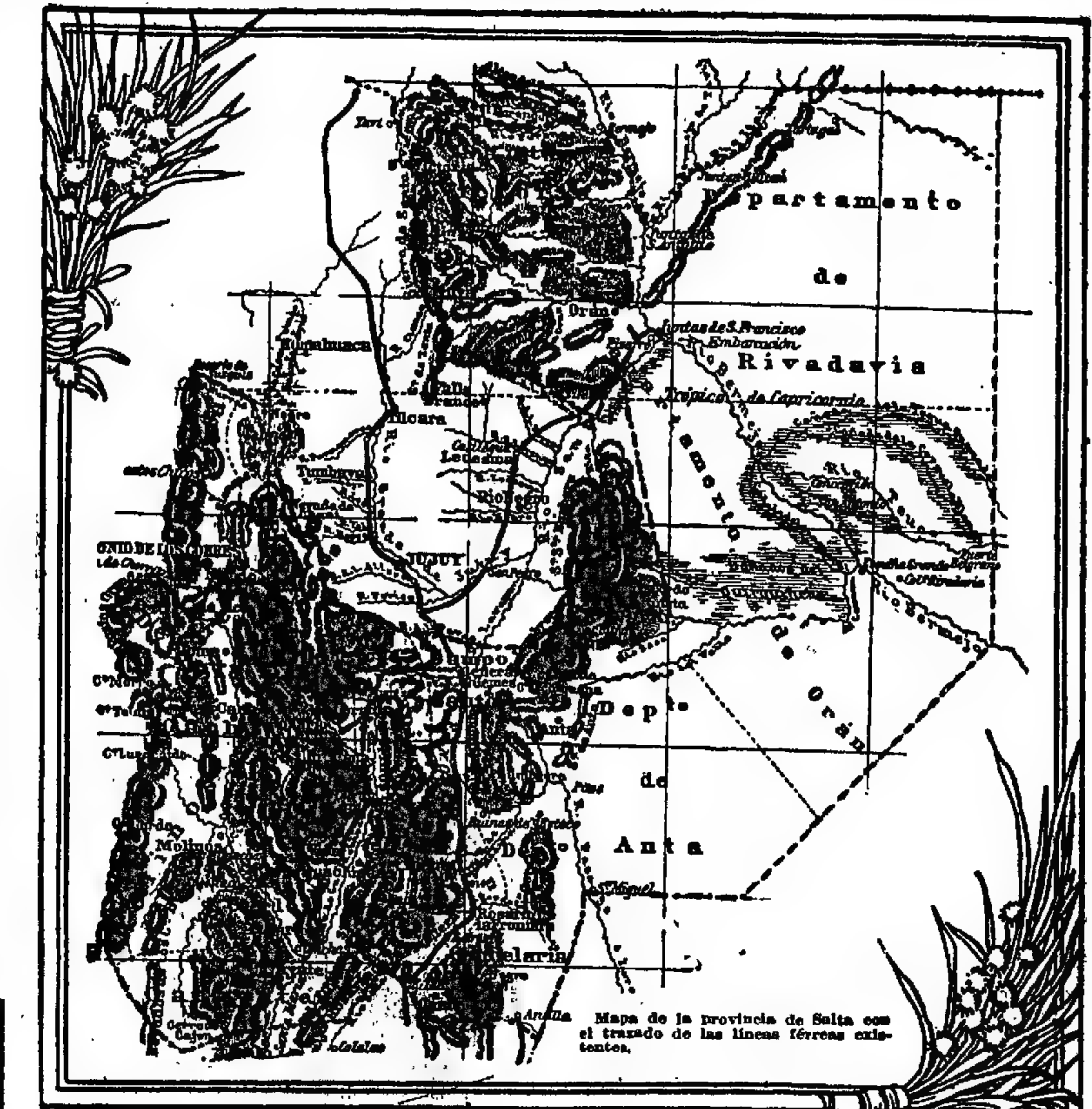
Roma preparó la civilización moderna desde sus campamentos. Y en todas las épocas y entre todas

asalto enemigo, las de prudencia y maña en la población salteña de entonces. Y, como ocurre siempre en el mecanismo orgánico del hombre, que los órganos sobreviven algún tiempo a la función, los instintos defensivos subsisten en la psicología salteña después de dos siglos que ha desaparecido el amago del indio.

Es raro encontrar un salteño que no sea precavido. Pero esta virtud que ya no está, como antaño, acompañada de las energías heroicas que daban lustre a las pasivas, se exterioriza ahora en la vida civil, en la política y, sobre todo, en el orden económico. En esta esfera de acción, que lo es de inacción para muchos, la indole precavida en exceso es causa de estancamiento comercial y de pobreza general, por falta de movimiento de los capitales y de circulación de los valores acumulados por la clase acaudalada, de la que una parte reacciona honrosamente en contra de aquella modalidad; pero otra parte importante por su posición social y sus funciones dirigentes, denuncia por su esterilidad la persistencia agravada del rasgo ancestral que anota.

Pero dejando para más adelante la observación de lo correspondiente a la psicología actual, insiste sobre la influencia que en la raza vencedora tuvo la raza vencida.

La historia ofrece numerosos ejemplos de que los pueblos que sólo se someten después de larga resistencia, son los que intensamente realizan sobre el



las razas que triunfan, el fuego de los hogares se enciende con el resplendor del vivaz.

Aquella existencia, de lucha permanente y de vigilancia sin interrupción contra el asno del indio, en que vivieron los dominadores españoles en las provincias del Norte y sus descendientes, determinó una concreción étnica de contextura tal vez un poco abrupta, pero sólida y fuerte: un bloque humano de líneas sin mayor pulimento, pero perfectamente armónico en su recia armazón psicológica.

Al valor, a la audacia y la resistencia física, que eran calidades comunes de la raza conquistadora, añadieron, en los continuadores criollos de aquella, las aptitudes apropiadas a las condiciones del medio y de la clase de vida que afrontaban, de constante alternativa entre el combate y la preparación para el combate.

La necesidad de guerrear desarrolló las energías activas, y la de precaverse contra la emboscada o el

vencedor lo que podríamos llamar el fenómeno de penetración.

La guerra es choque, pero es también contacto, que surte los efectos de tal en cierto sentido, y en relación a indeterminadas finalidades superiores.

Las de ese origen en que culminaron algunas de las más fecundas evoluciones humanas, fueron determinadas o influidas por el fenómeno anotado de penetración moral con que los pueblos conquistados toman una revancha definitiva conquistando por el espíritu a sus conquistadores.

En el caso que estudio, rincón de historia olvidado, sobre un desierto escenario casi desconocido para los mismos hijos del país, los pobres indios, heroicos por sus hábitos, no pudieron transmitir ningún elemento de cultura, ninguna forma de vida computable en valores espirituales manifiestos. Pero las razas aborígenes están representadas en la población criolla del Norte, como en la del Centro y el Sur de la

pezar en sus correrías de predominio. De aquí nació el sistema de los pactos federales, único principio de organización de aquellas épocas y de los cuales son interesantes ejemplos, la "Liga del Interior", de 1830, y la "Liga del Litoral", de 1831.

Los caudillos realizan en el interior el proceso previo indispensable de nuestra organización política: concluyen con los desvelos del centralismo que durante treinta años ha demorado la constitución del país, pretendiendo, desde los gabinetes y con el solo auxilio de los tratados de derecho público, imponer una organización contraria a las modalidades de nuestro ser político. No se crea que pretendemos ofrecerlos como conscientes representantes del orden, bárbaros y primitivos como eran, incapaces de una simulación representaban con fidelidad la cultura y la idiosincrasia de su pueblo mucho más que los pocos filósofos y políticos creadores de constituciones, que no eran sino el pálido reflejo de la cultura europea.

La "Federación o muerte" escrita como lema en lo alto de una declaración de principios; pero era más argentina que todas las declaraciones europeas, como que sobre ella se ha constituido la nación y no sobre las reglas de las constituciones unitarias.

Desde el desierto los hombres representativos, vueltos los ojos hacia la patria, elaboraban con la mente el pensamiento creador que había de completar la obra material realizada por los caudillos.

La hora de la constitución definitiva se acercaba, el caudillismo había cumplido su ciclo; la federación quedaba asentada sobre bases inmovilizables y como para que no se dudara de que la organización debía ser la obra de las propias manos de los caudillos, uno de ellos, acaso el más caracterizado en su papel, se alza contra todos inspirado en la prédica de los destruidos y da al país la organización federal que anhelaba. ¿Dónde están los unitarios en este trance, ¿dónde los destruidos? Colaborando en la constitución federal; lo que demuestra que unitarismo y federación no representaban creencias políticas; eran la civilización y la barbarie argentinas cubiertas con un título pomposo debajo del cual se escondía un solo anhelo: el de la autonomía de los estados y de la unidad de la patria bajo una misma organización.

Todavía caben más recuerdos; Buenos Aires se separa de la Confederación en momentos que el país va a organizarse. Egoísmo, ambición, se dirá. Falso miraje. Sus hombres temen, con razón, que la provincia, pueda ser subyugada, que pierda su personalidad, y se resisten con patriotismo; la federación había arraigado también en ellos profundamente.

La obra de los constituyentes de Santa Fe, a pesar de las discordias internas del país, es como un paso triunfal, no deben discutir sino la forma; la institución está encarnada en los pueblos y fluye de sus antecedentes; no queda a Buenos Aires, que nunca pensó sino en una nación unida, otro camino

que el de aceptar la Constitución; los agravios se olvidan y dulcifican y la familia argentina tiene por fin el honor de presentarse ante el mundo fuerte y constituida.

Al federalismo, nacido en las provincias, le falta realizar el último paso: dar a la Nación una capital independiente que haga posible la vida del gobierno central; Buenos Aires se presta a resistir el nuevo golpe que se prepara contra su autonomía de Estado para arrebatársela su joya más preciosa, su capital. Las provincias de nuevo se coligan, sus diputados huyen a Belgrano y desde allí el gobierno realiza, apoyado en las fuerzas del interior, la capitalización de Buenos Aires, con lo cual se cierra para siempre el período de nuestra organización política.

Hemos explicado a nuestro modo el proceso de la formación institucional argentina y para ello no hemos necesitado invocar ni a las pasiones ni a los errores, ni a los heroísmos, no porque ellos no existan o porque juzgamos que carezcan de valor moral y de influencia, sino porque comprendemos que las fuerzas que precipitan a los pueblos a la lucha son hijas siempre de antagonismos más hondos, de factores más naturales, superiores a la acción de los hombres, ajenas a sus pasiones y extravíos. Los cánones de la moralidad y de la justicia son útiles para inspirar el juicio sobre las acciones individuales; pero son ineficaces para dar elementos de apreciación de los grandes procesos de la historia que son, como los de la naturaleza, ajenos a la moralidad. Por eso no es posible confundir la historia de un pueblo con las biografías de sus grandes hombres, porque corremos el riesgo de tomar como factores sociales, los caprichos, los odios y los rencores de los individuos, que bien o mal, nada representan si no se encarnan en un estado de ánimo colectivo. Sería absurdo personificar una sociedad y atribuirle los desvíos de la pasión que sólo nacen en los individuos por la obra de sus propias debilidades.

Entre nosotros será siempre patriótico contribuir a cerrar el ciclo de esas historias hechas para halagar vanidades y mostrar que la lucha ha sido un simple episodio de un solo proceso nacional, ajeno a las virtudes y a los vicios de los hombres y superior a ellos.

No temamos que con esta interpretación materialista pueda llegarse a abatir el ideal o a desconocer la virtud del heroísmo; ella tiende simplemente a contener los juicios éticos en los umbrales de la conciencia individual y a permitirnos contemplar las evoluciones de la historia, libres de pasión, como a uno de tantos procesos de la vida.

E. Martínez

Córdoba, julio de 1916.

Salta

(CONTINUACION)

República, y en todas partes sus derivados criollos ayudaron a desalojar al salvaje de sus dominios, colaborando con su esfuerzo a la acción dirigente de la raza blanca para conquistar el desierto.

Presente en la sangre y por la sangre en la psicología colectiva, la estirpe autóctona ha sido parte en la epopeya y en las tragedias de nuestra vida nacional; no ha escrito, pero ha hecho historia.

Está presente en la sangre. Desde allí suscita y desencadena instintos, impulsiones y movimientos que, según la hora en que aparecen, la dirección en que se orientan, han sido o son potencias a favor o en contra de la civilización, o factores de perturbación y retroceso.

Al vasto esfuerzo por la emancipación que movilizó todas las energías del país, las visibles y las "imponderables", concurrió, seguramente de modo instintivo, el hereditario impulso indígena hacia la vida sin trabas ni dependencias.

Excepto en las ramificaciones étnicas que sobre nuestro territorio extendió la dominación incásica, que aquí como en su lugar de origen se caracterizó por su índole mansa y sumisa, las otras razas indígenas mencionadas, indómitas y bravías, como la de los araucanos de Chile, tuvieron desarrollado en grado máximo el instinto de la libertad, que no era para ellas un concepto, una tendencia o un ambiente espiritual como en el hombre civilizado; para ellas la libertad fue una necesidad de su naturaleza, una condición de su existencia.

Sarmiento ha dicho en alguna parte: "el indio a caballo es la América independiente". Y podría añadir: "y la América anárquica". Tan evidente como su influjo en los movimientos por la independencia, es el que tuvo por atavismo en nuestras luchas civiles, sin que esto importe exagerar el concepto hasta el extremo de los que en nuestras conmociones internas y en sus excesos, sólo ven influencias y taras indígenas. Olvidan éstos la porción que en justicia corresponde adjudicar a la herencia española, pero aun más, a modalidades humanas que son comunes a todos los pueblos en los períodos iniciales de su organización política.

Las incriminaciones históricas, pseudocientíficas, contra la raza indígena, se están multiplicando por motivo de los desórdenes actuales de México. No hay, sin embargo, lógica en los que explican tal estado exclusivamente por esa causa, sin tener en cuenta que Benito Juárez, campeón de la libertad y gobernante probado, fue un indio puro; y que indio fue también Porfirio Díaz, que americanizó más que sus congéneres de otras Repúblicas, un tipo de gobierno absolutista, perfectamente antitético con la tendencia anárquica que por entero se adjudica a la masa de origen indio y a sus jefes.

Entre nosotros, felizmente, esa entidad no existe como factor posible de agitaciones populares. Pero aun se deja sentir obrando aislada y oscuramente, con efectos tal vez más perniciosos que en sus manifestaciones violentas. Estas son como las enfermedades visibles que permiten diagnosticarlas y combatirlas; aquéllas son como las dolencias ocultas que atacan un órgano interno o roen una viscera.

Lo ancestral no se exterioriza ahora en impulsiones violentas de rebeldías batalladoras, sino en resistencias pasivas y mañosas al espíritu nuevo, a cuyo avance opone la emboscada legislativa, la trampa electoral o el empleo de la fuerza, cuando puede abusar de ella impunemente. Ya la supervivencia indígena no es de temer en el conductor de multitudes, sino en las farsas del legislador — defensor de todas las iniquidades — en cuya mala psicología reaparece el brujo de la toltería; y en la ocupación de los gobiernos locales por grupos en que persiste el viejo espíritu de tribu. Hoy los caciques indios sobreviven a la destrucción de su poder, piden tierra al gobierno para cultivarla y vivir de su trabajo. Y por contraste con ellos, los caciques blancos que aun quedan continúan verificando, con sus capitanes, el reparto de lobos y de saber bajo las formas que ya se conocen. Y en estas manifestaciones regresivas que están representadas varias de nuestras razas aborígenes, hay una a la que ahora corresponde el honor de actuar por un período más largo y en forma más definida, sobre el presente, desde el fondo del pasado; son los más humildes de los vencidos que toman su revancha a través del tiempo y de la muerte.

II

Esa raza a que aludo es la de origen quichua, que forma la base de la población rural de los departamentos andinos de Salta y Jujuy. Su existencia en contacto con la blanca, se hace notar en forma y con efectos que se concretan y actualizan en una denominación que en Salta se designa un conjunto de circunstancias, en que están comprendidas las referencias a especiales rasgos psicológicos, a especiales tendencias y procedimientos políticos y, sobre todo, a una cierta condición de orden personal y económico que, por afinidad de intereses y analogías de modo de ser y actuar, determina tácticas solidarias. "La indiada" se denomina en Salta a un grupo político y social formado por muchos de los más distinguidos representantes de la alcurnia, de la riqueza y de la cultura salteña.

Precisamente una parte del núcleo con más tradiciones aristocráticas y de más larga actuación dirigente, del núcleo en que con más pureza se conserva físicamente el tipo europeo es moralmente lo que allí se conoce por "la indiada". No se trata por cierto de una calificación hostil ni denigrante de adversarios, sino a la inversa; ella surgió hace ya varios años entre la misma comunidad política a que el grupo pertenece, y se mantiene y usa en tono amistoso y satírico para distinguir a los que, en el comercio y en la vida pública, actúan ejercitando los medios y los influjos que les proporciona su condición de propietarios de grandes fincas rurales pobladas por indios, de los de raza quichua.

De aquí proviene el nombre; pero la cosa en sí misma, el hecho o la realidad a que se aplica, contiene en sí misma para un estudio de medio ambiente del que se puede desentrañar honda filosofía. En tal concepto, y así en ellos lo sospechen, los componentes del grupo son sujetos trascendentales que ignoran su propia significación como exponentes de un caso biológico, finalizado en desperdicios de humanidad.

Importa desde luego un error histórico y a la vez geográfico el nombre de "Valles Calchaquies", que se da a los de Salta, situados al Sur de la provincia, en la estribación de la cordillera. Sobre ellos fue donde se hizo efectiva y perduró la conquista incásica, como lo atestiguan las ruinas de habitadones y templos y las ruinas vivientes — los pobladores indios — que por su tipo, su carácter y sus hábitos denuncian su inconfundible procedencia quichua.

Aquella zona étnica, prolongación de la que tuvo su centro precolumbiano en el Perú, marca la trayectoria de los conquistadores del Cuzco, que victoriosamente resistidos por los calchaquies en las regiones que ellos poblaban — intermedias entre la cordillera y las llanuras del Chaco — consolidaron su dominio sobre una línea que, por las faldas de los Andes, les aseguraba el camino más corto hacia Chile.

una verdadera incrustación incásica en territorio argentino.

Ella ha obrado silenciosa y pasivamente en las poblaciones de Jujuy y de Salta, con influencias que más bien pueden llamarse contagios morales de hereditarias sumisiones y fatigas prehistóricas.

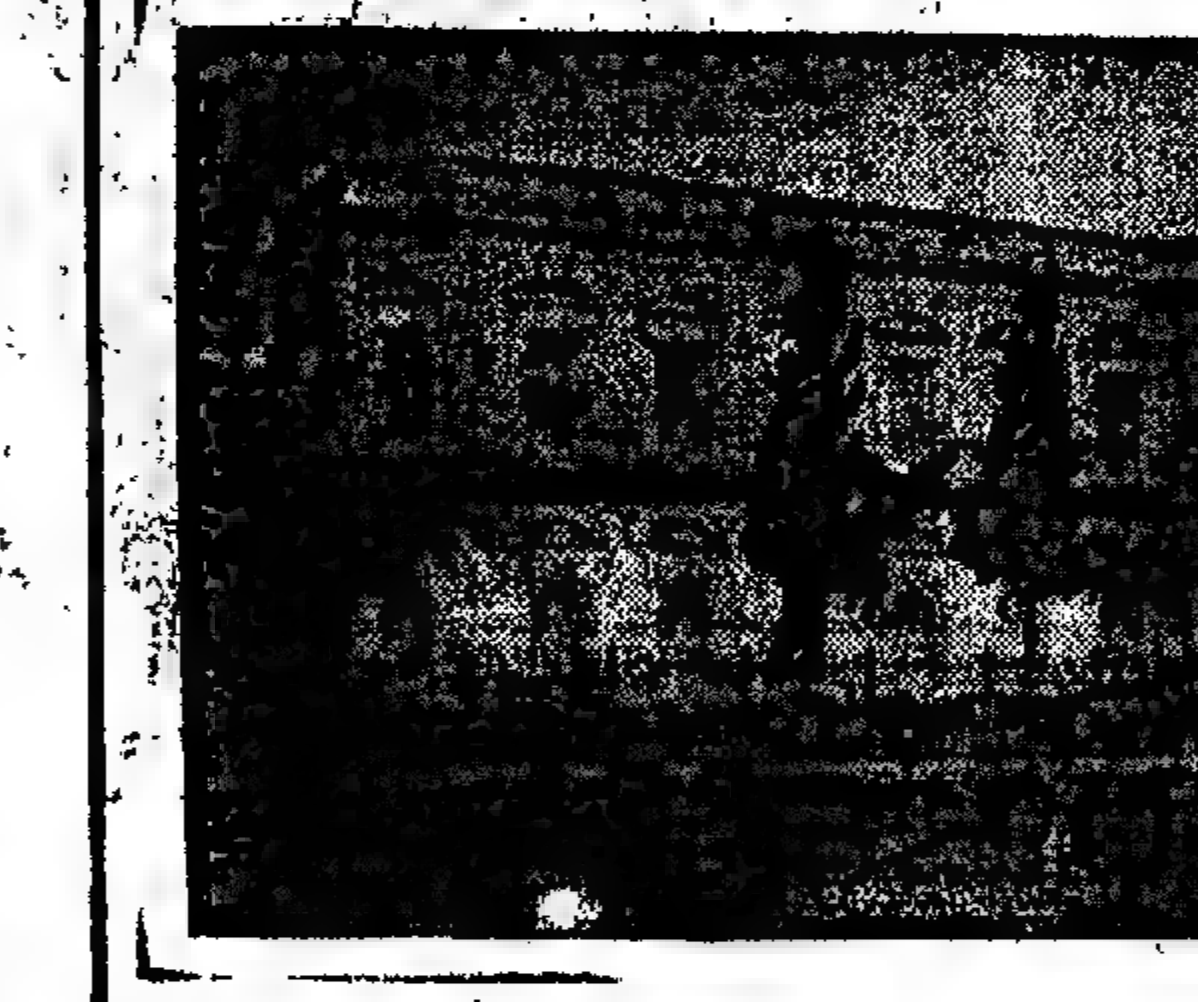
Esos contagios determinaron, en la psicología colectiva de las mencionadas provincias, modificaciones apocadoras que se han reflejado sucesivamente en la vida exterior produciendo depresiones masedumbres, enervamientos y fatalismos que en ciertos períodos, sobreponiéndose a los influjos estimulantes, paralizaron una gran parte de las actividades del comercio, de las industrias, de la producción mental y hasta de la reproducción. Una de las más contrastantes características notadas en la actual raza quichua es su desmoralización progresiva, conocido signo de decadencia, precursor de la lenta extinción inevitable.

La mujer es en realidad la que más trabaja para el sostén de la casa: pastora en la montaña, barbechadora en el rastrojo, lechera en el corral, y tejedora en la casa de ricas telas de vicuña en rústicos telares, es ella la que en múltiples faenas — que, cuando son lejos del rancho, cumple llevando al hijo en lactancia pendiente de una bolsa a la espalda, para que no le estorbe sus movimientos — la que provee al alimento del indio, a su vestido, y además le prepara la chicha de sus borra-cheras, que es su refugio y su consuelo, la copa de agua del Leteo en el infierno opaco de su menesterosa vida esclavizada.

El indio es peón; y apenas gana lo indispensable para costearse los "vicios", especialmente la coca, que más que vicio es para él una necesidad como sustituto del alimento y de la bebida. La coca tiene propiedades, al parecer contradictorias, de estimulante y anestésico; quita el sueño, el hambre y la sed, impulsa momentáneamente a la actividad; pero, a la larga, desgasta. Conjuntamente con el alcohol, la coca es el veneno lento de la raza quichua, cuya contumacia sensual completa los efectos aniquiladores de aquellos dos agentes, como si por

de costosas actividades comerciales de la era colonial, y los de vida intensa en tiempo de la independencia y de la organización del país, la clase gobernante de Salta — y al hablar histórica y etnográficamente de Salta me refiero también a Jujuy, que formó con aquella una sola provincia — la clase gobernante actuó con las mejores cualidades propias de la raza de origen, integradas con las que el medio nuevo contribuyó a desarrollar en la población criolla. La parte de ésta descendiente de los calchaquies y heredera de sus pujanzas, fue eficaz colaboradora de los blancos en la guerra y en las rudas labores de la ganadería primitiva.

En la población europea de Salta, que tuvo las funciones directivas en lo militar, en lo económico



CASA DE GOBIERNO

un conjunto de actos indeliberados tendiera instintivamente a consumir el suicidio paulatino frecuente en las razas vencidas que, condenadas a desaparecer bajo la ley de las fatalidades históricas, tienen, por alguna vislumbre de subconciencia, un vago presentimiento, una confusa sensación de su destino irreparable.

El indio es peón; y como peón es un verdadero siervo de la gleba, forzado a trabajar para su patrón, el propietario del campo donde tiene su arriendo. Escasamente su trabajo le alcanza, cuando le alcanza, para pagar el arriendo, el derecho de pastoreo de su majada y el ímprobo tributo feudal, llamado la "obligación", a que está sometido todo el proletariado rural de Salta y Jujuy. Ese tributo, aplicado en medida tolerable por los terratenientes de las regiones donde la clase proletaria es la del gaucho — más consciente de sus derechos, más enérgica y altiva que la del indio, absolutamente manso y sumiso —, gravita sobre los de esta condición en proporciones y formas que parecen increíbles en nuestro país y en este tiempo. A veces el dueño del campo se hace pagar la "obligación" por los arrendatarios alquilando sus servicios a otro patrón o a los troperos por el precio normal que se paga a los peones, pero del cual el patrón que da en alquilar a sus arrendatarios se guarda la mayor parte, entregándole a aquéllos sólo lo indispensable para su subsistencia mientras dure el trabajo. La misma operación realizan algunos patrones aun sobre el jornal de sus peones. Prevaleciendo de la potestad de hecho que ejercen sin fiscalización y que entre todos los abusos a que se presta, les permite imponer el valor de los salarios, conchaban peones cuyos servicios subalquilan a terceros, ganando la diferencia entre la suma que cobran y la mínima que entregan al peón subalquilado para que coma. Es el mismo negocio que alquilar bestias de carga, con el arriendo por cuenta del propietario el costo del forraje.

Y esa en el hecho es la relación entre el terrateniente y el arrendatario: éste resulta una propiedad de aquél, en su persona, en sus intereses y en su familia, respecto a la cual ejerce derechos de igual naturaleza pero más amplios que el antiguo de persona; ejerce derechos de propietario aun más allá de la corpora; tiene en su poder el alma misma del indio, a quien no le permite opinar ni aprender sino lo que al patrón le conviene. Algunas hay, entre los más linajudos y socialmente respetables del grupo de "la indiada", que no consienten escuelas dentro de su señorial feudal a fin de evitar que, con la instrucción primaria o la comunicación con el maestro, pueda despertarse, entre la rebañada población de aquellos vastos latifundios, alguna noción de sus derechos, algún impulso de independencia. Por igual causa se prohíbe allí la entrada de los extranjeros. Algunos de esos latifundios tienen más de docientos pobladores sometidos a una sujeción en la que sólo se han modificado en la forma, pero no en el fondo, las iniquidades de la "mita" y las "encomiendas".

Sobre los continuadores presentes de aquel régimen colonial también se cumple la recordada ley histórica del desquite de los subyugados que poco a poco transmiten a sus vencedores las taras, las insuficiencias y los apocamientos de su psicología de vencidos. Lo grave es que éstos, al transfundir su espíritu en el de sus dominadores, que forman parte del elemento social dirigente, lo extienden también por medio de ellos a la colectividad entera. Someramente exponeré el punto de partida y algunas de las manifestaciones con que aquel fenómeno ha producido en la provincia de Salta sus efectos despersonalizadores.

III

Durante los períodos de luchas contra el salvaje

que fué el iniciador de la colonización en la República, de la agricultura en Santa Fe, y de la ganadería en el Sur de Buenos Aires, donde, cuando el dominio de los indios llegaba hasta el Tandil, extendió la frontera civilizada con las estancias que fundó en las líneas más avanzadas, con pobladores criollos que eran una especie de "pioneros" armados. Y añadió: "Los hacendados y los colonos deberían tributarle un homenaje que perpetúe su memoria". Su voto se ha cumplido por parte de los colonos, que le han erigido un monumento en Esperanza.

Lo que el doctor Goyena ignoraba, o no me lo dijo, es que las bravas iniciativas de exploración y de conquista del desierto y el arrollo y la desierta para las largas travesías, fueron habituales y casi generales en los salteños del tiempo anterior al de la decadencia de su gran tipo moral antiguo.

Se destacaron en la especialidad de viajeros audaces y tenaces, durante las épocas en que los viajes en tropas de carretas o de hacienda equivalían casi a campañas militares.

Lo que don Aaron Castellanos hizo en el Sur no fué más que una parcial aplicación de las aptitudes, de las energías comunes y tradicionales en sus compatriotas del Norte de la República.

En un ejercicio natural y sin prosopopeyas de aquellas aptitudes y energías que a veces alcanzan grado heroico — tanto en la guerra como en otros campos de acción tan peligrosos o más que los de la guerra — los salteños de antaño tomaron de la vida nacional y dieron a la vida nacional formas de actividad, conceptos, accidentes, rasgos y personificaciones originales, que ética y estéticamente, contienen altos valores aun no estudiados y ni siquiera bastante conocidos dentro del mismo país, donde entre el elemento desargentado está de moda denigrar todo lo criollo, como hacen, con todo lo español, los españoles pedantes que quieren darse corte de parisienness y con lo francés, los parisienness "snobistas" que pretenden asimilarse al tipo de los energetas británicos, representados por el "clubman" y el "sportsman" londinense.

Entre las más peculiares y vigorosas individualizaciones de medio ambiente nacional, puede presentarse la del "tropero" y el acto peculiar de comercio que realizaba en largas expediciones a través de la República o al extranjero.

Esa manifestación de vida criolla tiene análogas, pero ninguna igual entre las de otros pueblos y razas. En algo se asemeja a la caravana oriental o africana que atraviesa el desierto; en algo puede también compararse a las de grandes caravanas que, antes de los caminos férreos, iban en los Estados Unidos de las costas del Atlántico a las costas del Pacífico, y de las que hay una admirable descripción en la novela "Lilliana", de Sienkiewicz. Pero ninguna de esas travesías ofrece, por su duración, por sus dificultades, fatigas y riesgos, el conjunto de los que tenían que afrontar los "troperos" argentinos.

Sus expediciones en otras provincias, eran generalmente dirigidas por hombres de experiencia y de valor probado, pero no de primera categoría social; en Salta las mandaban personalmente los jefes y representantes de las familias más ilustres de la provincia, como los Tejada, Cornejo, Figueroa, Aráoz, Saravia, Ojeda, Goytia, Arias y muchos otros, entre los cuales don Fernando Benítez, a quien, refiriéndome una de sus travesías más arriesgadas, le escuché una frase que sintetizaba enérgicamente su propia acción y la de sus antecesores y compañeros en esa clase de empresas: "Por donde otro había pasado, podía pasar yo; y pasaba también por donde nadie había pasado."

Algunas de esas expediciones duraban más de un año cuando se hacían conduciendo, para venderlas en Chile, Bolivia o el Perú, tropas de mulas que se compraban en Santiago, Córdoba o Entre Ríos; de modo que a veces el vasto arreo se hacía sobre extensiones de más de mil leguas a través de caudalosos ríos, de esteros, de selvas, de desiertos, de altiplanicios y cordilleras. De esas expediciones, las había periclitadas por el transporte hasta Salta de mercaderías que de Buenos Aires se llevaban en carreta, y a lomo de mula de Lima o de Valparaíso. Tanto éstas como las anteriores — que exigían en su preparación y ejecución actividades, medios de acción y energías inteligentes, variadas y pertinentes — hicieron de los estancieros y negociantes de entonces, varones de personalidad definida con todos los empujes de varón no sólo en las empresas mercantiles sino igualmente en las contiendas cívicas a las que concurrían con sus defectos, sus asperezas y sus ignorancias, y también con sus entusiasmos, sus rectitudes y sus ingenuidades patrióticas, en las que había más aciertos que en los sapientescismos de sus sucesores, quienes han sustituido con la ilustración libresa la ciencia práctica de la vida y sus conceptos superiores con los del empirismo utilitario, que en todos los tiempos, en todas las civilizaciones, y a través de todas las filosofías ha sido el dogma de los mediocreos, de los incompletos y los ineficaces para comprender y alcanzar los altos objetivos de la existencia, y las culminaciones del espíritu.

Conjuntamente con aquellos representantes del trabajo y la riqueza pública, concurrió a su desarrollo y prosperidad un gremio numeroso de productores que, en la agricultura, la industria molinera y la de elaboración de azúcar en trapiches primitivos, subvertían a las necesidades del consumo interno de la provincia, quedando como saldo ganancioso el valor de las exportaciones de ganados y de productos de las curtiembres, ramo importante de comercio que alcanzó un considerable incremento; fué entonces para Salta lo que hoy su industria tabacalera, cuyo producto, por su calidad superior es emplea en la elaboración de cigarrillos en Buenos Aires, como elemento básico para las mezclas que antes se hacían con tabaco habano. Las aulas de Salta tuvieron un tiempo las más acreditadas de la República.

Hace más de cien años que en la provincia se realizaron ensayos no renovados después, para el cultivo del gusano de seda; y hace cincuenta años que se implantó y funcionó una fábrica de paños; los elegantes de hoy no sospechan siquiera que sus

predecesores podían vestir bien y calzarse mejor con productos elaborados en la misma provincia.

A principios y mediados del siglo anterior, hubo iniciativas para la explotación de los "yerbales" de Salta, se hicieron exploraciones y se escribieron estudios en tal sentido. Y hace diez años, que con motivo de una propuesta de capitalistas de Buenos Aires para implantar la industria se comprobó y fué confesado por ellos mismos, que los miembros de la Legislatura ignoraban que existían yerbales en la Provincia.

IV

En la población antigua cuyos componentes estudio, había también otro elemento, modesto por su condición y por sus medios visibles, pero valeroso y eficaz en su conjunto. Era el de los pequeños agricultores y artesanos, que como agentes de una producción diversificada, para responder en gran parte a las necesidades más comunes de la vida, amaban en conjunto valores considerables, más considerables que el de los otros gremios industriales aislados.

Esoa valores de origen oscuro, como el raigambre de todo tallo vital que después se ramifica y se extiende, fueron la base de la riqueza sólida, de la riqueza sin gravámenes, de la riqueza sin artificiales transitorios ingresos, por subasta de la tierra pública de la riqueza efectiva honradamente lograda y honradamente girada, que formó en otro tiempo la independencia económica de Salta con la que ésta aseguró la independencia política de la República. En otro estudio de tema concordante al presente, menciono el hecho significativo de que Buenos Aires, Mendoza y Salta, que fueron, desde un período anterior al de la Revolución de Mayo, los centros con más elementos de riqueza y de vida propia, prestaron la cooperación más larga, costosa y decisiva a la formación de los ejércitos libertadores.

Desde el primero, que triunfó en Salta, hasta el último, el que con Güemes vivo a su frente o con Güemes muerto, cuando en espíritu guió sus tropas a la victoria, Salta les dio todo lo que su territorio y su raza contenían en medios de defensas, en substancias y en fuerzas vivas de ambiente y contribución de sangre. Consagraronle la suya desde el último pañano hasta su gran caudillo — el único general en jefe americano muerto en acción de guerra como Epaminondas, y de la misma edad que el héroe tebano — toda la parte del suelo nacional que los salteños defendieron es la que forma el territorio argentino del Norte.

Obra de vida superior, exigió una acción colectiva intensa que sólo fué posible por las reservas de energía de la raza y de riquezas acumuladas durante dos siglos de empeños y trabajos cuyo cumplimiento demandó una permanente tensión de fuerzas.

Esa tensión cesó en circunstancias y por motivos que merecen explicarse, pero para cuya mención ahora ni yo puedo dedicarle tiempo ni LA PRENSA concederme espacio.

Durante los períodos de fuertes pugnas contra el hombre salvaje y la salvaje naturaleza y en los de magnas impulsiones al tiempo de la independencia y de la organización nacional, el elemento dirigente en Salta operó con la total visión de su horizonte, con el conocimiento preciso de su terreno y la capacidad proporcionada a la magnitud de su tarea. Al propio tiempo, con la dignidad de sus funciones.

Más tarde, por una concurrencia de factores cuyo análisis me apartaría del punto principal de mis observaciones, la clase popular se empobreció materialmente y la gobernante moralmente; perdió energías de pensamiento y de voluntad. Aplicó sus últimos esfuerzos al propósito de vivir sin esfuerzo; luchó por no luchar, circunscribió sus miras, sus ambiciones y sus actividades a la defensa de las posiciones oficiales.

Salta y Jujuy, casi simultáneamente y por causas análogas, llegaron a un período de decadencia que se prolonga desde hace más de treinta años. Hay algunas otras provincias estancadas; aquéllas son las únicas que han retrogrado en varias de sus manifestaciones de cultura, en riqueza y valimiento. Viven subvencionadas con una parte de la Lotería Nacional de Beneficencia, como las familias pobres a quienes se conceden algunas decenas para el expendio.

Al mismo tiempo que su autonomía económica, quedó anulada su vida cívica. Resapareció con la ley Sáenz Peña, pero sin eficacia para mover lo estancado y renovar lo gastado, por la "obra muerta" que en los movimientos políticos representa la indiada, no sólo en lo que influye psicológicamente, según el concepto que se da en Salta a aquélla, sino en forma directa, por la intervención electoral de masas indígenas compuesta de verdaderos incapaces, a quienes por una lamentable omisión de ley civil no se les nombra curadores que velen por su persona y sus intereses, pero respecto a los cuales la ley política permite que tengan tutores oficiales que los utilizan en su provecho.

Su incapacidad no consiste en inconsciencia, ni siquiera en completa ignorancia de sus derechos; por el contrario, en la mayoría ha penetrado ya la noción de que el voto les pertenece como saben muy bien que les pertenece su vaca, su caballo, sus cabras, y el producto de su trabajo; como conocen bien sus derechos de familia sobre su mujer y sus hijos; pero así como no osan — y no osan porque no pueden — a defender sus bienes contra un usurpador amparado por la autoridad; y así como tampoco se atreven, también por impotencia, a oponerse al capricho del comisario y del patrón por su mujer o su hijo, del mismo modo y por las mismas causas se dejan llevar en las elecciones por el capatzen que resaca el concepto que se da en Salta a aquélla, y no en forma directa, por la intervención electoral de masas indígenas compuesta de verdaderos incapaces, a quienes por una lamentable omisión de ley civil no se les nombra curadores que velen por su persona y sus intereses, pero respecto a los cuales la ley política permite que tengan tutores oficiales que los utilizan en su provecho.

Si incapacidad no consiste en inconsciencia, ni siquiera en completa ignorancia de sus derechos; por el contrario, en la mayoría ha penetrado ya la noción de que el voto les pertenece como saben muy bien que les pertenece su vaca, su caballo, sus cabras, y el producto de su trabajo; como conocen bien sus derechos de familia sobre su mujer y sus hijos; pero así como no osan — y no osan porque no pueden — a defender sus bienes contra un usurpador amparado por la autoridad; y así como tampoco se atreven, también por impotencia, a oponerse al capricho del comisario y del patrón por su mujer o su hijo, del mismo modo y por las mismas causas se dejan llevar en las elecciones por el capatzen que resaca el concepto que se da en Salta a aquélla, y no en forma directa, por la intervención electoral de masas indígenas compuesta de verdaderos incapaces, a quienes por una lamentable omisión de ley civil no se les nombra curadores que velen por su persona y sus intereses, pero respecto a los cuales la ley política permite que tengan tutores oficiales que los utilizan en su provecho.

En ambas mencionadas provincias, hay varios departamentos en los que predomina la población indígena que forma, por lo menos, un treinta por ciento del total de los inscriptos en los padrones. Con ese treinta por ciento de electores-servos, que votan siempre por miedo de acuerdo con la autoridad, los que de ella abundan allí ganan elecciones y constituyen gobiernos a base de indiadas. Pero esto no es lo peor; ni es la más perjudicial la indiada auténtica, la indiada de la serranía. No trato de política, sino de sociología. Y es pura sociología lo que me resta que analizar sobre el influjo de los indígenas en la población de la Provincia del Norte. Desde hace varios años, la quichua gobierna allí espiritualmente. El hecho es tan exacto, que sus manifestaciones, notadas de largo tiempo atrás en Salta, son las que motivaron la calificación de "indiada" con que los propios miembros del partido gobernante designan a la fracción del mismo que aporta más elementos totales en votos y concurso pecuniario, y forma el núcleo de más distinción y preeminencia social. La vez que el de mayor dignificación por su rango es núcleo gobierna el gobierno. Consecuentemente, su influencia se ha dilatado aún más, ha hecho ambiente; un ambiente moral conocido por las características del elemento étnico que actúa, y cuyos rasgos han consolidado por en su espíritu.

La calificación de "indiada" — como todas las sintetizando conceptos generales, surge, al menos de la colectividad — contiene una idea más honda que su sentido expreso. La "indiada" llama en Salta al grupo importante de blancos que han hecho ricos, influyentes y poderosos

Extensión territorial:	128.577,497 kilómetros cuadrados
POBLACION:	
En 1817-18. (según Brankentledge)	50.000 habitantes
Censo de 1914	
argentinos	129.097
extranjeros	11.530
	140.927 hab.

de costosas actividades comerciales de la era colonial, y los de vida intensa en tiempo de la independencia y de la organización del país, la clase gobernante de Salta — y al hablar histórica y etnográficamente de Salta me refiero también a Jujuy, que formó con aquella una sola provincia — la clase gobernante actuó con las mejores cualidades propias de la raza de origen, integradas con las que el medio nuevo contribuyó a desarrollar en la población criolla. La parte de ésta descendiente de los calchaquies y heredera de sus pujanzas, fue eficaz colaboradora de los blancos en la guerra y en las rudas labores de la ganadería primitiva.

En la población europea de Salta, que tuvo las funciones directivas en lo militar, en lo económico



LA CATEDRAL Y PALACIO EPISCOPAL

Salta

(CONCLUSION)

ploteando a los indios; pero en realidad y por insur-
tivo aliento, ese nombre es más exacto aún por la
posterioridad del caso que por su contenido de pre-
historia y por su gran verdad psicológica pre-
sente.

¿Cómo se ha realizado, en aquella clase de es-
tado europeo, asimilado objetivamente a la civil-
ización, ese fenómeno—cuyos efectos depren-
didos difunde en torno—de impregnación moral de
una casta inferior y subyugada?

No es por inferior ni por subyugada. Si la diri-
giesen y la manejaran con fines y por medios ten-
dientes a superarla, moviendo en ella lo bueno
que contenga, manifestado o latente, el resultante
del contacto moral no sería la señalada sino la
inversa.

Lo que produce el contagio de sus depresiones
y sus insuficiencias, es la utilización que se hace
de esas insuficiencias y depresiones, es el aprovecha-
miento como materia de negocio de lo que debe
ser objeto de cura, o por lo menos de piedad. In-
dustrialización carne humana doliente, negocian con
la agonía de una raza.

Para eso no se necesita habilidad, ni esfuerzo,
ni nada que represente ejercicio educativo de la vo-
luntad o de la inteligencia; para eso lo que se ne-
cesita es la aplicación al lucro menos honorable
de las aptitudes más subalternas de la naturaleza
humana.

Y los que viven subalternizados en lo ob-
jetivo, acaban por subalternizarse en lo subjetivo.
No hay nada que desedueque, tanto como el des-
potismo en cualquier grado y esfera que se ejer-
za. El que manda arbitrariamente no sirve sino
para eso, o para el término opuesto equivalente, que
es obedecer sin protesta al más fuerte. Sólo es des-
pota arriba el que es esclavo abajo.

Los que forman la "indiana" han transportado al
medio urbano la idiosincrasia de su medio rural
industrializado. Bajo su influjo lento se han ido poco
a poco infiltrando en las clases dirigentes, las man-
dantes y las pusilánimas de la población
indígena serrana. El miedo es el estado de espíritu
dominante entre las clases sociales contagiadas por
aquellas influencias apocadoras. No me refiero al
miedo vulgar, al miedo en la acepción ordinaria de
la palabra. Por el contrario, en tal sentido me com-
plazo en reconocer que entre esos elementos hay
hombres capaces de arrostrar con firmeza los pe-
ligros para los cuales basta esa clase de valentías.
Es que he determinado en ellos la penetración
del alma quichua, no es el miedo a la muerte; es
otro aún más terrible: es el miedo a la vida.

Joaquín Castellano

Salta, julio de 1916.

Salta en el primer siglo de la Independencia

EL 9 de Julio de 1816 arranca la existencia
de la República Argentina como nación so-
berana. Hasta esta fecha la provincia de
Salta había sido tierra célebre y famosa
en la mitad del continente. Sus industrias flo-
recientes, sus poderosos capitales, la numerosa por-
ción de sus hombres ilustrados que llenaban el
vacío en las otras provincias, aun en Buenos
Aires mismo, como Castro y Blanco, verbigracia, en
sus tribunales de justicia; el aristocrático rango
de sus familias, corriendo en más de una de ellas
la sangre del duque de Alba; su sociedad la más
distinguida y fina de todo el Virreinato; la rique-
za y actividad de sus habitantes; y sobre todo, el
robusto comercio que sostenía con el Perú, im-
portando a este país como el principal de sus ra-
mos, las mulas, los esclavos y las mercancías
ultramarinas, habían convertido esta dichosa región
en el puerto seco, como se decía, de las provincias
argentinas, y en la más renombrada de ellas, des-
pués de Buenos Aires.

Todo aquel adelanto de la civilización de un
pueblo que parecía privilegiado y como elegido por
la mano de Dios para derramar en su seno el curso
de la abundancia y felicidad, vino a parecer tam-
bién, al estallar la revolución, como si hubiera sido
preparado por la Providencia para que desempe-
ñara en ella figuración mucho más noble y glorio-
sa, aunque también más amarga y cruel que la co-
muna y agradable que le dieron los siglos de la
dominación española.

Porque estaba destinada a que fuera su suelo
al teatro de la guerra y, por lo mismo, a que fuera
destruida, devastada y hecha ruinas por el estrago
de su paso, produciendo tan dura y tan larga cala-
midad el acabamiento de su felicidad de otrora,
de su riqueza y esplendor. "La provincia de Salta,
dice con suma verdad el doctor Bustamante, ha sido
el sangriento teatro de una guerra desoladora; el
campo de gloria donde han sido batallas, contien-
das y escaramuzas de diversos modos las huestes ene-
migas; el asilo de los ejércitos de la independencia
en los diferentes contrastes que sufrieron en el
Perú; la vanguardia de las provincias libres y la
frontera de la libertad, aun cuando, disueltos los
ejércitos de la patria, quedó ella sola expuesta a
la orgullosa saña y a la rabia furiosa de las tropas
españolas".

Sus servicios a la causa databan de la primera
hora; como que fué la única provincia de todo el
Virreinato que respondió al grito dado por Buenos
Aires el 25 de mayo. E hizo aún más; porque a
pesar de estar luchando contra su gobernador,
que era enemigo, cuando organizaba Liniers en
Córdoba, autorizado por el virrey Cisneros, un ejér-
cito para sofocar la revolución, antes que echar
más hondos raíces en Buenos Aires, y pudiera ex-
tenderse por los pueblos interiores, y aguardaba
que el Alto Perú, que disponía Nieto, bajara a
incorporarse, las fuerzas de esta provincia se
movieron en el camino, tomaron el convoy de au-
toreas de guerra que bajaba del Perú y evitaron
por sólo su actitud amenazadora, que Nieto diera
un paso más acá de la línea de Tupiza.

Pero cuando el Congreso de Tucumán declaraba
la Independencia, dos invasiones se habían suce-
dido ya para reconquistar las provincias argentinas
por las fuerzas españolas; la primera enviada por
Cayenne y rechazada en Tucumán y en Salta
por el esfuerzo común del ejército y los pueblos,
la segunda dirigida por Pezuela, después de ven-
der a Belgrano en Vilcapugio, que la emprendió
al ánimo de reunir su ejército con el que resistía
en Montevideo, para pasar juntos a rendir a Bue-
nos Aires. Y aquel enemigo victorioso y lleno de
arrogancia, contenido, destronado y rechazado al
fin por el esfuerzo exclusivo de la provincia de
Salta, cuyas fuerzas operaron al mando del coronel
Martín Güemes.

Desde ahora, ya no son los ejércitos los que
van, sino los pueblos. Rondeau había perdido el
ejército argentino en Sipe-Sipe, a manos de
mismo Pezuela, y por causa de la indisciplina
traición de sus jefes; y el ejército español, así
derrotado, se preparaba a abrir sobre nuestros pa-
ses una invasión. Ahora, en 1816, era más que
una ocasión su fuerza poderosa. Porque al anti-
ciparse el ejército real se incorporaban los cuerpos de
Bolívar hasta un número próximo a 3.000, que
se habían vendido a Napoleón en Europa y a Bolívar
en América; todos los cuales, juntos, sumaban un

total de 7.000 veteranos. Era el ejército más biza-
rrero, el más disciplinado, "el más florido y nume-
roso" como lo clasificó Pezuela, de cuantos hasta la
fecha habían sostenido la dominación de España
en esta parte del continente. Y para que su perfec-
ción superior fuera completa, iba ahora mandado,
no ya por Pezuela, que, a pesar de todo, era un
general vulgar, sino por jefes ilustres, enviados
desde España por el rey; tales eran: Laserna, su
general en jefe, y Valdés, Villalobos, Sarrina, Co-
rratilla y Ricafort, que más tarde se batirían en el
Perú con San Martín y con Bolívar.

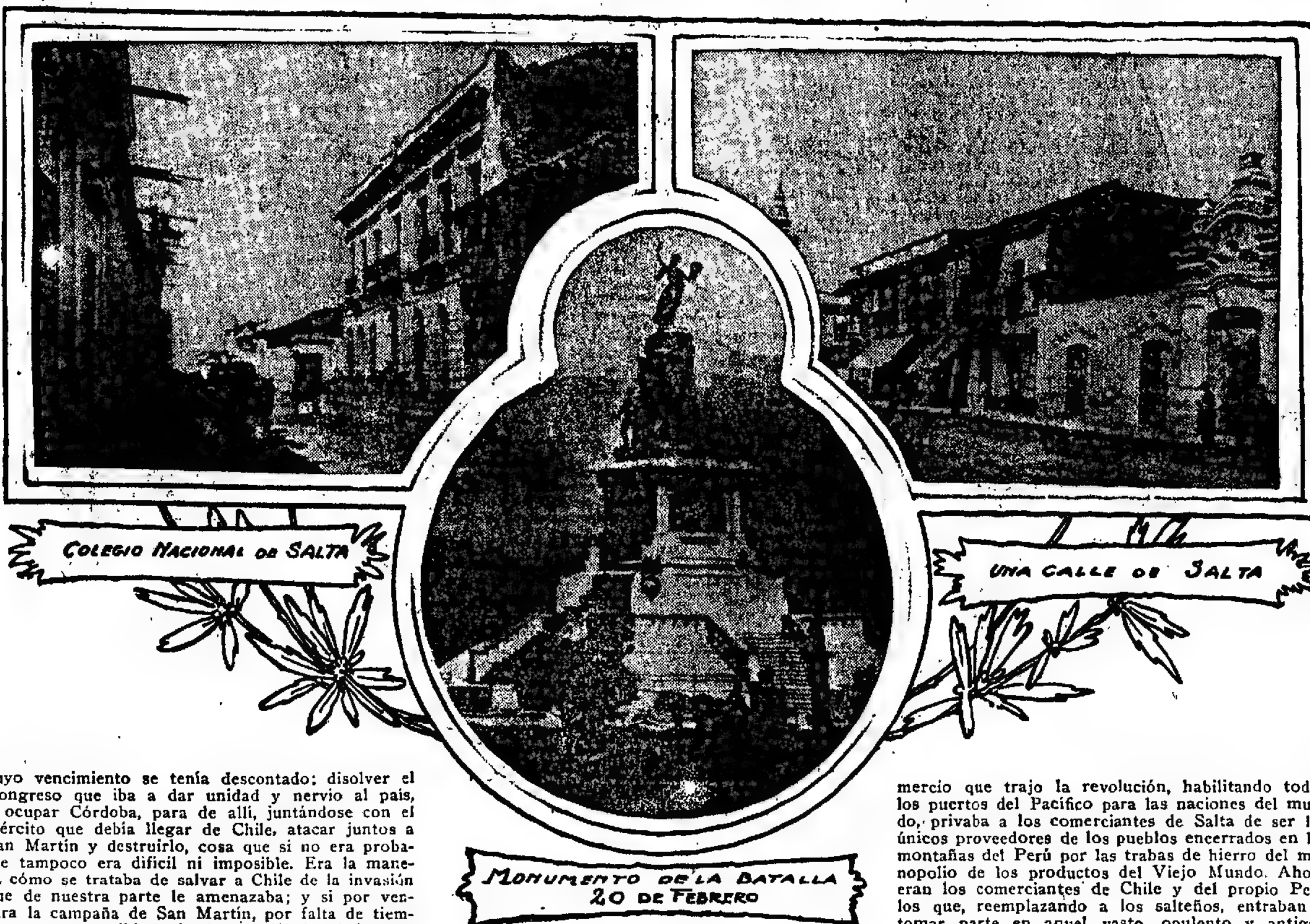
¿Qué teníamos en cambio nosotros para con-
trarrestar su empuje? Belgrano, a quien aquellos
soldados estaban acostumbrados a vencer, aun con-
tando con un ejército inferior en un tercio, como
ocurrió en Vilcapugio, se atañaba ahora por for-
mar uno nuevo en Tucumán sobre la base de los
eternamente derrotados, y que mal atendidos, se
hallaban hambrientos y andrajosos. Nadie desapa-
sionadamente podrá convenir en que tal hueste era
capaz de contener al formidable ejército español,
contra quien habían fracasado ya Bolívar y todos
nuestros generales.

Cierto era que a 400 leguas más al Sur, en Men-
doza, se organizaban por San Martín los regimien-
tos que habían de formar el Ejército de los Andes.
Pero era precisamente contra él que el ejército es-
pañol bajaba del Perú. Era su propósito penetrar
por Catamarca y atacar por el flanco a Belgrano,

de nuevo la soberbia enemiga, sofocando a Cate-
rac de tal manera, que se vio precisado a abandonar
la empresa dando la vuelta al Perú en una retra-
da semejante a aquella otra que más tarde realiza-
ría tan desastrosamente en Junín.

De mayo a agosto, San Martín lo designa a Güe-
mes general en jefe del ejército auxiliar del Perú.
Ejército que debería formarse, y combinar entrabos
atacar al enemigo español, el uno invadiendo
por la costa del Perú con la escuadra de Chile, y
el otro internándose por el camino de Humahuaca
al Alto Perú, para que así, dividido aquél, fuera más
fácil acabar con su poder en Lima y con la domi-
nación española en esta parte de la América.

Salta, entonces, puesta en este nuevo compro-



cuyo vencimiento se tenía descontado; disolver el
Congreso que iba a dar unidad y nervio al país,
y ocupar Córdoba, para de allí, juntándose con el
ejército que debía llegar de Chile, atacar juntos a
San Martín y destruirlo, cosa que si no era proba-
blemente tampoco era difícil ni imposible. Era la mane-
ra como se trataba de salvar a Chile de la invasión
por él se dispuso a disputar por segunda vez el
paso al enemigo victorioso. Pero no cuenta ni con
armas ni con recursos para tan extraordinaria em-
presa. El ejército español rompió por fin la mar-
cha. Güemes da aviso de la novedad al general en
jefe que descansaba en Tucumán, para que acuda a
la defensa; pero Belgrano no se mueve; pide que se
le proteja en la lucha en que se defiende palmo a
palmo el terreno, y una columna de 600 hombres
al mando de Bustos, se coloca a cincuenta leguas
del campo de operaciones; ve de lejos lo mismo
que el ejército, aquella lucha que sostienen los sal-
teños solos contra todo el poder de España, sin
avanzar un paso ni disparar un tiro; antes, por
el contrario, recibe Belgrano órdenes del gobierno
que le manda el regreso de aquella columna a su
campo, la que así da la vuelta, abandonando a
Güemes a sus solas fuerzas. Requiere éste armas
y municiones, y se le remiten sables sin empuñadura
y las municiones llegan tarde, mal y pocas; solicita
alimento para sus soldados, y se le manda arroy
envenenado; pide una y cien veces caballos, prome-
tiendo entregar en cambio a Laserna prisionero,
y los caballos, los 300 caballos que le hacen falta
y le están ofrecidos, llegan a su poder, cuando ya
no son necesarios, cuando el enemigo se encuen-
tra en retirada ganando el Perú, y esos mismos
que llegan, resultan viejos, flacos, ciegos e inservibles.

Don Bernabé Aráoz en Tucumán y los intri-
gantes en Buenos Aires, hacían todas estas ma-
ravillas. Pero uno y otros no consiguieron más que
engrandecer la gloria de Salta, que fué, por lo mis-
mo, incomparable.

Reorganizado el enemigo, invade por la cuarta
vez, en 1820, pues no clasificamos de invasiones las
diversas incursiones al territorio, tantas veces ocu-
ridas. Ahora se proponía el virrey no sólo aprove-
char de la discordia civil que nos tenía sin go-
bierno, sin ejército y sin unión en los pueblos, sino
evitar que San Martín atacara por las costas del
Pacífico al Perú, cuartel general y centro de los re-
cursos españoles, avanzando este amenazador em-
puje, que ponía en riesgos la existencia así de Chile
como de Buenos Aires.

Era el mismo ejército de 1817, reducido aho-
ra a 5.000 hombres. Y si era verdad que ya no es-
taba a su cabeza Laserna, hallábase, en cambio,
Centenario, aquel mismo que iría más tarde a reñir
en Junín con Bolívar, y con Sucre en Ayacucho.
Más que otra vez, ahora la provincia de Salta
se encontraba sola: como que San Martín ya es-
taba en Chile, y Belgrano y el ejército habían des-
aparecido, después de haber perdido cuatro años en
la inacción. Así y todo, con el territorio devastado,
con las áreas sucias, con los recursos consumidos,
aquel pueblo hizo por la tercera vez frente a la
invasión; y en quince días de combates, quebrantó

miso, encontró todavía alientos para disponer un
ejército: conjura a todos los pueblos argentinos a
concurrir con sus recursos siquiera; pero una funes-
ta rivalidad que tenía su nido en Tucumán, cruzó
sus dedos al paso, en el momento que San Martín
tocaba las playas del Perú y que Güemes rompía
la marcha libertadora por Humahuaca. La ocurrencia
obligó a contramarchar, para sofocar la guerra
intestina que se le preparaba a su espalda, y apro-
vechando de la circunstancia, el ejército español
avanzó su vanguardia, que ocupó a Jujuy. Había,
pues, que hacer frente a la guerra con Tucumán
y a la guerra con España, que a un tiempo estre-
chaban. Entonces el doctor Gorriti, delegado de
Güemes en el gobierno, marcha sobre Jujuy con los
escuadrones de gauchos que forman en la reserva
de la campaña de Tucumán, y con ellos ac a sobre
aquella provincia, rinde al ejército español, y vuelve
a Salta trayendo prisioneros a sus generales Mar-
quegui, jefe de la vanguardia invasora, y Vigil, del
estado mayor.

No respaldado de igual manera la fortuna por
este otro lado, Liniers, general de Güemes, pierde
estudiadamente su ejército. Salta, en connivencia
con los adversarios de Tucumán, lo depone a Güe-
mes del gobierno, y el ejército español, espando
esta discordia y deseoso de aprovecharla para su
causa, adelanta por caminos extraviados uno de sus
cuerpos, que logra sorprender la ciudad, y una de
sus balas, lanzada entre las tinieblas de la noche,
hierde de muerte y acaba con el invencible general
Güemes.

Es así como este patriota incomparable tiene la
gloria de morir herido por bala española, defen-
diendo la independencia de su país.
Si se filosofara ahora sobre los sucesos que se
deja recordados, habríase de llegar, sin esfuerzo, al-
guno, a estas dos conclusiones: la primera, que fué
la provincia de Salta la que opuso con el pecho
de sus hijos una muralla insalvable, donde vinieron
a estrellarse, uno tras otro, todos los ejércitos es-
pañoles que pretendieron reconquistar las Provincias
Unidas; y la segunda, que es Güemes el único ge-
neral a quien la República Argentina debe su in-
dependencia nacional.

Los generales de la revolución, desde 1810, ha-
bían sido vencidos, unos en pos de otros, hasta
1815: Balcarce, Belgrano y Rondeau, perdiéndose
en sus manos todos los efímeros progresos alcan-
zados por nuestras armas. Quedarían, acaso, San
Martín; pero es lo cierto que San Martín no ha
disparado una bala por la independencia de nuestro
país, pues, si se anota en su vida el combate de
San Lorenzo, en las márgenes del Paraná, aquella
refriega no viene a ser, bien miradas las cosas,
más que una carga de policía contra saltadores
de las costas. Sus campañas memorables tuvieron
por teatro otra tierra, siendo libertador de Chile y
en parte del Perú, llegando, sólo en forma indirecta
por acción refleja, el fruto de sus campañas a
servir a la salud de nuestra patria.

Pero Güemes, Güemes es el único general que

se mantiene en el territorio de la República lu-
chando con los ejércitos españoles que invaden con-
tra su fuerza el país, vencidos y rechazando-
los al Perú. Por lo mismo, la independencia ar-
gentina, real y efectiva, es debida a su espada, por
que "con ella se conquistó", y secundariamente a
San Martín y a Bolívar que la aseguraron y la
afianzaron, atacando y destruyendo las fuentes le-
janas del poder enemigo.

El interesantísimo detalle de tan magnífica em-
presa llena los ocho tomos de la "Historia del ge-
neral Güemes y de la revolución", que hemos escri-
to, y que saldrá a la luz cuando haya recursos para
hacer frente a los gastos de su impresión.

Tal ha sido la figuración militar de esta pro-
vincia en la guerra de la independencia. Data tam-
bién de esta época su decadencia. Porque habiendo
sido esta provincia el teatro elegido de la guerra,
la calamidad, tan durable como fué, acabó de raíz
con su antiguo y renombrado esplendor.

La principal fuente de su prosperidad había sido
el comercio con el Perú, introduciendo a aquella
tierra ganados, mercaderías europeas, esclavos ne-
gros y el fruto de sus adelantadas industrias, tra-
yendo, en cambio, de allí, azúcares, café, chocolate,
alhajas, perlas, plata labrada, minerales en pasta
y especialmente moneda en pesos de plata y onzas
de oro.

Toda esta actividad y sus productos hallaron
acabamiento en la guerra porque la primera pro-
videncia tomada por los jefes españoles fué la in-
terdicción del comercio con las provincias rebeldes
y la confiscación de los bienes de los comerciantes.

Esta suspensión del comercio duro hasta 1825.
Es decir, los quince años que duró la guerra. Las
fuentes de la prosperidad quedaron cegadas; y fué
menester comenzar de nuevo a formarlas. Mas
ya las cosas habían cambiado. La libertad del co-

parable con la grandeza del antiguo comercio del
Perú, porque ahora, con la competencia de los pue-
blos del Pacífico, que favoreció la revolución, y que
fijaron para el comercio con Bolivia como centro
a Potosí, adquirieron por sí todas las ventajas, arre-
batación en buena parte por causa de la desidia de
nuestros gobiernos.

Todas las demás industrias, antes de tantos ren-
dimientos, como la fabricación de suelas, de vinos,
de sillitas de montar, de calzado, de harinas y de azú-
cares; el plantío y la elaboración del tabaco, y
las distintas cosechas de cereales, que llenaban la
actividad industrial de sus habitantes, soportaron
la misma decadencia. Porque el florecimiento de
otras industrias similares en diversos puntos de la
República y de los mismos cultivos, con facilidades
lancadas conocidas en las regiones montañosas del
Norte, cortaron su suelo, hasta aniquilar completa-
mente a algunas, como las harinas, verbigracia,
siendo uno, si no el mayor de los enemigos de su
prosperidad, el valor enorme de los fletes y la ca-
rrencia de fáciles vías de comunicación, que hacen
desesperar de toda ganancia. Habráse de agregar
a estos factores de retroceso cien otros, propios de
nuestro mal gobierno, como los contrabandos de
tabacos que suelen, a lo que dicen, hacerse en gran
escala por Misiones; y tanto como esto quizá la
enorme y fastidiosa carga de los impuestos in-
ternos y su copiosa legislación, salpicada de mul-
tas y de obligaciones a cada paso para el agricul-
tor, que se siente obligado a exclamar como el
marqués de Arzenson en visperas de la revolución
francesa: "No tanto gobierno".

Tan grande calamidad compuesta por otros mu-
chos resortes del mal pudiera pasar inadvertida, si
gastándose mejor las enormes rentas de la Nación
en cosas que quiebra, se emplearan los recursos en
conservar las copiosas aguas que durante el estío
se derraman y pierden latidos sarninos, dejando sus
valles abismos, tanto en Salta, en Catamarca, co-
mo en La Rioja, estériles y muertos por falta de
riego, siendo así que su clima y fertilidad produ-
cirían con la abundancia del agua y los brazos, co-
sechas de oro; y si, más que todo esto, se hubiera
llevado a término el ferrocarril a Huaytiquina, que,
cruzando los Andes por Salta, hubiera puesto esta
provincia en rápida comunicación con el mar Pa-
cífico, de quien la separarían apenas unas venti-
cuatro horas de trayecto.

No es de dudar que el beneficio y la prosperi-
dad hubieran sido enormes, así para estas regio-
nes del Norte como para la República entera. En
cambio, seguimos contentándonos con la vieja ru-
tina. En lugar de dominar el comercio argentino
por los dos océanos, nos mantenemos como en la
época de la tiranía española, persistiendo en el error
económico que sujetaba estos pueblos de América
a no tener más comercio ni más comunicación con
Europa que por el Callao del Perú, y obligados a
no usufructuar este país prodigioso de riqueza, sino
con una sola mano, con el puerto de Buenos Aires;
sin convencernos todavía que tanto para Buenos
Aires como para toda la Nación, más sólidos y
abundantes beneficios reportaría su actividad exten-
diéndose y aplicándose sobre provincias prósperas
y ricas, que no sobre pueblos estancados en su mi-
seria y en su sueño de muerte.

No hubiera sido menos beneficiosa la apertura
de la comunicación con Europa por el rumbo opues-
to, a que la naturaleza está igualmente llamando
con la navegación del Bermejo, que ofrecería a to-
das estas regiones mediterráneas, alejadas del mar
y arrinconadas entre los montes, la vía fluvial más
y barata, con que se pondrían al habla, si es per-
mitida la expresión, con Buenos Aires y con Eu-
ropa.

La obra ya fué intentada, y formó en el catá-
logo de los sueños de Rivadavia. Un vago francés,
don Pablo Soria, vecino activo e industrial de
Jujuy, alucinado con que por esta vía se levantaría
una enorme fortuna, explotando principalmente las
ricas maderas de San Andrés de Orán y todas
las restantes producciones de aquellos valles, don-
de, como en el famoso Egipto, se recoge dos co-
sechas por año, fué el iniciador de la magnífica
empresa. El gobierno le ofreció su protección, y
lo protegió; y el entusiasmo mercantil y progresis-
ta, que tanto había distinguido en los días colo-
niales a los habitantes de Salta, volvió como a re-
juvenecer, despertando del letargo en que la cala-
midad de la guerra de la independencia lo había
sumido.

Parécia, pues, que el camino de oro del Perú
que habían perdido con la revolución, iba a ser
reemplazado por éste de agua, más rico aun y
eterno.

Con el propósito, se formó en Buenos Aires una
sociedad para la navegación a aquel río, titulado
"Compañía del Bermejo", el 21 de diciembre de
1824. El fondo social para dar comienzo, se fijó en
30.000 pesos, dividido en acciones de 2.000. Fueron
los socios fundadores, don Pablo Soria, de Jujuy;
don Félix Ignacio Frías, don Juan Martín Pueyr-
redón, don Joaquín Achával, don Aaron Castella-
nos, don Toribio Ovejuna, don Aarón Castella-
nos, don Victorio Sola, don Manuel Ormaechea, don
Uriburu (residente en Bolivia), don Pascual Zu-
baria y don Antonio Cornejo, de Salta; don Ma-
nuel Alvarado, don Ramón Alvarado y don José
Miguel Zegada, de Jujuy, y don Manuel Pinto, de
Valparaíso.

El gobierno de Salta, a cuya jurisdicción corres-
pondía el Bermejo, aceptó las condiciones de la
compañía, que consistían en un privilegio por quin-
ce años, para explotar ella exclusivamente la ex-
tracción de maderas por aquella vía y la facultad
para imponer un derecho de ocho pesos por tone-
lada a todo cargamento que transitara por el Ber-
mejo en buques que no fueran de la compañía, que
gozaba de la misma suma que acostumbraba Ibarra, go-
bernador de Santiago del Estero, imponer al pa-
sar por su provincia los efectos que llevaban las
carretas del comercio.

Llevando las cosas adelante, la primera ope-
ración que correspondía hacer ahora era el reco-
nocimiento de la capacidad del río y su demarca-
ción; y con este objeto, partieron de Salta en junio
de 1826, los socios, coronel don Antonino Corne-
jo, don Victorio Sola y don Manuel Ormaechea,
los que encontraron aguardándolos, en frente al
fuerte Pizarro, a don Pablo Soria, ahora capitán
de la nave, con el cual, embarcados, hicieron el pri-
mer recorrido de algunas leguas, probando cómo
encallaba el buque a cada trecho, cómo variaban
los canales, y cómo eran de masas las corrientes,
que harían el tráfico muy languido si no se emplea-
ban para el caso buques a presión y contruados a
propósito.

La esperanza de Soria lo alentó en la progresis-
ta lusa hasta 1833, hallando siempre buen calor y
acogida favorable en Buenos Aires, centro de los
capitalistas; pero como la empresa fuera superior
a las circunstancias, bajó al sepulcro el infatigable
varón desengañado, de que en esta tierra no se pue-
den hacer así no más las grandes obras y de su pro-
greso. Y bajó bien, para no llorar más y en balde;
pues así como van a pasar cien años de sus tra-
bajos, pasarán otros cien más sin que sus laudables
años se realicen, no ciertamente porque la des-
dichada República Argentina carezca ni de tesoro,
ni de talentos, ni de la convicción de que el ilustre
Soria había encontrado la segunda puerta del en-
grandecimiento nacional, sino porque sus destinos
tienen la fatalidad de pasar casi siempre de manos
incapaces a indolentes, cuando no de egoístas a co-
rompidos, habiendo sido sus buenos mandatarios
lo que los oasis en el desierto: exóticos bandidos.

Bernardo Frías

Salta, julio de 1916.

Santa Fe

1816 - 1916

AL producirse el movimiento revolucionario de 1810, el virreinato del Río de la Plata hallábase dividido en ocho provincias independientes y cuatro gobiernos militares políticos. El virrey era la autoridad superior; los gobernadores intendentes, autoridades secundarias, y los cabildos de ciudad autoridades locales con prerrogativas propias y jurisdicción especial.

Existía así una descentralización política, social y administrativa, en beneficio del país; pues ni el virrey podía absorber el poder de los gobernadores y cabildos, ni éstos el de aquél, y el respectivo de cada uno, desenvolviéndose todos, antes que en una armonía completa, en continuas desinteligencias, que sólo la autoridad suprema del rey de España procuraba armonizar y encauzar. La religión y sus representantes, los prejuicios de castas y divisiones de vecino pesaban, sobre el desenvolvimiento del común.

Cada provincia tenía bajo su jurisdicción varias ciudades (hoy provincias), todas con características propias y encontrados intereses; e iguales, si no beneficiados los cabildos de cada ciudad, con privilegios y ventajas locales que llegaban hasta convulsionar el orden interno. Dentro de cada una de esas provincias dominaban en unas el elemento indígena libre o de esclavos; en otras, una aristocracia más o menos feudal; en algunas, mayor población; en éstas, facilidades de comunicaciones; en aquellas, cierta oligarquía intelectual, económica o de casta, según tuvieran o no centros universitarios, puertos de entrada, tránsito de mercancías, minas que explotar; campos yermos o fértiles; ferias de ventas; cercanía a los centros de riqueza, o facilidad de moneda, etc.

En un país tan extenso y variado en población, producción, comercio, riqueza y desenvolvimiento y tendencias, la descentralización gubernativa fué un beneficio apreciable para su conservación. Pero igualmente era de difícil gobierno general, y mucho más, desde casi un extremo, Buenos Aires, donde residían las principales autoridades. Y si a estas dificultades naturales y legales se agregaban la preponderancia de personas que, por su riqueza, su influencia, relaciones familiares o de bandos, se imponían en los pueblos y ciudades; la ignorancia y brutalidad de las masas; la libertad de vida individual; la incontinencia de costumbres en el choque de relaciones entre gentes de razas encontradas, con educación e idiosincrasias especiales, y otras varias causas, que exigen amplio y detenido estudio, el gobierno general no podía nunca imponerse ni dirigir tan diversos intereses, tan variadas y dispares fuerzas y grupos sociales, por su sola resolución.

Los revolucionarios de mayo, por más que se arrogaran en los primeros años el poder del virrey, del gobernador y del cabildo de Buenos Aires; por más que quisieron imponerse en el gobierno de las provincias por el terror y la fuerza, con insinuaciones y componendas, chocaron siempre con este orden de cosas, contrario al imperialismo y prepotencia, aunque la causa de la independencia del país fuera estímulo de sus actos, y bandera, si, aceptada por todos, favorable en el fondo a mayor descentralización gubernamental.

Errores, desinteligencias, ambiciones personales, guerras, motines, provocan el desorden y la anarquía. Los teóricos, los ilustrados, los dominantes, buscan el conservatismo, en medio de una lucha heroica del pueblo entre sí, y contra el ejército español, y tantean ayudas externas, para establecer un gobierno monárquico, centralista o de fuerza, que se consideraba indispensable. Cuando se convencen de que no hay ayuda de externo poder; que el país debe consolidarse sin más amparo que el de sí mismo; en un arranque de patriotismo declaran, por fin, la independencia de las Provincias Unidas de Sud América, libres e independientes de los reyes de España y su metrópoli, el 9 de julio de 1816, agregando luego a la petición de algunos diputados: "y de toda otra dominación extranjera".

Esta declaración era inocua si no se armonizaban todas las energías populares bajo una Constitución y forma de gobierno adaptable al nuevo estado; pero de nuevo entonces las circunstancias de guerra interna y externa, los prejuicios, las indecisiones, personales intereses y errados cálculos retardan por muchos años la organización deseada. Recrudece la anarquía; las pasiones salvajes de la masa se exacerban; bandos y grupos sociales se entreduchan: una fuerza brutal y artera domina por un tiempo, se caen, en el que se suceden actos de ignominia, de arrojo de inteligencia y patriotismo, despedazándose los hombres y las provincias unas con otras, todo bajo el fulgor de brillantes victorias contra el dominio español, y libertad de nuevas nacionalidades; todo en pos de una estabilidad nacional, que las provincias destruidas y enemigas, que los hombres ambiciosos y desordenados enuncian en pactos aislados y poco estables, hasta que una nueva orientación más sensata, más ecuanime, más descorazonada, de esta lucha cruenta y estéril, da a todo el pasado, por más triste y sombrío que fuera, la sensación gloriosa e igual para todos en una Constitución Nacional.

Pero esas luchas intestinas y externas, el dominio de una tiranía, la anarquía de varios años, las violencias y las reacciones, dejan un sedimento educativo, y no empujan a reformas de leyes, a procripciones de castas y desigualdad de ciudadanos, a declaraciones de derecho, a solidaridad de ideales, a reconocimiento de la nacionalidad incipiente, al respeto general y progreso del país.

La jurisdicción de la provincia intendencia de Buenos Aires abarcaba a lo que hoy es Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, parte de Misiones y Patagonia; y los revolucionarios de mayo procuraron conservar esta jurisdicción, enviando tenientes de gobernadores, que los pueblos, principalmente, Santa Fe, no aceptaron con buena voluntad, protestando que era privilegio de la ciudad que fuera el gobernante vecino de ella. Luego imposiciones de guerra repetidas; las exacciones en sus campos de inkomodos vecinos; la inepticia de gobernantes impuestos; el espíritu local encarnado en varios siglos de gobierno propio y desinteligencias con el criterio gubernamental del poder revolucionario, provocan aisladas protestas, y con ayuda de halagos y fuerzas convencidas, el rechazo armado contra imposición central. Santa Fe aspiró, como lo habían conseguido otras provincias, a verse libre de trabas externas y gobernarse por sí misma, y sus hombres dirigentes, desde el principio, instan por un gobierno federativo y una Constitución Nacional. Buenos Aires no quería, no podía abandonar a Santa Fe, cuya situación geográfica era inmejorable; paso obligado al interior del país, con su puerto intermedio y comunicaciones fáciles; pudiendo dañar al comercio y aduanas, y el predominio político de la metrópoli. De ahí que en el Congreso de Tucumán de 1816 no estuviera representada, en lucha como se hallaba con Buenos Aires, y se rechazara su representante, cometiendo una injusticia y un error que provoca nueva guerra.

Y esta guerra acreció desde 1816, a pesar de tratados de paz establecidos, que se retardaban en aceptar o no se cumplían; y acreció, influyendo Santa Fe en la situación política general e imponiendo siempre, en todos los actos, tratados y congresos en que intervino, el que se implantara en el país la forma federativa de gobierno, ya insinuada antes en el Congreso de 1813, ni estudiada ni discutida entonces.

Las sesiones del Congreso de Tucumán desde el 12 de julio de 1816 en adelante reproducen las discusiones repetidas sobre la forma de gobierno que debía darse al nuevo Estado; monarquía incásica, monarquía constitucional o federación de las provincias. El padre Oro exigía una previa consulta al pueblo, antes de proceder a declarar la forma de gobierno, que debía ser federal, según él; el doctor Anchorena pedía la federación de provincias; pero estas y otras tantas voces fueron dominadas por contrarias opiniones, provocando desinteligencias y renuncias, y mientras los pueblos seguían convulsionándose más y más. Al fin se dejaron las cosas como estaban.

Entre el temor de un mayor desquiciamiento público, y el de perder lo conseguido en favor de la independencia, con un cúmulo de otras dificultades, la lucha anárquica persiste, siendo Santa Fe el centro de la oposición. La furia insuadida de ambos bandos se complica con la miseria reinante, la paralización en todo y con la utilización del indio, en estas guerras intestinas, el cual llegaba a las ciudades, se entremetía en los poblados, sin perder sus instintos de rapina, principalmente en el litoral y el centro, donde depredaba los campos, estancias y pueblos aislados, recorriendo impunemente leguas y leguas de tierras deshabitadas, acompañado de vagos, ladrones y desertores.

Este estado de cosas perdura aún, después de resueltas y aceptadas la Constitución Nacional de 1853 y reformas de 1860. Tranquilizados con esto los pueblos, salvo obligados obstáculos que hubo de salvarse en lo sucesivo, tras de una desorganización tan continuada y oscura, entonces comienza una época de encastillamiento y consolidación. Se ha dicho que la barbarie imperaba en el germen doloroso de esta nueva Nación; pero si ello es cierto, relativamente a su proceso evolutivo, no lo es en el sentido lato de la palabra. En toda sociedad constituida, sobre las pasiones desencadenadas, sobre el desorden en actos e ideas, priman y se imponen la necesidad de una cohesión, reglas de vida y defensa individual y común. Aunque desgrejadas y en lucha interna, las provincias formaban grupos sociales, bien o mal constituidos y sus autoridades no olvidan ni aun en el ardor de las convulsiones,

Los revolucionarios de mayo, por más que se arrogaran en los primeros años el poder del virrey, del gobernador y del cabildo de Buenos Aires; por más que quisieron imponerse en el gobierno de las provincias por el terror y la fuerza, con insinuaciones y componendas, chocaron siempre con este orden de cosas, contrario al imperialismo y prepotencia, aunque la causa de la independencia del país fuera estímulo de sus actos, y bandera, si, aceptada por todos, favorable en el fondo a mayor descentralización gubernamental.

Errores, desinteligencias, ambiciones personales, guerras, motines, provocan el desorden y la anarquía. Los teóricos, los ilustrados, los dominantes, buscan el conservatismo, en medio de una lucha heroica del pueblo entre sí, y contra el ejército español, y tantean ayudas externas, para establecer un gobierno monárquico, centralista o de fuerza, que se consideraba indispensable. Cuando se convencen de que no hay ayuda de externo poder; que el país debe consolidarse sin más amparo que el de sí mismo; en un arranque de patriotismo declaran, por fin, la independencia de las Provincias Unidas de Sud América, libres e independientes de los reyes de España y su metrópoli, el 9 de julio de 1816, agregando luego a la petición de algunos diputados: "y de toda otra dominación extranjera".

Esta declaración era inocua si no se armonizaban todas las energías populares bajo una Constitución y forma de gobierno adaptable al nuevo estado; pero de nuevo entonces las circunstancias de guerra interna y externa, los prejuicios, las indecisiones, personales intereses y errados cálculos retardan por muchos años la organización deseada. Recrudece la anarquía; las pasiones salvajes de la masa se exacerban; bandos y grupos sociales se entreduchan: una fuerza brutal y artera domina por un tiempo, se caen, en el que se suceden actos de ignominia, de arrojo de inteligencia y patriotismo, despedazándose los hombres y las provincias unas con otras, todo bajo el fulgor de brillantes victorias contra el dominio español, y libertad de nuevas nacionalidades; todo en pos de una estabilidad nacional, que las provincias destruidas y enemigas, que los hombres ambiciosos y desordenados enuncian en pactos aislados y poco estables, hasta que una nueva orientación más sensata, más ecuanime, más descorazonada, de esta lucha cruenta y estéril, da a todo el pasado, por más triste y sombrío que fuera, la sensación gloriosa e igual para todos en una Constitución Nacional.

Pero esas luchas intestinas y externas, el dominio de una tiranía, la anarquía de varios años, las violencias y las reacciones, dejan un sedimento educativo, y no empujan a reformas de leyes, a procripciones de castas y desigualdad de ciudadanos, a declaraciones de derecho, a solidaridad de ideales, a reconocimiento de la nacionalidad incipiente, al respeto general y progreso del país.

La jurisdicción de la provincia intendencia de Buenos Aires abarcaba a lo que hoy es Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, parte de Misiones y Patagonia; y los revolucionarios de mayo procuraron conservar esta jurisdicción, enviando tenientes de gobernadores, que los pueblos, principalmente, Santa Fe, no aceptaron con buena voluntad, protestando que era privilegio de la ciudad que fuera el gobernante vecino de ella. Luego imposiciones de guerra repetidas; las exacciones en sus campos de inkomodos vecinos; la inepticia de gobernantes impuestos; el espíritu local encarnado en varios siglos de gobierno propio y desinteligencias con el criterio gubernamental del poder revolucionario, provocan aisladas protestas, y con ayuda de halagos y fuerzas convencidas, el rechazo armado contra imposición central. Santa Fe aspiró, como lo habían conseguido otras provincias, a verse libre de trabas externas y gobernarse por sí misma, y sus hombres dirigentes, desde el principio, instan por un gobierno federativo y una Constitución Nacional. Buenos Aires no quería, no podía abandonar a Santa Fe, cuya situación geográfica era inmejorable; paso obligado al interior del país, con su puerto intermedio y comunicaciones fáciles; pudiendo dañar al comercio y aduanas, y el predominio político de la metrópoli. De ahí que en el Congreso de Tucumán de 1816 no estuviera representada, en lucha como se hallaba con Buenos Aires, y se rechazara su representante, cometiendo una injusticia y un error que provoca nueva guerra.

Y esta guerra acreció desde 1816, a pesar de tratados de paz establecidos, que se retardaban en aceptar o no se cumplían; y acreció, influyendo Santa Fe en la situación política general e imponiendo siempre, en todos los actos, tratados y congresos en que intervino, el que se implantara en el país la forma federativa de gobierno, ya insinuada antes en el Congreso de 1813, ni estudiada ni discutida entonces.

La jurisdicción de la provincia intendencia de Buenos Aires abarcaba a lo que hoy es Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, parte de Misiones y Patagonia; y los revolucionarios de mayo procuraron conservar esta jurisdicción, enviando tenientes de gobernadores, que los pueblos, principalmente, Santa Fe, no aceptaron con buena voluntad, protestando que era privilegio de la ciudad que fuera el gobernante vecino de ella. Luego imposiciones de guerra repetidas; las exacciones en sus campos de inkomodos vecinos; la inepticia de gobernantes impuestos; el espíritu local encarnado en varios siglos de gobierno propio y desinteligencias con el criterio gubernamental del poder revolucionario, provocan aisladas protestas, y con ayuda de halagos y fuerzas convencidas, el rechazo armado contra imposición central. Santa Fe aspiró, como lo habían conseguido otras provincias, a verse libre de trabas externas y gobernarse por sí misma, y sus hombres dirigentes, desde el principio, instan por un gobierno federativo y una Constitución Nacional. Buenos Aires no quería, no podía abandonar a Santa Fe, cuya situación geográfica era inmejorable; paso obligado al interior del país, con su puerto intermedio y comunicaciones fáciles; pudiendo dañar al comercio y aduanas, y el predominio político de la metrópoli. De ahí que en el Congreso de Tucumán de 1816 no estuviera representada, en lucha como se hallaba con Buenos Aires, y se rechazara su representante, cometiendo una injusticia y un error que provoca nueva guerra.

Y esta guerra acreció desde 1816, a pesar de tratados de paz establecidos, que se retardaban en aceptar o no se cumplían; y acreció, influyendo Santa Fe en la situación política general e imponiendo siempre, en todos los actos, tratados y congresos en que intervino, el que se implantara en el país la forma federativa de gobierno, ya insinuada antes en el Congreso de 1813, ni estudiada ni discutida entonces.

Las sesiones del Congreso de Tucumán desde el 12 de julio de 1816 en adelante reproducen las discusiones repetidas sobre la forma de gobierno que debía darse al nuevo Estado; monarquía incásica, monarquía constitucional o federación de las provincias. El padre Oro exigía una previa consulta al pueblo, antes de proceder a declarar la forma de gobierno, que debía ser federal, según él; el doctor Anchorena pedía la federación de provincias; pero estas y otras tantas voces fueron dominadas por contrarias opiniones, provocando desinteligencias y renuncias, y mientras los pueblos seguían convulsionándose más y más. Al fin se dejaron las cosas como estaban.

Entre el temor de un mayor desquiciamiento público, y el de perder lo conseguido en favor de la independencia, con un cúmulo de otras dificultades, la lucha anárquica persiste, siendo Santa Fe el centro de la oposición. La furia insuadida de ambos bandos se complica con la miseria reinante, la paralización en todo y con la utilización del indio, en estas guerras intestinas, el cual llegaba a las ciudades, se entremetía en los poblados, sin perder sus instintos de rapina, principalmente en el litoral y el centro, donde depredaba los campos, estancias y pueblos aislados, recorriendo impunemente leguas y leguas de tierras deshabitadas, acompañado de vagos, ladrones y desertores.

Este estado de cosas perdura aún, después de resueltas y aceptadas la Constitución Nacional de 1853 y reformas de 1860. Tranquilizados con esto los pueblos, salvo obligados obstáculos que hubo de salvarse en lo sucesivo, tras de una desorganización tan continuada y oscura, entonces comienza una época de encastillamiento y consolidación. Se ha dicho que la barbarie imperaba en el germen doloroso de esta nueva Nación; pero si ello es cierto, relativamente a su proceso evolutivo, no lo es en el sentido lato de la palabra. En toda sociedad constituida, sobre las pasiones desencadenadas, sobre el desorden en actos e ideas, priman y se imponen la necesidad de una cohesión, reglas de vida y defensa individual y común. Aunque desgrejadas y en lucha interna, las provincias formaban grupos sociales, bien o mal constituidos y sus autoridades no olvidan ni aun en el ardor de las convulsiones,

Los revolucionarios de mayo, por más que se arrogaran en los primeros años el poder del virrey, del gobernador y del cabildo de Buenos Aires; por más que quisieron imponerse en el gobierno de las provincias por el terror y la fuerza, con insinuaciones y componendas, chocaron siempre con este orden de cosas, contrario al imperialismo y prepotencia, aunque la causa de la independencia del país fuera estímulo de sus actos, y bandera, si, aceptada por todos, favorable en el fondo a mayor descentralización gubernamental.

Errores, desinteligencias, ambiciones personales, guerras, motines, provocan el desorden y la anarquía. Los teóricos, los ilustrados, los dominantes, buscan el conservatismo, en medio de una lucha heroica del pueblo entre sí, y contra el ejército español, y tantean ayudas externas, para establecer un gobierno monárquico, centralista o de fuerza, que se consideraba indispensable. Cuando se convencen de que no hay ayuda de externo poder; que el país debe consolidarse sin más amparo que el de sí mismo; en un arranque de patriotismo declaran, por fin, la independencia de las Provincias Unidas de Sud América, libres e independientes de los reyes de España y su metrópoli, el 9 de julio de 1816, agregando luego a la petición de algunos diputados: "y de toda otra dominación extranjera".

Esta declaración era inocua si no se armonizaban todas las energías populares bajo una Constitución y forma de gobierno adaptable al nuevo estado; pero de nuevo entonces las circunstancias de guerra interna y externa, los prejuicios, las indecisiones, personales intereses y errados cálculos retardan por muchos años la organización deseada. Recrudece la anarquía; las pasiones salvajes de la masa se exacerban; bandos y grupos sociales se entreduchan: una fuerza brutal y artera domina por un tiempo, se caen, en el que se suceden actos de ignominia, de arrojo de inteligencia y patriotismo, despedazándose los hombres y las provincias unas con otras, todo bajo el fulgor de brillantes victorias contra el dominio español, y libertad de nuevas nacionalidades; todo en pos de una estabilidad nacional, que las provincias destruidas y enemigas, que los hombres ambiciosos y desordenados enuncian en pactos aislados y poco estables, hasta que una nueva orientación más sensata, más ecuanime, más descorazonada, de esta lucha cruenta y estéril, da a todo el pasado, por más triste y sombrío que fuera, la sensación gloriosa e igual para todos en una Constitución Nacional.

Pero esas luchas intestinas y externas, el dominio de una tiranía, la anarquía de varios años, las violencias y las reacciones, dejan un sedimento educativo, y no empujan a reformas de leyes, a procripciones de castas y desigualdad de ciudadanos, a declaraciones de derecho, a solidaridad de ideales, a reconocimiento de la nacionalidad incipiente, al respeto general y progreso del país.

La jurisdicción de la provincia intendencia de Buenos Aires abarcaba a lo que hoy es Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, parte de Misiones y Patagonia; y los revolucionarios de mayo procuraron conservar esta jurisdicción, enviando tenientes de gobernadores, que los pueblos, principalmente, Santa Fe, no aceptaron con buena voluntad, protestando que era privilegio de la ciudad que fuera el gobernante vecino de ella. Luego imposiciones de guerra repetidas; las exacciones en sus campos de inkomodos vecinos; la inepticia de gobernantes impuestos; el espíritu local encarnado en varios siglos de gobierno propio y desinteligencias con el criterio gubernamental del poder revolucionario, provocan aisladas protestas, y con ayuda de halagos y fuerzas convencidas, el rechazo armado contra imposición central. Santa Fe aspiró, como lo habían conseguido otras provincias, a verse libre de trabas externas y gobernarse por sí misma, y sus hombres dirigentes, desde el principio, instan por un gobierno federativo y una Constitución Nacional. Buenos Aires no quería, no podía abandonar a Santa Fe, cuya situación geográfica era inmejorable; paso obligado al interior del país, con su puerto intermedio y comunicaciones fáciles; pudiendo dañar al comercio y aduanas, y el predominio político de la metrópoli. De ahí que en el Congreso de Tucumán de 1816 no estuviera representada, en lucha como se hallaba con Buenos Aires, y se rechazara su representante, cometiendo una injusticia y un error que provoca nueva guerra.

Y esta guerra acreció desde 1816, a pesar de tratados de paz establecidos, que se retardaban en aceptar o no se cumplían; y acreció, influyendo Santa Fe en la situación política general e imponiendo siempre, en todos los actos, tratados y congresos en que intervino, el que se implantara en el país la forma federativa de gobierno, ya insinuada antes en el Congreso de 1813, ni estudiada ni discutida entonces.

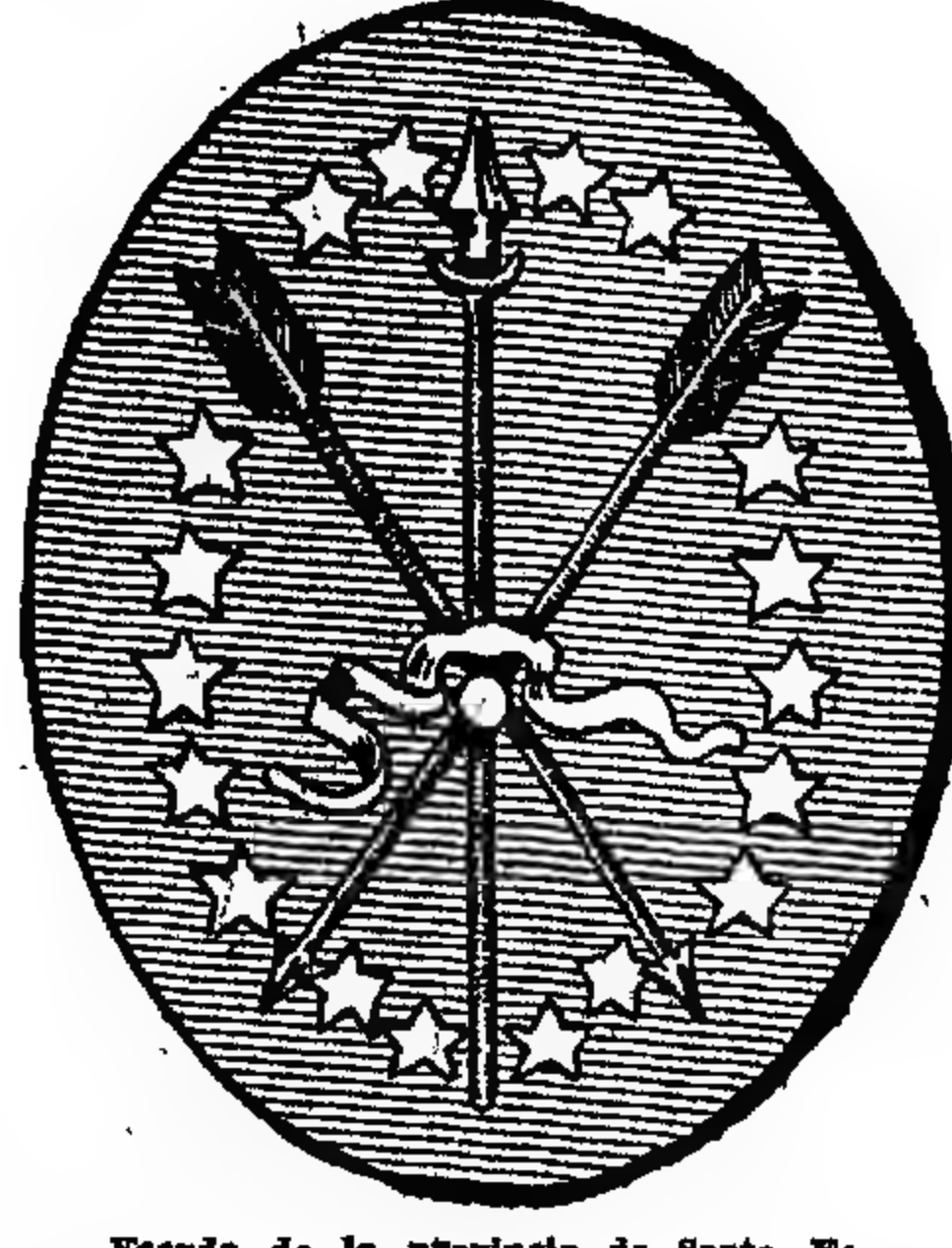
La jurisdicción de la provincia intendencia de Buenos Aires abarcaba a lo que hoy es Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, parte de Misiones y Patagonia; y los revolucionarios de mayo procuraron conservar esta jurisdicción, enviando tenientes de gobernadores, que los pueblos, principalmente, Santa Fe, no aceptaron con buena voluntad, protestando que era privilegio de la ciudad que fuera el gobernante vecino de ella. Luego imposiciones de guerra repetidas; las exacciones en sus campos de inkomodos vecinos; la inepticia de gobernantes impuestos; el espíritu local encarnado en varios siglos de gobierno propio y desinteligencias con el criterio gubernamental del poder revolucionario, provocan aisladas protestas, y con ayuda de halagos y fuerzas convencidas, el rechazo armado contra imposición central. Santa Fe aspiró, como lo habían conseguido otras provincias, a verse libre de trabas externas y gobernarse por sí misma, y sus hombres dirigentes, desde el principio, instan por un gobierno federativo y una Constitución Nacional. Buenos Aires no quería, no podía abandonar a Santa Fe, cuya situación geográfica era inmejorable; paso obligado al interior del país, con su puerto intermedio y comunicaciones fáciles; pudiendo dañar al comercio y aduanas, y el predominio político de la metrópoli. De ahí que en el Congreso de Tucumán de 1816 no estuviera representada, en lucha como se hallaba con Buenos Aires, y se rechazara su representante, cometiendo una injusticia y un error que provoca nueva guerra.

Y esta guerra acreció desde 1816, a pesar de tratados de paz establecidos, que se retardaban en aceptar o no se cumplían; y acreció, influyendo Santa Fe en la situación política general e imponiendo siempre, en todos los actos, tratados y congresos en que intervino, el que se implantara en el país la forma federativa de gobierno, ya insinuada antes en el Congreso de 1813, ni estudiada ni discutida entonces.

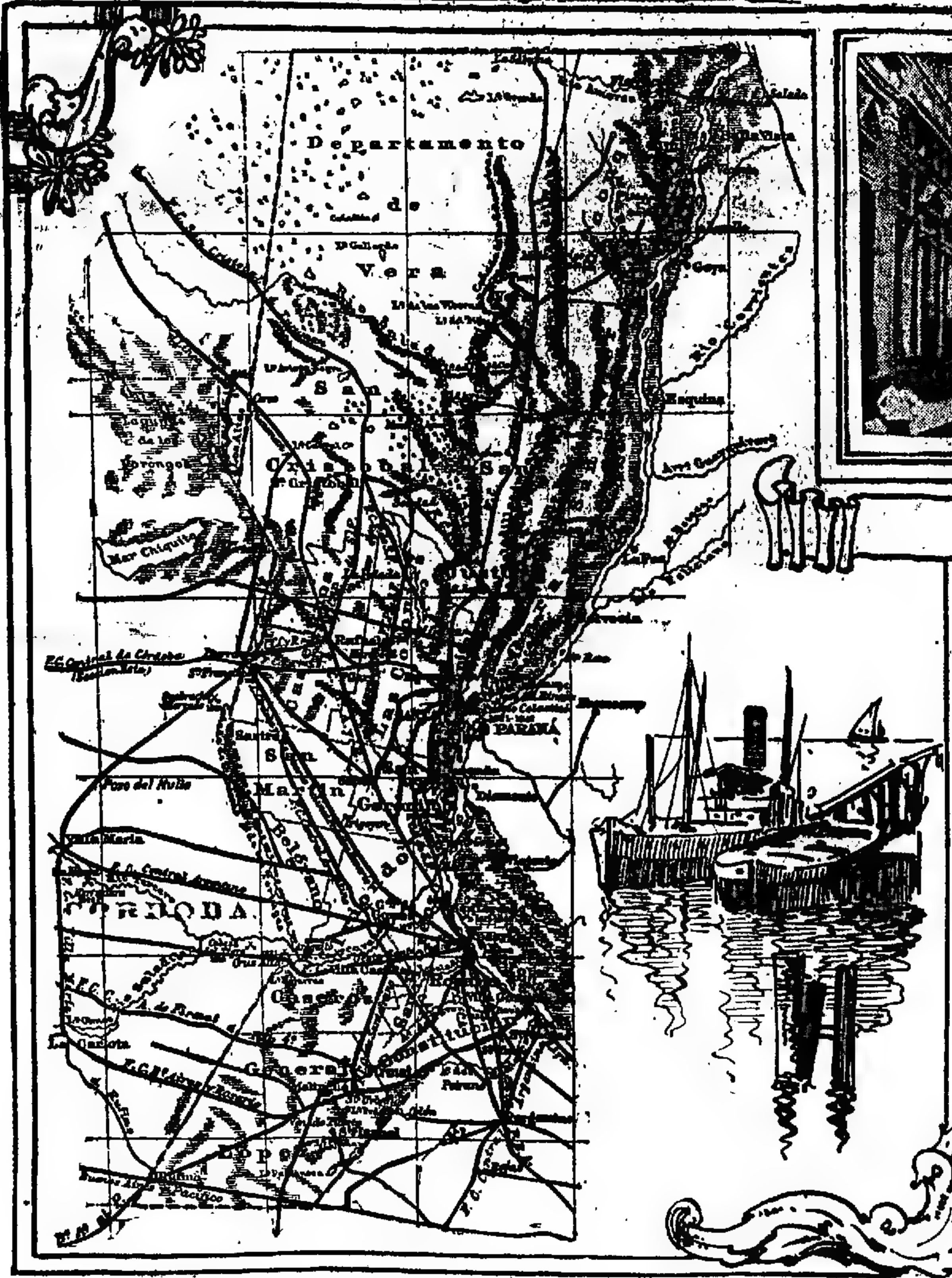
nuevos centros de vida social. Los campos se cultivan; los bosques se utilizan; aumenta la ganadería; se facilitan las comunicaciones y se expande el comercio externo e interno; se establecen ferrocarriles; la corriente inmigratoria, que se radica aquí, con costumbres y tendencias propias, con ansias de trabajo e idealidades culturales, religiosas y sociales diversas, renueva y trasluce, hasta 1887, toda la urdimbre política, social y económica de la antigua provincia alterna y revolucionaria.

Los rezagos del pasado fueron esfumándose en el nuevo trasiego de renovación, cultura y esfuerzo. Restos de caudillos discolos y de eternos descontentos desaparecen. Las influencias familiares y de castas se debilitan sin cesar. La preponderancia de la religión y sus ministros, que suavizan pasiones, dirigen conciencias alteradas y encarrilan procedimientos incorrectos, se circunscriben poco a poco en el choque de encontradas ideas y aspiraciones más humanas. Las escuelas se crean, con la enseñanza obligatoria; y la Universidad aparece, dando mayor vigor al espíritu y al saber. El trato diario con elementos extranjeros y extraños, los nuevos conocimientos y estudios despiertan el respeto mutuo, y si aumentan con ello el amor propio y el aprecio individual, barren con las costumbres ligeras, las condescendencias momentáneas y las antiguas prevenciones. Apenas si quedan hoy como un recuerdo la intimidad en las reuniones familiares; la convivencia de los dueños de casa con el servicio, que fué por mucho tiempo de indios cautivos o de personas adherentes a la familia las útiles desinteligencias entre los ciudadanos; la parquedad usuraria en los gastos; la estricta honradez de la mayoría de los gobernantes; la metódica prosopopeya en los decretos, actos y procedimientos; la tranquilidad y ordenada vida casera; la terquedad en el criterio; la altiva puntuosidad patriótica; la si sencilla, sincera religiosidad de los mejores; las rencillas entre comerciantes ávidos o ensobrecidos autoridades; muchas y muchas particularidades e idiosincrasias, resumen y exteriorización de la vida colonial, tan inquieta, egoísta, y de metódica expansión, en el parasitismo abrumador de la vida, sin ideales ni grandezas, en que hubo de desarrollarse. No anotemos aquí la desorganización de la masa del pueblo mezclada con indios y negros; su ignorancia o irreligiosidad, más o menos perversa y envidiosa; su falta de educación, de alicientes y buenos ejemplos. Ella fué retardataria a la mejora por el medio ambiente en que se movía, por su dependencia obligada y servil, por atavismos y estigmas que subsisten.

Y este cambio fué casi brusco en sólo 40 años de vida constitucional, y a pesar de intervenir en nuevas guerras internas y externas, dejando allí,



Escudo de la provincia de Santa Fe



Mapa del territorio santafecino con el trazado de las líneas férreas existentes



Calle San Martín en la ciudad de Santa Fe

con el pasado, muchas cosas buenas y malas, que en el presente desaparecen y se pierden en el correr de los tiempos.

Ya en 1819 se dictó el Estatuto Provisional y en 1841 y 1856, Constituciones provinciales. Sin embargo, en 1849, sólo tenía la provincia alrededor de veinte mil habitantes, que llegan a más de cuarenta y un mil doscientos en 1856, y exceden a doscientos veinte mil en 1887, duplicándose en ese tiempo la población de la ciudad de Santa Fe, y sextuplicándose la del Rosario. Pocos diarios se redactaron en el período de la guerra civil; la enseñanza era rutinaria y de reducidos conocimientos. De 1850 a 1860 aparecen los diarios "El Album Santafecino", "El Pueblo", "El Patriota", redactado por Olegario V. Andrade, en Santa Fe, y el "Boletín del Ejército", redactado por Sarriemiento; "La Confederación", de la Barra; "El Comercio" y "El Constitucional", en el Rosario, y otros sucesivamente, que profundizaban todas las cuestiones públicas y reproducían correspondencias europeas. En ese tiempo también aparecen los clubs sociales, sociedades de beneficencia y Bancos; se regularizan los correos y las mensajerías, y otra cantidad de reformas policiales y de salubridad pública.

No es posible negar que los hombres que dirigían la provincia eran aptos y progresistas; que la parte sana de la población, aunque escasa en número, práctica y de conocimientos, ayudaba en esa tarea de mejoramiento. Las fuerzas latentes estaban atropelladamente apenas tranquilizadas los ánimos y regularizada la situación. Empresas y discusiones científicas se reproducen, y la inmigración extranjera provoca nuevas ansias de independencia y de ideas nuevas sobre el gobierno propio, estado civil de las personas y relaciones ciudadanas e internacionales.

Y, sin embargo, a sólo 10 leguas de los puertos poblados de Santa Fe y Rosario, donde el intercambio acrece y el contrabando se arraiga, se levantaban los fuertes, que contenían las invasiones de los indios. Los primeros colonos llegados hubieron de defender sus vidas contra el indio, mientras araban la tierra, y todo el territorio, que fué poco a poco ocupándose por los agricultores extranjeros, o que se concentra en pueblos nuevos, a base de los defensores de fronteras, va designándose del aborigen y de malos elementos. Las primeras leyes de colonización y tierras son esencialmente prácticas, y en procura de la radicación del inmigrante y su mejora, regalando tierra, semillas y útiles.

La aspiración constante de 1853 fué, viviendo con autoridades propias, poblar el territorio, desalojar el indio o reducirlo, dar incremento a la agricultura, desarraigar malos hábitos. Ello también fué tendencia local y medio de ser desde siglos atrás. Establecida la normalidad interna, el aborigen y sus adláteres hubieron de desaparecer, pues de nada sirvieron sus concentraciones en pueblos, si se reformaba el pueblo y la estancación general, ante la absorción del puerto y población de Buenos Aires, exigía esa sucesión de reformas, empresas y leyes favorables al progreso santafecino.

Pero si en poco tiempo todo cambió y mejoró; si se modernizaron las ciudades, con todas las ventajas de la civilización europea, si los poblados se reproducen, el indio desaparece, las costumbres se modernizan y la ilustración, la producción y el co-

mercio, parecen, por sus resultados inmediatos, que van en pos de un portentoso porvenir; hoy, en el centenario de esta fecha gloriosa de 1816, Santa Fe se halla frente a la solución de casi los mismos problemas que absorbió su anterior vida provincial, con otras dificultades creadas por la época actual y forma de nuestro entorno industrial y social. Conviene enunciar esos problemas y dificultades, provenientes unos de causas locales, y otros de causas generales, para atemperar, en cuanto sea posible, sus efectos en lo sucesivo.

Las leyes de tierras y colonización se desnaturalizaron, desahogándose el poder público de ser el verdadero propulsor del progreso. Se regalan a los particulares grandes extensiones de tierra, bajo condición de poblar y trabajarlas, y se abonan deudas públicas, se favorece la instalación de ferrocarriles con iguales extensiones de tierras, esperando su población. En el primer caso no se cumplió la condición, y en el segundo, el resultado tarda en llegar. Mientras tanto, se aumenta el valor de la tierra que o no se subdivide o si así resulta, pesa sobre el trabajador propietario que desea cultivar, o sobre la renta que se exige al arrendatario, aumentada año tras año. De esta manera, y por compras sucesivas, en pocas manos quedan miles de leguas de tierra restringidas a la agricultura, y dedicadas o no a la ganadería. Hasta el año 1900 va en progreso el área cultivada; de entonces acá se paraliza, y aumentan poco los centros de población y el total de los agricultores.

En 1856 se cultivaron 1687 hectáreas; y en 1887, 598.566. Podríamos especificar con datos estadísticos cómo disminuye y se estanca el trabajo agrícola. Así, en 1900, se sembraron 2.331.000 hectáreas; en 1905, 2.904.959; en 1910, 2.638.729; 2.246.615; en 1915, con el siguiente número de propietarios: en 1910, 6.020, y arrendatarios 16.190; en 1905, 6.512 y 17.055; en 1910, 7.200 y 18.284; y en 1915, 8.000 y 20.103, respectivamente, según libretas de trilla. Aumentan los propietarios y arrendatarios, que en total, no son ni el tres por ciento de toda la población de la provincia, y disminuye el área sembrada. Esta anomalía proviene de lo antes dicho, de causas naturales imprevisibles, del precio elevado que hoy tiene el ganado, de la falta de medio de comunicación y baratura de transporte, en las tierras alejadas del centro de exportación. Y no es porque las tierras no sirvan, tanto las del Norte, como las del centro y Sur, como se ha visto en la última exposición agrícola de Santa Fe, en mayo último. Es que allí se necesitan canales, comunicaciones, población, pues sobre 7.933.000 hectáreas que ocupa esa zona Norte, es decir, más de la mitad del territorio de la provincia, con una población menor a 200.000 habitantes, si tiene islas y esteros, y bosques, por cerca de 3.000.000 de hectáreas, todo se halla descuidado.

Esto, naturalmente, reduce la población, cuyo aumento sólo es fisiológico, pues la inmigración no llega a ocupar tierras, que no se le dan o por las que se le exige precios excesivos, y en puntos lejanos, concentrándose, por lo tanto, en las ciudades, y produciendo nuevos problemas a resolver. La actual guerra europea irá agravando esto.

Es cierto que el trabajo agrícola no es intensivo todavía; pero debe tenerse en cuenta que la tierra no es toda igualmente fértil; que los campos adormecidos no son regulares; la persistencia de varias plagas; y que ese trabajo intensivo sólo se desarrolla en medio de centros populosos y facilidades diversas. Y antes que ese trabajo, falta establecer buena legislación agraria, métodos de cultivo, defensa de los productos, pues todo se deja al criterio individual.

Los grandes propietarios de campos imperan como señores feudales, acaparando en sí todos los poderes del Estado, eludiendo leyes impositivas, creando moneda, alejando la población y cerrando toda comunicación de sus servidores con el comercio externo; vicios éstos que la provincia no puede desarraigar, por carecer de facultades para ello dentro de nuestra organización política. Los habitantes de esas tierras del Norte, ganaderas, de bosques, de islas, son levánticos, ignorantes, viciosos y movedizos, y ofrecen dificultades al buen gobierno.

En cuanto a las comunicaciones, las corrientes de agua tan económicas, y que favorecen al territorio, no se han podido utilizar todavía. Los ferrocarriles en sus trayectorias, principalmente del Norte a Sur, encarecen el transporte, y sin tarifas básicas sostienen la despoblación de las tierras alejadas de los puertos y centros urbanos. Sus capitales, si favorecen el interés de los accionistas y a "truts" diversos, no impulsan el desarrollo de las pequeñas industrias, impotentes para resistir competencias ruinosas, que nadie trata de contener. Las demás vías de comunicación esperan mejoras y una organización apenas esbozada.

A muchas de las industrias les faltan ambiente y protección; la harinera, ha disminuido en número de fábricas, debido a la competencia de las aduanas y otras causas, se halla reduciéndose al sembrado de caña de azúcar, los aislados y pequeños esfuerzos en la producción del algodón, de la seda, del tabaco, de los productos de cremería y otros, se hallan contenidos por leyes impositivas y factores absorbentes.

El comercio, antes huraño, envidioso, rastroso y pobre; hoy con nuevos vuelos, radica, principalmente en las ciudades puertos del Rosario y Santa Fe. Sufre cortapisas, por extrañas competencias y dificultades de tránsito. La población de la primera ciudad, de más de 250.000 habitantes, y de 70.000 la segunda, y el capitalismo aquí reconcentrado, influyen sobre el desarrollo general, por ser el representante del mayor interés económico. Pero aquí también aparecen problemas sociales internos y de predominio político, ante los sindicatos de producción y transporte; el problema industrial y capitalista, poco expansivo de sí; el asalariado, de escasa retribución; el individual marasmo; la enorme población flotante u obrera; varios elementos perturbadores de la paz y moral interna. La importancia de esos puertos, sin señalar la de otros pequeños, se halla en la importación por un valor total de pesos oro 8.987.573.59; y la exportación, por pesos oro 86.908.777, en sólo el año de 1915.

Luego el incremento rápido de la riqueza general nos ocasionó gastos fastuosos, aumentos de necesidades públicas y privadas que dejan un saldo deudor de difícil pago. Ilusionados ante la fertilidad de la tierra, ante el importe de la producción, que no se queda aquí, ante el crédito mal utilizado, ante el imperio de mucho ficticio y desordenado, sufrimos paralizaciones y oscuras perspectivas para el porvenir. Estos y otros problemas de resolución tardía y delicada ocupan a la provincia en este centenario.

Hay necesidad de una protección metódica e igual para todos los productos; creación de industrias, extrayendo los capitales ocultos que dan incremento a la usura y a la especulación; el comercio libre, con iguales franquicias y tarifas; facilidades en los transportes, con otras modalidades, otras tendencias, otras disposiciones, si se quiere un fin armónico, y el no esterilizar naturales energías para el bien común. La enseñanza que tanto se propaga y perfecciona, debe darnos a la vez que ciencia y saber, carácter moral y tenacidad necesaria para elevarnos y afrontar cualquier dificultad. Las prerrogativas propias de cada territorio no deben cercenarse, ni contener el espíritu despierto y perplejo de los emprendedores. La perfección política, aunque a la perfección social y económica. Para ello, y algo más, Santa Fe no puede efectuarlo todo; existen cortapisas en las leyes, prejuicios e influencias mentiras convencionales y otros obstáculos, que sólo el tiempo podrá salvar.

Manuel J. Cervera

Santa Fe julio de 1916

Santa Fe

La evolución económica de Santa Fe

SIEMPRE fué tarea grata al espíritu trazar líneas divisorias en el tiempo, a fin de determinar con ellas cuál de los minutos transcurridos marcó rumbos decisivos en el destino de los hombres. Ciertamente, se entretejan y complementan de tal suerte las horas de la vida y la muerte que no siempre es fácil observar entre los hechos ese límite arbitrario que con tanta claridad interrumpe a cada paso en las páginas de los libros de historia el incesante correr de los sucesos. Empero el sentimiento nacional ha querido ver en la conmemoración del centenario de nuestra independencia algo así como un alto en la marcha que sigue el pueblo argentino hacia futuros destinos, y ello señala, cuando menos, una oportunidad para detenerse a contemplar serenamente los obstáculos del camino recorrido.

El punto de partida inmediatamente anterior a la conquista española revela que la escasísima población del territorio, comprobada entonces, debiese al imperfecto sistema de explotación, con la caza y la pesca los indios necesitaban inmensas zonas para conseguir el alimento indispensable a unas pocas tribus semiselváticas y perseguidas sin cesar por el hambre, la miseria y el desierto.

No remediaron tal situación las primeras expediciones de Gaboto, Mendoza y Ayolas; pero cuando en 1573 Juan de Garay, bajando de la Asunción fundó a Santa Fe, el nuevo paradero vino a ser algo así como la primera tentativa de organizar el aprovechamiento de la región bajo un sistema distinto del usado hasta entonces. La ciudad permanente y fija substituyó a la toldería móvil. Mediante los colonos solares en el caserío y campos de labranza y pastoreo, instituyéndose la propiedad individual de la tierra, antes desconocida. Entraron a regir las leyes españolas sobre transmisión del dominio por herencia o contratos; y aplicando un poco las prácticas medioevales ya extinguidas en Europa. Garay dio a las chacras y estancias así formadas de los brazos necesarios para asegurarlas en forma permanente una explotación regular, mediante los "repartimientos de indios".

Todo ello, racional como era, no bastó para domar a la naturaleza brava. Refractarios a todo trabajo regular, bien pronto huyeron al monte los indios repartidos; y restada la ayuda de sus brazos, más tarde langostas y sequías, heladas e inundaciones, esterilizaron el loable esfuerzo de los primeros labradores santafecinos. A tal punto, que del proyecto no sobrevivió ni aun la ciudad, fruto del dolor de tres generaciones: cayó derruida a mediados del siglo XVII, abandonándola sus pobladores en procura de alojamiento más hospitalario.

El penoso experimento dejó no obstante tras sí una experiencia: si era imposible por entonces aspirar a producir cereales en gran escala, si las ovejas habían de ser fácil pasto de los pumas y los perros cimarrones, quedaba, cuando menos, la posibilidad de transformar en vacas y caballos los pastos duros de la pampa. Una vez más el hombre debió adaptarse al medio; y los herederos de los primitivos agricultores paraguayos, asidos a esta única esperanza de riqueza, dedicáronse de lleno a la producción de ganados, confiando en que de un modo u otro encontrarían al fin el medio de comerciar con los cueros y la carne. Más que albergue de labradores, la aldea fué entonces fortín destinado a evitar el avance de los indios sobre las llanuras por donde erraban caballos y vacas semisalvajes, sin otra valla que la opuesta por los ríos y las aguas.

Este segundo aspecto de la evolución económica, retrató la cuestión de la propiedad de la tierra casi al punto en que los españoles la encontraron cuando los indios dominaban la provincia como dueños y señores: el hombre se dedicó ahora a cazar vacas y caballos sobre las tierras del Rey, como antes cazara guanacos, avestruces y venados sobre la pampa libre de propietarios. Teóricamente, el monarca español fué dueño y otorgó mercedes; prácticamente, la tierra dejó de estar en el comercio y transformóse en "res nullius", como el río y el mar, cuyas aguas alimentan a seres animados susceptibles de pertenecer al primero que los tome. Como el mar y el río, no pudo valorizarse, porque entonces estuvo al alcance de todos y produjo sus frutos sin necesidad de la incorporación previa de trabajo humano.

Es este período de la evolución el que se conoce con el nombre característico de "edad del cuero". Aislados en la pampa, forzoso fué a los pobladores del territorio ceder una vez más a la presión del ávido medio circundante: cráneos de vaca fueron allí; removióse la tierra con omoplatos, a guisa de azadas, las astas fueron copas; generalizáronse como "aport" la tibia jugada con huesos, y de cuero hicieron hachos y cuerdas, botes y canas, arcones y puertas, y hasta jaulas para las cotorras domesticadas. Cuero sin curir, bien entendido: aun para el calzado, los rudos pastores santafecinos limitáronse a adaptar burdamente a sus pies los pellejos arrancados a las patas de los caballos. Con tales elementos de vida, ciento cincuenta años después de iniciada la tentativa de Garay, el territorio entonces explotable de la actual provincia no llegó a sustentar dos mil personas.

Esa situación se hubiera mantenido indefinidamente a no mediar el decreto de 1726, que, ratificado en 1743, marcó un nuevo aspecto en la evolución. El Rey, procurando dar vida a un centro capaz de oponer defensa contra los indios del Chaco, otorgó a Santa Fe la calidad de "puerto obligatorio" para cuantos buques navegasen en el río Paraná. Allí debían descargar necesariamente la yerba, el tabaco y los demás productos de las Misiones y el Paraguay. Con la vigencia del monopolio, aumentó algo la población, amplióse por conquista el territorio susceptible de producir ganados, hubo trabajo para muchos santafecinos en las industrias del transporte, depósito y construcción de carretas y atalajes, y surgió una nueva vida de comercio.

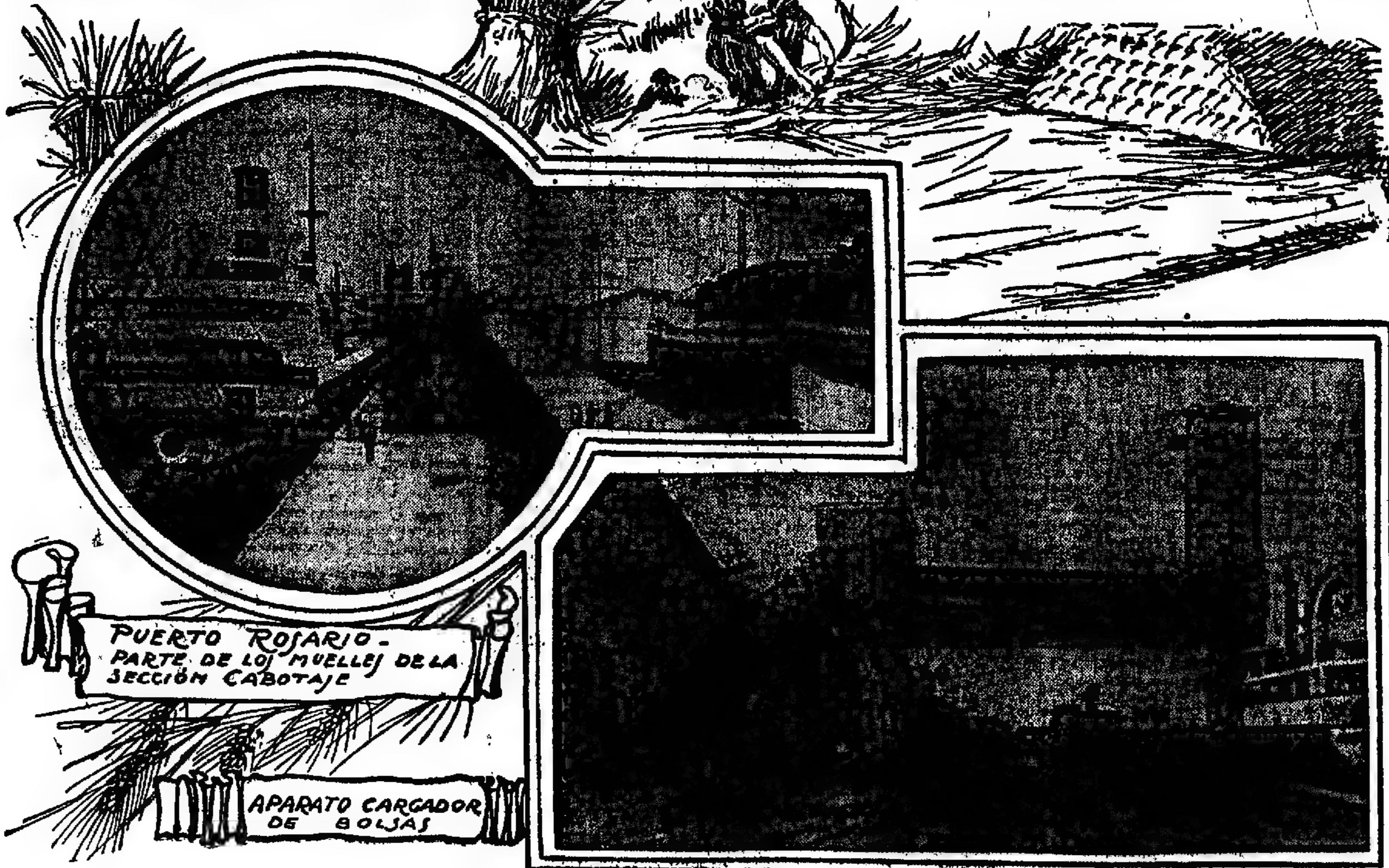
El "puerto preciso" dejó de ser tal en el último cuarto del siglo XVIII; pero los efectos de su impulso alcanzaron hasta los comienzos de la revolución de Mayo. En ese momento, el balance anual no arroja grandes cifras: veinticinco o treinta mil cueros vacunos, excedentes del consumo local; varios millones de mulas; alguna lana, escasa y sucia; carbon de leña; en derredor de doscientas mil naranjas por mercado seguro en Buenos Aires; y una que otra vaca, pequeñas partidas de cereales. Uniendo la venta de estos productos al despacho de bebidas en las salperras, y al trabajo de la gente empleada en fabricar carretas y atalajes, llegáase a mantener sobre la región de catorce a quince mil personas, máximo de prosperidad alcanzado en tierras santafecinas bajo la dominación real.

Bien que la guerra separatista sólo se desarrollara por accidente en el suelo de la provincia, sus primeros efectos determinaron en Santa Fe un marcado malestar económico. Con el retiro de su guardia para robustecer a los ejércitos de la patria que cosechaban laureles en lejanos campos de victoria, el terrible problema de los indios revivió instantáneamente. En pocos años, casi todas las estancias

del Norte, protegidas por la vieja línea de fortines española, fueron presa del salvaje, muertos los pobladores, dispersos los ganados; y oyéronse los alaridos de la indiadada hasta en las mismas puertas de la ciudad de Santa Fe, como en los malos días del siglo XVII. Cesó la seguridad de los caminos, y con ella el comercio del interior. Las dificultades financieras creadas al tesoro general por la pérdida de la aduana de Montevideo y las minas de Potosí agraváronse para Santa Fe con la segregación del Paraguay, que desde el principio trajo anexa la supresión del impuesto de sisa sobre la yerba, y a poco andar, mediante las piraterías de la escuadrilla de Artigas, produjo la total destrucción del comercio de cabotaje en el río Paraná, con lo cual perdió la provincia las ventajas emanadas de su calidad de ribereña. Por fin en esos momentos llegaba a su período álgido la discusión de si convenía al litoral argentino formar un solo estado con Buenos Aires y las provincias interiores; y al llevarse el pleito al terreno de las armas, tocó a Santa Fe, por su situación a la derecha del río, tornarse el nudo más peligroso de la controversia. Conquistado y reconquistado por los partidarios de uno y otro bando agotó sus últimos ganados, vió saquear sus casas de comercio, los hombres de labor fueron arreados a las filas, y hubo de sumar a tales desgracias el bárbaro e inútil incendio del Rosario, realizado por un ejército que enarbolaba banderas argentinas. Una fatal coincidencia quiso que la naturaleza coadyuvara a la obra despiadada de los hombres; desde 1816 hasta 1822, langostas y sequías pasaron su ruina sobre la estrecha faja de terreno en donde los pobladores blancos resistían aún bravamente el avance devastador de los salvajes.

A partir de entonces, y hasta 1853, aun cuando años buenos lograsen borrar en parte los penosos recuerdos del pasado, las condiciones económicas de Santa Fe no mejoraron gran cosa. Algo se reconquistó a los indios, los ganados se multiplicaron de nuevo, hubo tentativas felices para restaurar en pequeña escala el destruido comercio de las carretas y del cabotaje, y hasta se consiguió de Buenos Aires cierta ayuda pecuniaria disfrazada bajo uno u otro nombre. Pero cerrado el gran río al comercio de ultramar y careciéndose de brazos para poblar y explotar el territorio, los santafecinos, poseedores otra vez de cantidad de vacas y caballos, vivieron tan miserablemente como en el siglo XVII, aplastados por la ignorancia, la pobreza y el desaliento.

Las mismas causas produjeron análogos efectos.



Tornóse a la ganadería primitiva; las tierras volvieron a ser cosa de poco valor, y nadie se cuidó de restaurar los viejos mojones destruidos por la guerra y el abandono. Hasta el gobierno pudo confundirse con el ejército en pasados tiempos a nombre del Rey.

III

La organización constitucional de la República en el año 1853 marca para Santa Fe un mejoramiento tal, que, en verdad, aun cuando se prescindiese por completo de la obra de las generaciones anteriores, apenas se notaría su falta.

La primera y mayor ventaja económica aportada por el nuevo régimen fué la liberación del comercio, víctima hasta entonces de injustas restricciones, resistidas con las armas, hasta el punto de haberse convertido en una de las causas principales de la guerra civil en el litoral. Si en 1853 hubiese vuelto al país el comerciante inglés Robertson, que en 1811 viajaba a lo largo del gran río, no habría anotado ya su conocida observación: "De cuando en cuando se presentaba a mi vista el espléndido Paraná... pero su anchura y difana superficie no era interrumpida por ningún barco; sus magníficas aguas corrían con toda majestad, pero con todo el aislamiento de la naturaleza, porque aquí el hombre ha abandonado a ella casi todo... No hay catarata que impida la navegación. No hay salvajes que pretendan obstruir el tráfico, o que sea necesario arrojar de las orillas. La tierra en ambas márgenes es tan fértil como la naturaleza pueda hacerla, y no ofrece dificultades de piedra o bosques para ararla. El clima es de lo más saludable, y el suelo ha estado en posesión de una potencia europea durante trescientos años. Sin embargo, todo era silencio como el de la tumba."

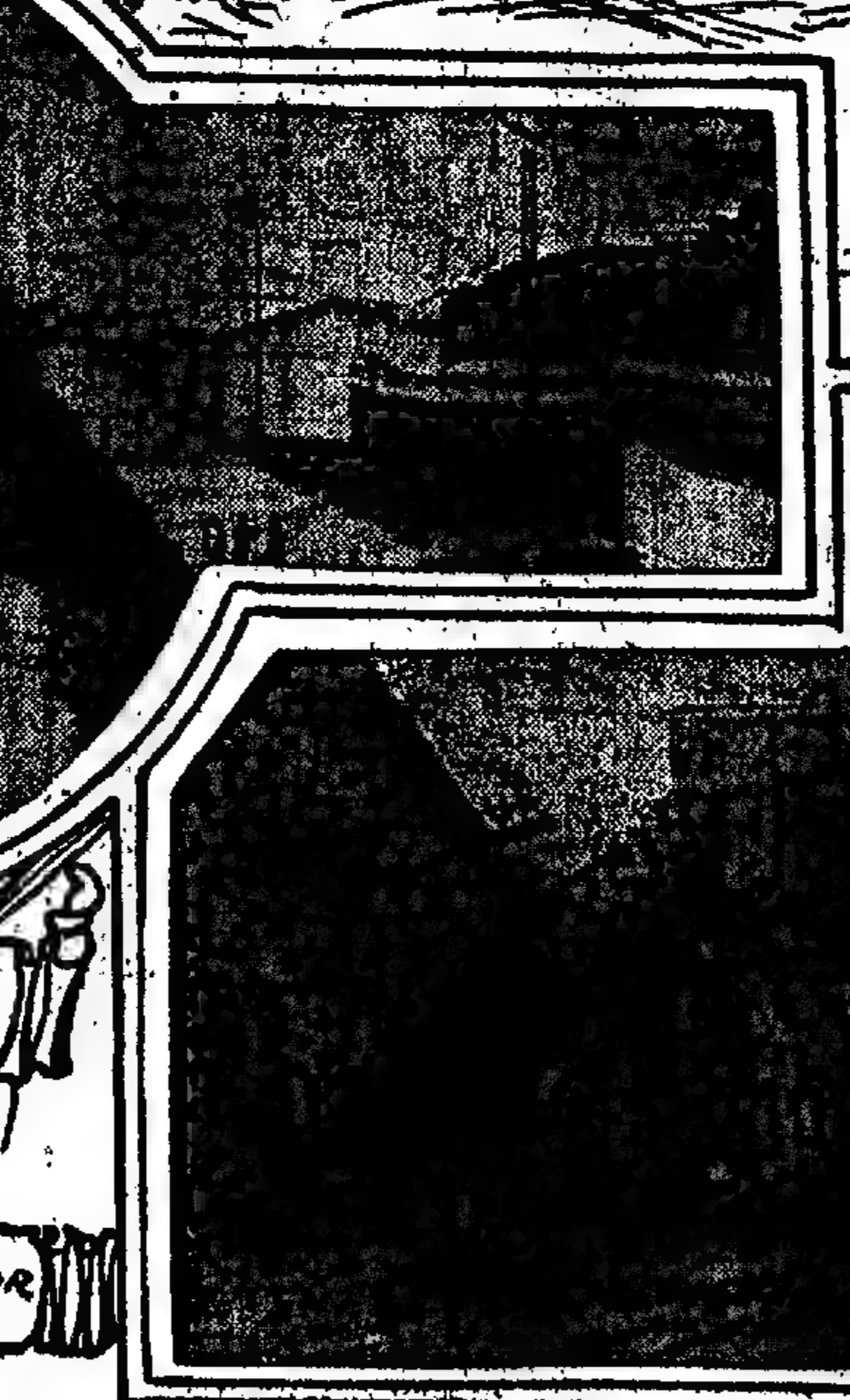
Subsistieron, es cierto, y aun subsisten, varias trabas, la aduana nacional entre ellas; pero a partir de 1853 quedó abierto el río al comercio europeo, habilitáronse en la provincia puertos de ultramar, y se suprimieron los derechos de tránsito y las aduanas provinciales que impedían el tráfico exterior, oponiendo a cada paso una valla y un tributo a las mercancías de importación y exportación. La misma aduana nacional vino a ser un elemento favorable al puerto del Rosario durante los pocos años que la Confederación mantuvo "derechos diferenciales" para luchar económicamente con la provincia de Buenos Aires, separada por entonces de sus hermanas. Bien es verdad que, debido a su posición occi-

Extensión territorial: 134.826,670 kilómetros cuadrados

POBLACION:

En 1816-18 (calculada) 15.000 habitantes

Censo de 1914 (argentinos 583.699) 889.640 hab. (extranjeros 315.941)



dental en la margen del río, la naturaleza había hecho del Rosario algo así como un verdadero "puerto preciso" para el comercio del interior. La instalación de las autoridades nacionales en la ciudad del Paraná, capital de la Confederación hasta 1860, vino asimismo a favorecer por breve plazo a la ciudad de Santa Fe, situada enfrente de aquella.

La influencia de estos factores, y de otros, que en buena parte fueron sus derivados inmediatos, puede seguirse a través de las cifras del censo de 1858, primera observación seria del efecto que producían las nuevas condiciones de vida.

Los quince mil habitantes de 1825, resultaron pasar de cuarenta y un mil en 1858. Las aldeas que durante la cesación del comercio y la vuelta al estado pastoril tendían visiblemente a despoblarse, comenzaron a agrupar núcleos de comerciantes y obreros, alcanzando el Rosario a sumar cerca de diez mil pobladores. Y, lo que es más importante, emprendióse de nuevo la tentativa de repetir el esfuerzo de Garay, reemplazando esta vez la fracasada labor de los indios, por los brazos de inmigrantes europeos. Tal fué el comienzo de la admirable evolución que ha transformado a la misera ganadería salvaje de otros tiempos en la riquísima industria agropecuaria que enorgullece a los hijos de Santa Fe.

Desde sus orígenes, quedó demostrado en forma concluyente que las grandes extensiones de campo disponibles hasta entonces no valdrían para sus propietarios por el número mayor o menor de hectáreas fértiles y bien situadas que el título arrojase, sino por la mayor o menor suma de esfuerzo humano que en forma de brazos y capitales se les incorporara. Había que transformar en hecho real y tangible la posibilidad de producir en tierras santafecinas cereales más baratos que los producidos en Europa, África o América, y susceptibles, por lo tanto, de encontrar allí mercados ventajosos. El problema, claramente entrevisto, redujose, pues, a incorporar al suelo con carácter definitivo brazos y capitales extranjeros; criollos no los había.

Fuera justo no dedicar a quienes exteriorizaron análogas ideas durante la primera mitad del siglo XIX siquiera el recuerdo que merece todo buen deano desvanecido. Sábese que el Triunvirato de 1822 ofreció tierras a los labradores. En 1824, el alcalde del Rosario presentó al Directorio un buen fundado proyecto de fomento de la agricultura. Más tarde hubo de crearse un distrito agrícola en San José del Rincón; si P. Gomanera obtuvo la cesión

de tierras para empresa parecida; y el propio Estanislao López, el gran jefe de los pastores guerreros de Santa Fe, convenciéndose de que era conveniente fundar una colonia en las proximidades de su capital. Pero todas estas aspiraciones sólo podían realizarse eficazmente bajo el régimen de libertad, paz y orden implantado en 1853. La piedra fundamental de la nueva evolución fué, para la provincia, el contrato celebrado entre don Aarón Castellanos y el gobierno de Santa Fe, mes y medio después de firmarse por los diputados al Congreso General la Constitución que daba vida al nuevo estado de cosas. Distantes revistas y publicaciones de todo género han divulgado ya los términos de ese contrato, especificando al detalle cuántos colonos habían de venir, qué cantidad de barricas de harina se les adelantaría, quién pagaría los pasajes, etc.; pero la escueta reproducción de sus cláusulas no siempre deja en el ánimo de los lectores una impresión exacta del verdadero alcance del convenio.

En efecto, con contratos de ese tipo pudo aspirarse a estimular al país los colonos; con los que hoy se celebran en los campos de Santa Fe, tal aspiración va en camino de volverse ilusoria. En 1853 no se admitía que un hombre pudiese abandonar su patria para venir a ser aquí un simple cultivador de tierras ajenas; la colonización se emprendió sobre la base de que cada inmigrante fuese propietario de la tierra, una vez que la hubiese regado con sus sudores durante cinco años; y a ese efecto se hicieron chacras pequeñas, de veinte cuerdas, susceptibles de ser trabajadas por una familia de cinco personas. En vista de la posible formación de núcleos rurales, se dictaron además cuatro leyes cuadradas para que constituyesen la "propiedad comunal"; y prohibióse enajenarlas. Para evitar a los colonos, desprovistos de capital, el pago de intereses usurarios, el gobierno comprometióse a anticiparles habitación, herramientas, alimentos, semillas y animales de faena. La ley fué aún más lejos: interviniendo en el propio negocio del empresario Castellanos, prohibióle cobrar suma alguna a los colonos, vencidos los primeros cinco años (esto es, a partir del momento en que fuesen propietarios) y le tasó el máximo del tanto por ciento de las cosechas a que podría aspirar dentro de esos cinco años. Casi todas las trabas y obstáculos evitables que desalentaban e irritan a nuestros actuales colonos, estaban, pues, previsivamente resueltos en el contrato de 1853; y si en la práctica se ofrecieron por entonces algunas dificultades, cuando menos debimos conservar la saludable enseñanza, que nos hubiera ahorrado y puede aún ahorrarnos en el futuro inútiles tropiezos. La chacra pequeña, cuidada con esmero desde el primer día por el labrador, su único dueño posible, dotada de árboles y verduras, aves y flores, es bien distinta del miserable y desolado rancho en que se alberga el arrendatario accidental de 1916.

Con pequeñas diferencias de detalle, la mayoría de los contratos correspondientes a los primeros tiempos de la colonización muestran ese firme propósito de transformar en propietario al inmigrante

con sus brazos. A la venta ha subseguido el arrendamiento, pagadero en especie o numerario; y como con la incesante alza de las tierras pareciese a los propietarios que el arrendamiento largo de treinta años era todavía demasiado ventajoso para los colonos, los plazos se han ido acortando más y más, hasta llegar al contrato de uno o dos años, que ya es frecuente. Así se aleja de la mente del labrador la idea de que pueda ser en los campos santafecinos otra cosa que un ocupante accidental; y más que incorporario al suelo como se desea ver en el aventurero errante por las tierras de América. Por fin, la fatalidad del sistema ha llevado a substituir por predios de doble extensión las primitivas chacras de veinte cuerdas, insuficientes ya para alimentar con sus productos al colono que trabaja, al propietario que se limita a permitir el cultivo y al comerciante que adelanta capitales con interés elevado. Mediante el nuevo régimen, donde antes vivían dos familias de colonos, sólo vive ahora una. Y este aumento de la superficie de las chacras, requiriendo el auxilio de más brazos extraños, ha determinado meses del año, ha producido la inmigración "golondrina", que no sólo deja el problema de los brazos librado a la intervención de gobiernos extranjeros, sino que resta al país la enorme suma de dinero representado por esos jornales y constituye una nueva y peligrosa forma de ausentismo. Ya en 1895, sólo la mitad de los agricultores santafecinos eran dueños de las chacras en que vivían; y es indudable que la situación ha empeorado con sólo el transcurso de los años. En 1915 se señala un 35 por ciento de colonos propietarios. Empero, tras felices iniciativas revelan que la reacción comienza: el Banco Agrícola substituirá por fin al comerciante en el adelantar capitales para la cosecha; y el Congreso argentino tiene a estudio los proyectos de crear el "bien de familia" y expropiar latifundios para venderlos en veinte anualidades, fraccionados en pequeñas chacras, a los agricultores, que las ocupen y trabajen. Un poco más, y llegaremos a otorgar al Estado la intervención que le corresponde en los contratos, para tutelar al agricultor analfabeto e impedir que sea víctima de los felices

El extraordinario desarrollo de la agricultura, no ha impedido la evolución, perfectamente apreciable de la ganadería, salvo en lo que respecta a la producción de ovejas, que va en descenso. Análogas influencias generales obraron sobre ambas; y si las máquinas agrícolas han coadyuvado a resolver el problema de producir cereales más baratos que en Europa, África u otros lugares de la América misma, los alambrados, los molinos de viento, la importación de reproductores y el cultivo de la alfalfa, han permitido transformar, total y favorablemente, las viejas pasturas de los pastores argentinos. Si se recuerda que en 1867, los ganados de una legua de campo no daban al año una ganancia superior a los mil pesos de nuestra actual moneda, en tanto que hoy producen lo mismo que una legua de agricultura, fácil es deducir el progreso obtenido. La estadística arroja en millares de cabezas:

Años	vacuno	caballar	lanar	porcino
1875	1100	250	4500	0
1888	2328	528	2977	58
1908	3243	913	2609	208
1912	2482	913	1686	

En 1914-15 dedicábase casi la mitad del territorio útil de Santa Fe (5.575.040 hectáreas), a la producción ganadera; y pueden establecerse comparaciones con sólo tener en cuenta que en 1867 la exportación de cueros por Buenos Aires no era mayor que en tiempos del Rey.

Años	vacuno	caballar	lanar	porcino
1875	1100	250	4500	0
1888	2328	528	2977	58
1908	3243	913	2609	208
1912	2482	913	1686	

V

En el estado actual, la agricultura y la ganadería sólo dan ocupación permanente a una parte de los brazos que requieren: los restantes sólo se utilizan durante cortos períodos de cada año, para la siembra, la cosecha y el transporte de los frutos. El problema, si bien agravado hoy por el erróneo sistema de hacer chacras grandes, es viejo en el país; durante el virreinato fué práctica obligar a los artesanos de las ciudades a trasladarse al campo para efectuar esas tareas accidentales; y bajo los primeros gobiernos patrios, algunos vez impusieron los llamados "vagos" como trabajo obligatorio, o se echó mano de la tropa de línea, para remediar la dificultad.

Según los últimos datos oficiales (Censo de 1908) la cuestión se plantea para Santa Fe de este modo:

de la tropa de línea, para remediar la dificultad.
Según los últimos datos oficiales (Censo de 1908) la cuestión se plantea para Santa Fe de este modo:

MILLARES DE PERSONAS

	Ocupadas permanentemente	ocupadas accidentalmente	totales
Agricultura	121.9	144.5	266.4
Ganadería	46.7	12.2	58.9
	168.6	156.7	325.3

Tenemos, pues, más de ciento cincuenta y seis mil personas que sólo encuentran jornal durante algunos meses en las tareas del campo y deben buscar trabajo en la ciudad los meses restantes, o volver al punto de donde vinieron, si se trata de inmigrantes.

Este fenómeno, repetido año tras año, ha determinado por sí sólo el comienzo de una nueva fase de la evolución, en el sentido de crear núcleos industriales que utilicen durante los meses desocupados el exceso de brazos; y es evidente que cuando se logre cosechar definitivamente, Santa Fe levantará sus cosechas y explotará sus ganados sin necesidad del auxilio de trabajadores extraños. A este respecto, las enseñanzas de la actual guerra europea, nos muy útiles: impedidos de regresar a su país por el bloque, los inmigrantes que vinieron a ganar esos jornales transitorios, se han visto sin dinero, sin albergue y sin trabajo circulando hambrientos por las calles del Rosario y Santa Fe, como una vergüenza y un peligro.

La confusión que en los censos suele hacerse entre los rubros "comercio" e "industria", impide a veces con claridad el desarrollo de las industrias generales en la provincia, para apreciar qué probabilidades tenemos de resolver en breve plazo la cuestión; pero "grosso modo" se saca:

Años	Número de fábricas y talleres	Millares de personas empleadas
1887	1808	13
1895	2078	16
1910	2954	21

Si se recuerda que la provincia contaba en junio de 1914 con 809.640 habitantes, fácil es deducir que la evolución industrial no ha recibido todavía el impulso decisivo y bien orientado que haya de traerlos la solución del problema. Comparando la superficie útil del territorio con el número de las personas que en él viven, resultamos tener alrededor de doce millones de hectáreas inmediatamente explotables, cruzadas por cinco mil kilómetros de vía férrea, y dispuestas en la proximidad de varios puertos de ultramar; pero distribuidas por igual toda esa tierra fértil entre los actuales pobladores, aun volando sobre los campos los habitantes de las ciudades, podría otorgarse cómodamente a cada familia una chacra de setenta hectáreas.

Sin embargo, dada la facilidad con que los santafecinos han sabido adaptarse a los cambios que los nuevos medios de vida fueron produciendo a través de su historia, cabe admitir sin esfuerzo que no serán necesarios grandes dolores para obtener el progreso que ya se vislumbra. La inteligencia de los hombres ha de saber anticiparse una vez más a la fuerza inevitable de las cosas.

Rosario, Julio de 1916.

Mendoza

LA PROVINCIA A TRAVÉS DE UN SIGLO.

EN medio de las graves contiendas de la emancipación nacional, era evidente que los pueblos argentinos sobrellevaban una situación de todo punto difícil en lo político y lo económico. Y, sin embargo, tenían que hacer el último esfuerzo, quemar, como quien dice, el último cartucho en defensa de la causa libertadora en que estaban empeñados.

Mendoza, con escasa población, con escasos recursos, con exigiosos medios adecuados a tan ruda exigencia y a tan pesada responsabilidad, en vez de abatirse se yergue como un soldado valeroso en el combate; y el Gran Capitán, que había preparado el espíritu del Soberano Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata para lanzar a la faz del mundo la solemne declaración de la independencia nacional en 9 de julio de 1816, encuentra a la "immortal provincia de Cuyo" dispuesta admirablemente a secundarlo, material y moralmente, en su famosa expedición libertadora a través de los Andes y a través de medio continente de Colón.

He ahí cómo la geografía determina los hechos históricos; cómo la historia se basa en la enseñanza física para ser escrita por el alma humana. Su pongamos la facilidad de abatir el poder español por el camino del Alto Perú, y no hay, probablemente, este instrumento de guerra que se llamó "El ejército de los Andes"; y no hay, seguramente, este pasaje por una legión de héroes de una lejana montaña más alta de la tierra; y no hay, en fin, esta magnífica hazaña de escalar nevadas cumbres, como lo hicieron con sus ejércitos Aníbal y Napoleón en los Alpes; y en suma, Mendoza no tendría la gloria inmarcescible de ocupar en la historia de la humanidad tan eminente puesto por haber entregado al Libertador la espada de Chacabuco, de Maipú, de Lima, del Callao, Junín y Ayacucho.

Y así como la historia es el molde en que se vacía el alma nacional, el espíritu del hombre se forma del medio ambiente, y hasta su físico refleja el trazado de su camino. Cualquier libro de historia patria, cualquier opúsculo o crónica de los viejos tiempos, al narrar los esfuerzos del pueblo para corresponder dignamente a la genial concepción de San Martín, nos revela el carácter firme, persistente, tenaz, resuelto, heroico de la heroica Mendoza; porque es firmeza, tenacidad, resolución, ser modesto en sus recursos y duros, sin embargo, para satisfacer una ambición humana de ideal puro; porque es heroísmo cambiar la azada por el sable, esgrimir este frente al enemigo, vencer en cien combates y batallas, teñir con su sangre el itinerario de sus victorias y, en todas partes de América, dejar el recuerdo imperioso de su fama. Hay, pues, un nimbo de esplendor sobre este pueblo.

No pudo ser de otra manera. No en vano puso Dios en esta región de la patria las más feraces tierras, capaces de producir los más variados e innumerables frutos; ríos que la surcan caudalosos en verano, mansos y apacibles en invierno; y cerrando el marco de este suelo privilegiado la prdua cordillera de los Andes, cuya grandeza, impotencia y majestad pone asombro en el ánimo y germen de cosas bellas y sublimes en el espíritu del hombre que la contempla.

Por tal magnífica y fecunda naturaleza, que un sol radiante acaricia, se trasunta el carácter de este pueblo, carácter sosegado y un tanto romanesco, encendido constantemente en el amor del terruño y por ese amor del terruño encendido también constantemente en el anhelo infinito de su bienestar, de su prosperidad y de su grandeza. Ni en los momentos precisos en que el grido estivo de la guerra convocaba a las armas, ni en aquellos en que directamente prestaba su concurso, su aliento y su sangre en la formación del ejército emancipador; ni en los aciagos y tenebrosos días de la anarquía; en toda esa larga época de hechos luctuosos y de sucesos sangrientos, nunca, jamás se desprendió este pueblo de su chispa divina de amor al trabajo, a la patria y a la libertad. El suelo pródigo, con sus generosos productos y el cielo con sus condiciones climáticas suaves, templadas, benignas, han depositado en los más profundos repliegues del corazón de este pueblo, y en las más recónditas vibraciones de su alma, esos sentimientos y aspiraciones nobles y elevadas de la existencia que lo mantienen en la región superior de los ideales generosos.

Pueblo labrador y soldado al mismo tiempo no desdichó sus riquezas. Después de alargar la espada al héroe volvió a su trabajo con más empeño afán que nunca. Ya había en aquel entonces no poca extensión de suelo cultivado. Magníficos alfalfares alimentaban al ganado en heredades bien labradas y no menos abundante era aquí en los numerosos valles ricos en pastizales silvestres. La viña misma era objeto de cuidado, así como los árboles frutales más comunes; y el intercambio de productos empezaba a dar muestra visible de existencia; pero ¡a qué costo!

"El cultivo de la viña y de los árboles frutales más comunes, dice un curioso cronista ya lejano, que daban vino, aguardiente y pasas para el consumo interior y para el de Buenos Aires y provincias del Norte en poca cantidad, recargados con enormes costos en el transporte, no constituían, en verdad, un elemento de tal poder que los impulsara hacia su engrandecimiento y riqueza, al desarrollo de su comercio y de otras varias industrias."

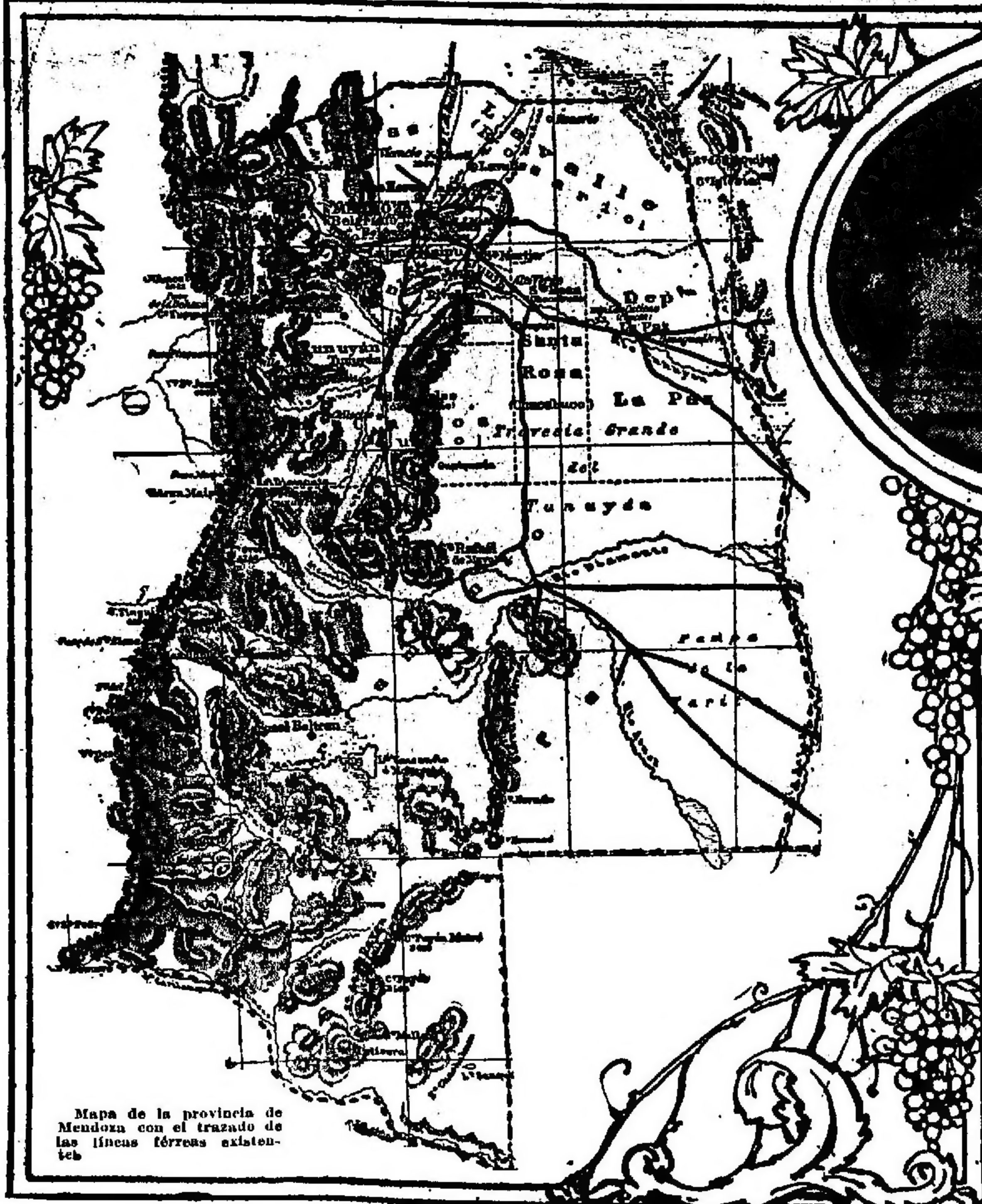
La minería, por la dificultad de las comunicaciones y de los medios de explotación, no constituía tampoco una esperanza lisonjera. Las embrionarias industrias locales llevaban así una existencia precaria. Y si descendemos del todo de las alturas de las idealidades superiores de la gloria militar del tiempo a las miserables realidades de la existencia material, ¡qué pronto se ve que el día Mercurio sólo vuelve en medio del vapor y de la electricidad! ¿Cómo volar, en efecto, a lomo de mula de carga? ¿Cómo correr a grupa del caballo que en larga desfilada por esos campos con sol y sin sombra se siente fatigado apenas puesto en marcha? Y ved con los ojos de la imaginación la pausada caravana de carretas arrastradas al paso tardío de los bueyes. Ellas conducen bajo su toldo de lona el vino, el aguardiente, la pasa, la semilla de alfalfa, la lana, los cueros y otros productos locales, que van durmiendo por los caminos polvorosos, saludados por el canto monótono de la cigarra pegada al arbusto en los días castigados por el sol canicular. ¡Lo que tardaba ese comercio, y el peligro que corría por esos campos de Dios, en el trayecto de la pampa, en los parajes más accesibles a la invasión del bárbaro del Sur, a la sorpresa del indio "malonero" y monaraz! De repente la caravana solienta divisa a lo lejos como una nebulilla de polvo que se desliza al ras de la llanura. Los hombres se alarman. La nebulilla se aproxima, y poco después el estruendo de la movieda cabalgada anuncia el peligro cuando ya este peligro está a pocos metros

de distancia. Los hombres han hecho cuadro con los vehículos, encerrando en él las bestias. Los alaridos de la turba ensordecen, y empieza el combate. Poco después la racha invasora lo ha dispersado todo en su torbellino, o ha huido cobarde y se ha perdido en la lejanía del horizonte, tras la nube de polvo que levanta el tropel de los caballos.

Y esa pesadez de movimiento en el comercio ha impuesto definitivamente su sello indeleble en las costumbres de Mendoza. Todos los músculos, los nervios, el cerebro, de un negociante de Nueva York, de Chicago o de Boston, están sacudidos por el tren expreso, por el buque a vapor, por el hilo telegráfico, por la voz de Mercurio difundida en la onda eléctrica; pero ¿quién mueve a un comerciante de Mendoza? ¿Y para qué habría de agitarlo en nuestra tierra y en el interior del país en 1816, en 1820, en 1825? Mientras su tropa de carros va por esa carretera, moviéndose como un gusano que se arrastra, hacia el Rosario de Santa Fe o hacia la plaza de las Carretas de Buenos Aires, o hacia Barracas de la misma capital, y mientras regresa de tan larga excursión, tiempo hay de sobra para todo; de modo que no hay motivo de apuro y de apresuramiento en nada. Preparada la carga de esa tropa de carros que va, hay de por medio tres meses para preparar la carga de la misma tropa de carros que vuelve. ¡Tres meses! Hay para hacerse de paciencia, para crear cachaza, y para dormir la siesta.

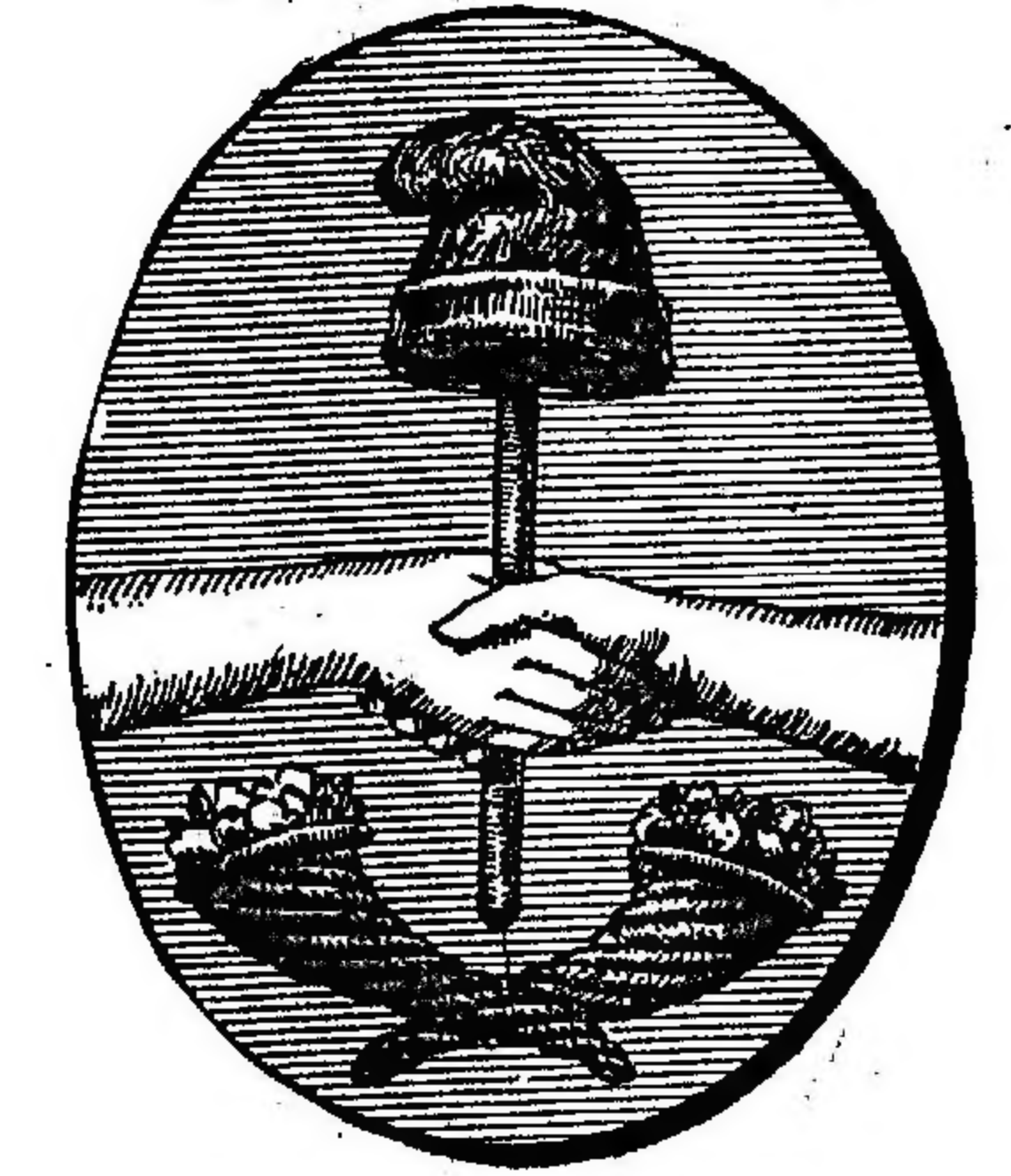
Y de aquí la existencia siempre igual, siempre monótona de aquellos buenos hombres; una existencia que parece isocrona e infalible, como el movimiento de los astros. ¿Queréis verla? El cuadro no es mío, pero es mejor que mío, pues es de un pintor de la época: "Levantarse temprano, asistir a los trabajos de la heredad, comer a la mitad del día, dormir una siesta de tres horas, volver a la ocupación hasta ponerse el sol, rezar, jugar un par de horas o más a los naipes, cenar y acostarse para volver a levantarse temprano al siguiente día, repetir lo mismo del anterior, y así sucesivamente toda la vida; atesorar dinero con la paciencia y la avaricia de un judío, privándose de los gozos que brinda la industria, del hombre para su incremento y prosperidad en sus múltiples variantes; he ahí, resumiendo, la existencia que les cupo en suerte a esos pueblos del interior durante dos siglos".

La gloria militar del pueblo no turbó esta placidez de vida, esta serenidad de espíritu, este limpo y transparente como un mar de lapislázuli; pero iban a turbarlo las primeras ráfagas de la anarquía, iban a oscurecerlo las primeras nubes de la horrible tempestad que atravesó el pueblo argentino, con varia fortuna, como un buque atraviesa mares procelosos.



Para no referirme sino a Mendoza, renuncia el mando el general Luzuriaga y el Cabildo asume el gobierno. Los Aíldos conspiran. Conspiran con Corro, revolucionario en San Juan; y ambos corren hacia Mendoza, invadiéndola militarmente. Mendoza, armada para defenderse, los repele y los vence en Jocoli. Son perseguidos, huyen; cruzan el Picoito; al galope de sus caballos atraviesan las calles de la ciudad; las legiones mendocinas hacen otro tanto; y, por fin, pasan el río y se detienen en la orilla Norte, donde sus perseguidores los baten, los dispersan y, fugitivos, huyen hacia el Norte, donde se dispuso hasta el polvo de aquellos invasores.

En esta primera cruzada de Mendoza contra el avance de los caudillos se puso resueltamente del lado del orden constituido, con éxito feliz para sus armas. Y tiene sus héroes: son los generales Cruz Morón y el sargento mayor Cajavilla. Y tiene su poeta: don Juan Gualberto Godoy, que canta en "El termómetro del día" a la gloria de las huestes mendocinas, a la gloria de sus jefes y a la gloria de su suelo.



Escudo de la provincia de Mendoza

Extensión territorial: 148.783,837 kilómetros cuadrados
POBLACION:
En 1817-18... según Brancenkridge: 38.000 habitantes
Censo de 1914: (argentinos 139.181) 277.565 hab.
(extranjeros 88.354)

gión de Cuyo; siendo así esta provincia la primera que dio tan decisivo paso en la verdad de las instituciones democráticas republicanas. El Colegio Nacional aumentó el número de sus asignaturas y adquirió hombres de gran prestigio y valer por su ilustración para la enseñanza, como el reputado literato argentino don Juan Crisóstomo Lafaur. La instrucción primaria dio también un gran paso en el camino de su desenvolvimiento.

Don Pedro Molina prosiguió esta gestión pública tan acertadamente encaminada. La extensión cultivada del suelo de la provincia tomó gran incremento. Abrió caminos vecinales. Las industrias adquirieron mayor desarrollo y el comercio activó sus operaciones. La instrucción primaria está en los buenos tiempos de Godoy Cruz. Los medios de comunicación se hacen más fáciles. Las mensajerías y las sillas de posta recorren la campaña y comunican la provincia con sus hermanas de Cuyo.

Llegan los días oscuros del país. Los federales y unitarios se odian mutuamente, y esta pasión exacerbada precipita a la República en el desorden. Ninguna provincia se sustrae a la atracción de este abismo que furian abierto bajo sus pies; y se ponen al borde del precipicio. Los Aíldos conspiran de nuevo; y el comercio, herido por tantas desconfianzas, recelos y temores, decae. Las correrías de los caudillos malogran el esfuerzo humano dedicado al trabajo; y no puede ser bastante a reponer el quebranto que padecen las fuerzas vivas de la agricultura y de la industria la situación personal variable y tornadiza de Farundo que vendió en La Tablada y en Oncativo, y a su vez en la Ciudadela de Tucumán; o de José Félix Aldao que, prisionero de Paz y conducido a Bolivia con los restos del ejército unitario de Tucumán, vuelve a Mendoza.

Los hombres de administración de este pueblo mucho hacen, sin embargo, en obsequio de los intereses públicos; y durante la ausencia del "fraile" el gobernador Molina hace olvidar en parte su terrible recuerdo. Mejora la policía y aumenta las escuelas primarias. Crea un consulado de comercio, fomenta talleres de artes y oficios y mueve vigorosamente la agricultura y la industria minera.

En lo mejor de su administración progresista Facundo invade a Mendoza, y una inmensa emigración se produce hacia Chile. Vuelve Aldao y revive su ascendente político y militar; pero no tanto que no deje admistrar a don Pedro Molina, que por tercera vez es designado mandatario del pueblo. Reorganiza la policía y pone a raya al bárbaro del Sur. Estancieros y hacendados se entregan confiados a la crianza y engorde de ganado y la irrigación de las tierras recibe bueno y conveniente impulso. Redifica el mercado y reorganiza la justicia.

Después de él viene la noche oscura del terror, que cae sobre Mendoza como la lámpida de un sepulcro. Llegan los días oscuros. Es el año 41, época de Rosas. No debemos remover la sangre en que se empapó la tiranía de aquel hombre funesto. Por el contrario, echemos un espeso velo sobre el cuadro de horror y de espanto de aquel mandón formidable. Mendoza cayó desfallecida, lánguida, exangüe, bajo la bota del tremendo caudillo. Y necesitó que alguien la salvase. Urquiza salvó a la República del oprobio de un déspota, en Caseros. La Providencia, por la mano de un médico, salvó a Mendoza de las garras de aquel tigre.

La aurora esplendente de Caseros abrió el período constitucional del país; y todas las páginas de su historia se verían en seguida iluminadas por la libertad, la justicia y el derecho. Libre ya, de la opresión, Mendoza se organizó bajo la bandera de las leyes. La agricultura, la industria y el comercio de su suelo renacieron, y con su resurgimiento entraron en pleno vigor y lozanía. Los gobiernos y administraciones que se han sucedido desde entonces han puesto especial cuidado en la irrigación del suelo de la provincia, y en el fomento de la industria madre, que es la industria vitivinícola. Costosos diques de embalse de las aguas permitieron aprovechar con ventaja las de los ríos Mendoza y Tunuyán, cuyos caudales llevan su limo fecundante a millares y millares de hectáreas de

todas las preferencias. Es natural que la industria ha ido creciendo paulatinamente, al calor de la adhesión individual y de la protección de los poderes públicos. La dificultad de las comunicaciones en aquellos tiempos heroicos de la República, en que las guerras por la independencia sumían a los pueblos en el desaliento económico, y en que los continuos combates fratricidas de la época de la anarquía, impidieron el desenvolvimiento rápido de la que es hoy día la industria poderosa, la industria nacional por excelencia. Setenta mil hectáreas, más o menos, de viña frutal en sólo este suelo de Mendoza, con bodegas de último sistema, dotadas de todos los elementos necesarios a una elaboración adecuada del zumo de la uva, representan un capital enorme de muchos millones de pesos y el más considerable esfuerzo que el brazo y la inteligencia humana han realizado en esta región de la tierra para provecho y honra y prezo del trabajo emprendedor de la industria moderna.

Durante el transcurso de varios lustros de existencia ha experimentado esta industria múltiples vicisitudes. Ha subido hasta el pináculo de su prosperidad, pero también ha caído en pleno abatimiento. Ha hecho colosales fortunas privadas, digo, colosales para nuestro medio ambiente; pero también ha arruinado a muchos de sus admiradores. Como una mujer coqueta, ha sido la felicidad o la desgracia. Y es que estaba en la infancia de su desarrollo. Hoy, que se desenvuelve en plena virilidad, la industria vitivinícola marcha serenamente hacia la conquista de su brillante porvenir.

Este porvenir ya no es dudoso. Puede decirse que todas las energías de la provincia están incorporadas a su destino; y las crisis que ha experimentado han hecho doblar la defensa en su favor. En realidad estas crisis, que parecen ser inevitables en el dinamismo económico, pueden ser atenuadas en sus efectos. Un escritor de nuestros días, no de fama universal, pero no por eso menos discreto, nos ha hecho ver que Suecia, herida intensamente en su economía por la guerra europea, con su navegación paralizada, conserva su actividad industrial debido a que el gobierno mantuvo a toda costa la normalidad en funcionamiento del crédito, y "las granjas explotadoras de madera, riqueza fundamental del país, continuaban talando árboles, descortezándolos y aserrándolos como en plena normalidad, como si tuvieran en Francia, Bélgica y Alemania inmediato comprador. Las compañías explotadoras no tenían dinero suficiente para este producir sin tráfico; pero el gobierno les abona casi su valor entero todo el costo de la producción y les facilita en los edificios públicos, en los almacenes de los muelles, en las cárceles y en las escuelas locales gratuitos. No se ha paralizado la producción, no ha habido carencia de trabajo y, sobre todo, ¡que maravilla! el día de la paz esta mercadería llevada a los lugares asolados por la guerra".

Parecida actitud pueden adoptar los gobiernos en las crisis del vino. Un sistema permanente de crédito a largos plazos para los vitivinícolas daría excelentes resultados; y la protección oficial para impedir la degradación del precio de la materia prima, como en el caso de la madera en Suecia, completaría el cuadro de su provechosa intervención; pero siempre ha de permanecer cuidadosa y atenta a la normal elaboración del producto del zumo de la uva, sin lo que la industria padecerá lógicamente en su crédito industrial.

El ferrocarril ha transformado esta industria en una potencia de primer orden dentro de la provincia. ¡Qué pobre era el mercado de sus productos cuando la tropa de carretas era el vehículo de transporte! La mensajería y la silla de posta, más rápidas, son inadecuadas a ese objeto. Solamente la veloz locomotora sirve al alado Mercurio. Y ¡cosa curiosa! Cuando se cayó en la cuenta de que el ferrocarril transportaría en un día todos los productos que los otros medios de que se usaba entonces conducían en toda una semana, hubo de desistirse de la construcción de aquél hasta Mendoza, por inútil y por excesivamente costoso. No se vio en el primer momento de sorpresa que el riel no sólo acorta las distancias y abarata el costo de producción o el precio de consumo de las riquezas, sino también que llama y despierta el trabajo industrial, que crea nuevas industrias, que vigoriza y fomenta las ya existentes, y que él mismo es otra industria de por sí, con el magnífico suplemento de ser el vínculo de unión de todas, puesto que a todas acerca con sus dos brazos de acero.

Llegado el riel todo fue conmovido, todo dió un salto en su sitio. No pasaron muchos años sin que la provincia tuviese ya dentro de su territorio hermosos viñedos a estilo europeo, con hermosos y lujosos establecimientos de elaboración del vino; y los tonetes y las bordelases empezaron la danza de los millones.

La danza dura aún, y no concluirá sino como un cuento fantástico; concluirá con esta seguridad: esta afirmación rotunda: el sudor que se desprende de la frente bajo el duro esfuerzo del trabajo purifica como un agua bautismal los corazones, y es feliz el hombre que amasó su fortuna, peso a peso, y se levanta de primer orden dentro de la provincia. Esta industria, que es la historia del trabajo nacional y extranjero dentro de la provincia, y esta leyenda podría escribirse al frente de muchos lujosos palacetes que aposentan cómodamente a sus felices moradores, ayer pobres y hoy opulentos. Es la visión luminosa que tiene ante sus ojos la legión humana que llega del Viejo Mundo en busca de la suerte a estos suelos pródigos de América.

Uno de los primeros industriales argentinos que tuvieron la visión clara y precisa de la futura potencia de esta industria fue don Honorio Barraquer, hombre de intenciones, pero de poca inteligencia y de una actividad encomiable. Creó su gran viñedo a las puertas mismas de la ciudad, organizándolo con un fin industrial neto; e imprimió tal acierto a sus operaciones y condujo con tal habilidad sus negocios, que su firma fue a poco de las primeras del país y su establecimiento uno de los más acreditados por la bondad de sus productos. Solución lógica de todo esfuerzo sincero y toda labor honrada.

Voy a poner aquí punto a estos datos industriales con el retrato de un hombre que, llegado de la bella Italia, arribó a nuestro suelo sin recursos pecuniarios de importancia y se mostró a la vuelta de pocos años un industrial de fibra, un hombre todo voluntad, y cuyo carácter de acero llegó a ser la admiración de sus connacionales.

Había razón en ello. Podéis vosotros mismos ser jueces del paso honroso. Oyó, sin duda hablar de la construcción de la vía férrea que ligaría el litoral de la República a la mediterránea Mendoza; y lanzó a Cuyo. Fue a la línea de fuego del trabajo y se hizo proveedor de una cuadrilla de operarios, después de dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, y por último, de todos los días de la línea. En todo mostró una voluntad indomable, un tesón maravilloso. Era un hombre de intachable honradez; sincero, firme, leal en sus tratos; era un genio, no de título, sino de sentimientos. Arribó en fortuna; y a medida que sus ahorros la acrecentaban, compró aquí un terreno, allí otro, más allá un tercero, acullá un cuarto terreno; que él convirtió después en sendos parajes, cuyo producto, transformado en vino y acreditado en forma, empezó a hacer sauloso el río de su fortuna y de su auge personal. Un autívoro, pero de noble condición. Era además un hombre digno con los miserables. Su engrandecimiento es casi un cuento de hadas. Su ejemplo para sus connacionales y para muchísimos otros no lo son. Se llamó don Antonio Tomba. Los laureles marciales le hubieran venido bien a este guerrero glorioso del trabajo.

Juan M. Contreras

Mendoza, Julio de 1916

Entre Ríos

La provincia en el primer Centenario de la Independencia — Apuntes sobre evolución económica.

SE hallaba en los prolegómenos de su organización política la provincia de Entre Ríos cuando el Congreso de Tucumán, en la memorable asamblea del 9 de Julio de 1816, proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, pues no obstante su participación en las luchas que siguieron al pronunciamiento de Mayo y haber estado representada por el doctor Tomás de Anchorena (disputado por el "continente" de Entre Ríos, dice el acta de la sesión del 22 de abril al aprobarse su diploma) en el primer Congreso Constituyente de 1813, hasta el 10 de septiembre de 1814 no fue declarada provincia e incorporada definitivamente a la vida representativa del país por decreto del director supremo don Gervasio Antonio de Posadas.

Puede, pues, apreciarse de una manera precisa y completa el proceso de su evolución política y económica durante la centuria transcurrida desde el día del glorioso acontecimiento y su eficiente colaboración en la obra prodigiosa del engrandecimiento nacional.

CONDICIONES FISICAS — Por su magnífica situación geográfica delimitada entre dos de los más caudalosos ríos del continente sudamericano, el Paraná y el Uruguay, por la configuración y la naturaleza pródiga de su suelo favorable para la agricultura y especulaciones agrarias por la admirable distribución de sus ríos interiores e innumerables arroyos, y por su clima templado y salubre, Entre Ríos, que es la mitad inferior de la maravillosa región denominada Mesopotamia argentina, está destinada a ser una de las zonas más productoras y ricas de la República.

Sarmiento, aquel genial pensador que analizó el proceso de la civilización y la barbarie y con admirable clarividencia profetizó el porvenir, decía: desde las riberas del otro océano, donde le habían llevado las persecuciones de la tiranía: "Nunca hemos podido echar una mirada distraída sobre el mapa del Río de la Plata, sin que los ojos se sintieran atraídos irresistiblemente por la sorprendente disposición de Entre Ríos para convertirse en el país más rico del universo. No tenemos embargo para decirlo: la naturaleza no ha creado pedazo de tierra más privilegiado. El Egipto es estrecho; la Holanda cenagosa y la Francia misma mal regada. Todo el país está cruzado a lo largo por cuchillas montuosas que accidentan blandamente el paisaje y, fijando las nubes, alimentan las lluvias. En el centro, entre dos eminencias, corre el Gualaguay, formado por cuarenta y ocho arroyos que a derecha e izquierda subdividen el paisaje como red de canales de irrigación. Paralelas al Gualaguay corren otras cuchillas de donde se desprenden casi una línea recta más de ochenta corrientes de agua que corresponden a una por legua. Otro tanto sucede al Paraná y al Uruguay, que lo circundan: Entre Ríos será el centro del poder y la riqueza, el conjunto más compacto de pueblos florecientes."

Nada más perfecto ni que dé una visión más nítida y exacta sobre las condiciones naturales de esta zona privilegiada del país que ese elocuente bosquejo del esclarecido educador.

Entre Ríos, indudablemente, por la configuración y aspecto de su suelo, difiere por completo del resto del territorio argentino. No se encuentra en esta provincia nada que se asemeje y evoque la memoria de las quebradas y singularísimas mesetas patagónicas, que desde las costas del Atlántico se extienden en proyección ascendente hasta los contrafuertes de la cordillera, ni a las dilatadas llanuras que bajo la denominación de Pampas dan carácter típico a la zona central del país, por un lado, y el océano y la cuenca del Paraná, por el otro, ni a las airoosas montañas unas veces cubiertas de bosques suntuosos y otras coronadas de nieves eternas que embellecen la región andina, ni a los pronunciados relieves de las sierras de Córdoba y San Luis, del Tandil y de la Ventana, ni a los accidentes característicos de la zona subtróptica de Misiones, ni, en fin, a las onduladas llanuras, ya boscosas, ya despejadas, del territorio chaqueño; la fisonomía de Entre Ríos es particular y propia, comparable tan sólo a la región bíblica que bañan el Tigris y el Eufrates, a lo que debe el nombre de Mesopotamia por lo que debe el nombre de Moussey, y por su variada naturaleza, por las cualidades productoras de su suelo, por su excepcional orografía que comprende la más complicada y variadísima red de ríos, arroyos y arroyuelos sin esteros ni bañados, distribuida entre suaves cuchillas, onduladas laderas y anclas cañadas, bosques frondosos y fértiles llanuras cubiertas de vegetación uniforme y exuberante, ofrece campo abierto a todas las iniciativas de la ganadería y la agricultura, sus industrias madres.

La naturaleza y composición del suelo es un derivado inmediato de su constitución geológica y los componentes de ésta son tan fecundos que no hay un pedazo de tierra fértil, propiamente dicho, pues la casi totalidad del suelo se compone de terrenos de buenos pastos y de labranza, si bien con caracteres dominantes en cada una de sus divisiones naturales; centro o cuenca del Gualaguay, costa oriental o del Uruguay, costa occidental o sea la bañada por el Paraná y región meridional o del delta, que se extiende por la base de las tres anteriores, desde Diamante hasta la confluencia de los dos ríos citados que forman el majestuoso Plata.

El ingeniero agrónomo señor Vázquez de la Morena, en un trabajo que hiciera en 1886 por encargo de la Dirección Nacional de Agricultura—nuestro juicio de los más completos y eruditos que se han realizado—sobre la naturaleza y composición del suelo de Entre Ríos y con motivo de la implantación de la industria vitivinícola en Concordia, decía: "Poniéndose al descubierto en Concordia la provincia, en las barrancas del Paraná, la formación terciaria superior con sus potentes depósitos calcáreos y masas arcillosas; contendiéndose al Este, sobre la costa del Uruguay, las arenas y arcillas ferruginosas de la formación terciaria inferior con los aluviones silíceos que dominan en la Banda Oriental; y acumulándose al Sur los gravas y sedimentos contemporáneos que constituyen el Delta del Paraná, han de dominar sobre la costa del Paraná los terrenos calizos y arcillosos, sobre la del Uruguay los silíceos y pedregales, en el centro la composición media con bastante humus y al Sur los limosos y humíferos en la formación actual. Este carácter no constituye, por serlo, la uniformidad en los terrenos de un partido o zona determinada, porque la diversidad de los elementos, fuerzas y causas que han concurrido a la formación del terreno laborable en toda la provincia hacen también variable la composición del suelo aun en áreas relativamente reducidas."

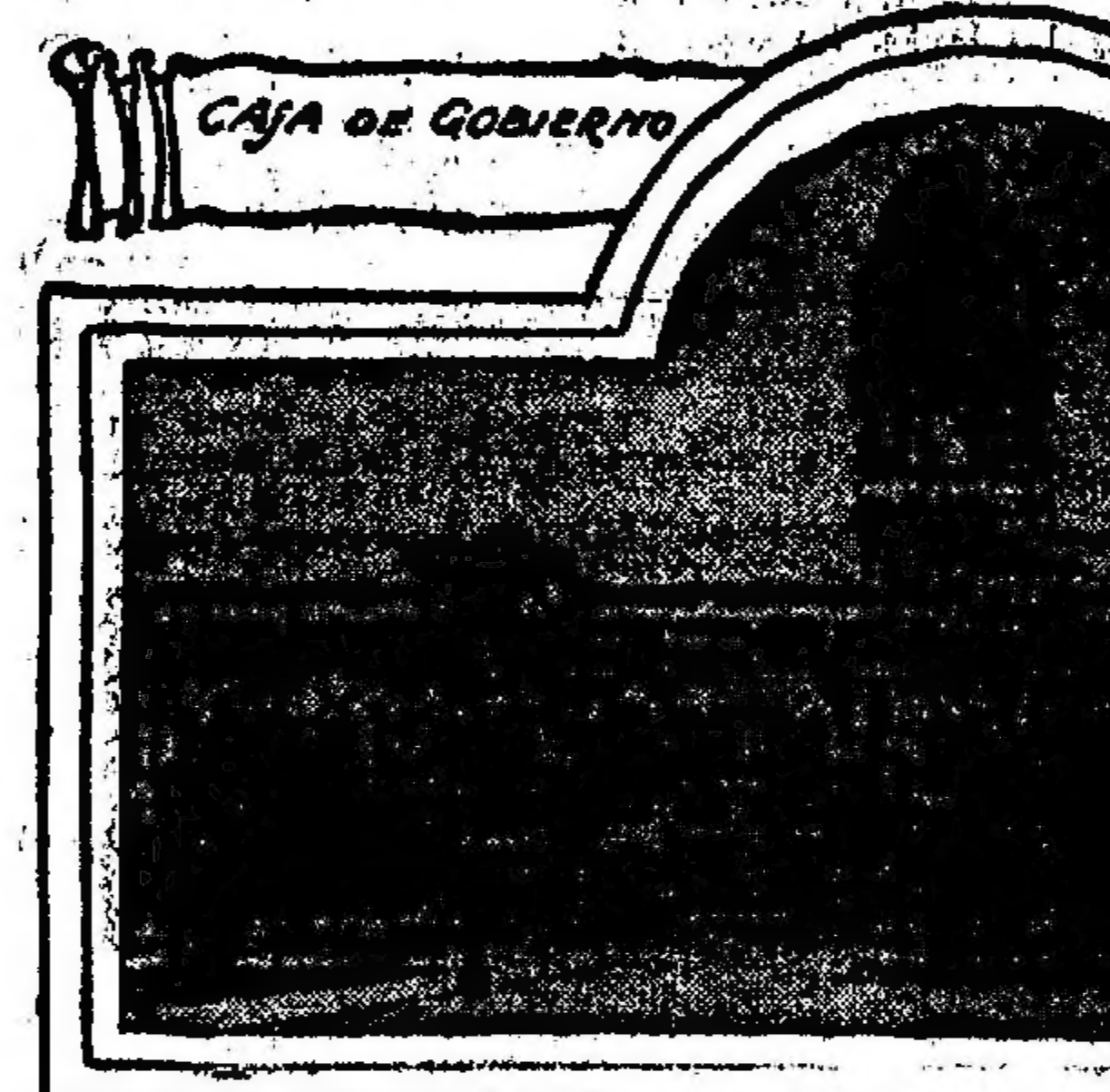
Las observaciones hechas por el señor Vázquez de la Morena han sido confirmadas por los

análisis de las tierras de Entre Ríos, de los cuales los primeros, que fueron hechos más o menos por aquella época, se consignaron en el libro sobre colonias del profesor Wilcken, y dan a las costas de Paraná la siguiente composición: arcilla, 64'23, arena silícea 22'29, carbonato cálcico 0'38, materias orgánicas y agua 6'84 y humus 6'16 y a las del Uruguay: arenas silíceas gruesas 88'54, arcilla 4'35, carbonato de cal 0'91, materias orgánicas y agua 3'37 y humus 3'83, y por estudios y análisis posteriores que comprueban que las tierras de esta provincia tienen una capa de humus que varía de 0.80 a 2.50 metros de profundidad, con características propias en cada zona, pero todas fértiles y adaptables para las labores bienhechoras del arado o las ágiles consagraciones de la ganadería.

CLIMA Y VEGETACION — Como hemos dicho, el clima de Entre Ríos es templado y salubre y sus condiciones atmosféricas y factores meteorológicos—vientos, lluvias, heladas, etc.—son favorables para diversas culturas agrícolas, frutales y forestales, siendo su flora tan abundante como variada, lo que ha sido demostrado por los estudios hechos, entre otros los muy notables del doctor Lorente, que llegó a clasificar 98 familias botánicas divididas en 346 géneros y 620 especies.

Una gran parte del territorio de Entre Ríos, cuya extensión más probable y aceptada es de 25,896 kilómetros cuadrados (estadísticas oficiales), se halla poblada de bosques, siendo famosa la selva de Montiel, que abarca una tercera parte de la provincia. En esta zona, como en las demás regiones boscosas, predominan los espigillos, algarrobos y sandubayes, a los que se mezclan otras especies arbóreas como viraró, curupí, taia, molle, chañar, ubajay, coronilla, breva, jacarandá, timbó, mistol y sauce, y las palmeras dendinadas caranday, no siendo extrañas en algunas regiones como Concordia las afrosas palmas que crecen en sus corrientes racionales el dorado patay y el quichísimo dátil.

Respecto a las plantas de cultivo, las principales



les especies arbóreas son el naranjo, limonero, durazno, granado, olivo, higuera, chirimoyo, mora, damasco, pera y manzano, y las herbáceas trigo, lino, maíz, cebada, avena, habas, arvejas, patatas, moniatos, mani, tabaco, etc.

POBLACION — Dentro de cuadro tan vasto y en tan admirables condiciones, no puede sorprender la obra de transformación progresiva operada en Entre Ríos durante la primera centuria de la vida independiente de la Nación y que se exterioriza en el crecimiento de su población, en el desarrollo de sus industrias, en la valorización de sus tierras, en la prosperidad de su comercio y en el florecimiento de sus ciudades.

El crecimiento de la población ha sido firme y constante y, apreciado en su concepto trascendente, constituye un verdadero exponente de progreso, civilización y cultura.

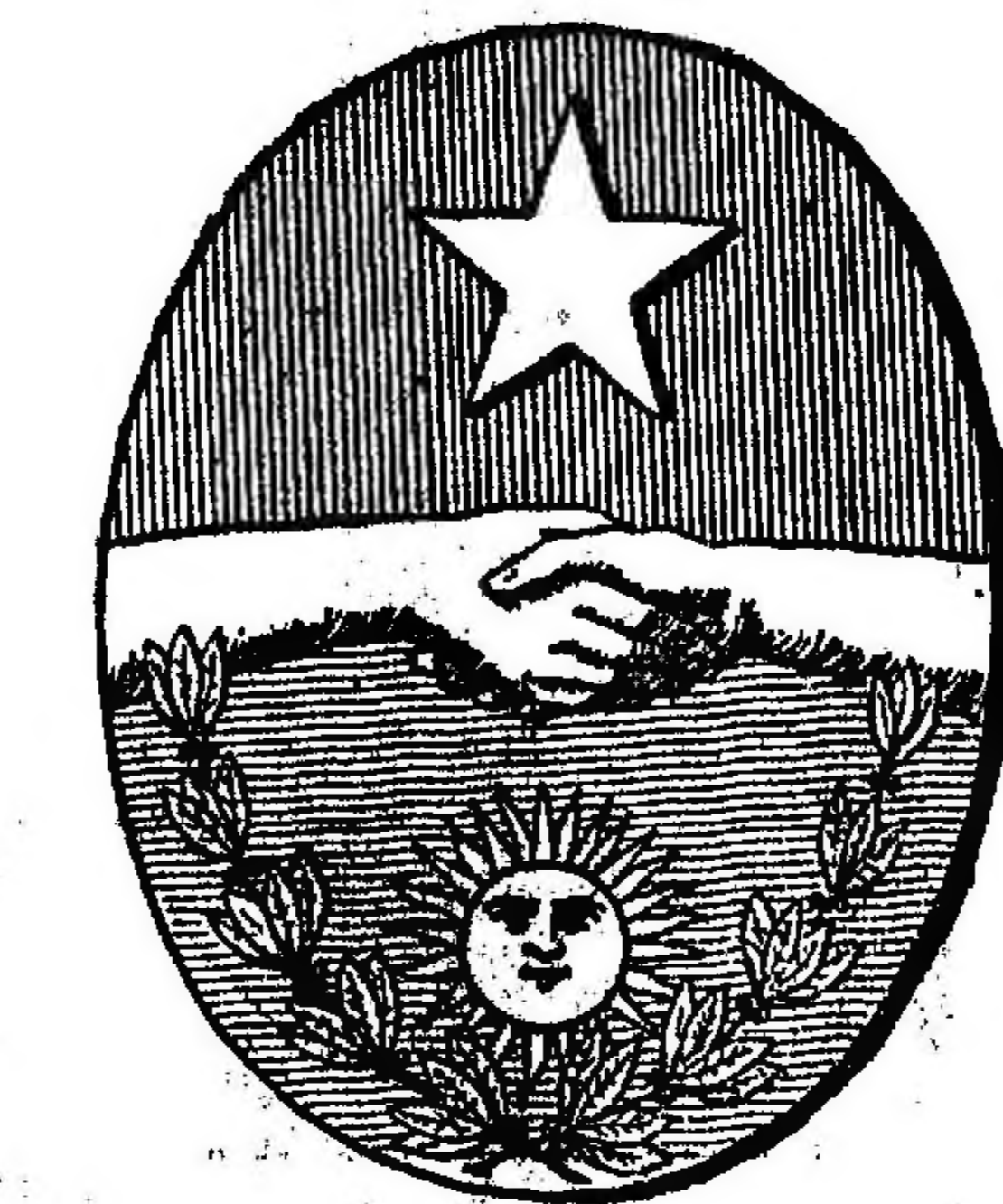
No vemos en Entre Ríos la maravillosa transformación operada en algunas regiones de la gran Nación del Norte, donde populosas ciudades han surgido en brevísimo tiempo; pero Entre Ríos no ha tenido el incentivo de las minas de oro o de diamantes que despierta la afección de las riquezas improvisadas y atrae las migraciones como antaño el fabuloso vellocino. Su crecimiento ha sido continuo y basado en principios inmovilables: los del trabajo fecundo y perseverante, la labor tranquila en las explotaciones rurales, el desenvolvimiento de las industrias derivadas de los productos del suelo y el rápido desarrollo de las relaciones de intercambio comercial que los hombres, radicados en la familia, forman las sociedades y constituyen la piedra angular sobre que se operan las transformaciones inspiradas en el mejor destino de la familia humana.

En el año que se proclamó la independencia, Entre Ríos tenía una población calculada en 20,000 habitantes, en su totalidad criollos y no pocos de razas aborígenes (el primer padrón o ensayo de censo se hizo el 10 de agosto de 1782 por don Tomás de Rocamora y dio 11,700 habitantes); en 1825, según el censo de don Ignacio Núñez, la población llegaba a 30,000; en 1849—censo ordenado por Urquiza—ascendía a 47,631; en 1861 a 107,200; en 1867 a 172,140; en 1869—censo nacional—a 134,271; en 1879—censo provincial—a 161,388; en 1883 a 204,000; en 1895—censo nacional—a 292,019; en 1914, según la Oficina de Estadística de la provincia, a 438,083, y en 31 de diciembre de 1915, según la misma oficina, a 453,762, distribuida en los siguientes departamentos: Colón, 27,508; Concordia, 49,169; Diamante, 20,149; Feliciano, 9,427; Federación, 17,054; Gualaguay, 30,277; Gualaguaychí, 47,616; La Paz, 26,816; Nogoyá, 28,038; Paraná, 80,023; Tala, 18,452; Uruguay, 43,608; Victoria, 25,720; y Villaguay, habitantes 32,095.

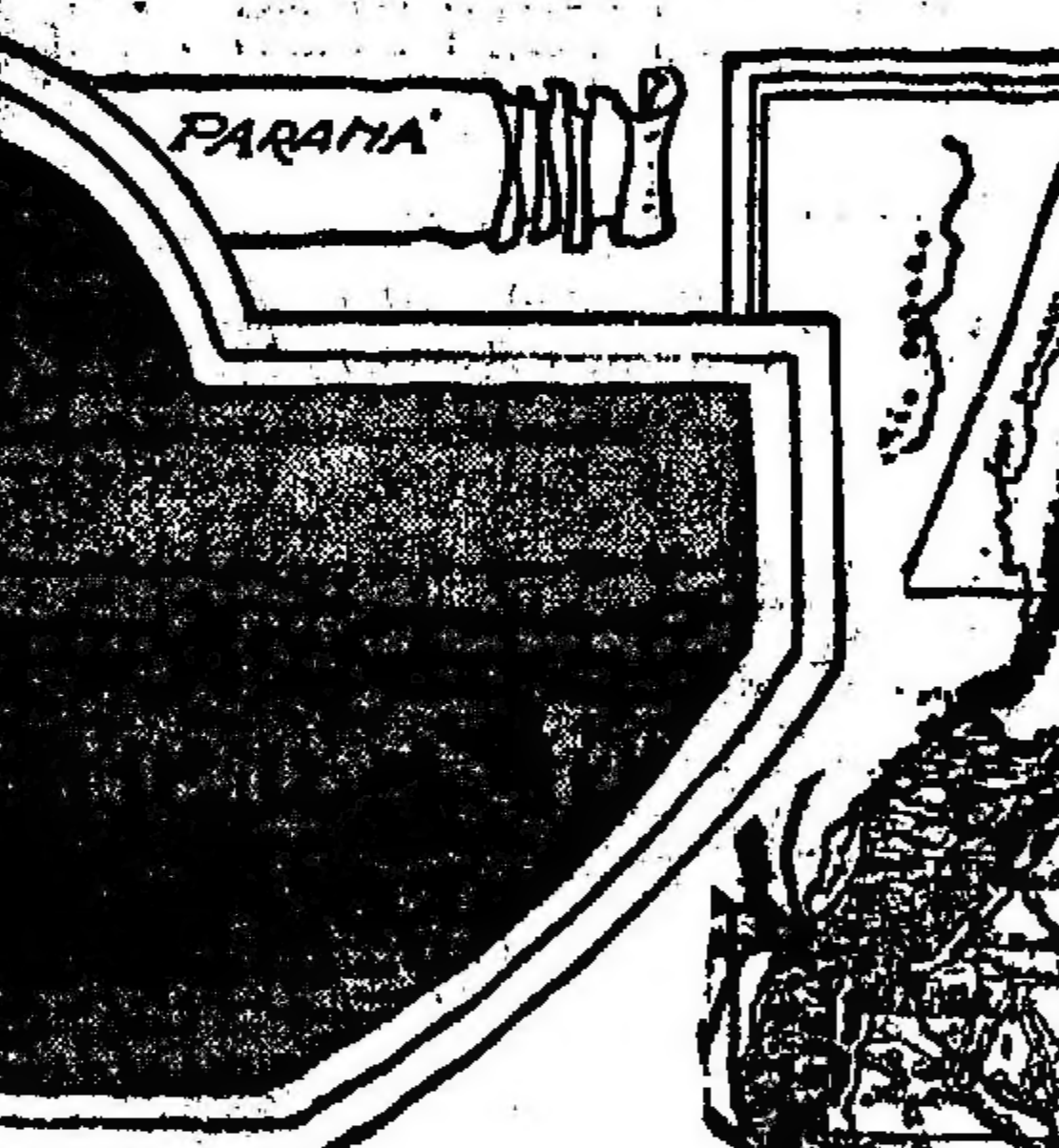
Este total de 453,762 lo obtiene la Oficina de Estadística sobre la base del censo de 1914, que le da 438,083 habitantes; el aumento vegetativo durante el año transcurrido—y anotado en las oficinas de Registro Civil, que da la cifra de 9,516; el saldo de pasajeros por vía fluvial, que es de 4,660, y el de ferrocarriles, que asciende a 1,500.

Sin embargo, si hemos de atenernos a las cifras arrojadas por el censo nacional que acaba de publicarse, la población de Entre Ríos era, en 1914, de 452,373 habitantes, o sea 14,287 más de los que da la Oficina de Estadística, diferencia que tendría su explicación en la forma deficiente en que las operaciones censales se hicieron en algunos departamentos, en manera muy especial en el de Concordia, donde la población debe ser mayor de la anotada, a estar al último padrón departamental.

Teniendo, pues, en cuenta esta diferencia y aceptando como la más exacta la cifra consignada en



Escudo de la provincia de Entre Ríos



les especies arbóreas son el naranjo, limonero, durazno, granado, olivo, higuera, chirimoyo, mora, damasco, pera y manzano, y las herbáceas trigo, lino, maíz, cebada, avena, habas, arvejas, patatas, moniatos, mani, tabaco, etc.

POBLACION — Dentro de cuadro tan vasto y en tan admirables condiciones, no puede sorprender la obra de transformación progresiva operada en Entre Ríos durante la primera centuria de la vida independiente de la Nación y que se exterioriza en el crecimiento de su población, en el desarrollo de sus industrias, en la valorización de sus tierras, en la prosperidad de su comercio y en el florecimiento de sus ciudades.

El crecimiento de la población ha sido firme y constante y, apreciado en su concepto trascendente, constituye un verdadero exponente de progreso, civilización y cultura.

No vemos en Entre Ríos la maravillosa transformación operada en algunas regiones de la gran Nación del Norte, donde populosas ciudades han surgido en brevísimo tiempo; pero Entre Ríos no ha tenido el incentivo de las minas de oro o de diamantes que despierta la afección de las riquezas improvisadas y atrae las migraciones como antaño el fabuloso vellocino. Su crecimiento ha sido continuo y basado en principios inmovilables: los del trabajo fecundo y perseverante, la labor tranquila en las explotaciones rurales, el desenvolvimiento de las industrias derivadas de los productos del suelo y el rápido desarrollo de las relaciones de intercambio comercial que los hombres, radicados en la familia, forman las sociedades y constituyen la piedra angular sobre que se operan las transformaciones inspiradas en el mejor destino de la familia humana.

En el año que se proclamó la independencia, Entre Ríos tenía una población calculada en 20,000 habitantes, en su totalidad criollos y no pocos de razas aborígenes (el primer padrón o ensayo de censo se hizo el 10 de agosto de 1782 por don Tomás de Rocamora y dio 11,700 habitantes); en 1825, según el censo de don Ignacio Núñez, la población llegaba a 30,000; en 1849—censo ordenado por Urquiza—ascendía a 47,631; en 1861 a 107,200; en 1867 a 172,140; en 1869—censo nacional—a 134,271; en 1879—censo provincial—a 161,388; en 1883 a 204,000; en 1895—censo nacional—a 292,019; en 1914, según la Oficina de Estadística de la provincia, a 438,083, y en 31 de diciembre de 1915, según la misma oficina, a 453,762, distribuida en los siguientes departamentos: Colón, 27,508; Concordia, 49,169; Diamante, 20,149; Feliciano, 9,427; Federación, 17,054; Gualaguay, 30,277; Gualaguaychí, 47,616; La Paz, 26,816; Nogoyá, 28,038; Paraná, 80,023; Tala, 18,452; Uruguay, 43,608; Victoria, 25,720; y Villaguay, habitantes 32,095.

Este total de 453,762 lo obtiene la Oficina de Estadística sobre la base del censo de 1914, que le da 438,083 habitantes; el aumento vegetativo durante el año transcurrido—y anotado en las oficinas de Registro Civil, que da la cifra de 9,516; el saldo de pasajeros por vía fluvial, que es de 4,660, y el de ferrocarriles, que asciende a 1,500.

Sin embargo, si hemos de atenernos a las cifras arrojadas por el censo nacional que acaba de publicarse, la población de Entre Ríos era, en 1914, de 452,373 habitantes, o sea 14,287 más de los que da la Oficina de Estadística, diferencia que tendría su explicación en la forma deficiente en que las operaciones censales se hicieron en algunos departamentos, en manera muy especial en el de Concordia, donde la población debe ser mayor de la anotada, a estar al último padrón departamental.

Teniendo, pues, en cuenta esta diferencia y aceptando como la más exacta la cifra consignada en

quitas, y, en una palabra, obtener los mayores rendimientos, empleando los métodos más económicos, más prácticos y más racionales.

Además, el régimen de la propiedad retarda el desenvolvimiento rural, muy especialmente en lo que respecta a la agricultura. Los elevados precios del arrendamiento de las tierras y los sistemas del préstamo hipotecario gravitan considerablemente sobre la producción, y disminuyen a tal extremo sus beneficios, que contienen energías cuando no destruyen esperanzas y engendran desalientos.

La prensa periódica, que, sin excepción, traduce el pensamiento de los partidos, o es esencialmente política, aunque trate de prestigiar su propaganda bajo el rubro de independencia, ha atribuido la mayor suma de las dificultades que obstruyen el desenvolvimiento de las industrias al régimen rentístico en vigor; pero esto no es verdad sino en parte, pues dicho régimen es eminentemente protectorista, no obstante que la administración pública de Entre Ríos tiene necesariamente que ser una de las más costosas de la República, por razón de su fisonomía propia, pues siendo una provincia de ciudades—y he aquí realizada en parte la profecía de Sarmiento—con trece capitales departamentales, algunas tan importantes como la capital provincial, y con innumerables centros de población, villas, aldeas y colonias, su buena administración exige la descentralización de la justicia—hay seis circunscripciones judiciales—gran número de jefaturas, delegaciones y comisarías de policía, oficinas de registro civil, inspecciones de tablada, telegrafos, registro de la propiedad y otras oficinas de numeroso personal, además de multiplicidad de escuelas, todo lo cual gravita considerablemente sobre el erario público, lo que no ocurre con la mayoría de las provincias argentinas, que concentran el movimiento administrativo en la capital, pues sólo cuentan con uno que otro centro de población crecida y de cultura, siendo pequeños sus demás núcleos poblados.

Lo que gravita mayormente sobre la producción son los elevados arrendamientos de las tierras y los intereses hipotecarios sobre el capital adelantado para las siembras y el levantamiento de las cosechas, a lo que se agrega la acción de los "trusts", que monopolizan los artículos indispensables para las trillas, como las bolsas, el hilo, etc., los altos fletes y las comisiones pagadas a acopiadores e intermediarios.

Además, ha faltado el espíritu de asociación y de defensa colectiva, que ahora empieza a despertarse con la formación de sociedades agrícolas cooperativas, como consecuencia de lo cual los gremios rurales operan individualizados, y tienen que



les especies arbóreas son el naranjo, limonero, durazno, granado, olivo, higuera, chirimoyo, mora, damasco, pera y manzano, y las herbáceas trigo, lino, maíz, cebada, avena, habas, arvejas, patatas, moniatos, mani, tabaco, etc.

POBLACION — Dentro de cuadro tan vasto y en tan admirables condiciones, no puede sorprender la obra de transformación progresiva operada en Entre Ríos durante la primera centuria de la vida independiente de la Nación y que se exterioriza en el crecimiento de su población, en el desarrollo de sus industrias, en la valorización de sus tierras, en la prosperidad de su comercio y en el florecimiento de sus ciudades.

El crecimiento de la población ha sido firme y constante y, apreciado en su concepto trascendente, constituye un verdadero exponente de progreso, civilización y cultura.

No vemos en Entre Ríos la maravillosa transformación operada en algunas regiones de la gran Nación del Norte, donde populosas ciudades han surgido en brevísimo tiempo; pero Entre Ríos no ha tenido el incentivo de las minas de oro o de diamantes que despierta la afección de las riquezas improvisadas y atrae las migraciones como antaño el fabuloso vellocino. Su crecimiento ha sido continuo y basado en principios inmovilables: los del trabajo fecundo y perseverante, la labor tranquila en las explotaciones rurales, el desenvolvimiento de las industrias derivadas de los productos del suelo y el rápido desarrollo de las relaciones de intercambio comercial que los hombres, radicados en la familia, forman las sociedades y constituyen la piedra angular sobre que se operan las transformaciones inspiradas en el mejor destino de la familia humana.

En el año que se proclamó la independencia, Entre Ríos tenía una población calculada en 20,000 habitantes, en su totalidad criollos y no pocos de razas aborígenes (el primer padrón o ensayo de censo se hizo el 10 de agosto de 1782 por don Tomás de Rocamora y dio 11,700 habitantes); en 1825, según el censo de don Ignacio Núñez, la población llegaba a 30,000; en 1849—censo ordenado por Urquiza—ascendía a 47,631; en 1861 a 107,200; en 1867 a 172,140; en 1869—censo nacional—a 134,271; en 1879—censo provincial—a 161,388; en 1883 a 204,000; en 1895—censo nacional—a 292,019; en 1914, según la Oficina de Estadística de la provincia, a 438,083, y en 31 de diciembre de 1915, según la misma oficina, a 453,762, distribuida en los siguientes departamentos: Colón, 27,508; Concordia, 49,169; Diamante, 20,149; Feliciano, 9,427; Federación, 17,054; Gualaguay, 30,277; Gualaguaychí, 47,616; La Paz, 26,816; Nogoyá, 28,038; Paraná, 80,023; Tala, 18,452; Uruguay, 43,608; Victoria, 25,720; y Villaguay, habitantes 32,095.

Este total de 453,762 lo obtiene la Oficina de Estadística sobre la base del censo de 1914, que le da 438,083 habitantes; el aumento vegetativo durante el año transcurrido—y anotado en las oficinas de Registro Civil, que da la cifra de 9,516; el saldo de pasajeros por vía fluvial, que es de 4,660, y el de ferrocarriles, que asciende a 1,500.

Sin embargo, si hemos de atenernos a las cifras arrojadas por el censo nacional que acaba de publicarse, la población de Entre Ríos era, en 1914, de 452,373 habitantes, o sea 14,287 más de los que da la Oficina de Estadística, diferencia que tendría su explicación en la forma deficiente en que las operaciones censales se hicieron en algunos departamentos, en manera muy especial en el de Concordia, donde la población debe ser mayor de la anotada, a estar al último padrón departamental.

Teniendo, pues, en cuenta esta diferencia y aceptando como la más exacta la cifra consignada en

nuciones sensibles en esta provincia, donde, en los últimos años anteriores al movimiento de importación y exportación arrojó cifras mayores (pesos 169,895,003.96 moneda nacional en 1912).

La propiedad se ha valorizado considerablemente en el mismo período de tiempo, y la legua de campo, que en el año 1842, época en que se dictaron las primeras leyes de tierra, se cotizaba en 25 pesos, ha adquirido un aumento progresivo constante, cotizándose de cien mil a medio millón de pesos, y no obstante la crisis económica que ha retraído capitales, engendrado expectativas y paralizado las operaciones, el valor de la propiedad se mantiene, habiéndose realizado recientemente algunas operaciones que comprueban este aserto.

Las transferencias de bienes raíces consignadas en la última memoria estadística, ascienden a 3,931, comprendiendo un área de 283,976 hectáreas, 12 áreas y 41 centáreas, por valor de 27,804,078 pesos moneda nacional; en quinta, de \$ 695,88; en chacras, de \$ 206,39, y rural, de \$ 74,2.

Respecto al valor total de la propiedad en la provincia, puede apreciarse en conjunto por la valuación oficial a los efectos del pago de la contribución directa, valuación que es siempre un 30 ó un 40 por ciento menos del valor venal, y que asigna a la urbana pesos 187,677,005 moneda nacional; a la rural, 385,335,884 pesos, o sea, un total general de pesos 572,912,889.

El impuesto, que percibe el gobierno es el 5 por mil, destinándose el 20 por ciento, así como de otros rengiones de la renta, a la instrucción pública.

INDUSTRIA GANADERA — La industria ganadera, a pesar de los serios inconvenientes que ha tenido que luchar en diversas épocas, ha adquirido un enorme desenvolvimiento, pues siendo las tierras y el clima propicios para su explotación en grande escala, la mayoría de los dueños de las explotaciones han consagrado sus esfuerzos y energías, invirtiendo en ellas la mayor suma de los capitales, como lo demuestra el hecho de que más del 80 por ciento de la tierra explotable se destina al procreo y apacentamiento de ganados, no alcanzando al 20 por ciento restante la destinada al cultivo agrícola.

No es posible hacer ningún estudio comparativo sobre el desenvolvimiento de la ganadería durante la centuria transcurrida, así porque no existen fuentes de información oficial acerca del número de haciendas existentes en 1816, como porque no podrían establecerse tipos de comparación sobre clases de valores.

Tampoco podrían establecerse puntos de miras sobre cantidades y rendimientos de épocas más recientes, sin incurrir en errores, pues habría que tener en cuenta diversos factores como las epidemias y las sequías, que en algunos años diezmaron rebaños enteros; el incremento de la agricultura, que sustrae cada año extensas zonas al pastoreo de haciendas, para dedicárselas al cultivo; y la acción del refinamiento, y la mestización que reduce la cantidad en beneficio de la calidad.

La obra del perfeccionamiento ganadero se realiza en forma paulatina, pero firme, dedicándose la mayoría de los animosos "pioneros" del progreso rural a la producción de ganados de carne y otros, para que tengan aceptación en los establecimientos o en los mercados de abasto de la capital federal.

Los primeros ensayos o tentativas del mejoramiento ganadero se concretaron a la producción lanar, realizándose, allá por el año 1854, en que se introdujeron algunos carneros finos, correspondiéndole el honor de haber iniciado esta evolución industrial al señor Emilio Duportal (años después gobernador de la provincia), el cual logró refinar de una manera metódica las haciendas del establecimiento de campo que poseía en Gualaguay, y presentar años después—hemos encontrado la cita que merece mencionarse en la obra "Entre Ríos bajo diversos aspectos", del señor Cayetano R. P. poli, editada en 1888—como producción de un solo año 12,000 capones mestizos finos, acontecimiento que revela la consagración de aquel progresista ciudadano y el merecido triunfo de sus esfuerzos.

El ejemplo no tuvo imitadores, siendo seguido sólo en 1868 por los señores Benítez y Espinosa, quienes introdujeron directamente de la alabana imperial de Francia tres carneros y una oveja, cuya calidad pudo apreciarse, si se tiene en cuenta que cada uno de estos animales costó 1,500 pesos fuertes oro, precio que debía ser como fabuloso entonces, y al que habría que agregar el costo del transporte, difícil y muy elevado en aquella época. Estos productos sirvieron de plantel a las después famosas majadas de la Calera de Nancy.

Estos ensayos se concretaron al ganado ovino, siendo la primera tentativa de refinamiento de las especies bovinas la realizada por el general Urquiza, quien, pocos años antes de caer ultimado por el puñal homicida de un asesino de San José, introdujo para sus establecimientos ganaderos de Concepción del Uruguay, soberbios y preciosísimos toros de pura sangre Durham; pero estos reproductores no dieron resultado, y no se intentaron nuevas experiencias hasta pocos años después, en que varios ganaderos progresistas, como los señores Juan y Jacinto González Calderón, Vicente y Gregorio Morán, Francisco Crespo, Unzué, Dorado y otros, introdujeron varios toros de la raza mencionada y la Hereford, y habiendo tenido resultados más felices que el héroe de Caseros, se dedicaron a la mestización y el refinamiento, y a la obra complementaria de mejorar sus campos.

Duportal, Benítez y Espinosa, Urquiza, y los caballeros que hemos mencionado, fueron, pues, los iniciadores de Entre Ríos en la evolución ganadera, que es la fuente más cuantiosa de nuestra riqueza, y el factor más poderoso de nuestro engrandecimiento económico. Hubiéramos querido citar también el nombre del primer introductor de reproductores equinos, pero no hemos logrado averiguarlo. Sólo sabemos que fue un caballero inglés, quien más o menos en la misma época importó para un establecimiento de campo que poseía en Ibiyú varios sementales de afamadas razas británicas.

La última información oficial publicada, que es una síntesis de la memoria de 1914 de la Dirección General de Estadística de Entre Ríos, da las siguientes cifras sobre el "stock" de ganados vacunos en la provincia: toros 45,976, novillos 491,444, vacas de vientre 1,266,666, hacienda menor, muchos 327,611 y hembras 388,571, lo que da un total general de 2,380,238 cabezas, correspondiendo las mayores cifras a los departamentos de La Paz, Gualaguaychí, Concordia y Villaguay, que figuran con el 50 por ciento de ese total; el "stock" de la razas figura con 53,832 carneros, 594,095 capones, 2,404,805 ovejas de vientre y 497,855 corderos, o sea 3,541,543 cabezas; el de equinos con 506,243, el de mulares y asnales con 16,236, el de caprinos con 15,347, y el de porcinos con 68,852.

Conociendo las cifras totales de la ganadería de Entre Ríos, es no exagerado atribuirle un valor aproximado de 135 a 140 millones de pesos, tanto más, si se tiene en cuenta que uno de los últimos censos ganaderos realizados hace cuatro años, la valoró en 120 millones, y que, además del aumento de cabezas, hay que calcular el mayor valor de las haciendas. (1).

ANTECEDENTES SOBRE COLONIZACION — Al iniciarse la República en su vida independiente, la agricultura era completamente desconocida en Entre Ríos, y apenas si en los centros poblados se sembraban algunas cuerdas con cultivos de

(1) N. de la D.—El autor estudia detenidamente las industrias derivadas, y las consiguientes, curtiembres y polvos de huesos.

Entre Ríos

(CONTINUACION)

a los soldados alemanes que combatieron a las órdenes del teniente coronel de Clemente, y de vincularlos a la tierra que habían contribuido a liberar de la tiranía, los trajo a Entre Ríos, y dándoles tierras, herramientas, animales de labor, semillas, provisiones y otros recursos, fundó la primera colonia agrícola en el departamento de Paraná, a las márgenes del arroyo de Las Conchas.

La iniciativa no prosperó, y poco después los pobladores de la naciente colonia, que debían tener más de guerreros que de labradores, abandonaron hogar y tierras; pero la pala había abierto el suelo, la primera semiente se había sembrado, y en el espíritu del héroe invitado había surgido la visión radiante de la patria del futuro que evocara Rivadavia al dictar el decreto del año 12, con la inmensa perspectiva de los trigales dorados y de los linos de flor, que la habían de convertir en el granero del mundo.

Conocidas son las iniciativas del doctor Augusto Brougues acerca de la formación de centros agrícolas con familias traídas del extranjero, y de la decidida protección que le prestó Urquiza desde la Presidencia de la República para la realización, primero, del proyecto de colonización de la provincia de Buenos Aires, malogrado a consecuencia de la revolución del 11 de septiembre, y para la creación después de colonias en las provincias de Corrientes y Santa Fe.

Más tarde, en 1857, Urquiza complementó el triunfo de Caseros, como ha dicho con verdad un distinguido escritor contemporáneo, con la fundación de las colonias de San José y Villa Urquiza, la primera sobre el río Uruguay, y la segunda sobre el Paraná, en el mismo sitio, esta, donde años antes fracasara la primera tentativa de colonización por los soldados alemanes del 3 de febrero.

San José y Villa Urquiza son, pues, los primeros centros de colonización en Entre Ríos, formados con inmigrantes suizos y saboyanos el primero, y alemanes el segundo, iniciándose así una verdadera revolución social, económica y política, de extensísimas proyecciones en el modo de ser de las comarcas argentinas.

Luego la colonización en la provincia se extendió hacia la costa del Uruguay, abarcando una considerable zona del departamento de Colón, después Paraná y Diamante, en seguida a Concordia y Federación, más tarde a Victoria, Gualeguaychú y Gualeguaychú, para extenderse al poco tiempo a Villaguay, Tala y Nogoyá, y finalmente a La Paz y Feliciano.

240 colonias tiene actualmente la provincia, y la extensión de sus sementeras alcanzó el año anterior a 794.476,11 hectáreas, correspondiendo a trigo 267.244,34, a linio 349.226,14, a cebada 9.235,20, a centeno 394.000, a avena 84.238,50, a maíz 69.054,25, a alfalfa 16.384,75, a maíz 3.158, a trébol 363, y a diversos cultivos 3.068,03.

Este año no se conoce con exactitud la extensión sembrada, pues los datos no se reciben en la oficina de estadística hasta mediados del período; pero según informes que debemos a la competencia del jefe de dicha oficina, señor Toribio E. Ortiz, las anotaciones registradas ascienden a 711.366 hectáreas.

La colonización en Entre Ríos ha pasado por diversas alternativas, a las que no han sido extrañas las luchas intestinas; pero desde 1886, que la extensión sembrada alcanzó a 94.452 hectáreas, la agricultura ha surgido con nueva vida, ascendiendo la exportación de productos agrícolas a más de veinte millones de pesos.

No sería posible establecer con caracteres definidos los diversos tipos de colonización, pues la inmigración está representada por varias nacionalidades y razas, y los traslados y cambios dentro de las zonas agrícolas de la provincia, han roto la homogeneidad de los núcleos primitivos, mezclando familias, costumbres, hábitos y sistemas culturales.

Es indudable que aquí, como en toda la República, la emigración italiana y la suiza ofrecen mayores ventajas; pero también han dado excelentes resultados los colonos alemanes, y aun los rusos, notándose en éstos condiciones de adaptabilidad a nuestro ambiente, hábitos y tendencias, pues no sólo abandonan progresivamente las costumbres que trajeron de su país, y no sólo no se aislan ahora, como en los primeros tiempos de su arribo a la provincia, sino que se nacionalizan, se vinculan a nuestra vida política, se complacen en que se les dé participación en la cosa pública, y van poco a poco fundiéndose en las masas predominantes de la población argentina.

No puede decirse otro tanto de la población israelita, que la patriótica inspiración del filántropo barón Hirsch arrancó a la esterilidad de las estepas para que se redimieran en la libre tierra de los argentinos; pero aun éstos, a pesar de sus tendencias bohemias, de su falta de amor al trabajo, y de ciertos sentimientos de hostilidad a todo lo que no les es propio, van transformándose, aunque lenta, muy lentamente, y se produce el milagro de que Ahaveros se detenga un instante de su eterna peregrinación y clave el azadón de la labranza en la opulenta tierra de Entre Ríos.

NOTAS MARGINALES — Durante la centuria trascurre desde el glorioso día de julio de 1816, en que los congresales de Tucumán declararon solemnemente la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Entre Ríos ha colaborado eficientemente en la obra de libertad de progreso, de civilización y de cultura realizada por la gran Nación Argentina, y todas sus ciudades han contribuido con sus esfuerzos y energías a las nobles gestas del trabajo, rivalizando en laboriosidad, en iniciativas y espíritu de empresa, en ejemplares perseverancias y victoriosas consagraciones.

Los progresos realizados por la razón pública, a cuya formación han contribuido la difusión de la escuela, las libérrimas leyes vigentes, las conquistas del derecho moderno incorporadas al régimen electoral y la experiencia adquirida en tiempos de labor consciente y pensante, han madurado el criterio colectivo, que sólo exige de los gobiernos, así de la Nación como de la provincia, que tengan un concepto claro, equitativo y justo de las necesidades económicas y políticas de cada región, dentro del principio de la armonización de los intereses generales, y en manera que no sean simples tributarios, para la consecución completa y definitiva de sus grandes e inmortales destinos.

El Entre Ríos histórico - Sus límites y creación de la provincia - Expansión económica y cultural desde 1814 a 1916.

Al producirse la Revolución de Mayo, el territorio comprendido entre los ríos Paraná y Uruguay, esto es, el que denominamos más tarde Martín de Moussy la Mesopotamia Argentina, tenía 11.000 leguas de superficie, según el cálculo de Azara, tuvo su representante en la famosa Asamblea General Constituyente de 1813, como lo prueba el decreto dado por ella en la sesión del 22 de abril, aprobando los poderes presentados por el ciudadano doctor Ramón de Anchorena, diputado electo por el "continente del Entre Ríos"; este último nombre lo adoptó en 1814 el director don Gervasio Antonio Posadas, para la parte meridional de aquel vasto territorio, dejando el río Corrientes para la parte Norte.

El Supremo Decreto del 10 de septiembre de 1814, creando las provincias de Entre Ríos y Corrientes, que fué aprobada por aquella Asamblea General Constituyente, dice así: "El supremo director de las Provincias Unidas del Río de la Plata; la necesidad de reparar los quebrantos que han causado la división y la guerra al comercio, la industria y a la población, forma hoy el objeto de mis primeros cuidados."

"Poco importaría haber vencido a los enemigos de la patria, si las ventajas de la victoria no rehusen en beneficio de los pueblos. Los grandes territorios del Entre Ríos, y el que comprende las jurisdicciones de Corrientes y Misiones, se hallan en las mismas circunstancias que dictaron el establecimiento de un gobierno intendencia en la Banda Oriental del Uruguay. Ambos países, bañados de grandes ríos, con ricas producciones, y capaces del mayor engrandecimiento, exigen una autoridad inmediata que vele sobre su prosperidad, y bajo la directa dependencia de la Suprema del Estado, y las leyes generales del sistema de unidad que han adoptado las provincias. Sobre estos principios, y oído en particular el dictamen y consulta de mi consejo de Estado, he venido en decretar, lo siguiente: Artículo 1.º El territorio del Entre Ríos, con todos sus pueblos, formará desde hoy en adelante una provincia del Estado, con la denominación de provincia del Entre Ríos. Los límites de esta provincia serán al Norte, la línea que entre los ríos Paraná y Uruguay forma el río de Corrientes, en su confluencia con el río Uruguay, y al Sur, la línea que se ha designado como límite por la parte Norte a la provincia del Entre Ríos. Artículo 3.º Ambos territorios constituidos en provincia, quedan por consiguiente separados de la Intendencia de Buenos Aires, y serán regidos por gobernadores intendentes, con las mismas facultades, derechos, prerrogativas y dependencias que las demás provincias del Estado. Artículo 4.º La villa de la Concepción del Uruguay será la capital de la provincia del Entre Ríos, y la ciudad de Corrientes la de la provincia de su nombre. Los gobernadores intendentes tendrán su residencia ordinaria en las capitales; pero en tiempo de guerra, y siempre que lo exija la necesidad, el gobernador intendente de Corrientes residirá en el pueblo de Candelaria. Artículo 5.º Ambas provincias nombrarán y tendrán sus representantes en la Asamblea General Constituyente en la forma que previenen las leyes del Estado con respecto a las Provincias Unidas. Artículo 6.º El presente decreto se comunicará en copia legalizada por mi secretario de Estado y gobierno, se publicará en la "Gaceta Ministerial", y se presentará a la aprobación y sanción de la Asamblea General Constituyente de estas provincias. Dado en Buenos Aires a 10 de septiembre de 1814.—Gervasio Antonio Posadas.—Nicolas de Herrera, secretario." (V. "Gaceta", número 122; Ibi Reg. Oficial de la República, T. I, 1814.)

Como se ve, dice el artículo 1.º, "El territorio del Entre Ríos, con todos sus pueblos, formará desde hoy en adelante una provincia del Estado con la denominación de provincia del Entre Ríos. Los límites de ésta serán: al Norte, la línea que entre los ríos Paraná y Uruguay forma el río de Corrientes en su confluencia con aquel, hasta el arroyo Aguachí, y este mismo arroyo con el Curuzú-Cuatá, hasta su confluencia con el Miraflores en las inmediaciones del Uruguay; al Este el Uruguay, y al Sur y Oeste el Paraná."

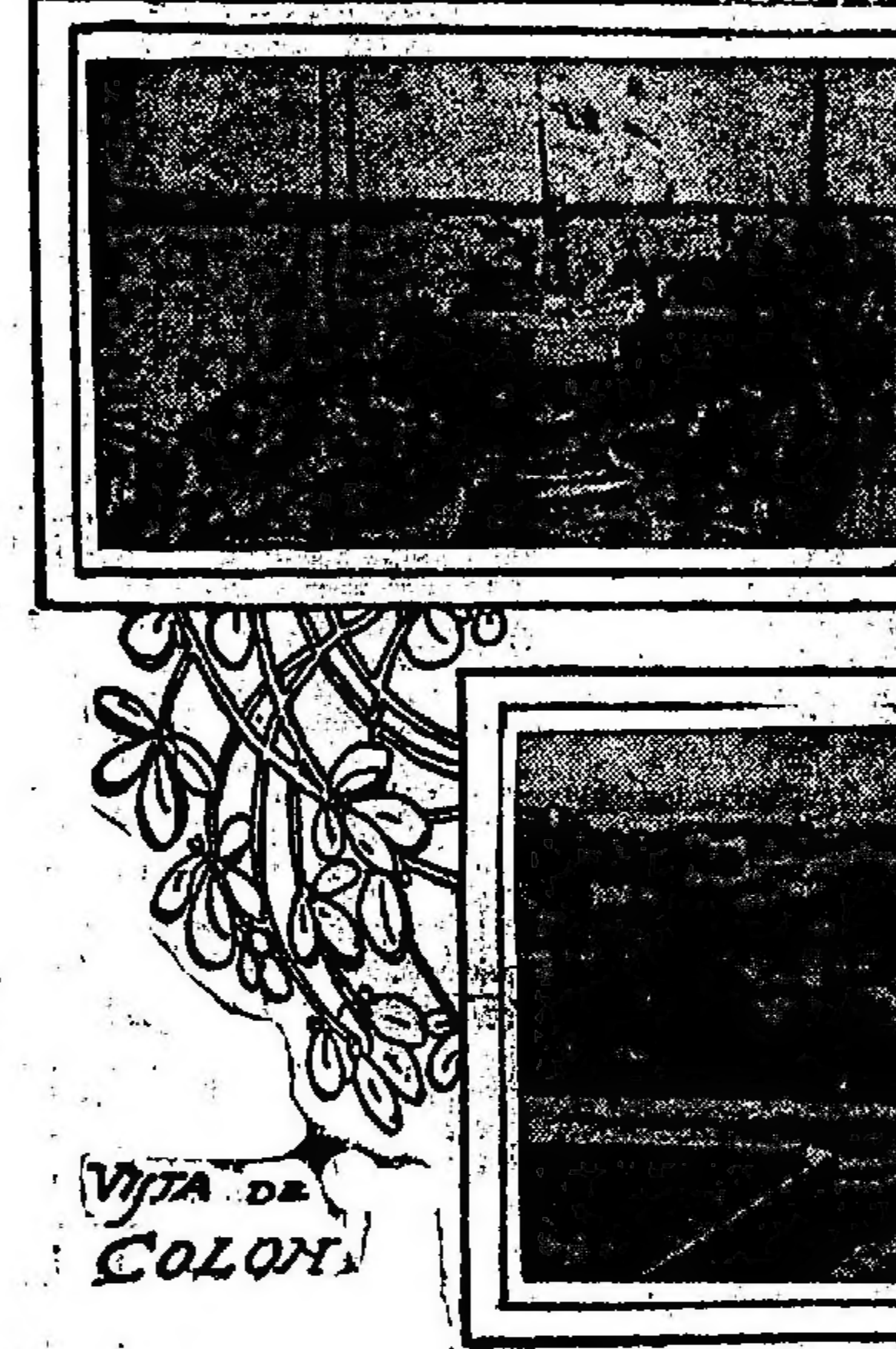
(Véase: "Registro Oficial de la República Argentina", Buenos Aires, 1879, T. I, P. 301, en el "Redactor de la Asamblea", número 23, del 15 de enero de 1815, el decreto de aprobación de los actos producidos por el director Posadas en el receso de la asamblea general.)

Llegamos al año 822, en el cual el gobernador de la provincia, coronel don Lucio Mansilla, sometió al H. Congreso Entrerriano un proyecto de Estatuto Provisional Constitucional, redactado por su ministro el doctor don Pedro José Agrelo, uno de los constituyentes del año 1813, y presentado a aquella asamblea por el diputado don Casiano Calderón, colaborador, sin duda, en esa obra patriótica.

Este estatuto mereció la unánime aprobación de aquel Congreso el 4 de marzo de 1822. Al fijar los límites de la provincia, dice en el artículo 3.º, sección 1.ª: "El territorio del Estado será por ahora todo lo comprendido entre los grandes ríos Paraná y Uruguay, tirando por el Norte hasta el arroyo Guayquirarí, sobre la costa oriental del primero, y de allí, corriendo para el Nordeste hasta el Mocoroté sobre la costa occidental del Uruguay, salvo el derecho exclusivo del Congreso General para ampliar o restringir estos límites, según más conveniente parezca." (Véase "Recopilación de leyes, decretos, etc.", de la provincia de Entre Ríos, T. I, P. 139, Uruguay, 1875.)

La salvedad que se nota al final del artículo 3.º, librando al Congreso General la ampliación o restricción de los límites de la provincia no expresa la duda que ha querido ver en esa declaración, con respecto a los límites del año 1813, sino que ha redactado así para fortalecer y confirmar la declaración que hace en el artículo 3.º del tratado de paz y unión entre las provincias litorales, firmado en Santa Fe en enero de 1822, por los representantes de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, quienes para afianzar la paz y unión entre ellas, declararon subsistente la liga para defender juntas el territorio particular o jurisdicción que cada una de las cuatro provincias disfrutaba de buena fe, en pacífica posesión, según las demarcaciones y terminaciones respectivas. Las únicas dificultades que se presentaron fueron los límites entre Corrientes y Entre Ríos, que quedaron provisionalmente designados por los arroyos Guayquirarí, Miraflores y Tranquera de Loreto, con el territorio de Misiones; y una reclama-

Extensión territorial: 78.330,160 kilómetros cuadrados	
POBLACION:	
En 1817-18. (calculado 2.º censo): 20.000 habitantes	
Censo de 1914 (argentinos 352.378)	425.373 ind.
(extranjeros 72.501)	



ción de Santa Fe de algunas leguas en Corrientes, que quedó librada su solución al Congreso General. En cuanto a Buenos Aires nada reclamó a sus aliados: (Véase "Recopilación de Leyes, etc.", de la Provincia, T. I, P. 75, Uruguay 1875). "Ibi: T. I, de la sección G, del archivo de gobierno de la provincia, Fa. 5 y 6."

Por el tratado de Villanueva (Corrientes), firmado el 9 de enero de 1823, ratificado el 10 por los gobernadores de Entre Ríos (general Urquiza), y de Corrientes (señor Cabral), se fijaron como límites entre ambas provincias los ríos Guayquirarí y Mocoroté, por ahora, y hasta que haya un arreglo general. (Véase: "T. I, fs. 29 y 90 de la sección G, del archivo de gobierno de la provincia de Entre Ríos.")

La Constitución de Entre Ríos, dada por la Convención Constituyente reunida en la Concepción del Uruguay, a los 15 días del mes de febrero del año 1860, declara en su artículo 1.º, sección 1.ª, lo siguiente: "La provincia de Entre Ríos, con los límites que le pertenecen, hasta ulterior resolución del Congreso Nacional, no hizo más que ratificar los límites establecidos por el decreto del director Posadas en 1814, y por el estatuto de 1822, esto es, todo el territorio comprendido entre los grandes ríos Paraná y Uruguay, hasta la provincia de Corrientes, dejando también a salvo el derecho exclusivo del congreso General para ampliar o restringir esos límites, pues en la referida Constitución de 1860, sección 1.ª, artículo 1.º, no se establece condición alguna sobre dichos límites que no pueden ser otros que los anteriormente reconocidos; de lo contrario, diría: los límites que le pertenecen."

La Constitución de 1860 fué aprobada por el Congreso de la Confederación Argentina, reunido en el Paraná el 29 de febrero de 1860. (Véase: "Recopilación de Leyes, etc.", de la Provincia, T. VII, P. 90.)

Como se reinstaló en su rango de capital de la provincia la ciudad del Concepción del Uruguay, la Convención Constituyente dictó el decreto del supremo director de las Provincias Unidas de fecha 10 de septiembre de 1814, erigiendo en provincias los territorios de Entre Ríos y Corrientes. (Véase: "Recopilación de Leyes, etc.", T. VII, P. 95.)

Por fin, el Congreso Nacional dictó la ley de diciembre 20 de 1881 fijando los límites entre Corrientes y Entre Ríos por los ríos Guayquirarí y Mocoroté.

Otra Convención Constituyente reunida en la Concepción del Uruguay, sancionó la Constitución de 1853; en el artículo 1.º, de la sección 1.ª, dice dicha Constitución: "La provincia de Entre Ríos, con los límites que por derechos le corresponden, es parte integrante de la Nación Argentina, etc."

Este artículo de la Constitución de 1853 ratifica expresamente lo consignado en las leyes y decretos arriba enunciados, esto es, que los límites que a Entre Ríos le pertenecen son los que se hallan clara y concisamente expresados en el supremo decreto de 1814, en el estatuto de 1822, en el tratado de 1823, en la Constitución de 1860, y en la ley nacional del 20 de diciembre de 1881, promulgada el 22 del mismo mes y año.

En definitiva, la provincia de Entre Ríos se halla entre los 57.40' de longitud occidental del meridiano de Greenwich, y entre los 30.20' y 34.30' de latitud Sur, en el hemisferio occidental, siendo una de las 14, que con la capital federal, forman la República Argentina, constituida bajo el régimen republicano federal representativo. Por su posición topográfica tiene al Norte la provincia de Corrientes; al Sur, la de Buenos Aires, Paraná por medio; al Este, el río Uruguay, que la separa de la República Oriental del Uruguay, y al Oeste, el río Paraná, que la separa de las provincias de Santa Fe y Buenos Aires.

La extensión superficial de la provincia de Entre Ríos es de 78.330 kilómetros cuadrados.

A pesar de haberse elevado el territorio entrerriano a la categoría de provincia, más que por exigencias económicas por razones políticas de pertenencia a la Nación, aun lo veremos estacionario durante una serie de 10 a 15 años, antes que los productos de su industria y su comercio se hicieran notar en el movimiento aduanero, que ya se había ini-

ciado en 1804, con un mínimo de 30.000 pesos, alcanzando a 50.000 en 1810.

"De 1810 a 1825 el desarrollo industrial y comercial de Entre Ríos debió triplicarse; las luchas civiles y los pocos brazos que quedaban en la industria pastoril, única que se desarrollaba en forma más rudimentaria, como producción, y en cuanto al comercio, se reducía al requerido como intermediario para la exportación e importación de lo más perecedero a las necesidades de los pueblos, muy poco acostumbrados aún a las comodidades y exigencias de las ciudades."

Desde 1824, el gobernador, coronel don Juan León Solá, a pesar de las luchas internas y externas, contribuyó a fomentar dentro de los límites de lo posible, el pastoreo y la agricultura, dando leyes protectoras que aseguraron la propiedad territorial; declaró libre de derechos la exportación de frutos del país, y se creó el primer registro de marcas y señales de las haciendas, a cargo de los alcaldes; también se dieron las primeras leyes de tierras cuando la legua valía 16 pesos plata, de 180 centavos, prescindiendo de la venta de ella al gobierno en el mismo año (1824).

Los campos fiscales en 1830 se tasaban de 40 a 100 pesos la legua cuadrada, según calidad. Hoy vale de 70.000 a 500.000 pesos moneda nacional, según el mensaje de 1910.

En 1825 la importación y exportación reunidas fué estimada por don Francisco Buada entre las cifras de uno y medio a dos millones de pesos.

Según el mensaje del señor gobernador de la provincia, presentado a las Cámaras en 1910, llegó en este año a 149.000.000 el movimiento de capitales del comercio externo de Entre Ríos, dejando un saldo a favor de la exportación de 18.000.000 de pesos.

Los datos estadísticos y otras fuentes que den luz respecto a la población y riqueza de la provincia, dice el señor F. Buada, refiriéndose al año 1825:

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

PUERTO DE CONCEPCION

vió separada en sus hermanas, se estableció la libre navegación de los ríos y los derechos diferenciales de aduana, favoreciendo al comercio directo de las provincias con los países extranjeros, cuyo monopolio conservaba la metrópoli del Plata desde 1810. Urquiza no olvidó el fomento de la inmigración, planteando las primeras colonias en Entre Ríos; San José, en 1857, y Villa Urquiza en 1858. Un año después había en Entre Ríos sobre 70.000 habitantes, 10.000 extranjeros, y en 1869 fueron censados por la Nación 18.308 sobre una población de 184.271 habitantes.

Actualmente cuenta la provincia con 240 colonias. De los 57.545 kilómetros cuadrados que tiene Entre Ríos, se dedican en 1895 el 12 por ciento a la agricultura, y el 88 a la ganadería. Los productos exportados de ambas fuentes de riqueza, con los forestales, de la minería y de la caza importaron, en el año 1900, pesos oro 86.000.000, según lo expresó el gobernador doctor Parera, al inaugurar en Buenos Aires la exposición industrial de Entre Ríos en septiembre de 1910, añadiendo, para afianzar la certeza de aquella cifra, que el primer semestre de ese año había arrojado para el comercio externo una cifra doble de la de todo el año anterior. A nadie extrañaría el suceso, conociendo la actitud productora de la población de Entre Ríos, de cuyos cuatrocientos mil habitantes, el 70 por ciento está consagrado a las tareas rurales, calculándose que la producción rural del año 1910 alcanzaría a la enorme cifra de 80 millones de pesos.

En apoyo de la riqueza ganadera recordó el doctor Parera los 3 millones de animales bovinos, 700.000 equinos y 6 millones de ovinos que poseía la provincia.

La fortuna colectiva, sin incluir los valores fiscales, alcanzaba entonces a 549 millones de pesos; el capital de sus industrias sumaba 32 millones; el agropecuario 454 millones, y el valor inmueble 55 millones de pesos; existían en la provincia 3.073 establecimientos industriales derivados de la agricultura, la ganadería y otras que son exportadas.

Con estos datos pudo afirmar el doctor Parera en 1910, que en un año el intercambio aduanero dio un movimiento de capitales de cerca de 66 millones de pesos oro.

Uno de los elementos de cultura y de progreso en Entre Ríos, fué la introducción de la imprenta en la provincia. El general don José Miguel Carrera, de acuerdo con el general Ramírez, la introdujo en la provincia en agosto de 1819, la que llevó el nombre de "Imprenta Federal", hasta el año 1851, y fué con ella que se imprimieron las primeras proclamas, bandos, manifiestos y otras publicaciones en 8.º y 4.º, durante la guerra del año 20 contra Buenos Aires y contra el general Artigas. Con el nombre de "Imprenta Federal de la República de Entre Ríos", continuó en el Paraná sirviendo al general Ramírez, y su sucesor don Ricardo López Jordán, hasta septiembre de 1821, que, muerto aquel caudillo, el coronel don Lucio Mansilla le dio el nombre de "Imprenta de la Provincia de Entre Ríos", en cuanto se alzó en armas contra el gobierno interino de López Jordán el 23 de septiembre de 1821.

Desde 1820, que se estableció la imprenta en el Paraná, llevando los nombres arriba expresados, se imprimieron en ella las hojas sueltas, que contenían las disposiciones oficiales que debían conocer los vecindarios. El impreso más notable de 1821 es un folleto que contiene el reglamento de la República Entrerriana hecho por don Indalecio Palma que regentaba la Imprenta Federal de la República, arribada a la ciudad; desde el mes de diciembre de 1821, publicó la luz el primer periódico destinado a las publicaciones oficiales de carácter gubernativo; tenía por título "El Correo Ministerial del Paraná", cuyo impresor fué el indicado Palma, siendo sus redactores el doctor don Pedro José Agrelo, portero, y el coronel don Domingo de Oro, sanjuanino; aquél, ministro de Gobierno de Mansilla en 1821 y 1822; secretario del Congreso Entrerriano en este mismo; y el último, secretario de Mansilla hasta el 5 de marzo de 1823, que fué nombrado el coronel don Nicolás de Vedia (oriental).

El coronel don León Solá fué el segundo gobernador legal de la provincia desde el 12 de febrero de 1824 al 4 de abril de 1826. Hasta esta fecha podemos anotar como productos de la prensa entrerriana un total de 35 impresos y 2 periódicos.

Siguió la anarquía desde 1826 hasta el 16 de diciembre de 1827, que volvió Solá al poder gobernando hasta el 24 de junio de 1828 y desde el 24 de julio del mismo año hasta el 4 de diciembre de 1829 y, por fin, del 15 de mismo mes, y año hasta el 15 de noviembre de 1830.

Durante este período (1824-1830), que gobernó el coronel Solá, dentro de las fechas que precisamos, no hubo periódicos en la provincia; sólo apareció en 1827 un prospecto anunciando "El Grito Entrerriano", redactado por don José María Márquez, pero murió "non nato". La verdad es que aquellos tiempos de anarquía en que pueden contarse veintidós gobernantes, en 5 años, no eran los más aptos para orientarse en política ni para hacer composiciones literarias.

El resumen estadístico que sigue comprende el número de impresos que vieron la luz en Entre Ríos desde la introducción de la imprenta en 1819 hasta que se dictó la Constitución en 1860.

La nómina de los impresos forman un volumen que conservamos, inédito en nuestra biblioteca. He aquí las cifras totales, creyéndolas desde luego definitivas por la falta de datos precisos:

De 1819 a 1826. Impr. en gen.	35	Períod.	2
" 1827 " 1831	"	203	32
" 1831 " 1861	"	203	32
Total general	"	398	55

La primera escuela primaria oficial, en Entre Ríos, de que haya constancia en los archivos acerca de su funcionamiento, la fundó el gobierno del coronel don Lucio Mansilla, en el Paraná, el 13 de marzo de 1822, bajo el sistema lancasteriano, debiendo servir también de maestros de escuela a los maestros que se le enviaban. Este sistema no sabe, fué implantado en Londres, por José Lancaster, en 1789, y que nosotros llamamos sistema mutuo de enseñanza. El 24 de julio del mismo año se le asignó para gastos a la escuela del Uruguay 16 pesos mensuales, lo mismo que a otra del Paraná, en agosto 1.º, a la de Gualeguaychú el 4 de dicho mes y el 29 de septiembre a la de Nogoyá; se sabe que en 1822 existieron también las escuelas de Matanzas (Victoria) y la Rural del Tala.

Como se ha dicho, intentó establecer en ese tiempo una escuela pública de primeras letras, bajo el sistema lancasteriano; pero el 4 de noviembre de 1822 el Congreso entrerriano que no habiendo podido hallarse maestros que lo conocieran debían continuar las escuelas con el sistema anterior, es decir, que se acató el principio de que la letra con sangre entra. Prueba esta resolución que quedó postergada por fuerza mayor la idea del Congreso de formar la escuela del Paraná el primer núcleo de preceptores de maestros de instrucción primaria para la provincia. También hacía referencia el acuerdo del Congreso a la dotación asignada a las escuelas de Uruguay, Gualeguaychú y "demás pueblos", según una nota del mismo día que no publica la "Recopilación de Leyes de la Provincia", ni los decretos de creación de esas nuevas escuelas.

En los comienzos del gobierno del coronel don Juan León Solá, continuaba la enseñanza bajo el sistema antiguo, aplicándose en las escuelas públicas y privadas la pena bárbara de los azotes y el uso de la palmeta, que fueron prohibidos inmediatamente por el gobernador, diciendo en su decreto del 7 de diciembre de 1824, "El gobierno ha sido instruido con un sentimiento de disgusto de que los maestros de las escuelas, faltando a lo que está mandado conservar por un decreto de la Asamblea General Constituyente, y a lo que demanda el decoro y los preceptos de honor y delicadeza con que deben ser tratados en esta parte de su educación los jóvenes, pusieron a sus cargos, los envilecen usando en las correcciones de la brutal pena de azotes, para abatenar de la cual bastarían las reflexiones de una sola vez."

Un nuevo decreto de agosto 22 de 1824, declaró

Paraná, julio de 1916.

(1) N. de la D.—Se ocupa luego de la civilización del libro, industria derivada de la agricultura, a través de la cual se venían a vender los productos de la agricultura, para concluir con este capítulo.

La Rioja

Caudillismo y montonerismo institucional y político

La historia política de La Rioja en la misma centuria, es una de las más raras en el país. Dos influencias culminan en la historia de la centuria: Facundo como representante del caudillismo, y un montonerismo institucional que durante 25 años ha tenido a La Rioja bajo su influjo.

Este montonerismo político clasificado por los publicistas de la época como una era constitucional, ha sido un período de transición.

¿Qué diferencia había entre la unidad de hierro que la cuchilla de Rosas y Facundo implantaron por la obediencia y el terror al caudillo, que alzaba el libre albedrío y mataba la individualidad, con el unitario de esta era de transición? ¿Qué diferencia entre el secuestro de bienes que hacía la montonera, y el secuestro de la tierra pública y los negocios, por una serie de comerciantes cartagineses? Rosas y Facundo imponían contribución de guerra para salvar la vida de los unitarios, y hasta ayer en la desorganización administrativa de las provincias, la contribución territorial, impuestos del municipio, multas y gabelas de todo género cargaban sobre el enemigo pacífico que tenía la ventaja de confesar su credo. Facundo castigaba el robo entre los suyos con férrea mano, pero robaba el mismo, mientras los jefes del montonerismo institucional robaban de mancomún con sus parciales. La prensa gemía bajo leyes que en 1828 establecían, sin embargo, el jurado para los delitos de guerra, mientras en gobiernos de orden, dirigidos por universitarios, han suprimido esos jurados, e inventando el delito de mancomún a las autoridades establecieron leyes mil veces peores que aquellas. Prensa tan procaz como la que estuvo en auge en la tiranía, trataba de salpicar de barro a los hombres de los partidos de la oposición con una larga serie de denuestos, en los que sólo faltaba el lema de la Federación: "Mueran los salvajes unitarios!" Hoy no se hace todavía lo que se hacía entonces como invención de la mazorca: levantar el censo de las opiniones que tantas garantías dio a la cuchilla, como lo cuenta Sarmiento, pero, en cambio, todos los nombres de las personalidades políticas opositoras, están grabados por los grandes electores en el libro negro, colocados en el "Index" para ser proscriptos en su propia patria, sin derechos igualitarios, a pesar de la constitución que garantiza el derecho de sufragio, sin poder ocupar los cargos públicos, a pesar de ser más idóneos que los que los ocupan, y cuando esta muerte civil, producida por el hambre no bastaba, se les trasladaba lejos de la propia tierra, a una provincia extranjera, lejos de su familia y de sus amigos, para destruir la valla indomable que se alzaba. Así se mantenía el unitario!

Y no se diga que exagero. Se ha visto en el año del centenario proscripta la cultura en la patria de Castro Barros. Un exodo de maestros que, en

interminable fila, abandonaban las quebradas profundas del Velazco o del Famatina, siempre indiferentes y serenos a la desdicha—cuyas cimas cuajadas por las nieves, eran teñidas como una bandera blanca y celeste por las aureolas del sol incásico, el sol de la libertad, el sol de Mayo—para ir a buscar un mendrugo a lo lejos, donde pueda hablar el corazón, y no haya reato a la libertad del pensamiento.

Doce meses de hambre por la detención de pagos producían el analfabetismo sistemático. Se ha visto en una miseria población de 30 electores que no querían venderse y abjurar su credo, suprimida su escuela por el solo delito que la maestra pertenecía a las contrarias, y a los pobres niños dignos de lástima por todo concepto, derramarse a los cuatro vientos para buscar la enseñanza que la provincia como madre desnaturalizada les negaba.

Pero hay algo más todavía. En la patria del Chacho y de Quiroga, donde la maraña cubre la pampa y la abrupta senda escala la montaña, donde el camino y el telégrafo son los únicos elementos de vida que ponen en contacto a los últimos departamentos para sentir las palpitaciones del mundo civilizado, no se sabe si por ignorancia o por sistema, los gobiernos electores han negado a las poblaciones el establecimiento de estafetas, y a pesar de las repetidas solicitudes han dejado los caminos para que el tráfico los mejores, sin construir otros nuevos.

Los sistemas del montonerismo han sido los del caudillismo, atenuados en parte, obrando más por el hambre que por el terror, pero fecundos en resultados para echar bases duraderas a la desorganización nacional.

La campaña empujó los caudillos hacia la ciudad, pero, como en tiempos de antaño, para dominar emplearon los mismos medios que Rosas y Facundo. Los gobernadores abandonaron la estancia por el Cabildo, pero para borrar el camino de los que pudieran seguirles en su ascensión, enviaron comandantes de campaña bajo el nombre de comisarios, o un terceto de adictos presididos por él, con la suma del poder público entre sus manos, como que jueces, colectores, municipales y hasta los distribuidores de riego obraban a su influjo. Después, para evitar sublevaciones, concentraron su pensamiento en la creación de las guardias pretorianas, no tanto para guardar el orden público, sino como una base a la imposición de la fuerza con fines electorales, creando anexo al mismo, bajo el nombre de policía secreta o de investigaciones, un cuerpo de delatores a sueldo análogo al de los negros del tiempo de la tiranía. No se podía crear el censo de las opiniones, pero la delación las manifestaba, y el enemigo era muerto por el hambre.

El sistema electoral del montonerismo institucional, era la base del todo. No muy lejos todavía de los tiempos en que el Chacho lanzaba su proclama después de la batalla de Caseros, y hacía escribir por sus secretarios un himno a la Constitución Nacional, y en que destruía a los gobernadores por el hecho "de que había servido lo suficiente para probar su poca habilidad en el manejo de la cosa pública y ser necesario cambiarlo por otro", sería de intervenciones han sido enviadas a las provincias. Esas intervenciones no tenían otro objeto que la destitución de gobernadores de verdad, que no marchaban a la par del usicato, y eran hechas muchas veces a mano armada, para domar al pueblo sublevado y hacerlo comprender que debía obedecer a la "media palabra" del supremo elector. ¿Qué diferencia había entre el sistema electoral de entonces, en que el Chacho proponía al gauchaje un gobernador, y éstos contestaban invariablemente, uno a uno, "no me opongo", "no me opongo", "no me opongo"? Si querían éstos tenían la valentía de confesar que no se oponían a la voluntad soberana del caudillo, que era para ellos la suprema ley, mientras en nuestros tiempos los servidores del unitario disfrutaban su pensamiento con el tradicional "por el mismo", [para hacer creer que obraban por impulso propio].

Este sistema "chachino" era una variante ya del de Quiroga, que a nadie consultaba, pero ambos

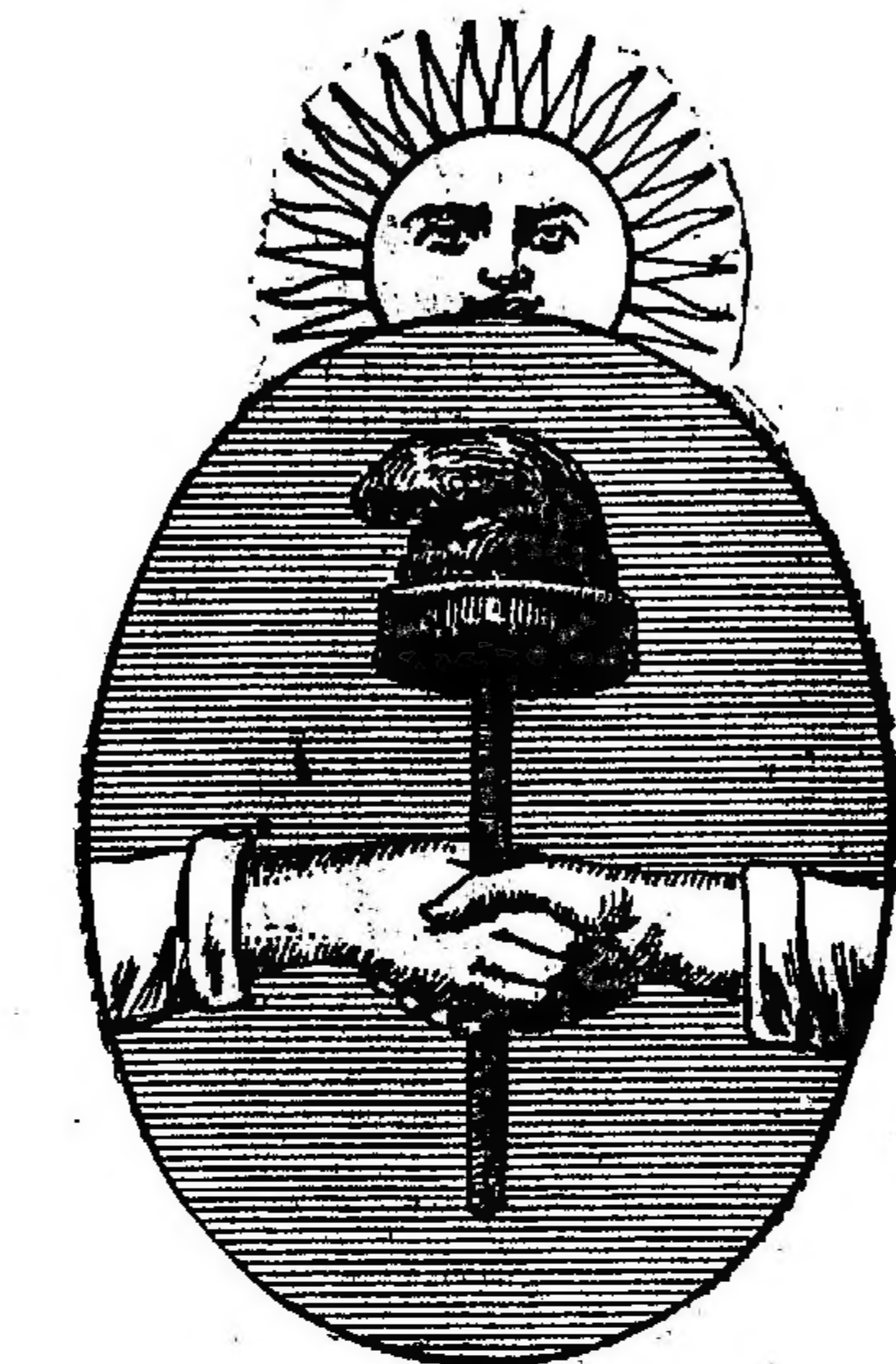
y otro en el Uruguay en 1849; por hallarse clausurado aquel refundiéndose ambos, en el año 1851, en el gran edificio construido en la última ciudad.

También unido en el Paraná el colegio de San Justo y Pastor, para niñas, y que se reglamentó en noviembre de 1850, colegio que se instaló en el local en que cesó el de estudios preparatorios, por las dificultades que se presentaron al ordenar el general Urquiza la construcción de un edificio apropiado. Este se hizo después en el Uruguay, en una manzana de 4,830 metros cuadrados, el cual se comenzó el 14 de octubre de 1849, y terminó en 1853. Este colegio, que es el actual Nacional del Uruguay, corrió por cuenta de la Nación desde 1854, que se federalizó la provincia. En el mismo año 49 (agosto 20), estableció el general Urquiza una junta directiva de las escuelas de la provincia, con un presidente y siete vocales, siendo inspector visitador de las mismas el presbítero don José Delgado; la comisión de cada departamento era compuesta de un presidente y tres vocales. Un año después existían escuelas en campaña en el segundo distrito del Uruguay, en Quebracho, Antonio Tomás, Paracay y María Grande (Paraná), en el Mocoré y distrito Rabón, de Concordia, en Sauce Luna (Villaguay), en el segundo y quinto distritos de Gualeguay, etc. La inspección se suprimió el 4 de junio de 1850, creándose otra con el título de Inspección General, el 1.º de octubre, confinándose la reorganización de las escuelas a don Marcos Sastre.

Al federalizarse la provincia, el gobierno de la Confederación nacionalizó la junta directiva de escuelas, que no las atendió debidamente, como lo expresa el decreto dado en mayo 6 de 1860, por el general Urquiza, al declarar caduca dicha junta y confiar la enseñanza a un inspector general y administrador, que lo fue don José Rosendo Bavio, quien organizó las escuelas de niñas y creó otras más en 1861, confeccionando un plan de estudios que fue decretado el 16 de marzo.

El número de escuelas solamente fiscales que hemos podido comprobar es de cuarenta y tres en 1852; pero no queremos hacernos responsables de la exactitud de esa cifra, cuando de otros documentos oficiales resulta que en el mismo año sólo había treinta y tres, mientras que "El Federal Entrerriano" consignaba en 1848 la existencia de cuarenta y cinco con 3,157 alumnos, dato que creemos exagerado, porque en la Memoria presentada a la legislatura por el Poder Ejecutivo en 1865, se anotan treinta y dos escuelas con 2,213 niños de ambos sexos, de los cuales eran varones 1,448. En tal situación, consultamos las memorias, informes y mensajes oficiales de 1865, 1866, 1869, 1879, 1880, 1881, 1895 y 1906 a 1914. Los documentos de la sección G del archivo de gobierno, las leyes, decretos, etc. (hasta 1905), publicación oficial, y formulamos los dos cuadros que siguen.

1.—Escuelas que funcionaron en la provincia de 1822 a 1862, según consta de documentos oficiales, y cuyo número de alumnos fue calculado por decadas, tomando el término medio de las existencias entre



Escudo de la provincia de La Rioja

Extensión territorial: 36.491,387 kilómetros cuadrados	
POBLACION:	
En 1816-17. según Brackenridge: 20.000 habitantes	
Censo de 1914 (argentinos 78.149)	79.754 ind.
(extranjeros 1.605)	

se perpetuaron en nuestras costumbres para regir "la vida republicana" como un medio expedito y práctico de efectuar elecciones. Esta costumbre convertida en ley, penetró tan profundamente, que tan pronto arraigo en el procedimiento, como una hoja de punzante sable, produciendo hemorragias interiores en los partidos políticos del país, de modo que el cuerpo de la ley quedó sangrando sin que las apariencias denunciaran el crimen, como arma prohibida, semejante al golpe de un estilete.

Se ha necesitado mucho tiempo de transición, y hemos visto, aun después de dictada la ley del sufragio obligatorio y secreto, quedar flotando la mancha como un vicio redivivido del sistema. Y robaste elecciones por la propia virtud del escrutinio. Ministros silogísticos de la fina escuela de San Ignacio, trataban de demostrar que las elecciones eran sin mancha, puesto que de los tres actos de que se componían: formación de padrones, elección y escrutinio, quedaba el último sobre el cual poder establecer la discusión y el falseamiento de la voluntad popular. Este punto fue tan bien comprendido, que en este momento es su tabla de salvación, alma y carne del "viejo régimen".

Desde Facundo, en que bastaba un gesto del caudillo federal, para que un gobernador entregara el mando, y en que el choque de los dos poderes, el poder civil y el poder militar, convirtieron a La Rioja en campo de Agramante, pasaron muchos años. Facundo como genio de mal, como impulso avasallador que todo lo puede, precipita a los unitarios como a caballeros de la muerte, en la horrible suma apocalíptica, dando el grito de horror que, como un yaho de sangre y de locura queda flotando al paso de la horda. La Argentina quedó solitaria, porque la serie de proscriptos en procesión de luto interminable, salían como emigrantes en la oscuridad de la noche, en flotas de barcos recargados de las ánimas en pena de Caronte, que tan bien nos pinta Mármol, bus-

el último año de una década, y el primero de la siguiente, prudencialmente ampliado por la carencia de datos referentes a la enseñanza particular antes de 1872.

Años	Escuelas	Alumnos
1822	7	350 (Calculado)
1832	10	500 "
1842	14	700 "
1852	23	2.150 "
1862	43	2.650 "

2.—Las escuelas cuyos alumnos se comprueban oficialmente, fueron los siguientes, de 1872:

Años	Escuelas	Alumnos
1872	101	4.248 (Dato Oficial)
1882	121	12.064 "
1892	291	16.802 "
1902	447	34.316 "
1903	468	37.014 "
1904	499	49.419 "
1905	501	42.357 "
1906	513	44.099 "
1907	520	50.150 "
1908	548	54.708 "
1909	562	53.883 "
1910	564	56.190 "
1911	564	55.625 "
1912	572	57.090 "
1913	591	65.680 "
1914	607	66.809 "

Benigno & Martínez

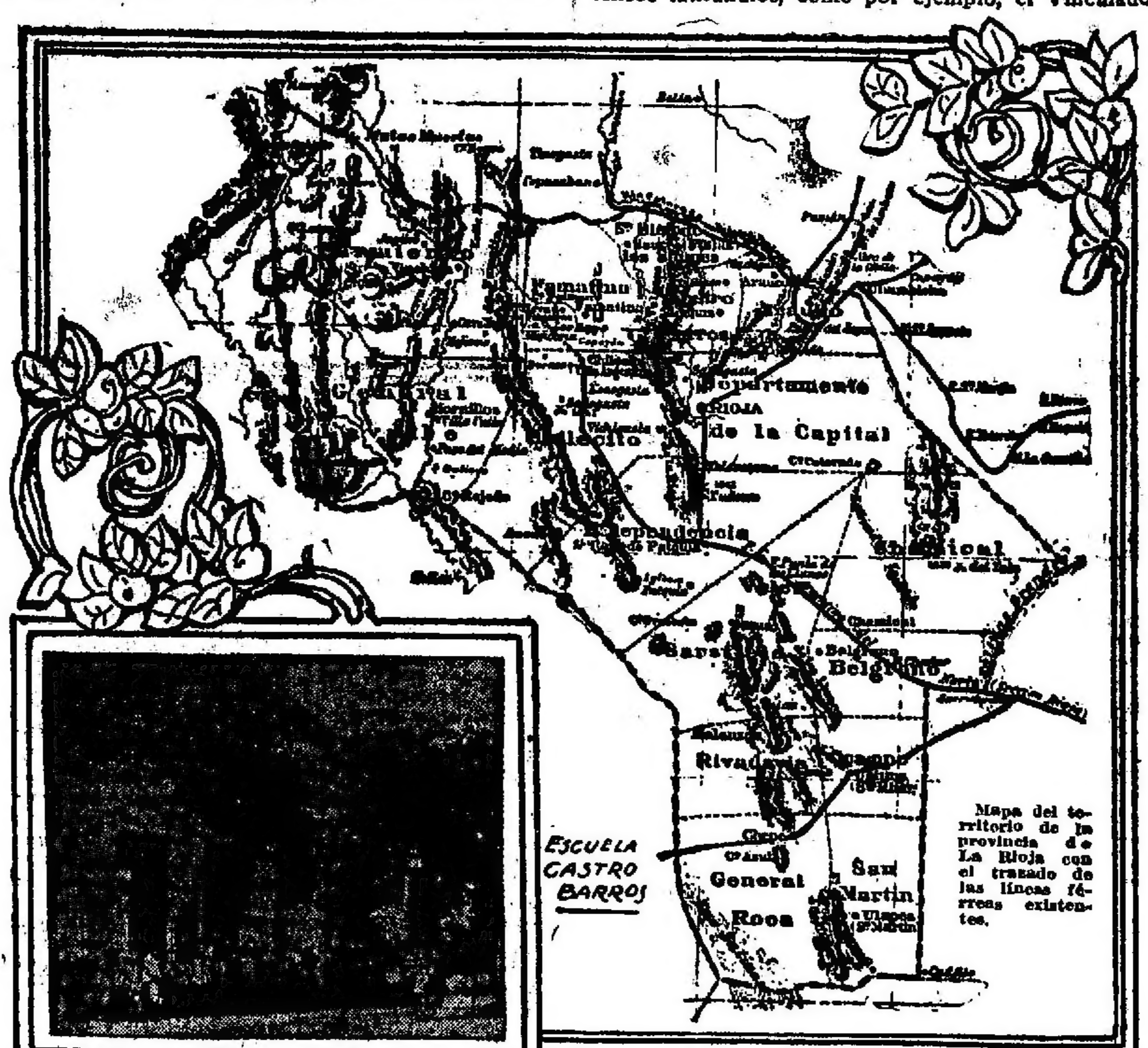
Paraná, julio de 1916.

cando al través del río la otra ribera, por obra de Rosas; y en el interior, a pie, como puntos perdidos, entre los ventiqueros de las cimas, dibujándose en negro sobre el blanco armiño que el invierno deposita en la montaña, envueltos en harapos, temblando de frío, y considerándose felices de salvar de la matanza que, como una hemorragia sin término, despolaba el cuerpo nacional. Tal es la obra de Facundo, y tal es la pintura que de ella nos hace Sarmiento.

Sin embargo, esos caudillos tenían un punto de mira, para disrazar su autocracia, la estrella polar de las autonomías. Todos los congresos constituyentes, mitad federales, mitad unitarios, eran especies de monstruos mitológicos de dos cabezas, que pedían fundir en uno ambos sistemas. Ante el martillo iconoclasta del pueblo, cayeron esas constituciones demoliendo como estatuas del dios Jano, perdurando en ellas los escombros lo único que debía perdurar en ellas: las fuerzas del unitarismo que con crudo sensualismo se levantaba sobre la hollada democracia federalista.

Y esta es la historia de todas las guerras civiles en que se vio envuelta la provincia de La Rioja, y con ella sus hermanas, aun después de la muerte de Quiroga, y la desaparición de Rosas, aun después de la constitución federalista del año 1852.

Después aparece el Chacho. Es el principio de la era de transición. No es el último de los caudillos como lo pinta Sarmiento, es el primero de los de irac y corbata blanca, que debían ser sus herederos. Sin embargo, su indumentaria era la bota y el poncho. Mal-comprendido como hijo de ambos sistemas, combatió con los héroes de la epopeya por la libertad de la patria, con Quiroga por el federalismo, con La Madrid por el unitarismo, y más tarde sólo por las autonomías de La Rioja. Su figura en la tradición se acentúa y se levanta. Eje de las luchas continuas entre los dos poderes, el Ejecutivo y Legislativo, deponiendo a los unos, disolviendo a los otros, no respetando a ninguno, sólo creía en las fuerzas indomitas de la campaña, en su cohorte árabe que arrastraba a su capricho, vivaqueando un día a la sombra de los algarrobos de Guaja, u hollando con sus caballos el césped de las plazas públicas de San Juan, San Luis o Córdoba, luchando siempre contra el poder central, guiado sólo por el afecto al amigo, llámese éste Derqui o cualquier otro; pero no tolerando nunca



la intromisión del poder federal que pretendía como siempre imponer gobernadores a su antojo. La media palabra comenzó a actuar desde entonces bajo forma de intervenciones militares descaradas, estableciendo las bases del sistema que se ha perpetuado en la República durante cincuenta años, colocando gobernadores odiados por el pueblo, especies de proconsules explotadores, capataces de estancias contra los cuales se sublevaba cuando veía factible su derribo.

A partir del año 70 viene la paz. El caudillismo desaparece con las hordas de Varela; pero el montonerismo institucional y político, continúa más fuerte, más pujante, más poderoso, más procaz, en lucha continua contra las instituciones donde los tres poderes por más que quieren devorarse no pueden. Legislaturas casi omnímodas que niegan al Poder Ejecutivo las leyes de contribución y presupuesto, y prohíben el pago de los impuestos, legislaturas que se alzan destituyendo a los jueces sin buscarles causa, legislatura que quieren sustituirse al Ejecutivo en todos los actos de administración, y que terminan por derrocarlo si no lo declaran loco; y Ejecutivos que pretenden formar jueces y cuerpos colegiados a su amano, que se alzan con la renta pública, formando una serie de oligarquías que se suceden sin fiscalización en el mando; y el pueblo indiferente, impasible, sabiendo que nada puede, ante el miserable cuadro de tanta desdicha.

El aislamiento y la topografía han hecho el resto. Ante la majestad inmensa de la montaña, los pueblos de la provincia han quedado alejados del resto de la República, viviendo en su miseria pobreza a la sombra de las laderas del monte, apegados a su ignorancia y a sus tradiciones, persistiendo en el caudillismo bajo la faz del montonerismo institucional que pasa, como queda en las barrancas cortadas a pico, llenas de aguas traicioneras y corrompidas como un rezago, el remanso fétido fuera del arrastre de las corrientes fecundadoras de las aguas del inmenso río popular que como el océano tiene sus marejadas.

Esos gobiernos en orden creciente siguen perpetuándose en La Rioja. El pueblo puede hacer suya la exclamación de Cicerón contra Catilina... pero "¿hasta cuándo?" [El porvenir lo dirá].

¿Cuál ha sido el progreso durante el siglo transcurrido? Su población, que según una reseña firmada por Francisco Javier Brizuela y Doria, en 1814—es decir, a principios de la independencia—era de 14.092 habitantes, divididos en cinco parroquias: la ciudad, los Llanos, Arauco, Anguán y Guandacol, comienza a desarrollarse lentamente, para servaluada por el Congreso en 1825 a "grosso modo" en 25.000 almas. En 1830, tenía 30.000, sin que la cifra repose sobre sólidos datos. El censo practicado el

26 de febrero de 1855, por departamentos: capital, Famatina, Costa Alta, Costa Baja, Guandacol, Vinchina y Arauco, por casas, por familias, por hombres y mujeres, por nacionalidades y profesiones, da la suma de 34.431. El "Nacional Argentino" del Paraná hacia llegar esta cifra en 1856 a 40.000 almas. Desde entonces a la fecha apenas se ha duplicado, según los resultados que se prevén del último censo.

La causa de este lento progreso, se debe a las revueltas civiles, que lanzaron fuera de la tierra a tantos ciudadanos como una hemorragia intermitente de la pobre La Rioja. La pobreza, la falta de industrias locales y malos gobiernos, hicieron que su juventud estudiantil buscara en otros centros, mejores actividades a su espíritu, y que el labriego sedentario fuera como inmigrante a otras provincias, donde el brazo tuviera mejor remuneración y más libertad para el trabajo.

La ciudad de La Rioja, desde hace cuatro siglos, desde la época de Juan Ramírez, no ha extendido sus ejidos, y la vitalidad misma ha abandonado ciertas regiones a su suerte sin que el gobierno nacional les extienda su mano protectora, como ocurre en los departamentos del Oeste por ejemplo, que rodeados por un círculo de montes, más comercian con Chile que con la patria argentina, y donde los únicos caminos que existen son los construídos por la política de Sarmiento. Los de las pampas de los Llanos entre jarales y marañas apenas mejoran a los que existieron en la conquista, y que hizo construir Tristán de Tejeda. Los ferrocarriles en fin, la han ligado al progreso general, uniéndola con las demás provincias y subiendo en sus valles hasta el flanco de las montañas que el cablecaril escaló para arrancar del Famatina, el tesoro oculto del monte. Desgraciadamente, las compañías fundadas para la explotación del mineral sobre las cuales se abrigaban tantas esperanzas, fracasaron por quiebras, más por mala administración que por mal negocio, y hoy la región del Oeste ha vuelto, al marasmo del que por un instante salió debido a las actividades del trabajo.

La explotación agrícola ha progresado poco, no sólo por el alejamiento de los mercados de consumo, sino por falta de obras de irrigación y de caminos. Las pocas canalizaciones emprendidas por el gobierno nacional han comenzado a dar sus frutos, y más han sido para la conservación y utilización de los caudales de agua, que para la formación de regiones agrícolas con la creación de grandes obras de embalse. La capital espera mucho de ellas con la construcción del dique de Los Sauces, del Portezuelo y de Anzúñu, con la canalización de las aguas en los departamentos del Oeste, con la desvinculación de propiedades que ocupan extensos latifundios, como por ejemplo, el Vinculado

con Guandacol, con la construcción de condominios que abarcan extensas zonas propias para el trabajo que hoy por hoy no tienen utilización alguna, con colonizaciones nuevas que no han sido seguidas los sistemas que el gobierno nacional puso en uso en ciertas regiones como en los territorios del Sur, en que la cooperativa como fundamento para la adquisición de la propiedad y la construcción completa de la red de canales y caminos está dando tan brillantes resultados.

El catastro para el saneamiento de los títulos, supresión de pleitos, destrucción de condominios, y determinación de las condiciones propias de toda región nueva para la explotación industrial, ha sido combatido sin cuartel por los latifundistas que esperan formar títulos de propiedad en terrenos mal adquiridos, más por prescripción que por otro medio.

Tales son las causas, por las que aún no se han fundado colonias con perspectivas sonrientes, y los pocos ensayos que se hicieron en otro tiempo fracasaron.

El lento desarrollo de la ganadería que siempre se da la mano con la explotación agrícola, en el mejoramiento de los campos, en la selección de tipos y los mil detalles que la impulsan, ha sido siempre detenido por obra de la Naturaleza por un lado, y el poco fomento dado por sus gobiernos por el otro, a pesar de la maravillosa fertilidad de sus tierras, pues donde un arroyo baja de la altura, la verde guirnalda escala la montaña.

Hoy necesita todo: buenos gobiernos, fomento, vida impulso. Bancos habilitadores, ferrocarriles que la crucen, caminos carreteros, diques, canales y obras de toda clase. ¿Cuándo vendrán, para que pueda decirse que ha salido de su postración y de su marasmo?

Bajo esa férrea palanca de progreso, La Rioja entrará en actividad, y el canto al trabajo comenzará como un runruneo en las quebradas de sus montes, donde el sordo resonar de los martillos y el ruido estridente de las sierras, turbarán el vuelo de los condóres en la altura, y el triste canto de las vidalitas de sus poetas bucólicos, y sobre el llano se establecerán las fábricas, esa para la fusión de sus minerales, esa para la explotación de sus bosques, donde las altas chimeneas, como almenas rojas, den escapan entre nubes de chispas, crepitando, las volutas de humo como incienso del trabajo.

[Salve a ti, oh Rioja! Todo lo necesitas y nada tienes!]

Benigno & Martínez

La Rioja, julio de 1916.